CATHERINE WALSH

Cómo escribir una historia de amor



SUMA

Catherine Walsh

Cómo escribir una historia de amor

Traducción de
Laura Vidal



Dedicado a mis padres

1
Sam

NUEVA YORK

—No te va a despedir.

—Puede que sí.

—No te va a despedir, Sam. Eres poco menos que su protegido. Aparte de uno de los tres únicos hombres heteros que debe de haber en el mundo editorial. No se pueden permitir perder efectivos.

—Muy graciosa.

Me cambio el teléfono de oreja para coger el café que me tiende el ya exhausto barista. No son ni las ocho de la mañana y la hora punta del lunes está en pleno apogeo. Detrás de mí, una manada de tiburones financieros con camisas blancas almidonadas y los cuellos abiertos leen su correo mientras hacen cola para pedir y, por una vez, no desentono tanto entre ellos. Vale, mi camisa no está ni tan almidonada ni es tan blanca como las suyas, pero esta mañana he querido hacer un esfuerzo. Como si renunciar a mi uniforme habitual de vaqueros oscuros y el primer jersey que encuentro fuera a empujar a mi jefe a decir: «He aquí un hombre al que necesito en

mi equipo». O por lo menos: «He aquí un hombre que tiene una plancha en casa».

Por intentarlo que no quede.

—Además, te ha pedido que llegaras hoy pronto —añade Lizzie como si me leyera el pensamiento—. Si quisiera despedirte, te pediría que te quedaras hasta tarde.

—¿Por qué crees eso?

—Porque es lo que haría yo.

—Pero si tú no tienes trabajo.

—¿Perdona? —El tono de voz de mi hermana se afila—. ¿Te parece que cuidar a tres niños de menos de cinco años no es un trabajo?

—Me refiero a un trabajo de oficina —me corrijo, y me pego el portátil al pecho para salir—. Como el que yo estoy a punto de perder.

—¿Quieres no ser tan derrotista? Por lo menos guárdate un poco de autocompasión para cuando llegue el momento.

—¿Cómo que para cuando llegue el momento?

—Por si —se apresura a corregirse—. Por si llega.

—Desde luego, las charlas motivacionales no son lo tuyo.

—Ya lo sé. —Su voz se atenúa con el ruido del tráfico cuando salgo a la calle, y subo el volumen de mi teléfono.

—¿Quieres dar los buenos días a Oliver antes de colgar?

—Tiene tres meses.

—Exacto. Se está desarrollando. Le conviene empezar a reconocer la voz de su tío.

—Te propongo una cosa: cuando esté en el paro, me pasaré el día entero con él. La semana entera.

—No te va a pasar nada. —Su tono es tan compasivo que no la creo—. Y en el peor de los casos, ¿tan malo sería?

—¿Me estás preguntando si quedarme sin trabajo sería malo?

—Lo que quiero decir es que te has estado matando a trabajar y…

—¡Me gusta lo que hago, Liz!

—Vale. Perdona. Luego me cuentas cómo ha ido, ¿eh? Y mientras tanto no tomes ninguna decisión precipitada.

—No te prometo nada —digo, y colgamos mientras miro el correo electrónico que he leído cien veces desde que me llegó anoche.

«Pásate por mi despacho a primera hora».

¿Perdona? Eso puede significar cualquier cosa, desde «Te voy a ascender» hasta «Recoge tus pertenencias». Y eso es lo que Lizzie no entiende. Da igual lo bien que esté haciendo mi trabajo. Está habiendo recortes en todo el sector. El mes pasado mismo despidieron a dos amigos míos. Ese es el panorama ahora en el sector editorial. Más libros. Menos personal. Y los que quedamos tenemos que asumir la carga de trabajo adicional. He perdido la cuenta de las noches que me he pasado trabajando últimamente. Los fines de semana los dedico a currar y los desplazamientos a leer. Y sí, quizá estaba llegando a un punto en el que un mundo en el que mi vida social no dependiera de que mis autores entregaran a tiempo sus borradores empezaba a parecerme concebible. Pero pensaba en ello un poco como piensa alguien en afeitarse la cabeza o en vender todas sus posesiones para dedicarse a viajar. No en serio.

Y desde luego no para ahora mismo.

Doy un sorbo de café y el miedo crece en mi estómago mientras me obligo a cruzar las puertas giratorias de nuestro edificio y a

entrar en el ascensor.

Richardson Books ocupa dos plantas de un edificio del Midtown y está casi vacío cuando entro. Tenemos horario flexible, pero solo hay unos pocos madrugadores en su mesa y ninguno se fija en mí hasta que Amy, una de las asistentes, me mira y se echa a reír.

—Ay, Sam —dice mientras finge enjugarse una lágrima—. Sammy Sam Sam. Samuccino.

—¿Qué pasa?

—Bonita camisa, jefe.

—Tengo una reunión hoy y… Mierda. —Bajo la vista y comprendo a qué se refiere cuando veo la mancha marrón de gran tamaño que se extiende por mi pechera.

—Te queda muy sexy —dice mientras dejo mi café en la mesa.

—¿Cómo narices ha pasado?

—El vaso gotea —señala Deborah casi sin apartar la vista de su ordenador. Trabaja enfrente de mí y me gusta pensar que disfruta secretamente de mi compañía, aunque todos los días me deja muy claro que no es así—. Deberías haber apretado la tapa.

—¿No lo notabas? —Amy me apunta con su teléfono.

—Evidentemente no.

—Yo lo habría notado.

—Por eso yo no tomo café —añade Deborah.

Amy sonríe.

—Tienes el síndrome del lunes —me dice—. Si llevaras tacones, se te habrían roto.

—Pues gracias a Dios que no los llevo —murmuro mientras me desabrocho los botones y compruebo que el café me ha manchado también la camiseta, lo que provoca nuevas risas de Amy, y es en

ese momento cuando la otra directora editorial, Laura, entra en la oficina dando sorbos a un *iced latte* tamaño extragrande que no gotea.

—¿Por qué está haciendo un estriptis Sam?

—Vamos a lanzar un sello de novela romántica —bromea Amy mientras me quito la primera capa de ropa.

—Estoy segura de que los lectores del género tienen mejor gusto que eso —dice Laura haciendo caso omiso de mi mirada dolida y dándome una de las muchas mantas que guarda debajo de su mesa.

—No le hagas ni caso —dice Amy—. Estás buenísimo. Si yo fuera poliamo…

—Estamos en un entorno de trabajo —interrumpe Deborah.

Laura le da una patada a la silla de Amy.

—¿Estás haciendo fotos?

—Solo de los brazos.

—Bórralas —advierte Laura—. Inmediatamente.

—Pero es que necesita atraer a mujeres online.

—De eso nada.

Amy espera a que Laura se dé la vuelta para hacerme un gesto de que me acerque y veo una foto mía en su pantalla en la que no salgo nada mal.

Tiene razón. Necesito atraer a mujeres.

—Mándamela primero a mí.

Amy asiente con la cabeza, completamente seria.

—Si te quitas otra vez la camisa, puedo hacerte un plano buenísimo de…

—Samuel.

A la vez, nos volvemos hacia donde alguien ha gritado mi nombre en la habitación contigua.

Vale, llegó el momento.

Amy resopla de risa cuando me envuelvo con la manta en un intento por taparme.

—Te reclaman —dice Deborah.

—¿En serio nadie tiene una camiseta para dejarme? ¿La semana pasada ayudé a preparar tres bolsas de regalos promocionales para blogueros y no queda ni una sola camiseta de marca?

Amy me mira pestañeando muy deprisa.

—Yo tengo un vestidito negro en mi cajón.

—Hoy te vas a pasar tres horas imprimiendo —le digo, y me dirijo con toda la dignidad de que soy capaz al pequeño despacho contiguo.

Laura me alcanza cuando estoy a medio camino.

—Qué temprano has llegado hoy —dice en un tono tan desenfadado que me echo a reír.

—Quiere una reunión.

—¿Qué clase de reunión?

—Aún no lo sé. —Me paro y la miro—. Y tú, ¿por qué has llegado tan temprano?

—Porque soy una persona con iniciativa —responde con su cara inocente de siempre—. ¿Quieres que esté contigo?

—Pues no.

Nos miramos y da un sorbo a su *latte.*

Laura es mi enemiga. Solo en un sentido profesional. Se unió a la compañía hace unos años, se saltó un nivel entero del escalafón y ahora trabajamos codo con codo coordinando el departamento

editorial. Es buenísima en su trabajo, lo que es genial para Richardson Books pero fatal para mí, porque yo también soy muy bueno en su trabajo y hasta el momento eso no suponía ningún problema. Pero ahora resulta que los dos aspiramos al mismo ascenso.

Mayor razón para librarse de uno de nosotros.

—Me pones muy nervioso cuando haces eso de no parpadear —le digo cuando no se mueve.

—Ya lo sé.

—¡Samuel!

Mierda. Me cierro más la manta.

—Voy a llegar tarde por culpa de tus paranoias.

—Es parte del plan —susurra teatralmente y retrocede mientras yo asomo la cabeza por la puerta y veo a mi jefe sentado a su mesa.

Casey Richardson se describe a sí mismo como una «reliquia del mundo editorial». Se hizo un nombre en él antes incluso de que yo naciera y su ojo para el talento es legendario. Sus autores lo adoran. Sus empleados también, y por ese motivo muchos lo siguieron cuando montó su propia editorial hace treinta años para dedicarse a llevar los mejores títulos de ciencia ficción y fantasía a las librerías de todo el mundo. Hoy, a sus setenta y tres años, no da muestras de ir a bajar el ritmo. No conozco a nadie que lea más que él. Sigue viniendo a la oficina cada día y suele ser el primero en llegar y el último en irse. Me contrató como asistente editorial hace diez años y no me imagino trabajando en ningún otro sitio. Ni quiero.

—¿Me llamabas? —pregunto dando un golpecito al marco de la puerta.

—En realidad gritaba. —Levanta la vista del teléfono y me mira por encima de sus gafas de montura fina—. No llevas camisa.

—No.

—Vale. Cierra la puerta.

Vacilo, pero enseguida me dice:

—No te voy a despedir.

Buf, qué alivio.

—Podrías haberlo mencionado en el correo.

—Mis disculpas.

Me señala la butaca delante de su mesa y cierro la puerta antes de apartar con cuidado a Melville. No le caigo bien al gato de Casey, pero es que no le cae bien nadie (es como la Deborah del mundo felino), de manera que no me ofendo cuando me bufa.

—¿Qué pasa? —pregunto, más tranquilo ahora que sé que no ha llegado el apocalipsis.

Casey deja su teléfono y se inclina hacia delante con los dedos de las manos entrelazados.

—Ciara Sheridan.

Espero un largo instante. Casey no añade nada.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Qué sabes de ella?

—¿De la hija de Frank Sheridan? Sé que es la hija de Frank Sheridan.

Me mira con elocuencia.

—No hace falta que disimules, Sam. Sé que eres fan. Por eso te contraté.

Vale. Ciara Sheridan.

—Es hija única —digo—. Tendrá cerca de treinta años. Su color preferido es el azul.

Casey levanta las cejas.

—Lo dijo él en una entrevista para *New Yorker*.

—Entiendo —dice—. Me refería a profesionalmente.

Ah, vale, eso tiene más sentido.

—Es escritora de novela policiaca. O al menos lo era. Publicó una colección bajo seudónimo.

—Así es. De tres libros. Tres buenos libros, de hecho. Pero le entró pánico escénico cuando se divulgó su nombre y no ha vuelto a publicar nada.

—He oído que se fue a vivir a Francia.

—No me digas. ¿Y dónde lo has oído?

—En Reddit. Por ahí.

—Era Londres —dice Casey ajustándose las gafas mientras se vuelve hacia su ordenador—. Pero volvió a Irlanda justo antes de morir Frank. Ahora vive allí.

—¿En la casa de él?

—En la casa de él.

Dejo escapar un pequeño silbido. La casa de Frank es famosa. Casi tan famosa como sus libros. La compró después de vender su primer millón de ejemplares y se convirtió en un lugar de peregrinaje mítico para sus lectores. Estaba en un lugar remoto y sus paisanos no soltaban prenda, pero eso no impidió que la gente cruzara medio mundo para intentar encontrarla. Yo mismo me planteé hacer la excursión después de la universidad, pero cuando conseguí el trabajo aquí decidí que acosar a uno de nuestros autores no sería bien visto. Sobre todo a uno como él.

Incluso después de muerto, Frank Sheridan es nuestro autor estrella. Sus libros sobre Ravian, una saga de fantasía épica en nueve volúmenes, ha vendido decenas de millones de ejemplares, a lo que ha ayudado una trilogía cinematográfica de lo más exitosa. Todo lo remotamente relacionado con él se convierte en oro, de manera que si Casey está hablando de su hija…

—¿Está escribiendo algo más? ¿Firmado con su nombre?

Solo pensarlo me hace sentarme más recto. El plan de marketing se hace solo.

Pero Casey se muestra reservado.

—Sí.

—¿Fantasía?

—Esa es la idea.

—Así que por fin sigue los pasos de su padre.

—Supongo que podría decirse así. Está escribiendo *La última montaña*.

Me río, como haría cualquiera cuando su jefe le cuenta un chiste. Pero Casey no añade nada. Se limita a seguir tecleando despacio y deliberadamente, esperando a que yo asimile sus palabras.

Tardo un poco.

—*La última montaña*.

—Sí.

—La novela de…

—Sí.

—¿Ciara Sheridan está escribiendo *La última montaña*?

Casey mira hacia la puerta y yo cierro la boca.

—Perdón —digo bajando la voz—. Pero… ¿cómo has dicho?

La serie de Ravian no iba a estar formada por nueve libros. Se suponía que iban a ser diez. Y, durante años, *La última montaña* fue la culminación prometida a casi dos décadas de aventuras. La conclusión. Igual que todos los demás, cuando Frank murió yo me resigné a quedarme sin saber qué sería de los personajes con los que había crecido, del mundo que había amado. Así pues: ¿cómo ha dicho?

—Frank tomaba muchísimas notas —continúa Casey.

—Especificó que no quería que lo escribiera nadie.

—Nadie excepto ella, aunque no lo dijo en público. Sabía la presión a la que se enfrentaría.

—Pero ¿ya ha empezado a escribirlo?

—Sí.

—Pero está… —Niego con la cabeza—. Pero si él no…

—¿Sam?

—Creo que necesito sentarme.

—Estás sentado.

Ah.

Casey me acerca un vaso de agua.

—Frank se puso en contacto conmigo hace unos años —me explica mientras doy un trago—. Me dijo que había empezado a escribir el libro, pero yo no pensé en ningún momento que fuera a terminarlo. Sabía que estaba enfermo y supuse que le había entrado nostalgia. Pero, después de su muerte, su administración sucesoria me envió unas cartas de despedida y algunas cosas que Frank quería que yo tuviera. Entre ellas había unas instrucciones explícitas relativas a su último manuscrito. Fundamentalmente, quería que Ciara lo terminara. Esperé unos meses para no agobiarla y después

me puse en contacto con ella. Cuando le pregunté si lo iba a escribir, me dijo que sí.

Dijo que sí.

Ciara Sheridan dijo que sí.

El equipo se va a poner como loco.

Aunque tampoco tendremos que rompernos la cabeza. Podríamos cobrar el ejemplar a cincuenta dólares y la gente lo compraría. Edición en tapa dura. En rústica. Edición especial. Edición exclusiva. Material adicional. Estuche con la colección completa. Se acabó hablar de recortes. Probablemente necesitaremos duplicar el personal solo para gestionarlo todo.

El corazón se me acelera únicamente de pensarlo. El último libro de Frank Sheridan. ¡El último libro de Frank Sheridan! Por fin ha llegado. El momento que me compensa por todas las noches de trabajo, por cada correo interminable. El momento de…

Casey cambia de sitio unos papeles.

—Me temo que no va a ser capaz.

Y juro que en mi cabeza suena una aguja rayando un disco.

—¿Qué quieres decir?

—Los primeros capítulos eran buenos —explica—. Tan buenos que consideré contártelo todo hace varias semanas, pero quería tener el libro encima de mi mesa antes de anunciarlo. No podemos permitirnos ningún paso en falso.

—Entendido —digo despacio—. Entonces, ¿cuál es el problema?

—Que no ha escrito ningún capítulo más. Lleva cinco semanas sin mandarme nada. Y dos casi sin responder a mis correos.

—Igual es que está reconcentrada —sugiero—. Trabajando.

—Igual —dice Casey—. Pero igual no.

—¿Crees que nos va a dejar tirados?

—Creo que está teniendo dificultades. De hecho, me lo daba a entender en su último mensaje.

Me apoyo en el respaldo, confuso.

—Pues contratamos a alguien para que lo escriba. Y ella que ponga el nombre. Lo importante es acertar con la historia.

Casey frunce el ceño, pero yo no veo dónde está el problema.

—O decimos que colaboró en la escritura —insisto—. Que nos reunimos con ella por Zoom. Que se inventó los nombres de los personajes. Es lo que haría un famoso cualquiera.

—Pero este no es un libro cualquiera. Y Frank dejó muy claro que quería que lo escribiera ella y solo ella. Cuando me dijo que sí tan rápido tuve la esperanza de que pudiera conseguirlo, pero ahora creo que va a necesitar apoyo moral.

—¿Quieres que venga a Nueva York?

—Se lo he propuesto, pero no quiere. Dice que tiene demasiado que hacer en casa.

—¿Y entonces?

—Por eso quería hablar contigo —señala mientras Melville salta de un montón de papeles a otro—. Para pedirte que vayas a Irlanda en mi lugar.

—¿Que vaya a…? —Me interrumpo con una mueca de dolor cuando el gato aterriza en mi regazo y me clava las uñas en los muslos—. ¿Perdón?

—A Irlanda —repite Casey mientras yo animo a Melville a que se vaya.

—¿A hacer qué?

—Algo tan importante como esto no puede solucionarse con unos cuantos correos electrónicos. Quiero que te sientes con ella y reviséis las notas de Frank. No espero que sea capaz de darle forma a todo ella sola, y nadie conoce esos personajes mejor que tú.

—¿Es tu manera de decirme que soy un friki como una casa?

—Es mi manera de decirte que es la solución que se me ocurre para publicar el libro más importante de toda mi carrera.

—Paul está a punto de entregar su borrador —le recuerdo.

Paul es mi autor más difícil, pero escribe libros de lo más comercial. Bueno, cuando quiere.

—Vamos a ver cómo lo organizamos. Seguro que Amy está deseando ocuparse de algunos títulos.

—Y se lo merece, pero….

—Sam. —Casey me interrumpe y cierro la boca—. Te estoy preguntando si quieres editar el libro que cierra una de las sagas más populares de todos los tiempos. Una que tú creciste leyendo y que, si se publica bien, probablemente marcará tu carrera profesional. ¿Crees que puede interesarte?

—Es nada menos que el sueño de mi vida —reconozco, y juro que le tiemblan los labios.

—Entonces, está decidido. ¿Tienes tu pasaporte en regla?

—Creo que sí. —Me remuevo en la silla mientras Melville se despereza y se acomoda en el alféizar—. ¿Lo sabe alguien más?

—Nadie. Vamos a guardar el secreto a petición de Ciara. No le gusta la publicidad.

—Por favor, dime que no es una ermitaña.

Me vienen a la cabeza imágenes de una mujer hostil espiando por la mirilla, pero Casey niega con la cabeza.

—Lo que pasa es que no quiere la presión de ser el centro de atención.

—Pues entonces se ha equivocado de libro —murmuro.

Mi jefe me mira con elocuencia.

—Puedo pedírselo a Laura si tú no…

—No —me apresuro a decir—. Perdón. Es que son muchas cosas que asimilar.

—Ya lo sé. Y sé que estoy desbaratando toda la programación, pero te quiero en esto, Sam. Confío en ti para llevarlo a buen puerto.

—Pero ¿cómo voy a…?

—Te mando un correo con toda la información.

Que, en el lenguaje de Casey, equivale a decir: «Ponte a trabajar».

—Vale, muy bien —contesto justo cuando le suena otra vez el teléfono—. Pues voy a empezar con el traspaso.

—Perfecto. Y una cosa, Sam.

—¿Sí?

—Ponte una camisa, haz el favor.

2
Ciara

CONDADO DE KERRY, IRLANDA
Tres semanas más tarde

Hoy la playa está llena. Supongo que lleva llena desde abril, cuando empezó a hacer buen tiempo, pero hoy lo está especialmente. Deben de haber terminado temprano los colegios. O está todo el mundo haciendo pellas.

Si es así, no los culpo. Mi padre decía que no hay lugar más bonito que Irlanda con sol. Probablemente porque no lo tenemos a menudo. Y menos en la costa oeste, donde llueve la mitad de los días del año. Aquí estamos acostumbrados a las nubes. A que un gris apagado y mortecino coloree nuestro mundo. Así que, cuando las nubes se despejan, cuando esa gran bola de fuego brilla, somos un poco como Dorothy entrando en Oz. La hierba parece más verde, los ríos centellean y todos van por ahí con cara de perplejidad comentando que el otro día durante dos horas hizo más calor que en Sevilla.

«Ahí lo tienes —dicen triunfales—. ¿Dónde se ha visto nada igual?».

Precioso. Al menos durante un día o dos. Porque la cosa es que, cuando no estás acostumbrado a mucho más, cuando vives en edificios diseñados para conservar el calor dentro y todo tu ecosistema húmedo-compatible se ha desarrollado alrededor de esa lluvia de la que tanto te quejas, llega un momento en que empiezas a añorar un poco de brisa. Una prenda de vestir que no esté completamente sudada. Y, mientras atiendo la diminuta camioneta de batidos de frutas en esta tórrida tarde de mayo y miro a una madre solícita embadurnar a su niño pequeño de protección solar de la cabeza a los pies, me pregunto cuánto tiempo más mis paisanos, estas gentes insulares, gentes de «espera un momento que cojo una chaqueta», van a seguir fingiendo que disfrutan de esto.

—¿Se puede saber qué haces?

La voz de Maddie atraviesa el estrecho espacio de la gastroneta y suena tan furiosa que bajo la vista para asegurarme de que aún estoy pelando plátanos y no asesinando a un niño, por ejemplo.

—¡Ciara!

—¿Qué? —exclamo mientras entra hecha una furia—. No me grites, que estoy con la regla.

—De eso nada. Estamos sincronizadas. ¿Dónde está Natalie?

—La he dejado irse pronto.

—No puedes hacer eso. No trabajas aquí.

—Y al parecer ella no lo sabe.

Maddie me quita la piel de plátano de las manos y la tira a una bolsa de basura antes de fulminarme con la mirada.

—Se supone que tienes que quedarte en casa. Escribiendo.

—Estoy tomándome un descanso.

—Estás procrastinando.

—Y de paso proporcionándote mano de obra gratuita. Estoy haciendo batidos —añado cuando se dispone a llevarme la contraria —. No me he ido a trabajar a la mina. Además, tienes aire acondicionado. —Cojo el ventiladorcito portátil del estante y me lo acerco a la cara—. Estamos en plena ola de calor.

—Vamos a estar un par de días a veintitantos grados. No puede decirse que sea una ola de calor.

—Dicen que vamos a seguir así todo del verano. Las tiendas se han quedado sin crema con factor de protección 50.

—De eso nada.

—El asfalto de las calles se está derritiendo.

—Sal de mi camioneta.

—En cuanto atienda a este caballero.

Aparto a Maddie y sonrío al hombre que se acerca al mostrador. Es mono. Tiene un aire surfero. Debe de ser un turista. Se distinguen porque son de las pocas personas que no tienen pinta de estar muriéndose de un golpe de calor.

—Muy buenas —me dice con una sonrisa—. ¿Qué tal llevas la tarde?

—Bueno, las ha habido peores. ¿Qué te apetece?

Pide lo primero que hay en la carta y casi sin mirar.

—Ponme un *banana crush*.

—Excelente elección. Por suerte, ya casi lo tengo preparado —le digo a Maddie, que resopla mientras empieza a servir hielo—. ¿Lo quieres con miel?

—Me encantaría… —Escudriña mi placa identificativa—. Ziara.

—Se pronuncia Kiira. Con K.

—Es chulo.

—Son cuatro cincuenta.

Maddie aparece a mi lado con el lector de tarjetas y el hombre traslada su atención a ella. No deja de sonreír.

—Y tú, ¿cómo te…?

—No. Pague usted. Gracias.

Vaya, no está de buen humor. «No es por ti», quiero decirle a don Coqueteo, pero entonces veo que me está mirando las tetas y guardo silencio.

—Tu don de gentes es la clave del éxito de tu negocio —le digo a Maddie cuando el hombre se va.

No me hace ni caso.

—¿Has dormido bien? —me pregunta.

—Sí.

—¿Seguro?

—No sé, Mads. Estaba dormida.

Al menos durante una o dos horas.

Esta mañana me he despertado con un nudo de angustia en el estómago tan apretado que tuve que quedarme tumbada hasta que las ganas de hacer pis me obligaron a levantarme. Y después lo intenté. Me duché, me vestí, encendí el ordenador y abrí todas las cosas que tenía que abrir, pero en la habitación hacía demasiado calor y tenía la mente demasiado en blanco, y cuando bajé a la cocina me encontré con que el fregadero goteaba, el congelador no congelaba y una de las fotografías que había colgado la semana pasada se había caído al suelo y había diseminado cristales por todas las baldosas. Y, por si todo eso fuera poco, John, mi cartero, se presentó en casa con el fajo habitual de siete cartas de

admiradores dirigidas a mi padre y tuve que buscar una caja nueva donde meterlas porque las otras ya estaban llenas.

Me cae bien John, pero siempre me trae siete cartas, un número tan exacto que empiezo a pensar que me miente. Como si tuviera muchas más pero pensara: «Siete son suficientes. Siete podrá gestionarlas».

Bueno, pues lo lleva claro.

Porque no puedo gestionar nada.

Y, por cómo me está mirando Maddie ahora mismo, creo que lo sabe.

—No he mandado a Natalie a casa —digo—. Está haciendo un descanso. Vuelve en cinco minutos.

Ella se limita a menear la cabeza.

Últimamente lo hace mucho, pero lo entiendo. Su exasperación es fruto de la preocupación, la cual es fruto del cariño porque es mi mejor amiga desde que éramos pequeñas, lo que significa que no puede librarse de mí. Y desde que volví aquí para cuidar de papá viene por casa un día sí y otro no para ver cómo estoy. En plan «estaba aquí al lado» cuando vive a una hora en dirección contraria. Pero sigue haciéndolo. Porque ella es así. Estuvo a mi lado durante toda la enfermedad de mi padre y después en su funeral. Me dejó hacer duelo y llorar y pasarme días en la cama, y ahora, a paso lento pero seguro, está haciendo lo posible por asegurarse de que no me quedo así para siempre.

Que es la razón por la que no estoy enteramente convencida de que uno de estos días no me vaya a despertar encadenada a mi portátil.

—¿Dónde andabas, por cierto? —pregunto—. He estado aquí veinte minutos enteros sin supervisión.

—He ido a ver el café —dice comprobando las reservas de fresas —. Uno de los tablones que tapian la ventana se ha aflojado y he descubierto que puedo ver el interior si guiño mucho los ojos.

—Eso es… —Meneo la cabeza—. Tienes un problema, ¿lo sabes?

Su expresión se vuelve soñadora.

—Lo sé.

Maddie es la orgullosa propietaria de este *foodtruck* de *smoothies*, pero no es exactamente su sueño. Su sueño es un edificio abandonado y en ruinas desde hace tiempo que está a diez minutos subiendo por la carretera. Quiere abrir un café allí algún día, pero para eso hace falta mucho dinero y los bancos no están precisamente haciendo cola para conceder créditos a negocios de temporada que están cerrando por todas partes.

Aun así, Maddie trabaja y ahorra y mantiene viva su ilusión, así que le viene bien cualquier ayuda gratis.

Le sonrío esperanzada.

—¿Quieres que me encargue de la máquina de helados?

—Quiero que te vayas a casa y te pongas a escribir —dice—. O por lo menos duermas un poco. Tienes cara de agotada.

—Gracias por el cumplido.

—Es la verdad. ¿Has leído el artículo sobre el insomnio que te mandé?

La última vez que comprobé mi bandeja de correos recibidos había mil doce sin leer, así que… no.

—Voy a estar fenomenal —le digo mientras intento atraer la atención de dos chicas adolescentes que pasan.

Pero parece que lo que les apetece es comida rápida, así que van a directas a la camioneta de hamburguesas aparcada a nuestro lado. Nuestros vecinos tienen un poco amargada a Maddie, porque se suponía que su *foodtruck* iba a ser la única este verano, y hace una mueca de desagrado cuando ve a las chicas.

—No hacen más que llegarme sus pedidos.

—¿Qué pedidos?

—Los de Shane —dice, como si solo el nombre bastara para ponerla de mal humor.

—¿Los de Burger Boy's?

—Nunca pone su nombre en el albarán, así que me lo dejan todo a mí porque soy la única que está por las mañanas. Lo que significa que tengo que revisarlos y luego ir a entregárselos.

—Y desplazarte tres metros a la izquierda.

—Es una cuestión de principios —dice acercándose una botella de agua fría a la mejilla.

—Ve a hablar con él. Dile que vas a dejar de ocuparte de sus cosas.

—¡Lo he intentado! Pero nunca está. Lo más probable es que gestione el negocio desde algún ático de lujo. ¿Qué te apuestas a que tiene un puesto en cada playa del país?

Asiento con la cabeza, aunque he oído esta cantinela unas cien veces ya. Lo entiendo. A Maddie le preocupa la competencia. Pero tampoco es que vayan a faltarle clientes en los próximos meses. Este sol ha venido para quedarse.

—Igual deberíamos empezar a servir en mesas —digo—. Podríamos preparar batidos en tandas.

—¿No te he dicho que te fueras?

—Y buscar una bandeja para…

—Ciara. —Maddie me pone las manos en los hombros y su mirada es tan franca que casi me pone nerviosa—. Eres la amiga más guapa, con más talento y más maravillosa que podría tener. Te quiero con todo mi corazón y doy las gracias todos los días al universo porque creciéramos las dos en el mismo sitio y al mismo tiempo, pero, si no te vas a casa en los próximos cinco minutos, ten por seguro que te voy a volcar un cartón de yogur en la cabeza.

—Eso es desperdiciar comida.

—Sal de mi camioneta.

Y, cogiéndome con firmeza del hombro, me saca de allí.

Treinta minutos más tarde, apago la radio y aparco en la puerta de mi casa, echando ya de menos la distracción de la presencia de otras personas. El aire acondicionado de mi coche es más bien flojo y noto que empieza a dolerme la cabeza, un latido sordo en el arranque de la nuca que lleva amenazándome todo el día. Últimamente tengo muchos dolores de cabeza, pero supongo que no dormir más de tres o cuatro horas cada noche es lo que tiene. No hace falta que me lo diga un médico.

Aunque este parece especialmente fuerte, así que cojo el bolso del asiento del pasajero y busco un analgésico justo cuando mi teléfono se enciende con un mensaje de texto de Maddie.

Probablemente no debería haberle contado lo del ofrecimiento de la editorial para escribir *La última montaña*. Si soy sincera, lo hice con la esperanza de que me disuadiera. Pero no. Le pareció que el libro era una gran idea. Que escribirlo me transportaría en alguna

clase de viaje mágico a través del duelo del que saldría recuperada. Ahora entiendo que debería habérselo ocultado, como he hecho con todos los demás, pero a Maddie se lo cuento todo y así me va.

Me manda un link a otro artículo más.

Creo que deberías echarle un vistazo. Es sobre el bloqueo de escritor.

Me tengo que reír.

Bloqueo de escritor.

Yo no tengo bloqueo de escritor. Tengo un padre muerto y un montón de facturas que pagar. Tengo bloqueo vital.

Además, a papá nunca se le hubiera ni pasado por la cabeza tener algo así. Siempre decía que le faltaba tiempo. Basta echar un vistazo a su bibliografía para entender por qué. Escribió veinticuatro novelas a lo largo de su vida. Veinticuatro novelas, once relatos y toda una biblioteca de borradores, apuntes y pensamientos. Estuvo años siendo profesor de día y contando historias de noche, y todo mientras me criaba a mí como padre soltero. Y, de no haberse inventado el mundo de Ravian, así habría seguido.

Yo tenía siete años cuando ocurrió. Cuando su sueño se hizo realidad. El primer libro de una colección nueva se publicó y recibió un puñado de críticas entusiastas. Por entonces pocos títulos de literatura fantástica llegaban al gran público. Estaban relegados a los estantes del fondo de las librerías, escondidos. Pero este continuó vendiéndose gracias a un boca a boca potente y apasionado, y para cuando salió el segundo, dieciocho meses después, fue recibido como la novela más esperada de la década.

Y entonces mi padre hizo una cosa mágica.

Lo consiguió otra vez.

Y otra y otra y otra más.

Yo al principio no lo entendí. Estaba acostumbrada a ver su cara en el periódico local. Me resultaba lógico. Éramos de un pueblo pequeño. Por supuesto que todos conocían a mi padre. Todos conocían a todos.

Hasta que no me hice mayor y empecé a viajar no comprendí la verdadera dimensión de lo que ocurría. Alemania en un viaje con el colegio. Francia en un intercambio de verano. Versiones traducidas con cubiertas raras en paradas de autobús en España. Una mujer leyendo un ejemplar en un avión con el lomo tan gastado que me sorprendió que no se le desintegrara cada vez que pasaba de página.

Pero, a pesar de esta recién estrenada fama, nuestra vida no cambió. A papá no le interesaba demasiado el dinero. De hecho, se pasó casi toda su carrera profesional regalándolo. Bolsas de estudios, becas, premios. No hay una sola universidad en Irlanda que no tenga una placa con su nombre. Y su generosidad no se limitaba al mundo literario. Albergues para perros, refugios para gatos. Un desconocido que necesitaba atención médica. Patrocinaba las camisetas del equipo de fútbol local. El dinero era para gastarlo y la vida para vivirla. No era irresponsable. Simplemente no creía en guardárselo para él.

Aunque sí hizo una compra para nosotros dos. Una compra muy grande y desaconsejada, de esas que todos deberían hacer al menos una vez si su vida y su suerte cambian drásticamente y para bien.

Compró la casa frente a la que estoy sentada ahora mismo.

Una hectárea y media de terreno, tres plantas, dos habitaciones escondidas detrás de librerías y ningún estilo arquitectónico identificable.

Estaba obsesionado con ella. Lo mismo que sus lectores. Quizá porque mi padre solo les enseñaba fragmentos de ella. Atisbos de fondo en las fotografías de las solapas. Breves descripciones en artículos que escribía.

Creo que le tenía más cariño a esta casa que a sus libros.

Y cuando murió me la dejó en herencia.

Y me está arruinando la vida.

El problema de las casas grandes es que necesitas una cantidad de dinero igualmente grande para mantenerlas. Sobre todo si se caen a trozos. Y, aunque no se caigan a trozos, están el impuesto sobre los bienes inmobiliarios, sobre la propiedad inmobiliaria y un millón de otras maneras más de gastar un dinero que no tengo.

Sé qué sería lo inteligente. Lo más fácil. Venderla por una pequeña fortuna y liberarme. Compradores no faltarían.

Pero no puedo venderla.

No quiero.

Papá quería que yo tuviera esta casa porque era su sitio preferido del mundo. No quería que fuera de nadie más. Y en mi fuero interno y siendo egoísta, sé que renunciar a ella sería como despedirme definitivamente de él. Y todavía no estoy preparada.

Así que, cuando hace unos meses me llegó un correo de su editor, le contesté. Y después de unos días de conversaciones, cuando Casey Richardson me ofreció dinero suficiente para solucionar todos mis problemas, dije que sí.

Solo tenía que hacer lo imposible. Escribir el último libro de la saga de Ravian.

En su momento pensé: «¿Por qué no? Ya he escrito libros antes». Y lo que me decía Casey en aquel primer correo era verdad. Nadie conoce ese mundo mejor que yo. No podrían aunque quisieran. Por mucho que debatan en foros, que escriban *fan fiction* y hayan crecido enamorados de esos libros, no tienen ni de lejos la información a la que tengo acceso yo. Los cuadernos llenos de la pulcra letra de mi padre. Los mapas esbozados en servilletas. Todas las ideas para las historias que no le dio tiempo de desarrollar.

Me documenté y escribí los primeros capítulos como en un trance, sin pensar en nada que no fuera el dinero. Pero en cuanto Casey me dio el visto bueno, en cuanto esto se convirtió en una realidad, fue como si hubiera caído un telón en mi cerebro y todo se detuvo.

Desde entonces estoy atascada.

Me llega otro mensaje de Maddie, otro vínculo a otro artículo, y me meto en la boca las pastillas para el dolor de cabeza y me las trago sin beber nada mientras reclino el respaldo de mi asiento.

Como si acabara de dar permiso a mi cuerpo, el agotamiento se adueña de mí y, a tientas, enciendo la radio y dejo que las sosegadas voces que hablan del tiempo tan caluroso que hace acallen todo lo demás.

Descansar.

Aunque sea unos minutos.

Solo unos minutos y luego ya lo solucionaré todo.

3
Sam

Hay momentos en que sabes que las elecciones que haces cambiarán para siempre tu vida. Escoger una universidad. Decidirte por una profesión. Dar un like.

Pero lo que esas elecciones no pueden predecir, lo que es imposible presagiar son todos los pequeños momentos que ocurren como resultado de ellas. Enterarte de que eres alérgico a los hámsteres porque tu compañero de habitación insiste en tener uno. Estar al borde de la congelación después de dormir a la intemperie para comprar entradas para un concierto porque tienes veintiún años y eres tonto.

O encontrarte a casi cinco mil kilómetros de tu casa intentando conseguir más de una barra de cobertura con el teléfono porque a los trece años leíste un libro determinado y no miraste atrás.

—Espera —digo a la voz entrecortada de Amy. No son ni las diez de la mañana en Nueva York y ya ha intentado llamarme dos veces —. No te oigo.

Abandono la tienda cerrada por la que he intentado escudriñar y cruzo corriendo la calle hasta un pub y me paro debajo de un cartel que dice «Guinness es buena para ti».

—¿Qué has dicho? —pregunto mientras su voz va y viene.

—He dicho que si te acuerdas de cuando en mi entrevista de trabajo te comenté que mi sueño era ser editora.

—Sí.

—Pues lo retiro —dice abruptamente—. No quiero ser editora. Quiero trabajar en producción con la gente maja.

Me espanto una mosca de la cara y me apoyo en la pared. Me he vestido de entretiempo tal y como recomendaba la guía, pero hoy el sol aprieta y ya estoy sudando.

—¿Por fin se te ha caído la venda de los ojos? ¿Qué llevas? ¿Dos días sin mí?

—No estoy hecha para trabajar con autores.

—Pediste trabajar en el libro de Paul.

—Fui demasiado ambiciosa, Sam. No sé qué decirte. Yo soy Ícaro, Paul es el sol y mis alas son mi ambición, deshilachándose hasta desaparecer. Que sé reconocerlo cuando me he equivocado es un punto a mi favor. Así que lo admito. No estoy preparada para escalar puestos. Solicito que me bajéis de categoría, por favor.

—Tú mándale por correo el…

—¡Ya se lo he mandado! —exclama, y tengo que sonreír. Amy hace bien su trabajo, lo que pasa es que le gusta echarle teatro—. Le escribí con la mayor cordialidad y cuando no contestó escribí a su agente y su agente contestó diciendo que se pondría a ello, pero no lo ha hecho, Sam. No se ha puesto. Ese señor lleva ya un mes de retraso en la entrega del borrador y estoy a puntito de explotar.

—Sé amable —la advierto—. No queremos enemistarnos con ellos.

—Ah, ¿no? ¿No podemos mandarlos a los dos a la selva?

—Envíale otro correo y ponme en copia —le digo—. Es lo único que podemos hacer. Si más adelante se quejan cuando debamos

cambiar la fecha de publicación, tendremos los correos.

—No me pagan lo suficiente para esto. Yo quiero trabajar en libros de autores muertos, como tú.

—Sí, claro, porque esto es una auténtica juerga.

Mi tapadera para los compañeros de la editorial ha sido idea de Casey. Al parecer, estoy aquí para preparar material extra que podamos usar en futuras ediciones. Tampoco es que Casey me diera elección, pero mentir a mi equipo me pone nervioso. Sobre todo porque Laura se mostró de lo más suspicaz cuando se enteró.

—Por lo menos viajas —añade Amy poco menos que gruñendo.

—Esto no es París exactamente. —Miro a mi alrededor en busca de algún signo de vida y me pregunto qué debería hacer. Tengo una habitación reservada en el que parecía ser el único alojamiento del pueblo, pero empiezo a pensar que me han timado. En la calle en la que estoy no hay ni un alma. Sé que no me he equivocado de pueblo porque he pasado un letrero que decía «Carrigwest», pero aparte de eso es como si hubiera entrado en un decorado de película abandonado. Casey me advirtió de que esto era un lugar apartado, pero, excepto por unas pocas casas y una tienda diminuta con un cartel desvaído de «Cerrado para comer» estoy en un lugar perdido.

—¿Y si me planto en su casa?

—¿Eh? —Me vuelvo al oír el débil sonido de un motor.

—¿Y si me planto en casa de Paul en plan «Oye, ¿dónde está ese libro por el que te hemos pagado una cifra de seis dígitos?»? —Parece hablar en serio y eso me preocupa—. Lo haría con mucha educación.

—No lo dudo —digo mientras un Ford desvencijado dobla la esquina—. Pero no. No lo hagas.

—Pero…

—Oye, tengo que dejarte. Aquí hay muy mala cobertura. Lo más probable es que se corte.

—No te atrevas a…

Cuelgo mientras el coche frena a mi lado con un chirrido y se baja un hombre. Tendrá cincuenta y muchos años, es delgado, con calvicie incipiente y una sonrisa cordial.

—¿Así que tú eres nuestro huésped?

Tiene un acento tan fuerte que tardo un momento en descifrar lo que dice.

—Sí, soy yo. Sam Avery.

—Ronan Delaney. —Se pone en jarras y me mira de arriba abajo —. Que sepas que no se permite fumar. Ni drogas tampoco.

—Sin problema.

—Ni mascotas.

—Vengo solo.

—Ni queso.

—Me…, ¿perdón?

—Hace unos años tuvimos un incidente.

—Vale. Nada de queso. Tomo nota.

—¡Genial! Pues vamos a instalarte. —Me coge la maleta y señala el edificio junto a nosotros—. La habitación está encima del pub. No te preocupes —dice al ver mi expresión—. No es gente ruidosa. Pero deberías pasarte luego. Conocer a los paisanos. Eres de Nueva York, ¿verdad? En tiempos tuve un hermano trabajando de albañil allí. Se quedó más de lo que permitía su visado, pero es un buen muchacho. Ahora vive en Brisbane con su señora. ¿Conoces Brisbane?

—No. Me…

—Yo nunca he ido. Está un poco lejos, pero a él le gusta. Al parecer tienen tiburones. ¿Has visto alguna vez un tiburón?

Niego con la cabeza mientras Ronan me lleva a la parte trasera del edificio donde, justo al lado de los cubos de basura, hay una puerta de aspecto endeble que confío en que pasemos de largo, pero no es así.

—No es nada especial —me advierte al abrirla—. Pero nadie se ha quejado.

Me cuesta creerlo. No es que me esperara el Ritz, pero…

Buf.

Detrás de otra puerta al final de una estrecha escalera hay una habitacioncita más austera imposible. Una cama individual con una delgada colcha de flores, una cómoda con un espejo y… nada más. Aparte de las cortinas, que cuelgan lacias a ambos lados de la ventana. Ah, sí, y una fotografía desvaída de John F. Kennedy junto a otra de uno de los papas con un perro de raza indeterminada. Las paredes son blancas. Los muebles son de pino. Huele muchísimo a ambientador químico.

—Toma. —Ronan me da una tira de papel—. Para el wifi. ¿Quieres una silla?

Dudo. No hay una mesa ni nada que requiera una silla, así que…

—No hace falta.

—¿Estás seguro? Puedo subirte una.

—Segurísimo. Gracias.

Dedica otro minuto a enseñarme la habitación. A abrir la ventana (con dificultad). A echar el pestillo (también con dificultad). Me dice que el aparcamiento de fuera es gratuito y que la ducha en el

minúsculo baño es nueva e instantánea, y a continuación me da las llaves, me estrecha la mano y se va.

Deshacer el equipaje no me lleva mucho tiempo. Meto la ropa en la cómoda, pongo el portátil encima y guardo la maleta debajo de la cama. Una cama que a continuación inspecciono en busca de pulgas después de mirar en Google cuáles son los signos de infestación. No encuentro nada; la habitación es un espanto, pero está limpia. Y, puesto que en este pueblo no hay otro alojamiento, saco unas cuantas fotos porque en Nueva York nadie se lo va a creer y llamo a mi hermana porque se lo había prometido.

Contesta a los pocos segundos y se pasa a videollamada, con el consiguiente primer plano de sus fosas nasales.

—Hola. Espera.

—¿Quién es? —chilla uno de mis sobrinos.

—Santa Claus —responde Lizzie—. Quiere hablar de la palabrota que soltaste ayer.

—Billy me dijo que…

La puerta se cierra detrás de mi hermana e interrumpe el discurso indignado del niño.

—¿A que no sabes quién ha aprendido a abrir los armarios de la cocina a prueba de niños?

—Oh, no.

—Oh, sí. Ha sido todo muy divertido.

Se pone el teléfono delante de la cara y lo que veo me hace parpadear.

—¿Qué llevas puesto?

—Una mascarilla facial. Mi piel necesita hidratación.

—Pues bebe agua.

—Jamás. ¿Has llegado? ¿Estás vivo?

—He llegado y estoy vivo. Aunque me duele la rodilla.

—Porque estás mayor. Y eres un rácano. Creía que los viajes de trabajo se hacían siempre en primera clase.

—Trabajo en el sector cultural —digo, y me giro para enseñarle la habitación—. Este es todo el lujo que se pueden permitir.

—Como si te importara —replica con un bufido—. Te podrían alojar en una tienda de campaña y aun así les darías las gracias de rodillas. ¡Vas a editar el libro de Frank Sheridan!

—Yo no hablo así.

—Hablas exactamente así. No hagas como si esto no fuera lo mejor que te ha pasado en la vida.

—No sé si lo diría con esas mismas palabras. —Me siento en la cama y hago una mueca de dolor cuando se me clavan los muelles —. ¿Cómo estás tú?

—He comprado mallas de yoga online y me han mandado dos pares por equivocación. Me han alegrado la semana. Tal cual. ¿Qué tal es Irlanda? ¿Muy verde?

—En realidad no —digo mirando por la ventana—. Bastante marrón. Hay una ola de calor.

—Aun así me das envidia. Invítame a ir.

—Estoy trabajando.

—Con la autora misteriosa —dice burlona.

—No es misteriosa.

—Es muy misteriosa. La he buscado en internet y no he encontrado nada. Es como si hubiera desaparecido de la faz de la tierra. ¿La has visto ya?

—No.

— ¿Y la vas a ver?

Me bombardea a preguntas, pero ya estoy acostumbrado. A Lizzie le encanta dedicarse a criar a sus hijos, pero sé que está loca por mantener conversaciones adultas.

—¿Vas a verla ahora? —insiste mientras oigo el ruido amortiguado de una rabieta en segundo plano.

—Puede —respondo mirando la hora. Pasan de las tres y media de la tarde—. No ha contestado a mi correo, pero Casey me dijo que le escribió para anunciarle mi llegada.

—No ha contestado porque es muy misteriosa. —Oigo un estrépito y contengo un bostezo mientras Lizzie grita a uno de mis sobrinos—. Acuérdate de que tienes que hacerte amigo de ella para que luego pueda yo hacerme amiga de ella y decir que conozco a alguien famoso. Así que sé guay, ¿vale? No seas tú.

Dejo caer el teléfono a un lado mientras me tumbo en la cama con un golpe seco.

—¿Se puede saber de qué hablas?

—Tú ya me entiendes —dice mientras me froto los ojos. Y añade —: ¿Eso es una foto del papa con un perro?

Una hora más tarde, después de una ducha y una siesta que me ha sentado como un tiro, empujo la puerta del pub del piso de abajo con un trozo de papel en la mano. Casey me mandó un correo con toda la información necesaria en principio, pero la dirección es desconcertantemente simple.

«Ciara Sheridan. Carrigwest».

Pues vale.

El pub parece algo salido de una postal. Pintado de un rojo intenso y con un letrero verde que dice «Delaney's» encima de la entrada, tiene barriles con flores marchitas en el exterior y farolas antiguas a ambos lados de la puerta. Mis ojos tardan un momento en acostumbrarse a la penumbra del interior, pero cuando lo hacen encuentro el sitio acogedor aunque vacío, a excepción de Ronan, que está detrás de la barra haciendo inventario.

—¿Qué tal vas? —me pregunta cuando me ve—. ¿Tienes sed?

—Muchísima. Ponme una Coca-Cola light, si hay. —Me subo a uno de los taburetes y sigo con calor a pesar de haberme cambiado de camisa—. ¿Puedes ayudarme con una dirección?

—Haré lo que pueda —dice, y me da una botella pequeña de cristal y un datáfono—. ¿Estás buscando a tu familia?

—No, estoy buscando la casa de Ciara Sheridan.

Por cómo se le borra la sonrisa, se diría que he añadido: «Para ir a tirar huevos». El ambiente en el pub cambia instantáneamente y la cordialidad de Ronan se evapora.

—He venido a ayudarla con los derechos de la obra de su padre —digo después de un largo silencio—. Me está esperando.

—Ah, ¿sí? —pregunta despacio—. Pero no tienes su dirección.

—Sí la tengo, pero no… —Me callo cuando entorna los ojos—. No contesta a mis correos.

Es todo lo que se me ocurre.

—Pues yo no puedo darte información personal. Por aquí viene mucha gente rara, ¿entiendes?

La verdad es que no, pero como decido que probablemente es lo único que le voy a sacar al repentinamente suspicaz barman, me bebo el refresco más incómodo de mi vida y salgo de allí.

Debe de vivir en algún lugar por aquí cerca. Carrigwest solo tiene unos pocos kilómetros y hasta ahora he visto… ¿cuántas? ¿Seis casas quizá? Vale, ninguna con ese aspecto impresionante que se supone que tiene la casa de Frank, pero no debería ser tan difícil encontrarla si cojo el coche.

Así que eso hago. Con las ventanillas bajadas y el GPS puesto, atravieso despacio el pueblo de una sola calle y a continuación cruzo un bosque y salgo al campo. Las carreteras son más estrechas aquí y están flanqueadas por paredes de piedra gris, pero aparte de unos pocos autobuses turísticos con los que consigo no chocarme, casi no encuentro tráfico.

Ni ninguna otra cosa. Cada desvío que paso lleva solo a chalets pequeños o viejas casas de campo, y estoy sopesando llamar a Casey y preguntarle por qué me odia cuando un poco más adelante veo a un hombre descansando contra una verja con un perro pastor al lado. Al aflojar la marcha, me saluda levantando su bastón.

—Te has perdido, ¿no?

Debe de tener casi noventa años, pero camina hacia mí con paso firme.

—Muchísimo —digo cuando se acerca—. Estoy buscando a Ciara Sheridan. ¿Vive por aquí?

—¿Ciara? —Por un momento su sonrisa se desvanece y con ella mi esperanza; a continuación me mira con expresión astuta—. ¡Así que tú eres su nuevo novio!

Contesto inmediatamente sin pensarlo dos veces. Estoy cansado, tengo hambre y me cuesta conducir por el lado izquierdo de la carretera.

—Sí —digo—. Sí lo soy.

Y no siento culpa alguna cuando se ríe con expresión encantada.

—Pues ya era hora de que te viéramos el pelo —responde señalando con un dedo nudoso por donde he venido—. No estás lejos ya, aunque yo no habría venido por ahí. Habría cogido el desvío en la carretera principal, pero te indico.

Y eso hace, aunque a su manera, y me dirige de vuelta al bosque que acabo de atravesar.

—Si llegas a la casa roja es que te has pasado. Pero, si ves un caballo, entonces es que aún te falta. ¿Lo entiendes?

La verdad es que no. Una vez más. Pero aun así sonrío. Me hace repetirlo varias veces hasta que se queda contento y entonces da una palmada en el techo del coche y me dice adiós con la mano.

Y aunque sus indicaciones puedan ser poco ortodoxas, también funcionan, y quince minutos después enfilo un camino de tierra sin señalizar y rodeado de gruesos árboles. No lo vi cuando pasé antes, pero ahora que sé lo que busco me resulta obvio.

Hasta que no cojo el camino no empiezo a ponerme nervioso y la emoción me hace conducir a paso de tortuga. Desde que Casey me habló del libro, me he centrado tanto en llegar aquí y encontrarme con Ciara que ni he tenido en cuenta el hecho de que también voy a ver su casa. La casa de Frank.

La casa.

La mera idea me hace detener el coche, salir de él y caminar unos pasos para soltar el exceso de energía. Me considero un hombre adulto y estoy aquí para hacer un trabajo importante, pero creo que incluso Casey comprendería mis nervios al tomar conciencia de que estoy a punto de ver aquello con lo que sueñan muchos lectores de Frank. Tengo que hacer fotos. Al menos para Lizzie. Y para mi

antiguo compañero de cuarto de la universidad, que estaba tan obsesionado con los libros como yo. Y para un par de amigos que…

Y por qué no, oye. A tomar por saco.

Hay un camino bien visible a través de los árboles y me dirijo hacia el alegre bosque decidiendo que voy a dar una vuelta por el lugar antes de presentarme. Parece que voy en la buena dirección y al poco atisbo una abertura entre las hojas, un destello de luz de sol brumosa sobre hierba sin segar. Me dispongo a acelerar el ritmo mientras saco el móvil, pero no consigo dar un paso más.

Al principio pienso que me he resbalado en el barro y levanto las manos para recobrar el equilibrio, pero, cuando adelanto un pie, no encuentra más que aire. Ocurre tan deprisa que no me doy cuenta de que me estoy cayendo hasta que aterrizo, con el teléfono en la mano y el culo en el suelo, en el fondo de lo que parece ser, a primera vista y también a segunda, un agujero gigantesco.

4
Ciara

Un grito me despierta tan bruscamente que me enderezo de golpe y por un momento no sé dónde estoy. Tengo el corazón a mil por hora. Mi cerebro grita: «Peligro». Pero lo único que me pasa es que tengo tortícolis y la boca seca por haberme quedado dormida.

Por lo menos aún es de día, el sol brilla en el cielo cuando salgo del coche e inspecciono los alrededores. Puede haber sido un sueño, pero ha sonado demasiado real, y cuando presto atención lo oigo otra vez.

Por su procedencia, tengo claro lo que ha pasado, fundamentalmente porque Maddie hizo lo mismo hace unos años un día que iba muy borracha. Y, cuando me meto por entre los árboles y me asomo al agujero del claro, mis sospechas se ven confirmadas.

Hay un hombre en mi hoyo.

No me ha oído acercarme: está demasiado ocupado intentando salir por el otro lado, así que puedo estudiarle la nuca y a continuación el resto del cuerpo sin que se dé cuenta. De haber ido vestido de negro y con un pasamontañas, es posible que hubiera salido corriendo de allí, pero lo que lleva son unos vaqueros manchados y una camiseta blanca zarrapastrosa que seguramente no estaban ni manchados ni zarrapastrosa hace unos minutos.

Lo observo hacer un último y admirable intento por salir antes de rendirse.

—¿Hola? —llama con las manos a modo de bocina.

—Hola.

Se da la vuelta y me mira con una expresión que, de tan sorprendida, casi resulta cómica.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

Su tono es bastante exigente para alguien que está atrapado en un agujero, pero puede deberse a que es estadounidense, así que lo dejo pasar.

—Unos diez segundos —digo—. ¿Necesitas ayuda?

—Por favor.

Levanta una mano para enjugarse el sudor y me quedo un momento en blanco al verle la axila. A ver, no estoy tan soltera que la mera visión de un tríceps musculoso me deje sin palabras. Pero sí lo hace un sencillo tatuaje negro en ese lugar. La marca pequeña pero inconfundible y en espiral de Finn, el héroe de los libros de Ravian.

—¿Tienes una cuerda? —pregunta el desconocido, pero mi preocupación ha mutado en sospecha.

—¿Qué haces ahí abajo?

Parece perplejo.

—Pues me he caído.

—No, a ver. —Por Dios—. ¿Por qué estás aquí? Esto es una propiedad privada.

Claro que eso no ha disuadido a nadie antes. Puede que no se caigan todos al hoyo, pero no sería la primera vez que uno de los admiradores de papá viene a merodear por la casa. Después de su

muerte, la cosa se puso tan fea que durante unos días mandaron a un agente de la Garda a patrullar. El hombre no llevaba más que unas horas de servicio cuando pilló a alguien espiando por una ventana.

Pero el chico que me mira no parece sentirse culpable de nada. Se limita a fruncir el ceño. Como si yo fuera la que está haciendo algo mal.

Carraspeo e intento adoptar un tono de autoridad.

—Estás allanando una propiedad privada y…

—¿Eres Ciara? —pregunta, y me interrumpo sorprendida—. ¿Ciara Sheridan? —añade mientras yo saco mi teléfono.

—Estás allanando esta propiedad y eres un…

—Editor —me interrumpe—. Soy tu editor.

¿Perdón?

—Me manda Casey —continúa cuando yo no digo nada.

—¿Conoces a Casey?

—¿No te llegaron los correos?

—Me llegan muchos correos.

Pero mientras lo digo me viene un recuerdo a la cabeza. Yo diciéndole a Casey que no puedo ir a Nueva York. Casey diciéndome que podemos trabajar aquí. Pero entonces llegaron los contratistas con el presupuesto para el aislamiento y los jardineros dijeron que se retrasarían hasta agosto y llamaron de un refugio para burros de Inglaterra porque al parecer papá había donado una suma de dinero desproporcionada antes de morir y querían ponerle su nombre a un burro y saber si me parecía bien y si me gustaría ir a conocer al burro, así que no, no recuerdo ningún correo explicándome lo que sea que esté pasando ahora mismo.

—Soy Sam Avery —dice hablando despacio como si quisiera asegurarse de que le entiendo—. Soy editor en Richardson Books. Casey me ha puesto a cargo de *La última montaña*. Estoy aquí para ayudarte con el libro.

Mientras habla, entro en la página web de la editorial. Tardo dos clics en encontrarlo. Unas breves líneas biográficas y una versión mucho más nítida y limpia de él sonriendo delante de unas estanterías con libros.

Ahora en cambio no sonríe.

—Mierda.

Sam levanta las cejas y me doy cuenta de que he hablado en voz alta.

—Perdón —digo—. Perdón. Me… ¡No te muevas!

—Como si pudiera —murmura, pero no tengo tiempo de preocuparme por su sarcasmo porque me voy corriendo al cobertizo al fondo del jardín y saco la vieja escalera. Pesa demasiado para cogerla, así que termino arrastrándola por la hierba y chocando con ella contra todos los árboles en mi camino, pero consigo volver al agujero donde, como era de prever, sigue el hombre.

—Vale, apártate —le indico—. Voy a bajarla.

Esa resulta ser la parte fácil. La tierra está seca, así que no hay resbalones mientras Sam me ayuda a bajar la escalera al hoyo. Sube por ella tan deprisa que tengo que retroceder para que mi frente y la suya no choquen, y justo en ese momento se endereza. Mide más de un metro ochenta.

No tiene pinta de editor. Por lo menos no se parece a los que he conocido hasta ahora. Personajes de otra época, tipo Casey, que me recordaban a mi padre y, por lo general, vestidos con distintas

versiones de chaquetas de esmoquin. Este tipo debe de tener treinta y pocos años. Pelo corto oscuro. Ojos marrones rasgados. Nariz recta; cara de cansado. En la mandíbula tiene una leve irritación por haberse afeitado y lleva un smartwatch.

—¿Has puesto trampas cazabobos en la casa?

—¿Qué?

Señala el hoyo.

—Ah. No. —Aunque no es mala idea—. Eso lleva tiempo —añado poniéndome a la defensiva—. Se me olvidó que está aquí. Lo cavé cuando era adolescente.

Separa los labios como si fuera a decir algo, pero de ellos no sale sonido alguno.

—Suena peor de lo que es —continúo, y empiezo a sentirme ridícula—. Quería saber cómo de profundo tenía que cavar para esconder un cuerpo.

Por Dios, Ciara.

—Antes escribía novela policiaca —me apresuro a añadir antes de que le dé tiempo a decir nada—. Estaba escribiendo un libro sobre un sicario por accidente y quería ser lo más exacta posible, así que cavé un hoyo para ver cuánto se tardaba. Fue un trabajo de documentación.

—¿Por qué se hace alguien sicario por accidente?

—Por mala suerte.

Sam me mira un largo instante antes de fijar la vista en el hoyo. Ese al que me gustaría poder saltar ahora mismo. Pero, cuando vuelve a mirarme, parece interesado.

—¿Cuánto tiempo?

—¿Cómo?

—¿Cuánto tiempo se tarda?

Vacilo, pero parece hablar en serio.

—Dos días. O al menos yo tardé dos días en cavarlo. Seguramente debería haber parado, pero mi primo decía que no sería capaz y se convirtió en una cuestión de «Te vas a enterar», así que… Estoy desbarrando. Perdona. ¿Estás herido?

—Mortalmente no.

—En casa tengo un botiquín —le ofrezco, y sus ojos me miran con un interés tan evidente que casi me da risa.

Casi.

Porque conozco esa mirada. Me he pasado prácticamente toda mi vida adulta enfrentándome a esa mirada, aprendiendo a reconocerla para poder mantenerla muy muy lejos.

Casey ha mandado a un fan.

Mi sentimiento de culpa por el hoyo se disipa.

Llevo toda mi existencia tratando con hombres así. Personas que se acercan a mí solo porque querían acercarse a mi padre. Necesité dos novios de mierda para detectar la tendencia, porque me sentía demasiado halagada por su interés para ver a qué obedecía en realidad. Y no me ha pasado solo con novios, también con amigos. Compañeros de clase, colegas…, he perdido la cuenta de las personas en mi vida que me veían solo como una prolongación de él y no por mí misma. En la universidad, iba por la mitad de la carrera cuando me inventé una regla por la que sigo guiándome.

No hacerme amiga de gente que lee.

Y menos de gente que lleva tatuajes de Ravian en el brazo.

—¿No te importa? —me pregunta cuando no me muevo.

Pues sí.

—Claro que no. —Me obligo a sonreír. Profesional. Tengo que ser profesional—. Vamos a curarte.

Le hago un gesto nada natural y del que me arrepiento inmediatamente para que me siga y dejo la escalera donde está antes de emprender el corto camino hasta la casa.

—De verdad que lo siento —digo cuando veo que cojea un poco —. Debería poner un cartel o algo. ¿Has venido andando?

—Eh…, no. En coche.

—Pero el bosque…

—Sí. —Se le pone rosa el cuello—. He aparcado en la carretera. Pensé que… ¿Qué pasa?

Extiendo un brazo para evitar que dé un paso más y me llevo un dedo a los labios al ver un coche que reconozco aparcado junto al mío. Dentro del cual no hay nadie.

Me tiro al suelo inmediatamente.

—Agáchate —susurro.

Sam me mira como si me faltara un tornillo.

—¿Perdón?

—¡Que te agaches! —Le tiro de los vaqueros para dar énfasis y se agacha despacio a mi lado hasta que lo tapa la hierba crecida.

En ese momento aparece alguien por el costado de la casa y Mary Macken grita mi nombre.

—¿Se me permite preguntar? —murmura Sam mientras Mary deja dos botellas de leche en mi porche.

—Es mi peor enemiga.

—¿Tu peor enemiga es una repartidora de leche?

—No es la repartidora de leche. Solo me la trae de vez en cuando.

Sam se calla y Mary empieza a llamar a la puerta.

—No te lo tomes a mal —empieza a decir—, pero están siendo los veinte minutos más raros de mi vida.

Cuando lo miro, nuestros ojos se encuentran y me olvido hasta de lo que estamos haciendo.

—¿Por qué te trae regalos? —pregunta.

—¿Mary? Se siente en deuda conmigo.

—Así que en deuda.

—Su marido se quedó sin trabajo durante la recesión y papá le encargaba cosas como excusa para poder darle algo de dinero. Recados, trabajo doméstico ligero, ese tipo de tareas. No era más que un pretexto para ayudarlos, pero ya no lo necesita. Ha sido funcionaria cuarenta años, tiene una pensión buenísima. Pero desde que murió papá no deja de traerme cosas.

—Pues suena muy agradable.

—No lo es.

—¿Por qué?

—Porque ¿para qué quiero dos pintas de leche? —susurro—. ¿O una caja de bombones caducada hace cinco Navidades? No lo hace para ser agradable. Lo hace para meterse en casa. Y si la invito a entrar no se irá nunca. Y tú sigues mirándome como si yo fuera una persona horrible porque no te lo he explicado bien. La he pintado como alguien amable y generoso sin suerte en la vida, pero no es así; es la cotilla del pueblo y no le cae bien a nadie. Se dedicará a señalar con el dedo todas las cosas que estoy haciendo mal y a contarme todos los rumores que ha oído. Y eso mientras fabrica rumores sobre mí, así que créeme cuando te digo que tenemos que quedarnos aquí hasta que se…

Me interrumpo con un respingo cuando Sam me da un papirotazo en el brazo.

—Tenías una araña —dice, y mi corazón da un extraño vuelco—. Así que te trae regalos, pero solo para que te sientas obligada a hablar con ella.

—Es una táctica muy vieja.

—¿Cuánto tiempo suele quedarse?

—Un par de minutos.

Sam no dice nada, supongo que porque está asimilando la importancia de lo que acabo de contarle y buscando una postura más cómoda. La hierba se mueve a su alrededor cuando lo hace, pero por suerte Mary no está mirando hacia donde estamos.

—¿Y qué tal va la cosa? —pregunta.

—¿El qué?

—El libro. ¿Qué tal va?

—¿Quieres hablar del libro?

—¿Es un mal momento?

Me aparto de la cara un diente de león que me está dando ganas de estornudar. Seguimos susurrando, lo que hace la situación todavía más ridícula.

—Estamos agachados en un prado.

—Y por lo que me has dicho, vamos a seguir aquí un rato. —Parece hablar completamente en serio, tanto que no me extrañaría verlo sacar papel y bolígrafo del bolsillo—. Leí los capítulos que le mandaste a Casey. Los dos opinamos que están genial.

—Ajá —digo distraída mientras Mary escudriña los árboles.

—Y se ve que sabes lo que haces. El suspense de las primeras páginas es increíble.

—¿Pero?

Ya he pasado por esto antes. Está siguiendo la estrategia clásica del editor: hacerme sentir cómoda para, acto seguido, destrozarme. «¡Gran trabajo! Solo tengo una sugerencia: ¿y si reescribimos el argumento entero? ¡Hablémoslo!».

—Pero —prosigue— aún queda mucho trabajo y solo voy a estar aquí unas semanas. Sería estupendo que me mandaras más páginas esta noche para que me haga una idea de cómo vas. Lo que tengas.

—No puedo.

—Da igual si están sin pulir. Créeme, he visto de todo.

—No es que las páginas estén sin pulir. Es que no están escritas. Y me… —Por fin. Suspiro cuando Mary se rinde y vuelve a su coche. Hace ya treinta segundos que tengo calambres en la pierna—. Un minuto más solo, te lo prometo —digo mientras Mary se sube al coche—. Hasta que haya vía libre.

—¿Qué quieres decir?

—Es que a veces se queda ahí metida hasta que…

—Me refiero al libro —me interrumpe Sam, y lo miro.

—¿Qué quieres decir con que qué quiero decir?

—¿No has escrito nada más?

—Eso ya se lo dije a Casey —respondo poniéndome a la defensiva.

—Le dijiste que te estaba costando trabajo, no que hubieras dejado de escribir.

—Eso es lo que significa costar trabajo.

—No. Significa… significa —repite en voz más baja cuando lo miro furiosa— que te está costando trabajo. ¿Me estás diciendo que no has escrito nada más? Llevas meses sin mandarle ni una página a Casey.

—He estado ocupada.

—¿Haciendo qué? ¿Cavando más agujeros?

—Estoy…

Agacho la cabeza cuando Mary arranca su coche. Para mi sorpresa, Sam hace lo mismo.

—Esto es absurdo —dice, pero no se levanta. Al contrario, se agacha más—. Y me preocupa que no estés más preocupada.

—¿Por qué tendría que estarlo?

—Porque tienes que entregar una novela de doscientas cincuenta mil palabras antes de final de año y no pareces nerviosa. De hecho, estás…

Frunce el ceño cuando le hago un nuevo gesto para que se calle.

No ha sido buena idea. Aprieta los labios hasta que casi desaparecen y menea la cabeza con firmeza.

—Creo que debería volver mañana.

—Pero el botiquín está…

—No me pasa nada. Solo necesito una ducha.

Me quedo cortada, consciente de que le ha cambiado el humor.

—Mira… —empiezo a decir, pero no quiere oírme.

—Firmaste un contrato. Y sé que es difícil, pero hay mucha gente esperando este libro. Hay muchas cosas que dependen de él y tienes que tomártelo en serio.

—¡Lo estoy haciendo!

—No contestas las llamadas de Casey. Ni siquiera sabías que yo iba a venir. ¿Y ahora me dices que no has escrito una sola palabra en dos meses?

—Algo sí he escrito.

—Demuéstralo —dice poniéndose de pie—. Vuelvo mañana. —Echa a andar y se vuelve mientras el coche de Mary se aleja—. Un placer conocerte —dice fríamente, y lo miro alejarse por el prado con la boca abierta.

5
Sam

Bueno, pues el primer día de trabajo ha ido mal.

Mal en plan regañar a tu autora.

A tu autora más importante, que además perdió a su padre hace menos de un año y en cuya ayuda tu jefe te ha mandado desde el otro lado del Atlántico.

Me coloco bien la correa de la funda del portátil en el hombro y miro la puerta de la casa de Ciara como si creyera que así fuera a abrirse por ensalmo.

Esta mañana tengo muchísimo jetlag. Anoche no dormí, extrañaba demasiado el lugar para relajarme. Eso y el calor. Mi habitación no tiene aire acondicionado. Ningún sitio lo tiene y, cuando me levanté temprano y fui al pueblo de al lado a comprar un ventilador portátil, en la tienda se rieron de mí y dijeron que llegaba tres semanas tarde.

Así que no ando precisamente sobrado de paciencia mientras espero en el porche como un pringado.

No debería haber sido tan brusco con ella. Debería haberme quedado y haberlo hablado, que es lo que hace un editor. A diferencia de lo que puedan creer mi familia y mis amigos, editar no consiste solo en leer. Consiste en ser gestor de egos y terapeuta

al mismo tiempo. Consiste en saber cuándo aflojar y cuándo insistir, y en mantener la calma cuando alguien se te echa a llorar al teléfono porque no ha entrado en la lista de más vendidos del *New York Times* o te manda un correo de seis páginas explicándote por qué le ha resultado imposible cortar cinco mil palabras y que si yo supiera lo que es escribir lo entendería.

Todas estas cosas son gajes del oficio, pero, por primera vez en mi vida profesional, ayer salté. Y no sé por qué. Me he enfrentado a cosas peores. Paul siempre entrega sus libros tarde y no vende ni la décima parte de lo que va a hacernos vender ella. Pero perdí los estribos.

Igual fue el viaje en avión. O haberme caído a un hoyo. En cualquier caso, da igual. Eso fue ayer y hoy es hoy, y Casey dijo que hay que darle apoyo y es lo que voy a hacer.

El problema es que para poder hacer eso necesito que por lo menos esté en casa.

No tengo ningún número al que llamarla y ahora ya sé que no mira sus correos. Pero aun así saco el teléfono para comprobar que no me ha mandado nada en los últimos minutos. Ese simple gesto hace que me duela el hombro, así que dejo el portátil en el suelo para estirarlo. No es lo único que me duele esta mañana. Me he levantado con cardenales en los sitios más insospechados. Y todo porque a ella se le ocurrió cavar una tumba con fines documentales.

Creo que no quiero ver su historial de búsquedas.

Aburrido, abro Google y trato de encontrar el libro sobre el sicario que mencionó ayer, pero, si lo escribió, no llegó a publicarse. Un vistazo rápido no me da nada con esa descripción, pero sí unos cuantos artículos de cuando se supo que es la hija de Frank

Sheridan. Muchos titulares tipo «De tal palo tal astilla» y un revoltijo de viejas fotos. La más usada es una de los dos juntos firmando ejemplares. Ella no puede tener más de quince años y parece enfermizamente tímida; la melena rubia hasta la cintura le tapa media cara, tiene los hombros encorvados y sonrisa nerviosa.

Ayer no mostraba ese aspecto en absoluto. La mujer que conocí era toda extremidades largas y bronceadas y con una energía chispeante que era casi física. Se movía recta y con aplomo, sin rastro de la timidez tan dolorosamente obvia en la fotografía. Por no hablar de que ya no es rubia. Ahora tiene el pelo castaño. Y lo lleva en una melena corta y despuntada que le tapa la cara cada vez que se mueve.

No me extraña que Lizzie no encontrara ni rastro de ella. Parece otra persona.

Sigo buscando información y llevo leída media entrevista de Frank de hace diez años en un *fan site* cuando oigo acercarse un coche. Un momento después, un pequeño descapotable azul aparece por el camino de entrada y frena delante de la casa. Sale una mujer con una bolsa del supermercado en la mano. Es alta y guapa y viste un chándal azul marino y Crocs rosa chillón. Lleva los rizos rubios recogidos con un coletero y se sujeta las gafas en la cabeza mientras me mira de arriba abajo.

—¿Querías algo? —me pregunta, y me preparo para nuevas suspicacias.

—Vengo a ver a Ciara Sheridan —empiezo a decir—. Soy editor de…

—¿Editor?

Me interrumpo, sorprendido, y ella sube corriendo las escaleras.

—¿Eres su editor? ¿Has venido a hablar del libro? —Se detiene frente a mí con expresión perpleja—. Perdona, ¿pero tú no tenías noventa años o así?

—Ese es mi jefe —explico—. Y creía que nadie sabía lo de…

—Ah, es que yo no soy nadie —me corrige—. Soy su mejor amiga. Y lo sé todo. Maddie Buckley. Sagitario.

—Sam Avery. Eh…, ¿20 de junio?

—Géminis. —Ladea la cabeza, pensativa—. ¿No te sabes tu signo del zodiaco?

—No creo en la astrología.

—Muy masculino por tu parte. —Da un paso atrás—. No le va a suceder nada a Ciara, ¿verdad? Ha estado trabajando mucho; pero está pasando por un momento complicado y…

—No le va a suceder nada —la interrumpo—. Estoy aquí para ayudar.

—Ah, muy bien entonces. —Nos miramos un instante y a continuación sonríe—. ¿Quieres entrar?

—He…

—No te preocupes —dice rebuscando en su bolso—. Tengo llave.

—Lo dices como si no debieras tenerla.

—Ella no lo sabe. Pero ¿qué quieres que haga? ¿Dejarte aquí todo el día? Te derretirías.

—No creo ni que esté en casa.

—Sí está —dice Maddie abriendo la puerta—. Lo que pasa es que sigue durmiendo. Ciara vive de noche. Lo digo en serio —añade al verme reacio—. Pasa.

Me hace pasar, prácticamente me empuja y, antes de que me dé tiempo a pestañear, estoy dentro de la casa de Frank Sheridan.

No es exactamente el momento trascendental que había imaginado. Lo primero que capta mi atención es el papel de pared oscuro y el aire fresco, pero casi no me da tiempo a mirar a mi alrededor porque Maddie me obliga a avanzar. Cuando cierra la puerta, suena un pitido tenue que apaga ante mi mirada curiosa.

—También me sé la combinación.

No digo nada y la sigo hasta la cocina contigua. Esta habitación es más calurosa, con el sol que entra por las ventanas, pero resulta acogedora y cálida, con armarios blancos y encimeras de madera. En los estantes hay tazas de todas las formas y colores, así como plantas trepadoras que dan al espacio un aire silvestre a pesar de los electrodomésticos modernos, como de casa del bosque en un cuento infantil.

—Frank era un gran cocinero —dice Maddie señalando un taburete —. Ciara no tanto, la verdad, aunque la limonada le sale buenísima.

Mientras habla deja su bolso en la encimera, abre la nevera y sirve dos vasos de la mencionada limonada antes de pasarme uno. Espera a que dé un sorbo antes de sacar la compra, fruta y verduras y lo que parece ser un envase con mezcla para hacer *smoothies.*

—Entonces, ¿conociste a Frank? —le pregunto mientras lava y corta un pimiento.

Está haciendo ruido y sin embargo no hay ni rastro de Ciara.

Maddie asiente con un murmullo sin apartar la vista del cuchillo, que maneja con una destreza realmente impresionante.

—Venía aquí después del colegio mientras mis padres estaban en el trabajo. ¿Y tú?

—¿Que si lo conocí? —Niego con la cabeza—. Ojalá.

—Entonces, ¿eres fan? ¿Cuál es tu libro preferido?

—*El camino serpenteante* —digo sintiéndome más cómodo ahora que estamos en territorio conocido—. ¿Y el tuyo?

—Pues es que solo he leído el primero.

Sonrío, creyendo que está de broma. No es así.

—¿De verdad?

—No leo casi —dice—. A ver, sé leer, pero me… —Da manotazos en el aire a la altura de la cabeza—. ¿Me entiendes?

—La verdad es que no.

—Ya, bueno, normal. Supongo que, siendo editor, tienes que leer mucho, ¿no?

—Es parte del trabajo.

—Pues entonces menos mal que me dedico al catering. ¿Quieres pimiento? —Me tiende un trozo, que acepto cortésmente—. Dios, qué calor hace aquí. ¿No tienes calor? Yo estoy asada.

Antes de que me dé tiempo a contestar, da media vuelta, va hasta una puerta lateral junto a la nevera, descorre tres cerrojos y la abre.

—Ciara tiene mucha seguridad —digo, como si no fuera evidente.

—Sí, es un poco exagerado, pero le da tranquilidad. Hay mucha gente que se presenta en la casa.

Pienso en la mujer que vi ayer.

—¿Te refieres a gente como Mary?

Maddie pone los ojos en blanco y vuelve a sus verduras.

—Llevas aquí como una hora y ya sabes quién es Mary. Ella no es un problema —añade—. No me malinterpretes, esa mujer podría tener una columna de cotilleos, pero es inofensiva.

—Entonces, ¿quién?

—Lectores, sobre todo. A ver, siempre ha venido gente, pero solo querían echar un vistazo a la casa y después se iban, porque, si

hubieran llegado a ver a Frank, les habría explotado la cabeza. Pero cuando murió… —Arruga la frente y ataca otro pimiento—. Empezó como algo inocente. La gente dejaba flores en la carretera. Tarjetas. Dibujos. Se fueron envalentonando y ahora no pasa una semana sin que algún desconocido llame a la puerta y deje cosas en el jardín. Cuando uno entró en la casa, Ciara puso alarmas.

La sorpresa me hace enderezarme.

—¿Entró alguien en la casa?

—Creo que no esperaban que fuera tan fácil —dice Maddie impertérrita—. Yo qué sé. La cosa es que Ciara y yo nos encontrábamos en el cuartito de estar viendo la tele cuando se abrió la puerta y de repente un hombre y una mujer estaban ahí plantados. Nos miramos, yo chillé y se fueron corriendo. Al día siguiente Ciara puso las alarmas. Le costaron un ojo de la cara.

Joder. No me extraña que el dueño del pub sospechara de mí. No me extraña que Ciara también.

—Madre mía —digo al cabo de unos instantes.

—Frank significaba mucho para ellos —dice Maddie—. Así que lo entiendo. Sus lectores están tristes y quieren rendirle homenaje. Pero él se ha ido. Es Ciara la que tiene que ver todo lo que dejan y preocuparse por si entran en la casa. Igual si se llevara bien con los admiradores sería distinto, pero no es así y… —Se interrumpe y me mira a los ojos—. No es que sea una gruñona —se apresura a añadir —. Puede ser gruñona, como todos. Pero es que a veces se ponen muy intensos.

—Seguro.

—Quitando eso, es una profesional. Y una escritora buenísima. Solo necesita un empujoncito.

Justo en ese momento cruje un tablón del suelo en el piso de arriba y Maddie echa la cabeza hacia atrás y grita a pleno pulmón:

—¡Soy yo! ¡He traído comida!

Al principio no oímos nada y a continuación resuenan unas pisadas repentinas y rápidas. Casi puedo seguir su movimiento a través del suelo, aumentando de volumen y enseguida bajando escaleras.

—Buenos días, bella durmiente —dice Maddie, y me giro en el taburete y veo a Ciara en el umbral.

Lleva un pantalón de pijama y una camiseta blanca y ancha que deja ver una esquirla de estómago. Va descalza y tiene las uñas de los pies pintadas de azul. Parece furiosa.

—Joder, Mads.

—¿Qué pasa? ¿Tú puedes presentarte en mi lugar de trabajo sin avisar pero yo en el tuyo no?

—¿Se puede saber cómo has entrado?

—Me llevé una llave para tenerla en caso de emergencia.

—Esto no es una emergencia.

—La comida siempre es una emergencia. Además, tenías a tu editor esperando.

—Puedo volver en otro momento —digo mientras me pongo de pie y fijo la vista en el espacio sobre su hombro izquierdo. No estoy seguro de por qué. El otro día llevaba puesta menos ropa, pero un pijama es… un pijama.

Aunque a Ciara no parece importarle. Hay un largo silencio mientras Maddie y ella mantienen alguna clase de conversación muda con las cejas antes de soltar sendos resoplidos.

—No —me dice por fin Ciara—. Me he quedado dormida. Dame dos minutos. Y tú ya puedes irte.

—*Moi?* —pregunta Maddie.

—Tú. —Ciara da media vuelta y empieza a subir las escaleras—. ¡Y deja la llave en la encimera!

Maddie pone los pimientos en un cuenco y mete este en la nevera antes de coger su bolsa de la compra vacía.

—Buena suerte —me dice en un susurro teatral. Se guarda la llave en el bolsillo con gran alarde y desaparece por la puerta del porche que acaba de abrir.

Dejándome solo en la cocina de Frank Sheridan.

Oigo un portazo en el piso de arriba y me pongo a mirar el montón de cartas sobre la encimera, el reloj de la pared y un corcho con recetas impresas y… Tranquilízate, Sam.

Tranquilízate pero ya.

Por mucho que desees entrar en el foro de fans que moderabas cuando tenías quince años y decir dónde estás.

Me giro despacio mirando la habitación. Al otro lado de la ventana veo un trozo de un roble de gran tamaño e inmediatamente sé que es el mismo cuyo dibujo incluyó Frank en el quinto libro. El que le hizo comprar esta propiedad. Habló largo y tendido en una entrevista de cuánto lo inspiraba. De cómo le gustaba leer sentado debajo. Y ahora yo lo estoy mirando.

Otro portazo, esta vez seguido de pisadas, y me siento y me levanto otra vez en cuanto aparece Ciara.

Se ha peinado y vestido con una camiseta de tirantes y unos pantalones cortos holgados. Su cara parece húmeda, como si acabara de echarse agua, y por primera vez en mucho tiempo no tengo ni idea de qué decir. Es como si alguien me hubiera borrado el cerebro y por un momento lo único que puedo hacer es mirarla.

—Suelo trabajar por las noches. —Su voz corta el silencio, a la defensiva e insegura—. Me levanto tarde porque trabajo de noche —prueba de nuevo, y esta vez asiento con la cabeza.

Abro la boca para disculparme por lo de ayer, para achacar mi actitud a una serie de factores, pero lo único que me sale es:

—He pensado que podíamos empezar por echar un vistazo a lo que te dejó Frank. Casey me dijo que estaba justo haciendo un guion cuando…

Cuando murió.

Bonita manera de empezar, Sam.

Ciara se limita a fruncir el ceño.

—No hay gran cosa —dice—. Eso es parte del problema.

—Lo poco que tengas nos sirve.

—Vale.

Una pausa en la cual oigo un grifo gotear a mi espalda.

—¿Quieres hacerlo aquí o…?

—Ah, sí, no. Ven. —Se gira con rigidez y me lleva al recibidor, que puedo ver bien por primera vez. Hago lo posible por que no se me note y miro de reojo el artesonado de madera, el espejo dorado envejecido, las lámparas antiguas que cuelgan del techo. Un empapelado verde oscuro recubre las paredes, es como si entráramos en el roble y…

—La cocina ya la has visto —dice Ciara, y su dedo casi me roza la cara cuando apunta con él a mi derecha—. El salón está ahí. Yo trabajo arriba.

Y empieza a subir de dos en dos los peldaños de una escalera grande y en espiral.

—No está encantada —comenta mientras la sigo.

—¿Cómo?

—La casa, que no está encantada, por si te lo preguntabas. Solo se cae a trozos.

—No he pensado eso en absoluto —replico desconcertado—. Y tampoco tiene pinta de caerse a trozos.

Sin detenerse, golpea con suavidad la pared. En el piso de abajo, algo aterriza con un ruido seco.

—Se cae a trozos —dice sombría, y al llegar al final de la escalera se vuelve y casi me choco con ella—. Este era el despacho de mi padre —señala cuando recupero el equilibrio.

Me quedo sin respiración y miro la sencilla puerta que hay junto a nosotros tratando de no ponerme nervioso. El instinto me dice que esto es una prueba. Una que estoy determinado a superar.

—Genial —contesto—. ¿Y el tuyo?

Arquea las cejas como diciendo «no cuela» y ladea la cabeza hacia la izquierda antes de conducirme dos puertas más allá. La luz del sol se filtra por la ranura inferior y cuando pone la mano en el tirador de latón brillante estoy lleno de expectación.

—Aquí es donde hago magia —dice, y cuando gira el pomo con un gesto firme aparece ante nosotros una habitación alegre y espaciosa que da al roble y al bosque que hay detrás. La decoración, sin embargo, es sencilla; austera incluso. Nada que ver con el caos de algunos despachos de escritores que he visto. Hay un sofá pegado a la pared, una alfombra en el centro y un escritorio debajo de una de las ventanas. Es un mueble pesado, de madera oscura y lustrosa que hace que el delgado portátil que hay encima parezca diminuto. Una silla y una librería son los únicos otros objetos. Una rápida ojeada a los estantes revela un surtido aleatorio de libros de Frank, un grueso

tesauro y una colección de piedras con aspecto de haber sido recogidas en la playa.

Y eso es todo.

Me quedo en el umbral mientras Ciara va hasta la mesa y coge una carpeta marrón de uno de los cajones. Está llena a rebosar y, en cuanto la saca, varias hojas revolotean hasta el suelo, todas llenas de una escritura diminuta y pulcra.

Sé enseguida que no es suya. Y, al caer en la cuenta, en mi cerebro se produce un cortocircuito.

—Esto es lo que me dejó papá —dice recogiendo los papeles.

Noto un hormigueo en los dedos cuando los deja en la mesa. Siento que deberían estar en un museo. Donde solo se los pueda mirar con luz tenue, a través de una vitrina y rodeado de láseres. En cambio, Ciara los va pasando como si fueran las páginas de una revista vieja.

—Ya sé que parece mucho —dice ajena a mi ataque de histeria interior—. Pero básicamente son una lista de personajes y varios escenarios posibles. Nada que sirva desde el punto de vista del argumento.

—¿Nada?

Me mira irónica.

—Nadie lee los libros de mi padre por los giros argumentales.

Eso no se lo discuto. La magia de Frank Sheridan estaba en los pequeños momentos. Los personajes, el lenguaje. Nunca escribió muertes impactantes. Podía arrancarte el corazón y pisotearlo, pero siempre a cámara lenta. Lo que lo hacía aún más doloroso.

—Lo he leído un montón de veces —sigue diciendo Ciara. Ahora parece tensa. Como si no esperara que la crea—. Pero no hay nada.

Toma. —Coge la carpeta y me la tiende—. Para que te hagas una idea.

Y entonces la tengo en mis manos.

Ciara se sienta en la silla frente a la mesa y, a falta de otro sitio, yo me voy al sofá. Me arrepiento inmediatamente. Es uno de esos sofás en los que una vez te sientas ya no te puedes levantar, y un gesto tan cotidiano como sentarse se convierte en uno rarísimo de caerse cuando me hundo en los almohadones y pierdo el equilibrio.

Ciara se limita a mirarme. A esperar.

Tiene el cuerpo rígido, los hombros casi en las orejas, y en ese momento comprendo cómo van a ser las próximas semanas. Lo difícil que va a resultar esto.

Ciara Sheridan no me quiere aquí. Y lo que es peor: creo que tampoco quiere estar ella.

Miro los papeles en mi regazo y hago tiempo mientras reformulo mi discurso introductorio. Mi pequeña charla sobre los autores con los que he trabajado antes y lo segura que está en mis manos ahora me parece irrelevante. Casey tiene razón. Este es el libro más importante de la década. El que me perseguirá durante el resto de mi carrera profesional. El que podría determinar mi carrera profesional, de hecho. Y Ciara ni siquiera se molesta en fingir que está intentando escribirlo. Ya se ha rendido.

Esta constatación me afecta más de lo que habría imaginado y paso el pulgar por la esquina de la primera hoja para alisar una arruga. Igual Ciara cree que va a poder vivir de las rentas del nombre de su padre o que, por ser quien es, vamos a dejar que nos tome el pelo. Pero eso no le va a funcionar, y yo no me he pasado

los últimos diez años de mi vida escalando peldaños para tropezar en el último.

Mi irritación de ayer vuelve y espero un momento antes de sostener su desconfiada mirada.

A tomar por culo.

—Podemos encargárselo a alguien.

Ciara se sobresalta y abre mucho sus ojos azules, pero yo sigo hablando.

—Podemos contratar a un escritor para que se encargue —digo, recuperando la propuesta que en su momento le hice a Casey—. O a un colaborador. No tienes que escribir este libro si no quieres.

—Pero es que sí quiero.

—Seguirías participando —digo cuando se pone pálida—. Podríamos preparar una lista de nombres. Y luego hacer una prueba a los que más nos gusten; tú tendrías la última palabra. Supervisarías todo el proceso.

—No.

La respuesta es firme. Inapelable. Pruebo a cambiar de táctica.

—Estos libros tienen millones de seguidores.

—Soy consciente de ello.

—Lo que quiero decir es que…

—Sé lo que quieres decir —me interrumpe con frialdad—. Pero gracias por intentar explicarme el legado de mi padre. Igual también te apetece recordarme quién vivía en esta casa con él mientras los escribía. O quién le hacía la cena cada noche porque se sumergía tanto en la historia que se le olvidaba comer. Y quizá también sabes lo que es recibir mensajes amenazadores de personas a las que no les gustó la elección de actores de la película o que te acusan de ser

una ingrata porque te atreviste a publicar tu obra bajo seudónimo. —Cruza una pierna por encima de la otra, pone la espalda muy recta —. Sé lo que significa este libro para los lectores. Sé lo importante que es. Y, si no lo supiera, el dinero que me pagáis me daría una pista. Pero no me he pasado la vida con estos personajes para que ahora un desconocido termine su historia. Mi padre quería que yo escribiera este libro y, aunque reconozco que necesito ayuda, desde luego no necesito que un tipo cualquiera se presente aquí con un cuaderno Moleskine y un carnet del club de fans pensando que puede hacerlo mejor que yo.

Termina con una brusca exhalación y la miro boquiabierto antes de bajar la vista al cuaderno que asoma de mi cartera. Entonces me pregunto si habrá adivinado lo del club de fans o si es que tiene la información.

—Así que dime —Ciara me saca de mis pensamientos—, ¿por dónde quieres empezar?

6
Ciara

¿Qué tal ha ido?

El mensaje de Maddie me llega de noche, cuando estoy recogiendo la mesa de la cocina. Considero no contestar, pero luego le mando un emoji del pulgar hacia arriba porque soy una mentirosa.

De pulgar hacia arriba nada. Es que ni de lejos, vamos, pero estoy demasiado cansada para entrar en detalles con Maddie. Después de más o menos mandar a Sam a tomar por saco, estuvimos tres horas metidos en esa habitación mientras yo trataba de explicarle lo caótico que era el proceso creador de mi padre. Para cuando terminé, me estallaba la cabeza y tenía los ojos secos y cansados, pero Sam siguió dale que te pego, leyendo cada trozo de papel como si fuera la piedra Roseta. Menos mal que llegó un momento en que tuvo que admitir que no íbamos a definir el intricado argumento de un libro de doscientas cincuenta mil palabras en una tarde y se llevó todo el material para leerlo esta noche.

Luego intentó ponerme deberes.

O al menos eso me pareció a mí.

—Prueba a escribir de corrido —me dijo—. Sin parar. Durante veinte minutos. Sin distracciones. Solo teclea.

Solo teclea. Dicho por alguien que probablemente no ha escrito nada más largo que un correo electrónico en toda su vida. Pero me dio miedo que no se fuera si le decía que no, así que terminé por acceder a tener mil quinientas palabras para mañana.

Debería poder hacerlo. Porque, de hecho, llevo ya semanas escribiendo esa misma cantidad de palabras. Sé que Sam cree que no he hecho nada, pero he escrito más que en toda mi vida. Ese no es el problema. El problema es que todo es malo. La prosa es forzada. Los diálogos son poco naturales. No suenan para nada a algo que habría escrito mi padre, pero tampoco a algo que escribiría yo, y me estoy rayando.

Pero eso no voy a explicárselo a un desconocido que me ha dejado muy claras sus dudas sobre mí.

Después de que se fuera, lo busqué en Google y leí todo lo que salió sobre este editor estrella neoyorquino. Porque resulta que es un editor estrella. He encontrado anuncios de sus tres ascensos, los tres en Richardson Books, y páginas y páginas de contratos mediáticos y de premios del sector editorial. Incluso hay un artículo sobre él en *Publishers Weekly* de hace cuatro años. Setecientas palabras sobre lo maravilloso que es y una fotografía en que aparece apoyado en su mesa con el mismo corte de pelo que tiene ahora.

No parece haberse tomado ni un solo descanso en los últimos diez años.

Y ahora está aquí.

Leo distraída la lista de sus otros autores para ver a cuáles conozco mientras termino de recoger la cocina. Por las noches hace

demasiado calor para cocinar y termino comiéndome el equivalente a media baguette con alguna clase de queso, además de las verduras que me ha dejado Maddie en la nevera. Pero, incluso así, la cocina termina siempre hecha un desastre. La casa entera es un desastre, y eso que me deshice de casi todo lo que había dentro. Y eso que tengo la sensación de que apenas existo dentro de ella. Pero siempre hay algo que hacer. Suelos que barrer, alfombras que aspirar. Hay polvo por todas partes y moscas de la fruta pegadas a la ventana y ¿cómo un sitio tan vacío puede parecer siempre tan desordenado?

Me pregunto qué habrá pensado Sam. Si se decepcionó al ver el papel raído de las paredes y los suelos arañados. Seguro que sí. Debe de ser uno de esos lectores que crecieron soñando con esta casa. Y ahora ha visto cómo es en realidad.

Pero no es que yo no me esfuerce. Leí dos libros sobre el luto cuando murió mi padre. En los dos había un capítulo dedicado a vaciar la casa de la persona muerta y a lo importante que puede ser para el proceso de duelo. Que es duro pero catártico. Triste pero terapéutico. Venían recomendaciones, consejos y un link a un pódcast.

Tardé dos semanas, con algo de ayuda de Maddie y de más gente. Lo hicimos por tamaño de los objetos en lugar de por habitación, pero fui metódica y despiadada. Vendí los muebles que pude y el resto los llevé al contenedor. Me deshice de todos los aparatos electrónicos viejos y de la cubertería de hace veinte años. Me enfrenté al Armario de la Ropa Blanca. Vacié el Cajón de los Cables. Pulí los suelos, lavé las cortinas y rocié con la manguera el porche.

Lo único que no toqué fueron los libros de papá. Sus cuadernos, sus bocetos y sus cajas con cartas de admiradores y contratos viejos y recuerdos acumulados a lo largo de los años. Principalmente porque no sabía qué hacer con ellos. Cosa extraña: eran las únicas cosas de la casa que sentía que no me pertenecían. Pero no me recreé en ellos. Los guardé, cerré la puerta y se acabó.

Al principio estaba ilusionada. Compré muebles nuevos, que me parecieron muchos cuando los encargué y pocos cuando llegaron a casa. Compré una alfombra de colores alegres y un difusor de aceites esenciales y fantaseé sobre los cuadros que colgaría y dónde los pondría. Pensé que había derrotado al sistema. Revertido la tendencia.

Y entonces un día me desperté y comprendí que mi padre ya no estaba. Que había borrado todo rastro de él de la casa.

Ninguno de los libros decía cómo debía sentirme una vez hubiera vaciado la casa. Creo que dan por hecho que la vas a vender. O quizá que te vas a mudar a ella en compañía de tu cónyuge amantísimo y tus dos coma cuatro niños. La vida sigue, parecían decir todos. No había ningún capítulo dedicado a huérfanas de veintinueve años con un círculo social diminuto y malos hábitos de sueño.

No había una nota al pie sobre qué hacer con ese vacío que no sabía cómo llenar.

Y ahora aquí estoy, casi un año después, y la casa en la que he crecido no me parece mi hogar.

Paso de la vida profesional de Sam a la personal y busco en sus redes sociales mientras apago luces y compruebo otra vez que las puertas están cerradas con llave. Lo de la seguridad adicional es

nuevo, pero el resto lo hago más por rutina que por preocupación. Ya de niña la tarea de cerrar todo por las noches a menudo recaía en mí, aunque por aquel entonces también me iba a la cama cuando quería. A veces eran casi las tres de la mañana cuando me dormía. No es que fuera una niña abandonada ni nada por el estilo, pero papá era de esos escritores que desaparecen en su trabajo, lo que significaba que yo tenía la casa para mí sola casi siempre.

¿Cómo ha ido de verdad?

El mensaje de Maddie me hace sonreír y considero llamarla. Pero es tarde y debe de estar en la cama.

Creo que se me ha olvidado
cómo se escribe un libro.

¿No ha venido para ayudarte con eso?

Odio cuando es tan lógica, así que se lo digo mientras termino de cerrar y vuelvo a mi despacho. Hace otra noche calurosa y abro la ventana y dejo la luz apagada para no convertirme en un imán para las polillas, pero el suave resplandor de la pantalla del portátil acentúa el vacío a mi alrededor. Tenía intención de hacer algo con esta habitación. Poner unas estanterías de verdad, alguna foto, quizá uno de esos péndulos para encima de la mesa. Pero, al igual que muchas otras cosas en mi vida ahora mismo, esta ha quedado relegada al final de la lista y el despacho sigue tan poco acogedor como el resto de la casa.

Igual compro un helecho.

Me dejo caer en la silla y la hago girar una vez antes de abrir el correo.

Mi bandeja de entrada es aterradora e impresionante a partes iguales, pero consigo encontrar algo de Casey sin complicarme demasiado la vida y marco su teléfono.

Suena cinco veces antes de que conteste.

—Ciara, ¿cómo estás?

Parece encantado de que le haya llamado, y solo de oír su voz me siento más tranquila. Papá solía referirse a él como «uno de los buenos», y lo imagino con su cara llena de arrugas y sus hombros encorvados sentado detrás de una mesa desordenadísima, a miles de kilómetros de aquí. Estuvo con mi padre desde el principio y es una de las personas en las que más confío en el mundo, así que voy directa al grano.

—Por favor, dime que el hombre con bolsa que se ha presentado en mi puerta lo has mandado tú y no es una estratagema de uno de los superfans.

—Eso depende —contesta—. ¿Cómo es?

Gimo y echó la cabeza hacia atrás.

—Cuando hablamos del tema, pensé que ibas a venir tú.

—Y yo pensé que Sam sería mejor.

—¿Por qué?

—Porque yo tengo setenta y siete años y un negocio que dirigir. ¿Qué tal va la cosa?

—Fatal.

Casey guarda silencio.

—¿Ha ocurrido algo?

—No —me apresuro a decir. No voy a causar problemas a nadie solo porque yo sea una insegura de la vida—. Estaba frivolizando. A Sam no le pasa nada. O al menos eso creo. Solo intenta hacer su trabajo. El problema soy yo. Yo soy la que…

—Ciara —interrumpe Casey con su amabilidad y su firmeza habituales, y su tono de voz me hace guardar silencio.

Porque en ese momento habla igual que mi padre. Y solo de pensarlo es como si me dieran un puñetazo en el pecho.

—Sam es uno de los mejores en su trabajo —continúa Casey—. Sabe lo que hace y esos personajes le importan mucho. Más que a nadie que conozco.

—Pero…

—Necesitas ayuda —dice sin rodeos—. Estás atascada.

—Sí… —contesto, y por un instante espero sentir lo que sea. Que algo haga clic en mi cerebro. Es lo que se supone que pasa, ¿no? Cuando confiesas la verdad y el peso sobre tus hombros se aligera. Tu mente se serena.

Pero no siento ninguna de esas cosas. Estoy igual que antes.

Hecha una mierda.

—Atascada no, joder. Atascadísima —añado.

—Eres una buena escritora. No te habría propuesto esto si no te creyera capaz de hacerlo.

—Me imagino —musito—. Siento haber estado desaparecida en combate. No sé en qué se me va el tiempo últimamente.

—Tienes mucho encima.

En realidad, la sensación es que tengo una cantidad normal de cosas encima pero que no puedo hacerme cargo de ellas, pero eso no se lo digo.

—No quiero que este libro lo escriba nadie más.

—Eso es algo que ni se me ha pasado por la cabeza —dice Casey —. Frank quería que lo escribieras tú y no pienso ir en contra de sus deseos. Pero no tienes por qué hacerlo sola. Danos la oportunidad de ayudarte. Y date una oportunidad a ti misma también.

—Lo estoy intentando. Reconozco que no mucho, pero…

—Enséñale a Sam lo que tienes —dice Casey— y déjale hacer su trabajo.

—Lo dices como si tuviera una varita mágica que pudiera arreglarlo todo.

—A veces lo único que hace falta es otro punto de vista. Tu padre siempre lo decía cuando le pedían consejos sobre escritura.

—Sí, pero también era alguien que podía cenar todas las noches un sándwich de mantequilla de cacahuete y pepinillos, así que no estoy segura de que debamos seguir su consejo.

—Pues que sepas que me contagió esa costumbre. Aunque una vez lo vi combinar medio tomate con una chocolatina y por ahí sí que no paso.

Sonrío a pesar de la punzada de dolor que siento. Mi padre tenía unos hábitos alimentarios asquerosos. A veces tenía que salirme de la habitación cuando se preparaba un tentempié. Claro que ahora mismo daría cualquier cosa por hacer una comida más con él.

—Le echo de menos —digo, y Casey suspira.

—Yo también —confiesa—. Ojalá hubiera pasado más tiempo con él al final. Me invitó a ir allí muchas veces, pero…

—No podías saberlo.

—No. —Y ahora le toca a él ponerse triste—. ¿Te he hablado alguna vez del día que nos quedamos aislados por una tormenta en

Miami?

—No.

—Debió de ser en la primera gira —dice pensativo —. O igual la tercera. No, la tercera no, porque no fuimos a Miami. En cualquier caso, fue antes de la primera película. Quería dedicar un día a hacer turismo. Al parecer, le habías exigido que se hiciera una foto con un cocodrilo, así que nos apuntamos a una de esas visitas guiadas para turistas. Y todo iba bien hasta que Frank se dio cuenta de que se había dejado las gafas en el barco. Así que dio media vuelta…

La voz de Casey se vuelve más afable y animada a medida que sigue hablando, tan tranquilizadora como escuchar las olas romper en una playa, y yo cierro los ojos y lo escucho. Y, si noto una lágrima en la comisura del ojo, no hago nada al respecto y la dejo caer.

7
Sam

—Podría haber ido mejor.

Lizzie me mira desde la pantalla y sus cejas se arquean tanto que le desaparecen debajo del flequillo.

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

—Lo solucionaremos. —Empujo la ventana de guillotina que hay junto a mi cama usando todo el cuerpo para intentar que se abra más, pero desisto cuando amenaza con amputarme los dedos—. Solo necesito ganarme su confianza.

—No es un gatito abandonado, Sam.

—Lo que quiero decir es que hemos empezado con mal pie.

—Porque la amenazaste con darle el libro a otra persona.

—No la amenacé. Se lo ofrecí.

—Lo que tú digas.

—Me va a costar trabajo —continúo—, pero lo conseguiré. Como si tengo que quedarme aquí todo el verano.

—¿Todo? —Lizzie no parece convencida—. Pensaba que solo te ibas a quedar unas semanas.

—Casey dijo que me quedara el tiempo necesario.

—¡Pero si no estamos ni en junio! No puedes…

—¿Es Sam?

Una voz interrumpe la argumentación de mi hermana y, un segundo después, su marido, Ben, pone media cara delante de la cámara. Llevan casados siete años y siguen portándose como si estuvieran de luna de miel. En cualquier otra pareja resultaría asqueroso, pero en ellos funciona. Amy los conoció en una barbacoa el verano pasado y me informó de que Ben tiene la «energía de un golden retriever». La frase se me ha quedado grabada.

—¿Qué tal es Escocia? —pregunta Ben.

—Irlanda.

—Sam está pensando en quedarse todo el verano —dice Lizzie con tono de desaprobación.

Ben se limita a sonreír.

—¡Qué maravilla! Disfruta.

—Gracias, tío.

—Mándanos más fotos —añade, y saluda a la cámara antes de desaparecer.

—A tu marido le gusto más yo que tú —digo al ceño fruncido de Lizzie.

—Mentira. Está obsesionado conmigo. Y, aunque no lo haya dicho exactamente, también opina que no tiene sentido que te quedes tanto tiempo. Te estás implicando demasiado otra vez, y… ¡Sam! —me regaña mientras yo consulto mis correos.

—¿Qué? Te estoy escuchando.

—De eso nada. Mírame. Te habla tu hermana mayor. —Espera hasta que tiene toda mi atención para decir en el tono más serio imaginable—: Ya estás otra vez siendo tú.

—Hay quien diría que eso es bueno.

—Necesitas un equilibrio entre trabajo y vida. Te entregas demasiado al trabajo.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Pues no deberías. ¿Qué pasa con tu cumpleaños? Se suponía que íbamos a ir a comer pasta a ese sitio nuevo.

—¿Te preocupa no verme en mi cumpleaños o no comer pasta?

—Me gusta la pasta.

—Lizzie…

—Pero eso no es lo importante —continúa—. Prácticamente has desaparecido desde que Casey te dijo que estaba pensando en jubilarse. Trabajas tanto que tengo la sensación de que ya no te vemos.

—Eso no es verdad.

—La última cena a la que te invité la cancelaste una hora antes.

—Y para compensaros después os invité a todos al zoo —le recuerdo—. Ya te lo dije, disponíamos de un plazo de veinticuatro horas para una puja exclusiva y tenía que leerme el libro antes de…

—La cancelaste. Y había hecho bisque de langosta. Un bisque, Sam. Estaba que te mueres de bueno.

—No lo dudo. Y te pido perdón una vez más. Pero esto es mi vida.

—Ya lo sé —dice con tono cansado—. Ese es el problema.

A continuación hablamos de su enemistad con una mujer que se ha unido a su club de lectura, pero en Nueva York es por la mañana temprano y Lizzie enseguida cuelga porque todos se tienen que ir. Lo que me ha dicho me afecta, pero no sé qué quiere que haga al respecto.

No voy a mentir diciendo que no soy ambicioso. En este negocio, el amor por los libros no es incompatible con el amor por competir, y

en este sector la competencia lo es todo. Competir por presencia en las librerías y por cifras de ventas. Por encontrar el próximo gran éxito. Por conservarlo una vez lo consigues.

Si no me absorbieran los libros en los que trabajo, no estaría donde estoy hoy. Y aunque me ha exigido cierto sacrificio —y a veces ha sido muy estresante—, no cambiaría nada. Me metí en esta profesión sabiendo perfectamente lo que hacía. El trabajo es el trabajo.

Y, ahora mismo, tengo uno muy importante delante.

Me he pasado toda la noche leyendo las notas que dejó Frank y he comprobado que Ciara tenía razón. No hay gran cosa en ellas. Como mucho, una sinopsis resumida. Pero eso es porque se centró en los dos personajes más importantes. En los que se basa toda la colección.

Finn y Maeve no fueron siempre el corazón de la trama de Ravian. Pero llegaron a serlo. Y Frank era un escritor lo bastante inteligente como para darse cuenta.

Finn no era más que un niño cuando apareció la primera vez. Un huérfano desvalido de doce años que acompañaba al héroe original en su viaje. Maeve solo aparecía mencionada, no debutaba en la historia hasta la mitad del segundo libro. Su romance no empezó hasta el tercero. Pero, una vez empezó, lo fue todo.

Ellos eran la verdadera historia. No la guerra. Ni la política. Entretejidos en todo lo demás estaban Maeve y Finn. Finn y Maeve. Y ayer, sentado en aquel sofá polvoriento de la polvorienta habitación de la casa de Frank Sheridan, leí sus últimas notas y supe cómo terminaba su historia.

Y era de manera feliz.

No voy a mentir diciendo que no sentí alivio. Tampoco es que haya una regla que diga que tenemos que respetar los deseos de Frank, pero entiendo que pocos autores se resisten a la tentación de despedirse con un final impactante. Habría sido fácil matar a uno de los dos. Crear un gran momento dramático. En cambio, él eligió un final mucho más tranquilo que, si se escribe bien, será mucho más satisfactorio.

Pero aún queda por hacer todo lo demás. La historia está ahí en gruesas pinceladas, pero el resto es un rompecabezas que hay que resolver. Tenemos por lo menos tres personajes cuyas cronologías hay que rehacer por completo. Dos que tienen que terminar juntos a pesar de empezar el libro en continentes distintos. Y hay otro del que Frank parece haberse olvidado por completo. Tenemos que decidir dónde empieza y dónde termina cada uno. Tenemos que encontrar la manera de cerrar veinte años de narraciones en seiscientas páginas.

Y luego está el pequeño detalle de que lo tiene que escribir ella.

Me siento en la cama y actualizo la bandeja de entrada.

Se suponía que Ciara iba a mandarme algo esta mañana. Al menos ese es el plan que acordamos: por la noche escribiría todo lo que pudiera y me lo mandaría hoy a primera hora, antes de reunirnos. Puede que haya sido como echarla a los leones, pero quería comprobar cómo funciona bajo presión.

Y todo apunta a que nada bien.

La irritación se apodera de mí y releo el correo ultrarrespetuoso de «solo quería saber qué tal vas» que le mandé hace una hora justo mientras oigo un coche aparcar en la puerta. Un segundo después suenan pisadas, pero hago caso omiso, tal y como he hecho con las

otras. Empiezo a acostumbrarme a los ruidos del edificio. De gente entrando y saliendo del pub. Esta mañana me despertó bruscamente un camión de reparto, y no sé si en este país tienen mapaches, pero desde luego hay un animal de alguna clase al que le gusta corretear por el tejado.

Hasta que las pisadas no suben de volumen no caigo en la cuenta de que alguien está subiendo las escaleras y, justo cuando me pongo de pie, llaman a la puerta.

La abro con cautela, medio esperando que sea Ciara, pero me encuentro a la mujer que vi en su casa el primer día. Mary. Aunque lo primero que me viene a la cabeza es La señora de la leche.

Está en el rellano con un vestido de lino y un anorak que parece demasiado grueso para este tiempo. En las manos lleva un plato con salmón ahumado tapado con papel film.

Pues qué bien.

—Hola —digo cuando ella no lo hace. De cerca es mucho más baja; debe de medir uno cincuenta y tiene que estirar el cuello para mirarme de arriba abajo.

—Este edificio es mío —dice por fin.

—Pensaba que Ronan…

—Yo soy su casera.

Vale.

—Me alegro de conocerla. Soy Sam.

—¿Es usted divorciado?

—Eh…, no.

—El último señor que se alojó aquí era divorciado. De Waterford.

Su tono de voz no me indica si eso es bueno o malo, así que me limito a asentir con la cabeza.

—No lo conozco —digo, y me muevo hacia la izquierda mientras ella intenta mirar mi cama con todas las notas de Frank encima.

Hace una mueca de enfado y me ofrece el plato.

—¿Salmón?

—Eh… No tengo nevera, así que no sé si debo…

—Pues mejor que se lo coma enseguida, entonces. —Lo agita delante de mí hasta que me siento obligado a cogerlo—. También llevo el servicio de lavandería del pueblo —dice—. Para quien lo necesite. Encontrará mi teléfono en el tablón de anuncios de abajo.

—Genial.

—O podemos acordar ahora una tarifa.

La cotilla del pueblo quiere hacerme la colada.

Va a ser que no.

—Lo tendré en cuenta, se lo prometo —digo lo más educadamente que puedo—. Gracias por venir a darme la bienvenida. Tengo que seguir trabajando.

Aprieta los labios al oír mi despedida, pero se le han terminado las excusas para quedarse, así que, con un último vistazo a la habitación a mi espalda, da media vuelta y baja las escaleras. Espero a que sus pisadas se alejen antes de cerrar la puerta.

¿Y ahora qué?

Por fortuna, en cuanto me hago la pregunta oigo las pisadas ya en el piso de abajo y, como no quiero tener mucho más rato un plato de pescado en una habitación recalentada, me pongo los zapatos y salgo.

La puerta delantera del pub está cerrada con llave cuando la empujo, pero justo cuando voy a llamar se abre y me encuentro a Ronan. No parece nada contento de verme.

—Si estás intentando entrar a robar, deberías hacer menos ruido. No abrimos hasta las tres.

—Ya lo sé. Perdón…

No tengo ni idea de cómo explicar la situación, así que le enseño el plato de salmón sin decir nada.

Para mi sorpresa, funciona, y la suspicacia desaparece parcialmente de su expresión.

—Por el amor de Dios. Qué mujer. —Me coge el salmón con un suspiro—. Anda, pasa. No te quedes ahí, que se está colando el calor.

Entro detrás de él, aunque no estoy seguro de si hace más calor fuera o dentro.

—No sabe tratar a los recién llegados —dice Ronan—, pero es inofensiva.

—Eso me han dicho. —Me quedo en el centro del pub mientras él vuelve detrás de la barra—. Encontré a Ciara, por cierto. Y hablé con su amiga. ¿Maddie? Me contó lo de la gente que se cuela en la propiedad. Así que quiero disculparme por no presentarme como es debido el otro día. Entiendo que desconfiaras de mí al principio.

—Ah, ¿sí?

—Sí —digo mientras él guarda el plato en una de las neveras con cervezas—. Me parece estupendo que miréis los unos por los otros.

Ronan carraspea y parece avergonzado.

—Bueno, así hacemos aquí las cosas —dice con convicción—. Somos una comunidad. —Calla un momento—. Perdón. No querías comerte el salmón, ¿verdad?

—No —contesto enseguida—. Te lo puedes quedar.

—No está envenenado —dice divertido—. O, si lo está, no será adrede. —Señala un taburete—. Siéntate. Puedes hacerme compañía mientras abro. ¿Te gusta el chocolate caliente?

—¿El chocolate caliente?

—He oído que puede ser muy refrescante —dice rascándose la nuca—. Y además necesitamos darle salida. Este tiempo no ayuda. Me harías un favor.

Y eso me gustaría mucho, pero también me gustaría no morirme de un golpe de calor.

—Creo que prefiero una Coca-Cola light.

Levanta las manos como diciendo «lo he intentado» y empieza a servir hielo en un vaso. Me fijo en las fotografías enmarcadas de varias figuras en blanco y negro que sonríen a la cámara, incluida una de Frank y Ronan en lo que parece ser este pub.

—¿Eres admirador? —pregunta Ronan cuando se percata de mi interés—. Solía escribir aquí, no sé si lo sabes.

—¿En serio?

—Bueno, no. Aquí lo que hacía era beber. Pero siempre me contaba en lo que estaba trabajando. Yo no entendía gran cosa, nunca he sido muy de dragones, pero hablaba muy bien. —Saca un poco de pecho—. Tengo más fotos en alguna parte, por si quieres verlas. Mi intención es dárselas a Ciara cuando llegue el momento adecuado.

—Me encantaría verlas —digo de corazón, y Ronan me sonríe de oreja a oreja. Al parecer, sus reservas se han desvanecido; me sirve mi bebida y entra en otra habitación. Yo aprovecho para sacar mi teléfono, y mi buen humor decrece antes incluso de comprobar mis correos. Sigo sin tener noticias de Ciara.

Vale. Esto va a ser un problema.

8
Ciara

Tardé dos años en escribir mi primera novela. Bueno, la primera que se publicó. Dos años con interrupciones, fundamentalmente porque no sabía qué narices estaba haciendo y no paraba de abandonarlo y retomarlo porque no podía resistirme. No le hablé a nadie de ella. Ni siquiera a papá. Cuando estuvo terminada, la metí en una carpeta de mi escritorio llamada NI CASO y fingí que no existía.

Cuatro meses más tarde la releí, decidí que no era un espanto y la envié a un puñado de agentes literarios bajo seudónimo antes de que me diera tiempo a cambiar de opinión. Solo recibí una negativa, pero porque los demás no contestaron.

Reescribí por completo los primeros capítulos. Añadí una escena al final y eliminé un personaje que no pintaba nada. Volví a enviarlo, y esta vez recibí un correo de una agente júnior de Londres con cara de no tener edad suficiente para comprar alcohol. Pero le gustó el libro, y fue a la única.

Lo editamos un poco más y un día me anunció que me había conseguido un contrato para tres libros con una editorial importante por una suma de lo más modesta. Apenas me daba para pagar unas semanas de alquiler. Era el último mono del catálogo. Lo que en la industria editorial se llama autor de relleno.

Me puse loca de contento.

Tenía veintipocos años y trabajaba en una agencia de publicidad en Dublín. La noticia del contrato me llegó por la tarde, así que le dije a mi jefe que estaba enferma y conduje hasta Kerry para contárselo a mi padre en persona.

No piensas en los recuerdos que tienes de las personas hasta que no están. Nunca sales con un amigo y piensas: «Qué divertido. Tengo que memorizar esto por si te mueres antes que yo y necesito recuerdos bonitos contigo».

Así que, aunque fue uno de los momentos de mayor orgullo y más importantes de mi vida, no recuerdo la expresión de mi padre cuando le dije que no solo había escrito un libro, sino que me lo iban a publicar. Tengo una imagen en la cabeza, por supuesto. De su sorpresa seguida de su alegría. Pero no estoy segura de no haberla fabricado. Un recuerdo falso de un año borroso.

Sí recuerdo estar con él en la cocina más tarde. Recuerdo que llamó a todos sus contactos para darles la noticia. Recuerdo beber cerveza en la misma mesa a la que estoy sentada ahora.

—Ayer vi a una persona sacando fotos de tu camino de entrada.

Levanto la vista del ordenador mientras Maddie mueve la sartén y le da la vuelta a una tortita perfecta. Ha venido esta mañana porque «quería hacerme el desayuno». Lo que ha resultado ser sinónimo de «matar de hambre a su amiga» porque después de cada tortita pone cara de decepción y no me la sirve.

—Llevaban camisetas de Ravian —añade, y gimo.

—No dejaron nada, ¿verdad?

Juro que últimamente no hago otra cosa que recoger notas y regalos dejados por fans. Antes guardaban el secreto de la ubicación

de la casa, pero desde que murió papá es como si hubieran decidido que ya no hace falta respetar la privacidad.

—Por lo que vi, no —dice Maddie—. Pero ¿quién sabe? Igual tienes que poner otro letrero de «Propiedad privada» o algo.

—Sí, claro, porque los que he puesto hasta ahora son superefectivos.

—Bueno, ya sabes lo que dicen —canturrea mientras echa más masa a la sartén—. Si no puedes con tu enemigo…

—No.

—Lo que quiero decir es que, puesto que insisten en venir, nadie te juzgaría si quisieras sacar partido de ello.

—Te refieres a sacar partido de ellos.

—Lo has dicho tú, no yo.

—Maddie…

—Puedes dejarlos entrar en casa —continúa como si fuera algo en lo que lleva pensando un tiempo—. Enseñarles unas cuantas habitaciones. Dejar que hagan fotos. Que firmen un libro de visitas.

—Mi casa no es una atracción turística.

—Los pondría de tu parte —termina, y parte de mi irritación se esfuma. Porque en mi fuero interno sé que Maddie quiere lo mejor para mí. Incluso si su idea me da escalofríos.

—Me lo pensaré —digo para zanjar el tema—. Pero, mientras tanto, nada de lectores en la casa.

—¿John cuenta como lector? —pregunta Maddie mirando por la ventana.

Un instante después oímos fuertes pisadas en el porche.

—¡Buenos días! —atruena una voz, y entra mi cartero. Lleva el uniforme de verano, al que ha añadido un sombrero de ala ancha

para protegerse del sol que le deja una marca roja en la frente cuando se lo quita, pero le queda bien—. Os voy a decir una cosa, señoras, este calor empieza a ser insoportable. —Se seca la cara con un pañuelo—. No mates al mensajero —añade—. Pensé en esconder las facturas, pero nos han dicho que es ilegal.

—Se agradece la intención —digo cuando me da el fajo habitual. Cartas de admiradores, algunos periódicos dirigidos a mi padre y…

Ravicon.

Con un suspiro, saco la invitación amarillo chillón. La quinta en dos meses. La convención anual sobre Frank Sheridan más importante del mundo se celebra en Dublín este verano y desde luego están decididos a mantenerme informada. Como si pasarme dos días oyendo a gente que no conoció a mi padre hablar de él hasta la saciedad fuera algo que me apetezca experimentar.

—Esta ya la puedes reciclar —le digo a John mientras se la devuelvo.

—Sin problema —dice alegremente—. Pero que sepas que en el almacén llevan retraso, así que pronto te traeré más cosas.

—¿Cuánto retraso?

Frunce los labios.

—Pues, por lo que parece, uno bastante gordo.

Ay, Dios mío.

—John, por favor, no me digas que tienes un furgón entero lleno de correo de admiradores para mi difunto padre ahí fuera.

—Un furgón entero no—aclara—. Y no lo he traído. Pero sí hay una saca. O dos.

—¿Una saca?

—O tres. En la oficina de clasificación parece Navidad.

—Me estás tomando el pelo —digo mientras Maddie me sirve un plato con una única tortita. Quita el correo para dejar el plato, lo que me parece fenomenal.

—Si quieres, empiezo a devolverlas directamente—dice John.

—No, no lo hagas. Dame…, dame unos días, ¿vale? No pasa nada. Tres sacas de cartas.

—Igual cuatro.

—¡Lo voy a asesinar!

John y yo nos callamos y nos volvemos hacia a Maddie, quien está mirando el periódico del pueblo con expresión furiosa.

Hay un silencio largo y pesado y a continuación John sonríe.

—¡Bueno, pues yo me marcho! Hoy tengo lío, hay mucha tarea. Ciara. Maddie. No he oído nada.

Se marcha después de esquivar a Maddie con un rodeo exagerado del que ella ni se percata mientras esta suelta con un golpe el periódico encima de la mesa.

—¿Podemos centrarnos en la tortita, por favor? —pregunto al tiempo que intento comérmela antes de que Maddie decida estrellarla contra la pared o algo así.

—¿Te puedes creer a este tío?

—¿Qué tío? —Miro la fotografía llena de grano que me está enseñando. Un hombre corpulento y con barba sonríe a cámara—. ¿El tío bueno?

—Shane McCauley —dice Maddie—. Y no está bueno.

—Permíteme que disienta. ¿Este es Shane, entonces? ¿Burger Boy? ¿El hombre que quiere arruinarte?

—El hombre que ahora se dedica a salir en los periódicos.

—Mecachis.

—¡Ciara!

—Vale, perdón.

Leo el artículo mientras Maddie se sienta enfrente de mí y deja caer la cabeza en las manos. «PRÓXIMA APERTURA DE UN NUEVO CAFÉ EN EL PASEO MARÍTIMO DE CARRIGWEST», dice el titular.

> Es posible que el dublinés Shane McCauley aún se sienta un visitante en esta parte del país, pero el chef profesional está decidido a echar raíces con su proyecto de abrir un nuevo negocio de restauración junto a una de las playas más populares de Irlanda. Los habitantes de Carrigwest conocen sin duda su camioneta Burger Boy, que sirve hamburguesas a la entrada de la playa de North Strand. Debido al éxito obtenido, McCauley planea ampliar su oferta gastronómica para ofrecer un extenso surtido de dulces y tartas…

—No he visto a este hombre en mi vida. —Pienso en los dos adolescentes que suelen trabajar en el *foodtruck*—. Si lo hubiera visto, me acordaría.

—¡Porque no vive aquí! Casi ni aparece y ahora resulta que va a echar raíces. —Maddie gira el periódico para leerlo—. ¿Cómo puede salir en portada si casi ni ha pasado una semana aquí? He intentado que me dediquen un artículo un montón de veces pero el tío Pat dice que sería nepotismo.

—Bueno, es tu tío.

—¡Aquí todos somos familia! ¡Todo es nepotismo! ¿Solo porque es un recién llegado tiene derecho a salir en portada?

—Eso y que está bueno —digo metiéndome tortita en la boca con un tenedor.

Maddie abre mucho la boca.

—Yo también estoy buena.

—Claro que sí. Perdona.

—Dos años —dice—. Llevo dos años trabajando en esa camioneta, llueva o nieve, ¿y este tío se cree que puede llegar aquí como si nada y conseguir aquello para lo que yo llevo años ahorrando en cuestión de semanas?

—Es una playa grande, Mads.

—¡Exacto! Puede irse a cualquier otra parte. Hay un aparcamiento sur, no entiendo por qué no se pone allí, y además yo llevo años intentando abrir un local. —Se apoya en el respaldo con un bufido y mira furiosa el periódico—. ¿Sabes lo que creo que ha pasado? Creo que ha entrado en mi casa y ha espiado mis planes.

—Yo también lo creo.

—Va a empezar a vender repostería.

—La tuya es mejor.

—Desde luego.

—Y además la suya estará llena de grasa de hamburguesa.

Con eso consigo que sonría. Luego medio suspira, medio gruñe mientras termina de despotricar.

—Voy a ir otra vez al banco —dice—. A ver qué ha sido de mi solicitud de préstamo. A estas alturas ya debería tener ahorrado lo suficiente. —Me mira repentinamente insegura—. ¿No? ¿Tú qué crees?

—Creo que necesitas unas vacaciones.

—Sí, claro —murmura—. Bueno, ¿me vas a contar algo de ayer o no?

—No hay gran cosa que contar —digo encogiéndome de hombros —. Hablamos. No nos entendimos. Quiere sacarme del libro. Yo

quiero tirarme al suelo y llorar. Creo que va a ser una relación laboral maravillosa.

—Esto ya lo has hecho antes —me recuerda—. Tus libros me encantaron.

—Tienen que gustarte mis libros; eres mi amiga.

—Y, como amiga tuya que soy, si fueran una mierda te lo diría.

Lo que probablemente sea cierto.

Pero aun así.

—Esto es distinto —digo—. Nunca he escrito literatura fantástica. No puedo escribir como mi padre.

—Porque no eres él. Eres tú. Casey lo sabe. Y Sam también se dará cuenta. Deja de darle tantas vueltas y de intentar que salga perfecto.

—Le dijo la sartén al cazo. —Me giro en mi silla mientras Maddie vuelve a los fogones—. Llevas media hora aquí y me has servido una tortita.

—Eso es diferente.

—¿Por qué?

—Porque sí —dice, y hace girar las varillas antes de empezar otra masa.

9
Sam

—Vale. Prueba esta.

Me dispongo a disimular una mueca de desagrado mientras Ronan me pone otro vaso delante, este con dos centímetros y medio de un líquido ámbar opaco. No tan turbio como el anterior pero igual de poco apetecible.

—Quiero tu opinión sincera —dice cruzando los brazos—. No me voy a ofender.

—Vale.

—De verdad. Tú dime lo que piensas. Lo primero que te venga a la cabeza.

—Me…

—Tu reacción instintiva.

Le doy la vuelta al libro para saber por qué página voy y carraspeo como si eso fuera a ayudarme a limpiar mis papilas gustativas.

Respiro hondo. Bebo de un trago.

Empiezo a toser.

—¿A que no está mal? —Parece animado—. ¿A que es como una bofetada?

—Sabe a… —A vinagre—. A algo —digo—. No es tan amarga como la otra. ¿Debería ser una cerveza como una bofetada?

Resulta que, además de barman, Ronan es cervecero amateur. Y me ha convertido en su conejillo de Indias.

—Supongo que es un poco fuerte —observa como si no lo supusiera en absoluto—. ¿Qué tal el retrogusto?

—Está ahí, sin duda.

—Lo tendré en cuenta —dice, y sustituye el vaso vacío por una pinta recién servida—. Eres un buen chico, Sam. Estos bocazas se niegan a probar más cervezas.

Porque son más listos que yo.

—Encantado de ayudar —respondo, y vuelvo a mi libro mientras él recibe a otro cliente.

Me he bajado al pub porque sabía que terminaría como un león enjaulado si me quedaba en la habitación. Ronan es una compañía agradable y, cuando empezó a atardecer y a llegar gente, el local perdió su aire sombrío y desolado.

Es un establecimiento de lo más básico. No hay televisor ni comida ni nada aparte de una sencilla carta de cervezas ale y stout y licores. Pero supongo que no hacen falta más que una silla y una bebida, y a todo el que entra se le ofrecen las dos cosas. La cháchara de los clientes es un ruido de fondo agradable, lo mismo que el alcohol en mis venas, y podría ser una noche de viernes estupenda si no sintiera la necesidad de comprobar mi teléfono cada cinco minutos en busca de un correo que nunca llega.

La impaciencia me corroe y empiezo a plantearme si a Amy no le faltaba razón cuando me criticó por presentarme en casa de una autora para preguntar «dónde está mi libro» cuando, después de que den las diez, se abre la puerta del pub y entra Ciara Sheridan.

Viene sola y vestida con pantalones vaqueros cortos, camiseta y un chubasquero ligero azul claro en el brazo. Su pelo parece recién lavado, y ha debido de pasar tiempo al aire libre hoy porque tiene la nariz quemada, un ligero rubor que le da un aspecto sobrenatural mientras pasea la vista por el local antes de verme.

Por un momento nos limitamos a mirarnos y me sube calor por la nuca. Debe de ser el instinto de supervivencia.

—¡Ciara!

Los dos nos sobresaltamos y Ciara mira a Ronan.

—¿Dónde rayos has estado metida? —dice con un tono más afectuoso del que cabría esperar para esas palabras.

Ella se encoge de hombros.

—He hecho enero seco.

—Si estamos casi en junio.

—Se me ha dado muy bien.

—Siéntate —ordena Ronan con tono gruñón—. ¿Qué es eso de enero seco? —pregunta mientras termina de servir una pinta a un hombre a tres taburetes de distancia.

Pero Ciara parece indecisa y vuelve a pasear la vista por el local antes de echar a andar hacia mí.

Creo que nunca he visto a una mujer acercarse a mí con tanta cara de resignación.

—Estás en mi sitio —dice al llegar, y caigo en la cuenta de que sigo mirándola fijamente.

—Perdón. Me…

—Es broma. Ese sitio es el peor. Nunca me siento ahí. —Su vista se detiene en el libro y me lo guardo en la bolsa.

Entonces mira la bolsa.

—Muy bonita tu *tote bag*.

—Gracias —digo metiéndola debajo del taburete—. Tengo unas trescientas.

—¿No son muchas?

—Son como la cocaína para los profesionales de la edición.

—Eso me han dicho —responde—. Oye, ¿sueles leer en bares?

—En realidad me… —Me pongo tenso cuando se sienta en el taburete contiguo—. Sí. A veces.

—¿Y sueles pasarte los viernes por la noche leyendo solo en un bar?

—No —reconozco.

—Entonces espero que no te moleste mi compañía. —Mira hacia delante y a continuación se gira hacia mí tan deprisa que nuestras rodillas chocan—. He hablado con Casey —comenta de pronto—. Dice que eres guay y no un estafador.

—¿Casey Richardson ha dicho que soy guay?

—Bueno, no con esas palabras, pero es la vibra que me ha dado. Al parecer, eres el mejor editor del mundo mundial y lo vas a solucionar todo. —Su sonrisa es automática. Forzada—. Pero no pienso pasarme la noche del viernes hablando de trabajo.

Yo sí quiero pasarme la noche del viernes hablando de trabajo. Quiero que me diga la cadencia y el tono exactos con los que mi jefe le ha dado a entender que hago bien mi labor. Pero ahora mismo tengo cosas más importantes que tratar.

—¿Qué tal ha ido la escritura?

He hecho la pregunta equivocada. Y la mirada de Ciara me abandona de nuevo y se fija en la barra.

—Muy bien.

—¿Tienes algo para enseñarme?

—El lunes lo tendré —dice—. Lo prometo.

—Quedaste en mandarme algo esta mañana.

—Eso fue para que te marcharas de una vez.

Se me acaba la paciencia.

—¿Siempre eres tan brusca?

—¿Siempre eres tan cuadriculado? —dice imitando mi tono de voz —. Yo no puedo trabajar como trabajas tú, ¿vale? No soy un ordenador. Si fuera tan fácil, ya tendría escrita la novela.

—Yo no he dicho que fuera fácil, pero, al ritmo que llevas, no vas a entregar a tiempo.

—Lo estoy intentando —se limita a decir—. No tiene sentido que te mande algo si lo voy a cambiar. El lunes por la mañana, lo juro.

—Pero me…

—¿Podemos no hablar del libro? —me interrumpe—. Solo quiero beber algo y, si lo prefieres, me voy a una mesa. No tenemos que hablar si no quieres. No tenemos que hacer nada.

Y hace además de levantarse.

—Espera —digo, porque me estoy imaginando a Casey quitándome este encargo y me entra el pánico. Bastaría un correo de ella pidiendo trabajar con otro editor y ¿qué significaría eso? Que habríamos terminado antes incluso de empezar—. El lunes, entonces. Por la mañana —añado—. Puesto que por lo visto trabajas por las noches.

Emite un ruido débil, algo que parece un resoplido. Pero vuelve a sentarse.

—El lunes —repite, y está decidido.

Un silencio incómodo se instala entre los dos y Ciara se revuelve en su asiento, cruza una pierna sobre la otra antes de rascarse la mejilla. Tiene los dedos llenos de anillos de plata que centellean en la luz tenue, y los miro absorto mientras tamborilea con ellos en la madera barnizada.

—Me alojo en la habitación que está encima del pub —digo, porque no se me ocurre nada más.

Por toda respuesta hace un murmullo de asentimiento y acerca su taburete a la barra. Tiene el cuerpo girado en dirección contraria a mí y estoy seguro de que si alguien nos viera pensaría que es la peor primera cita del mundo.

«No seas tú», me dijo Lizzie. El problema es que no sé ser otra persona.

El nerviosismo se apodera de mí. Siempre he odiado no saber qué hacer. Y con esta mujer al lado me siento totalmente perdido.

—Escucha —empiezo a decir en un intento por arreglarlo, pero entonces alguien detrás de mí me llama.

—¡Hombre! ¡Está vivo!

El granjero con el que hablé el otro día, el que me indicó cómo llegar a casa de Ciara, entra en el pub. Lleva una gorra plana y su perro trota detrás de él moviendo el rabo antes de dirigirse al espacio que hay delante de la chimenea apagada.

Ciara sonríe calurosamente y se vuelve a mirarlo.

—Buenas noches, Bernard.

—Qué buenas noches ni buenas noches. ¿Cuándo me lo vas a presentar?

—¿A quién? —pregunta Ciara sorprendida mientras Bernard me estrecha la mano—. ¿A Sam?

—¿Así es como te llamas, muchacho? —Su apretón es sorprendentemente firme—. El novio.

Ciara frunce el ceño.

—¿El qué?

—¿Cuánto tiempo llevas guardando el secreto?

—Ah, no me dijiste que salías con alguien —señala Ronan reuniéndose con nosotros—. Lo siento, muchacho. Tenías que habérmelo dicho.

—No estoy saliendo con nadie —asegura Ciara con voz firme.

—Casi ni la hemos visto estas últimas semanas —me dice Ronan —. Estábamos empezando a preocuparnos. Pensábamos que igual se había enganchado a todo eso de las…. ¿Cómo decías que se llamaban, Bernard?

—Criptomonedas —contesta sombrío el anciano de noventa años.

Ronan asiente con la cabeza.

—No es que yo entienda demasiado de eso, pero se oyen cosas por ahí.

Ciara tiene aspecto de estar quedándose sin paciencia.

—No estoy invirtiendo en criptomonedas. Y no es mi novio.

—Yo no digo nada —replica Ronan levantando las manos—. Sé que te gusta que respeten tu intimidad.

—Pero…

—Mis labios están sellados. —Y le guiña un ojo. O al menos lo intenta, pero más bien levanta uno de los lados de la boca y medio cierra el ojo derecho.

—Ya sospechaba yo que nos habías abandonado por alguien — dice Bernard en tono alegre—. Pero haces bien. Vive la vida mientras seas joven.

—Solo he estado ocupada.

—Sí, claro. —Bernard me da una palmadita en el hombro—. Tráelo a la granja algún día. Para que yo vea de qué madera está hecho.

—No pienso… —Ciara se interrumpe cuando Bernard se va y Ronan le sonríe por última vez antes de hacer lo mismo. Se vuelve para mirarme, perpleja por un instante hasta que ve mi cara.

—¿Esto es culpa tuya?

Mi sonrisa es nerviosa.

—Puede ser.

—¿Cómo que puede ser?

—Nadie quería darme tu dirección.

—Así que mentiste.

—No, Bernard sacó conclusiones. —Hago una pausa—. Y luego mentí.

—Ay. Por el amor de…

—¡La he encontrado! —Ronan reaparece y deja una caja vieja en la barra—. Sabía que las tenía. Y pensar que querías que lo tirara todo —le dice a Ciara.

Esta lo mira suspicaz.

—¿De qué hablas?

—Sam quería ver fotografías de Frank —explica Ronan sacando un puñado—. Las guardé para que estuvieran a salvo, pero resulta que las guardé demasiado bien. No las encontraba por ninguna parte, pero aquí están. Impecables. —Señala la primera con orgullo—. Bueno, casi. Este soy yo en mis años mozos. —Me da una fotografía desvaída de él detrás de la barra y otra de él con Frank en la puerta —. Tú también sales en algunas —le dice a Ciara, que guarda un silencio sepulcral en el que Ronan no parece reparar—. Creo que

Sam sabe más cosas de tu padre incluso que tú —continúa—. ¿Cuántas veces has dicho que has leído los libros?

—Ah, pues seis —contesto mientras Ronan sigue rebuscando en la caja—. Puedo verlas en otro momento.

—Creo que tengo algún marcapáginas por aquí —murmura—. ¿Estás bien, Ciara? Te veo un poco pálida.

—Estoy… —Aparece una arruga en su frente—. La verdad es que no me encuentro muy allá.

—¿Quieres una copa de brandy medicinal?

—Casi que me voy a casa.

Ronan la mira sorprendido.

—Pero si no te has tomado ni una pinta.

—Lo siento. —Ciara se baja del taburete con una sonrisa ancha y falsa—. Me paso la semana que viene.

—Pero…

Pero nada, resulta. Ciara evita mirarme mientras coge su chubasquero y corre a la puerta saludando con la cabeza a la gente que dice su nombre.

—Debe de haber comido algo que le ha sentado mal —dice Ronan con tono de decepción, pero no creo que sea eso. Repaso cada tensa interacción que hemos tenido y miro las fotografías, consciente de que, si la dejo irse ahora, más me vale sacarme un billete de vuelta a casa—. Oye, no —protesta Ronan cuando me ve apurar mi bebida—. Tú también no.

—Enseguida vuelvo —digo, y dejo la bolsa en la barra—. ¿Me cuidas esto? Tengo que…

—Sí, sí. —Me dice adiós con la mano—. Por eso me quedé soltero —añade, y no me molesto en corregirlo antes de salir en busca de

Ciara.

10
Ciara

Bueno. Me lo tengo merecido por salir de casa.

Estoy en la calle y el aire nocturno no es más fresco que el ambiente cargado del pub. Pero huele distinto de como olía antes. Más a tierra y a vida.

El pronóstico meteorológico decía que no llovería hasta dentro de unas horas, pero mi instinto arácnido me dice otra cosa, así que me pongo el chubasquero y bajo por la carretera, irritada conmigo misma.

Sabía que Sam se alojaba en la habitación que hay encima de Delaney's. Lo sabía. En primer lugar, era una deducción razonable porque no hay ningún otro alojamiento cerca y, en segundo, era un hecho confirmado porque por fin he leído los correos que me mandó. Lo sabía y, sin embargo, cuando entré en el pub para beber algo y hablar de tonterías con Ronan porque no me apetecía pasar otra noche en casa sola, me descolocó encontrarlo allí. Y además seguía sin tener ni idea de cómo hablar con él.

No debería haberme acercado. No debería y sin embargo lo hice. Y así me ha ido la noche del viernes.

Sin una triste pinta.

Sin una pinta y sin pinta de…

—¡Hola!

La grava cruje a mi espalda y aparece Sam. Suprimo a duras penas un gemido. ¿Es que este hombre no descansa nunca?

—Deberías volver dentro —le digo sin girarme—. Va a empezar a llover.

—Creo que hemos comenzado con mal pie —comenta cuando me alcanza, y de pronto estoy tan cansada que podría tirarme al suelo allí mismo y quedarme dormida—. Este libro es…

—Ya te he dicho que no quiero hablar del libro.

—Una putada —dice, y parpadeo y me vuelvo a mirarlo.

—¿Perdón?

No se desdice.

—¿Por qué aceptaste escribir *La última montaña* si no querías hacerlo?

—Pues no lo sé. Igual porque me ofrecisteis mucho dinero y tengo una casa que se cae a trozos. Y además nunca he dicho que no quisiera —añado—. Me está costando trabajo, eso es todo.

—¿Y qué? ¿Te crees que he venido hasta aquí para pasármelo bien? ¿Para unas vacaciones pagadas? Estoy aquí para ayudarte.

—¿Ayudarme? —Lo miro boquiabierta—. ¡Tú eres el que quiere sacarme del proyecto!

—¡Porque pensaba que no querías hacerlo! Creí que te hacía un favor ofreciéndote una salida. Evidentemente me equivocaba y te pido perdón.

Se acerca y miro hacia el pub para asegurarme de que no nos ve nadie. Supongo que vamos a tener esta conversación en mitad de la calle, entonces.

—Estabas en lo cierto —dice Sam—. En lo que dijiste en tu casa. Que yo no conocí a tu padre. No tengo ni idea de lo que fue crecer con él. Si te presiono es porque lo necesitas. Y creo que, en el fondo, estás de acuerdo conmigo.

Lo estoy. Pero me resulta duro oírselo decir.

—No te caen bien los lectores de tu padre —añade, y me pongo a la defensiva.

—No les caigo bien yo a ellos —le corrijo, y me arrepiento inmediatamente. Parece que tengo doce años—. Y he visto tu tatuaje.

Me sale como una acusación. Pero no sé cómo explicarlo. Toda una vida viviendo a la sombra de estos libros. De estos personajes. He aprendido a desconfiar.

—No eres un fan cualquiera —digo—. Eres un fan fan.

—Y no pienso disculparme por ello —contesta—. Por eso me ha mandado aquí Casey. ¿Preferirías trabajar con alguien que no tenga ni idea del universo de Ravian?

—Por supuesto que no.

—Entonces, dame otra oportunidad. Entiendo que no me conoces, pero estoy aquí por un único motivo. Quiero publicar los libros más importantes del mundo y no hay otro mayor que este. Otro mayor que el tuyo. Puedo ayudarte. Pero no puedo editar una página en blanco. Nadie puede.

Cambio el peso de pie mientras Sam me mira como si quisiera hacerme control mental o algo así. Habla totalmente en serio. Y, si soy sincera, creía querer esto. Esta actitud de fuera tonterías, sin paños calientes y ponte las pilas de una vez. No quería que fuera otro fan más.

Así que no entiendo por qué sus palabras me desilusionan un poco. Es raro, pero no me siento mejor, solo un poco vacía.

—No tenemos que ser amigos íntimos —dice cuando no contesto —. Pero, para que esto funcione, tienes que darme algo.

—No estoy… —Me interrumpo, impaciente—. No es que no lo haya intentado —le digo—. Me he esforzado más en esto que en cualquier otra cosa que he hecho en mi vida.

—Y puedes conseguirlo. Sabes que puedes. He leído tus primeras páginas. Eres una buena escritora.

—Y tú eres un buen editor, ¿no?

Levanta las cejas.

—Soy un editor excelente.

Resoplo, pero no estoy molesta. No puedo estarlo cuando otra vez parece tan sincero. Cuando habla de su trabajo, transmite un entusiasmo casi infantil. Un apasionamiento sin complejos que me hace creerle. O por lo menos querer creerle.

—Supongo que esto no es lo que te esperabas cuando Casey te pidió que vinieras, ¿no?

—No está tan mal —responde con tono despreocupado—. He conocido a Mary.

—No me digas.

—Me ha dado un plato de salmón.

Mi carcajada es tan repentina que casi me atraganto.

—También quiere hacerme la colada —continúa una vez recobro la compostura.

—Deberías haberte escondido —le digo, todavía con un poco de tos—. ¡Si es lo primero que te enseñé!

—Ya lo sé para la próxima vez.

La incómoda tensión entre los dos empieza a disiparse y él también debe de darse cuenta, porque sonríe de oreja a oreja. Es una sonrisa que le ilumina toda la cara. No es normal lo mucho que me gusta.

—Ven dentro —dice como si el local fuera suyo—. Te invito a tomar algo.

Pero niego con la cabeza.

—Tengo que irme a casa —digo retrocediendo un poco—. A trabajar un rato.

Parece verdaderamente sorprendido.

—¿Te vas andando?

—Con estos zapatos es imposible correr.

—¿No puedes llamar a un taxi? —Se pone a la defensiva cuando me limito a mirarlo—. Tendréis taxis aquí.

—Aquí aquí no. En la isla de Irlanda sí. En el pueblo de Carrigwest no.

—Y te vas a ir a casa andando sola. De noche. Y con tormenta.

—No he dicho nada de una tormenta —replico—. Es lluvia. Si no te gusta la lluvia, no deberías haber venido a la costa oeste de Irlanda. Mañana hablamos. —Agito los dedos—. Buenas noches.

—Pero si está oscuro como boca de lobo —insiste Sam.

Cuando no contesto, me sigue y me alcanza cuando llego a la carretera.

De eso nada.

—¿De verdad me estás siguiendo?

—Voy a acompañarte a casa —responde sin dudar—. Si te parece bien.

Y luego dicen que la galantería es cosa del pasado.

—Como quieras. —Suspiro—. Pero ni te dirijas a mí ni me mires a los ojos.

—No sé si hablas en broma o en serio.

—Me pasa mucho.

Cuanto más nos alejamos del pub, más oscuro está. Aquí no hay farolas. A mí no me importa, conozco el camino como la palma de mi mano, pero, cuando dejamos atrás el último edificio, Sam enciende la linterna de su teléfono e ilumina un pequeño círculo a nuestro alrededor.

—¿Estás mirando a ver si hay serpientes? —pregunto.

—Ya sé que no tenéis de eso.

—«La oscuridad no puede hacerte daño» —murmuro citando uno de los libros de mi padre.

—A ese personaje se lo come un dragón.

—Un detalle sin importancia. Y todos los dragones están en Gales.

Echo la cabeza atrás y miro el cielo. Por lo general, me encantan las estrellas de este cielo, mucho más brillantes que en la ciudad, pero esta noche no veo ni una. Solo la noche negra y nubosa.

Una noche que estropea totalmente el resplandor blanco a mi espalda.

—En serio —digo—. Conozco el camino perfectamente. Solo tienes que dejar que se te acostumbren los ojos.

—¿A la total y absoluta oscuridad?

—A ver, los neoyorquinos os creéis muy duros, pero os ponen en una carretera comarcal y tenéis lo contrario de la claustrofobia.

—Agorafobia.

—Eso te lo acabas de inventar.

—Una vez me rompí el tobillo.

—¿Eh?

—Cuando era pequeño —explica—. Mi padre y yo estábamos haciendo senderismo y se me enganchó el tobillo en una roca. Tropecé y me lo rompí. —Sus ojos se encuentran con los míos—. ¿Sabes lo molesto que es romperse el tobillo en mitad de una ruta de senderismo de dieciséis kilómetros?

—¿Extremadamente?

Se concentra otra vez en la carretera.

—Hay unos cuantos socavones.

—Si me rompo el tobillo en uno, tendré que quedarme en casa y escribir.

—Eso no lo había pensado.

Miro el haz de luz unos segundos y acto seguido saco mi teléfono y enciendo la linterna.

—Nunca me he roto nada —digo—. Ni siquiera me he torcido nada. Aunque una vez me hice un corte feo. Maddie y yo estábamos en la playa y me rajé la mano con una concha. Fue una auténtica escabechina. Tenía una raja enorme en la palma y sangraba como loca y… —Me callo cuando caigo en la cuenta de que me está mirando—. ¿Qué?

—¿Esta es tu idea de una charla intrascendente?

—Tengo una cicatriz —digo, y le enseño un bulto blanco en la piel —. Me parece que mola un montón.

—Pues sí. —Me da la razón aunque ni siquiera la ha mirado.

—¿Y se te veía el hueso?

Hace un sonido ahogado y sonrío.

—No me digas que eres hipocondriaco.

—No soy hipocondriaco. Solo… ¿Cómo que si se me veía el hueso?

—Vale. Se acabó hablar de lesiones.

—Te lo agradezco —dice, y enfoco el asfalto con mi linterna cuando algo afilado y húmedo me cae en la frente. Una gota de lluvia.

Un momento después, Sam da un respingo y mira adonde yo.

Lo sabía.

—No es más que un chaparrón. —Me subo la capucha y estoy a punto de decirle que se dé la vuelta, pero me cae otra gota antes de que pueda abrir la boca. Y luego otra y otra más en rápida sucesión hasta que no queda ninguna duda de que está lloviendo.

Sam me saca de la carretera y nos cobijamos debajo de un árbol, pero, a medida que la lluvia sube de intensidad, nos protege cada vez menos.

—¿Así que solo un chaparrón? —pregunta, y yo miro hacia la carretera mientras él se pega más a mí para alejarse de la zona de peligro.

Estamos a diez minutos del pub y a diez minutos de la casa. Necesitamos un refugio y lo necesitamos ya, y por suerte sé dónde encontrarlo.

Apunto con la linterna hacia el bosque, calculo la distancia y a continuación le cojo la mano a Sam antes de ser consciente de lo que hago.

—¿Confías en mí? —le pregunto cuando me mira sorprendido.

—No.

—Entonces… —Me paro y lo miro furiosa—. Se supone que tienes que decir que sí.

—Te conozco de hace tres días.

—Ya, pero has dicho que somos… Da igual. Venga.

Tiro de él y lo obligo a adentrarse en el bosque. Podría resistirse, pero no lo hace y me deja tirar de él por entre los árboles.

—¿Adónde vamos?

Tiene que gritar para hacerse oír por encima del estruendo, pero ni me molesto en contestarle. El mundo parece mucho más ruidoso aquí con el agua golpeando las hojas y creando una cacofonía que ahoga todo lo demás.

A los pocos segundos estoy calada y tenemos que caminar más despacio para no tropezar con troncos oscuros y el suelo irregular del bosque. Pero mis pies saben adónde van; he crecido en estos bosques. Así que, cuando me detengo un minuto después, me limito a señalar triunfal una construcción que se cierne sobre nosotros.

Sam levanta la vista, jadeando.

—¿Es una casa de árbol?

Lo es.

Sigue lloviendo, pero no hago caso. Suelto a Sam y empiezo a trepar; mis zapatillas empapadas encuentran las gruesas planchas de madera con la facilidad de siempre. Da igual cuántos años hayan pasado. Venía aquí todos los días. Encontraría estos peldaños con los ojos tapados y en un huracán.

Llego arriba en tiempo récord y termino de subir antes de volverme para ayudar a Sam, pero me lo encuentro detrás de mí. Nos miramos un momento y a continuación retrocedo para hacerle sitio, un poco cortada, no sé por qué.

Él sube más despacio que yo, fijándose en todo.

—¿La hizo tu padre?

Niego con la cabeza.

—Ya estaba cuando la compramos. La casa queda a pocos minutos. Estamos justo en el límite de la finca.

De pequeña me parecía mágica, enorme, pero, cuando Sam se mete y se sienta contra la pared, el espacio parece encogerse y tengo la sensación de que no cabemos.

—Está genial —dice secándose la cara con la mano. Cuando lo hace, una gota de lluvia le baja del nacimiento del pelo y por la mejilla y sigo su curso durante cinco segundos enteros antes de apartar la vista.

—¿Crees que estamos a salvo aquí? —pregunta.

—No.

Pero es la sensación que da. Quien construyó esta cosa lo hizo a conciencia. Es seca y cálida, es como si estuviéramos en un capullo dentro de nuestro propio mundo, y me recuesto contra la pared y pego las piernas al pecho. Pero la sensación de calma no dura demasiado rato.

Ahora que no estamos bajo el diluvio, la ropa pegada al cuerpo me molesta muchísimo y tengo que quitarme el chubasquero. Además, se me olvidó subirme la cremallera, así que, aunque tengo los brazos secos, soy extremadamente consciente de que ahora mismo parezco una participante de un concurso de Miss Camiseta Mojada. Claro que Sam no parece darse cuenta. No me mira, está pendiente de la lluvia que cae fuera.

No hay relámpagos dramáticos que me permitan atisbarlo, pero sigue con el teléfono encendido y la linterna brilla entre los dos proyectando una luz intensa en su cara que, cosa extraña, a él lo favorece pero a mí debe de darme aspecto de fantasma.

—Encajo muy bien las críticas —digo de pronto, y cuando se vuelve a mirarme siento un pellizco en el estómago—. Al menos eso creo. Pero, si puedes animarme de vez en cuando con un «no es una mierda», estaría fenomenal.

—Tomo nota.

—Y se me da genial procrastinar.

Hace una mueca.

—Como a todos los escritores.

—Y además no estoy acostumbrada a esto —continúo, señalando el espacio entre los dos—. Por eso he estado un poco… Suelo trabajar sola hasta que estoy preparada para enseñarle a alguien lo que he escrito.

—Y me parece muy bien —responde con amabilidad—. Pero no te estaba funcionando.

—No —confirmo. Y es la verdad—. Papá decía siempre que no sabía lo que iba a pasar dentro de un libro hasta que no terminaba de escribirlo. A ver, lo planeaba hasta el último detalle. A veces incluso las frases. Pero luego no tenía miedo de cambiarlo. No tenía miedo de probar cosas nuevas hasta que quedaba perfecto. Así que tengo lo que él planeó, pero no sé qué partes habría cambiado porque él no lo hacía hasta que no empezaba a escribir.

—Lo que habría hecho él no importa —dice Sam—. Sí que necesitamos seguir su patrón narrativo. Pero, aunque este sea su universo, es tu libro.

Mi libro.

Ahora mismo no es la sensación que tengo.

Pero agradezco que me lo diga.

Más lluvia golpea el costado de la casa del árbol y me paso los dedos por el pelo y me lo sacudo.

—Creo que vamos a estar aquí un ratito más —digo, señalando algo que es evidente—. ¿Tienes otro problema existencial del que necesites hablar? ¿Algún trauma infantil quizá?

—Prefiero esperar a la semana dos para eso.

—Tú mismo. —Estiro una pierna hasta que está junto a la suya—. ¿No tienes más anécdotas superguais de lesiones?

Estoy de broma, pero enseguida responde.

—Un chico de mi clase se rompió un brazo por caerse del columpio.

—Cuéntamelo todo.

Y, para ser justos con el muchacho, eso hace.

11
Sam

A la mañana siguiente me despiertan el canto de los pájaros y una brisa fresca que entra por mi ventana abierta. Sé que no durará mucho. «Está previsto que la ola de calor continúe», dicen todos los artículos que encuentro, y decido que es prioritario hacerse con alguna forma de aire acondicionado, aunque consista en fabricar abanicos de papel.

Cuando por fin dejó de llover, insistí en acompañar a Ciara hasta su casa, pero decliné la invitación de quedarme a dormir en su sofá. El camino de vuelta a Delaney's con la ropa mojada fue bastante desagradable, pero me pareció que tenía que mantener un aire de profesionalidad ahora que por fin hemos llegado a un acuerdo.

En cuanto decidió que yo no era su enemigo, se volvió bastante habladora. Y bastante graciosa, también. El humor no tenía demasiada presencia en el repertorio de Frank, pero con Ciara…

Me meto en el diminuto cuarto de baño mientras repaso nuestra conversación de anoche. Salir detrás de ella fue arriesgado, pero resultó que lo que ambos necesitábamos era dejarnos de chorradas y decirnos unas cuantas cosas a la cara.

Está nerviosa.

Que esté nerviosa es bueno. Significa que quiere hacerlo bien. Los nervios son algo que sé manejar.

De hecho, ahora mismo me siento capaz de manejar cualquier cosa y, cuando me llega un mensaje de Ciara una hora más tarde, mi confianza en mí mismo alcanza niveles astronómicos.

¿Te gustan las iglesias siniestras?

«Me encantan», contesto y, para cuando termino de ducharme y vestirme, me está esperando fuera.

—Esto para ti debe de ser todo un madrugón —le digo al subir al coche.

—Estoy bien —responde quitándole importancia—. Espabiladísima.

—Acabas de bostezar.

—Estaba inhalando para llenarme los pulmones de aire.

—Precisamente en eso consiste un bos…. Pero eso ya lo sabes. Olvídalo. Lo que tú digas.

Espera a que me ponga el cinturón y a continuación empieza a circular por las carreteras estrechas y llenas de curvas a una velocidad que no debería ser legal. Al cabo de unos quince minutos de ver la muerte de cerca, nos detenemos delante de una iglesia. Es sorprendentemente grande para donde está, con imponente piedra gris y ventanas de vidrio policromado. Nada de eso resulta necesariamente siniestro, pero el cementerio contiguo y lleno de maleza sí.

—¿Verdad? —dice cuando me ve mirarlo—. Maddie y yo nos retábamos la una a la otra a entrar cuando éramos pequeñas.

Bajo del coche detrás de ella, medio esperándome encontrar un matojo rodante en nuestro camino.

—¿Siempre está así de… deshabitada? —pregunto tratando de dar con el adjetivo adecuado. «Desolada» me parece demasiado fuerte.

—Pues sí. La última vez que tuvimos párroco a tiempo completo fue en los noventa. Ahora compartimos uno con otras parroquias.

—¿Y a qué hemos venido?

—Paciencia, pequeño saltamontes. —Saca su teléfono y toca la pantalla con el pulgar antes de recostarse contra el muro de la iglesia y levantar la cara al sol—. Este es el mejor sol —dice cerrando los ojos—. Suave.

—¿No te gusta la ola de calor?

—No si dura cuatro meses. En el fondo soy una chica de estaciones. —Toca la piedra a su lado—. Ven a tomar el sol conmigo.

Lo hago, aunque la pared sigue húmeda de la lluvia de anoche, así que me pongo las manos en la espalda para que el musgo no me moje la ropa. Ciara sigue con los ojos cerrados y yo sigo mirándola a ella. Lleva más o menos el mismo atuendo que los otros días. Pantalones vaqueros cortos. Camiseta lisa. Deportivas gastadas. Recuerdo haberle visto las suelas cuando trepó por el árbol delante de mí. La curva de su pantorrilla y un atisbo de muslo desnudo debajo del impermeable.

Carraspeo y aparto la vista.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Esas palabras nunca presagian nada bueno.

—¿Qué te empujó a dedicarte al crimen?

—¿Como escritora o en general? —Abre un ojo para mirarme—. Me gustaba leer novela policiaca, así que me pareció lógico

escribirla.

—Pero luego paraste —señalo—. Desde que…

—¿Me sacaron del armario? —Hace una mueca—. Siento parecer resentida, pero es que lo estoy. Elegí escribir bajo seudónimo porque no quería esa clase de fama. Pero a la periodista le dio igual. Quería escribir un artículo que se hiciera viral durante unas horas.

—¿Cómo se enteró?

—No lo sé. —Ciara suspira—. Dudo de que se tratara de una gran conspiración. Por aquí no era ningún secreto. Mi familia y mis amigos lo sabían, así que alguien debió de decir algo y la noticia circuló. Por eso esta vez solo se lo he contado a Maddie. Sé que no dirá una palabra.

—¿Y dejaste completamente de escribir?

—Sí. No firmé más contratos. Dejé a mi agente. No quise saber nada más. Se había estropeado todo.

—Pero tuviste buenísimas críticas.

Me clava la mirada y me encojo de hombros.

—Las he buscado en internet.

—Sí, bueno. —Da una patada en el suelo y desentierra un narciso —. Al final eso fue lo de menos. El *fandom* se puso en mi contra. Al menos una parte. La parte más ruidosa.

—¿No les gustaba que ocultaras tu nombre?

—No les gustaba yo, punto. Y, antes de que me lo preguntes, no, no sé por qué. Misoginia. Celos. —Frunce los labios—. Agravio comparativo. Dejé de buscar motivos cuando alguien me mandó un vídeo de YouTube de treinta minutos poniendo a caldo mi escritura.

Hago una mueca y se pone a mirar el musgo y a arrancar trocitos del muro.

—Al final decidí dejarlo. Era lo más fácil. Por eso quiero que este libro sea solo mío durante el mayor el tiempo posible. Al menos hasta que tenga claro que vamos por el buen camino con él.

—Me parece bien —digo con firmeza—. Y, si te preocupan las reacciones cuando lo anunciemos, podemos pensar algo. La última vez te pilló por sorpresa, pero esta podemos gestionarla.

—Hablas como si dirigieras un centro de operaciones.

—Está claro que no conoces a nuestro equipo de publicidad.

Su sonrisa es débil.

—¿Puedo hacerte yo una pregunta a ti?

—Siempre.

—¿Por qué te hiciste editor? No encajas en el prototipo.

—¿Hay un prototipo?

—Desde luego que lo hay, y no finjas que no lo sabes.

Eso me hace reír.

—¿Quieres la respuesta sincera o la de mentira?

—La de mentira.

—Por el dinero.

—La de verdad.

—Es probable que por tu padre —confieso, y se queda callada—. Ni mi padre ni mi madre eran grandes lectores, pero mi hermana iba a clases de baile después del colegio y yo la esperaba en la biblioteca. Cuando terminaba los deberes, me ponía a leer. A los trece años una bibliotecaria me dio el primer libro de Ravian y me encantó. Pero no sabía que la edición era una profesión hasta que no terminé la universidad. Y aquí estoy.

—Y aquí estás —repite, y tiene la mirada perdida en el horizonte —. Deberías haberte dedicado a las finanzas —dice al cabo de un

momento—. En finanzas se gana mucho dinero.

—Eso he oído.

—¿Y tienes novia en Nueva York? ¿Novio? ¿Amigo con derecho a roce?

—El viernes por la noche me encontraste leyendo solo en un bar —dice irónico—. ¿Contesta eso a tu pregunta?

—Me dice que eres un hombre que disfruta de su propia compañía.

—Y en su propia compañía está.

Ciara resopla.

—No sabes cómo te entiendo.

—¿Tú tampoco tienes pareja?

—¿Viviendo en una comunidad rural minúscula donde media población es familia mía? Si no tengo pareja es porque no quiero. Además, aquí no se pueden tener citas como es debido. Todos nos conocemos. Claro que tampoco tengo muchas ganas de…

Guarda silencio y se separa de la pared para sacar su teléfono.

—¿De qué no tienes ganas? —pregunto tratando de disimular la curiosidad en mi voz.

—Nada. Venga. Ronan me ha dicho dónde está la llave.

—¿La llave de qué?

—De la iglesia —dice como si fuera algo obvio, y echa a andar hacia el cementerio.

Ay, Dios mío.

—Por favor, dime que no está en una de las tumbas.

—Pues claro que no. Está en la casita para pájaros.

—No haces más que decir cosas como si fueran de lo más razonable, pero no lo son. Espero que seas consciente.

—¿Dónde guardarías tú una llave de repuesto?

Se detiene debajo de un sicomoro y sigo su mirada hasta una casita marrón para pájaros escondida entre sus hojas.

—¿Cómo vas a…? Ah, claro. Trepando.

Retrocedo mientras alarga los brazos y se agarra de la rama más cercana antes de empezar a subir como si fuera algo que ha hecho mil veces. Cosa que, al haber crecido en un sitio como este, probablemente sea verdad.

—¿Qué pasa? —pregunta al verme la cara.

—Estaba pensando en tu idílica infancia —digo mientras ella mete la mano en la caja y saca una llave plateada y oxidada—. Trepando a los árboles. Cavando hoyos. Los veranos debían de ser maravillosos.

—Tú no has estado aquí en un verano normal —me recuerda ya en el suelo—. Y la verdad es que no eran tan maravillosos. Mi padre se pasaba los días escribiendo y yo estaba casi siempre sola. Durante varios años fui prácticamente una salvaje.

—¿Cómo sola?

Me sonríe.

—No te preocupes, señor Servicios Sociales. Era un buen padre. Solo estaba ocupado. Le costaba más trabajo desconectar que al resto de la gente.

—Ya —digo con la sensación de que no me lo cuenta todo, pero dejo el tema y la sigo hasta la iglesia.

Abre con la llave de la casita para pájaros y dejamos atrás filas de bancos de madera gastados hasta llegar a un cuartito que hay al fondo. La puerta no está cerrada con llave, pero, cuando Ciara la abre, notamos una bofetada de aire viciado.

Arruga la nariz.

—Huele a viejo.

Así es. Y no en el buen sentido. Huele a que hace mucho tiempo que aquí no entra nadie. Claro que tampoco me esperaba otra cosa.

Parece un almacén. Techo bajo, suelos de conglomerado. Las paredes están cubiertas de archivadores altos y secreteres de aspecto vetusto. Hay varias mesas juntas en el centro y varias sillas apiladas en un rincón.

—Bienvenido a la cripta —dice Ciara cuando entramos—. O, tal y como se la llama oficialmente, la habitación donde guardamos los archivos municipales.

—Podíais haber buscado un nombre más pegadizo.

—De ahí la cripta.

Hemos bajado el tono de voz y me pregunto si los bibliotecarios la educaron tan bien como a mí de pequeño.

—Mi padre venía mucho aquí cuando estaba escribiendo los primeros libros —explica abriendo uno de los cajones—. Sacó la mitad de los nombres de sus personajes de estos archivos. Y casi todas las localizaciones.

Abre un grueso tomo y me enseña una planilla escrita a mano con nombres y edades.

—¿Es un censo? —pregunto, y me inclino a mirar.

—Es una chuleta.

—¿Todos son… granjeros?

—O hijos de granjeros. O mira. Hija de granjero.

Me acerco y de pronto me llega el olor de su champú, entre afrutado y floral, en el aire mohoso.

—¿Cómo puede haber seis Thomas en un mismo pueblo? —pregunta—. ¿Y cuatro Ellens?

Recorre las columnas con el dedo y mi atención se va a sus manos. Hoy no lleva anillos. Pero sí una pulsera de cuentas blancas en la muñeca y dos palabras borrosas escritas en tinta roja en el dorso de la mano. «Llamar fontanero».

—Son demasiadas Ellens —prosigue, y cuando pasa la página nuestros brazos se rozan. Titubea y veo que se le ha puesto la piel de gallina—. Qué frío hace aquí —murmura, y yo asiento con la cabeza aunque no tengo nada de frío. Más bien tengo un poco de calor, que no se me va cuando me separo y camino hasta la otra punta de la habitación.

—¿Así que a eso hemos venido aquí? —pregunto—. ¿A buscar inspiración?

—Y a robar nombres y oficios. —Empieza a sacar fotos de cada página con su teléfono—. Para ser escritora, se me da fatal inventarme cosas.

—Uno de mis autores saca nombres de los títulos de crédito de películas. Cualquier método vale.

—Humm. —Se queda callada. No por mucho rato—. ¿Cuál es el peor autor con el que has trabajado?

Sonrío y no digo nada.

—Venga.

—No.

—Dímelo.

—No soy un chismoso.

—Y un cuerno. En el mundo editorial os encantan los chismes. Soy yo, ¿verdad?

—Con diferencia.

Simula mirarme furiosa y vuelve a su libro mientras yo examino cajas en busca de algo útil. Estoy revolviendo un montón de velas blancas cuando me reclama.

—Vale, Fan Número Uno —dice enseñándome unos planos antiguos—. ¿Qué es esto?

—¿El mapa de una ciudad? —propongo—. O de un pueblo o algo así. —Debe de tener más de cien años y, cuando lo miro de cerca, reconozco el perfil de los edificios que conforman Carrigwest y, detrás, la iglesia en la que estamos ahora—. Es interesante que la carretera principal se haya conservado más o menos igual todo este… No puede ser.

Sonríe con suficiencia cuando le quito el plano.

—¿Ravian está basado en Carrigwest?

—En una versión antigua —dice mientras le doy la vuelta al papel para verlo desde otra perspectiva.

—No lo dijo en ninguna parte.

—Hay muchas cosas que no dijo. Pero tú eres especial, por eso te lo enseño.

No me importa que se burle de mí, y repaso mentalmente los mapas incluidos al final de los primeros seis libros de Ravian y los comparo con el que estoy viendo ahora. En lugar de la iglesia, tenemos la casa de Finn. En lugar del aparcamiento, la fortaleza.

De pronto me da un subidón de adrenalina que no me molesto en disimular.

—No me puedo creer que nadie se haya dado cuenta antes.

—Si no sabes dónde mirar, ¿cómo vas a hacerlo? Y el artista basó todos sus dibujos en el boceto original de mi padre, que tampoco era demasiado bueno.

—¿Me estás diciendo que nos encontramos donde Maeve se reunió por primera vez con el druida?

—No, porque eso pasó en un libro y esto es la vida real.

—No me vas a quitar la ilusión.

—Ni se me ocurriría intentarlo —dice mirándome con atención—. Estás disfrutando muchísimo con esto, ¿verdad?

—Pues sí. Creces con algo y te crees que lo sabes todo al respecto; es bonito descubrir que no es verdad.

—Así que el niño bonito de la edición tiene un lado sentimental.

—No hay muchos autores que me hagan sentir así —reconozco.

—Porque el resto somos solo máquinas de hacer dinero, ¿no?

Su voz es despreocupada. Pero me pregunto si ayer no metí el dedo en la llaga, y entonces dejo el plano y la miro a los ojos.

—Estoy aquí para ayudarte a escribir el mejor libro posible. Eso lo sabes, ¿verdad?

—Claro.

—¿Y también sabes que buscar inspiración no te libra de tener que escribir mil quinientas palabras antes del lunes?

Chasquea la lengua, pero parece complacida cuando me da la espalda para coger otro libro.

—Todo forma parte del proceso —dice soltándolo con un golpe—. Habrá momentos en que tengas que confiar en mí.

12
Ciara

Casi es la hora de comer para cuando decido que tengo lo que necesitaba. Aún no sé por qué invité a Sam a acompañarme. Quizá para compensarlo por nuestros primeros encuentros. O quizá porque me he pasado tanto tiempo tratando de escribir este libro sola que no he sido consciente de lo nerviosa que me estaba poniendo hasta que no he encontrado a alguien con quien debatir mis ideas. Y, aunque puede parecer una manera aburrida de pasar un sábado por la mañana, creo que no le importa. Se dedica a escudriñar viejos mapas y tengo que llamarlo dos veces cuando quiero que me haga caso.

Después se va al coche mientras yo termino de colocar todo en su sitio.

Cuando salgo de la iglesia, está hablando por teléfono, pero me ve antes de que me dé tiempo a concederle un poco de intimidad y levanta una mano para pedirme que espere.

—Vale —dice—. Te tengo que dejar. Sí. Vale. Muy bien. Yo también te quiero.

Las últimas cuatro palabras son como una bofetada, y simulo estar ocupadísima comprobando que he cerrado bien la puerta. Qué raro.

Pensaba que no tenía novia. ¿No me dijo que no tenía novia? Habría jurado que me…

—Perdón —dice cuando se acerca.

—¡No te preocupes! —respondo cantarina—. ¿Quién era?

—Lizzie. Mi hermana.

—Ah. —Ah—. ¿Se encuentra bien?

—Perfectamente. Estamos unidos. Hablamos mucho.

—Qué estupendo. —Tiro otra vez de la manija a pesar de que está perfectamente cerrada, pero mi cerebro sigue en plena adrenalina de «¡Todo bien!». Como cuando tropiezas caminando y te crees que te vas a caer pero no, estás en un centro comercial comprando calcetines y no caminando por el borde de un precipicio—. ¿Tienes más hermanos?

Niega con la cabeza.

—Dos es un buen número —me oigo decir—. ¿Qué tal es?

—Exagerada —dice—. Cariñosa. Tiene tres hijos de menos de cinco años y un marido que besa el suelo por donde pisa. Es un directivo de seguros, así que ella puede quedarse en casa y cuidar de los niños. Es mucho trabajo, pero le encanta.

—Suena genial.

—Lo es. —Sonríe—. ¿Has querido tener un hermano alguna vez?

Empiezo a asentir y entonces me interrumpo.

—Bueno, más o menos. Tenía a Maddie. Tengo a Maddie. Cuando éramos pequeñas estábamos juntas por obligación. Sus padres nos ayudaron mucho cuando murió mi madre. Papá y yo vivimos con ellos un año antes de que los libros empezaran a vender.

Sam se queda callado y no hace falta ser un genio para saber lo que se está preguntando.

—Cáncer —le digo mientras vamos hacia el coche—. Fue rápido.

—Lo siento.

—Gracias. Parece que la gente la quería mucho, pero yo era demasiado pequeña para tener verdaderos recuerdos de ella.

—Qué bien que tuvieras a Maddie.

—Es mi mejor amiga —me limito a decir—. Estoy convencida de que me ayudaría a enterrar un cadáver.

—Yo creo que Lizzie por eso no pasaría.

—¿En serio?

—Qué va. Le daría impresión, pero me ayudaría.

—Tener a Mads cerca ha sido una de las pocas cosas buenas de volver aquí —le digo cuando nos subimos al coche—. Nunca fue mi intención quedarme hasta que papá me dejó la casa, y ella me ayudó muchísimo. Dicho eso, como se mude algún día, estoy jodida.

Me mira a los ojos.

—¿No querías vivir aquí?

—Nunca fue el plan. Por algo me marché a Londres. Soy una chica de estaciones y también de ciudad.

—Espera —exclama Sam—. ¿Me estás diciendo que de no tener la casa te irías?

Suena tan sorprendido que me echo a reír.

—¿Tú querrías vivir aquí?

—Yo no crecí aquí.

—¿Y vives donde creciste?

—No —reconoce, y asiento con la cabeza.

—Pues eso.

—Pero ¿crees que tu padre sabía eso? —pregunta Sam y frunce el ceño antes de que me dé tiempo a contestar—. No es asunto mío.

—No te preocupes. —Sonrío y nos alejamos de la iglesia—. Creo que le encantaba la casa y quería que yo la tuviera. Y no le dio más vueltas.

Los dos nos callamos y miro la bifurcación que tenemos delante. Uno de los caminos me llevará a casa, pero si tuerzo a la derecha… Me entra desazón; la idea de volver a la casa es lo último que me apetece. Las habitaciones vacías. El aire quieto.

Me enderezo en el asiento.

—¿Te apetece ir a la playa?

—¿A la playa?

—Sí, Sam. A la playa. Hace sol y me acabas de recordar que eres un visitante en esta mi pequeña isla. Hagamos un poco de turismo. Por el *craic*.

—¿El qué?

—Significa diversión —digo, ya con tono de provocación—. Sabes lo que es divertirse, supongo. Venga. Te invito a un *smoothie.*

Parece reacio, como si una parte de él quisiera mandarme de vuelta a casa a trabajar. Pero, al ver que no pone más objeciones, piso el acelerador, y cuando giro a la derecha y me dirijo a la costa me siento más animada. No tardamos mucho en llegar, pero sí en encontrar aparcamiento porque es fin de semana.

—Ten cuidado con las gaviotas —le digo mientras caminamos entre los coches. El sitio está atestado de niños y de familias; sus risas y sus voces llenan el aire—. El truco es no mirarlas a los ojos. Si me permites la sugerencia, deberías pedir el Amanecer de fresa. Que, aunque resulte polémico, te aconsejo pedir sin miel porque…

—¡Ciara!

Sale Maddie desde detrás de la camioneta y parece más exhausta de lo normal. Tiene los rizos rubios pegados a la frente por el calor y el delantal manchado de zumo de uva tinta.

O al menos espero que sea zumo de uva.

—Menos mal que estás aquí —dice—. Ven.

Y desaparece antes de que me dé tiempo a saludarla.

Sam y yo nos miramos y le dedico una sonrisa tranquilizadora antes de dirigirlo rodeando el generador hasta donde me espera Maddie.

—¿Dónde tienes el coche? —me pregunta en cuanto nos ve.

—Al lado de las dunas. He pensado en enseñarle a Sam la…

—Necesito que te lleves estas cosas a casa.

Toca una alta pila de cajas sin nada escrito y parece sospechosamente orgullosa de sí misma.

—¿Son drogas o armas? —pregunto—. Porque me gustaría saber en qué me estoy metiendo.

—Es kétchup, creo. Puede haber otros condimentos.

—¿Y por qué tienes…?

—Tú —me interrumpe y mira a Sam—. Usa esos bíceps que luces. Venga.

—No. —Extiendo una mano para impedir que obedezca—. ¿Qué está pasando?

Pero Maddie hace caso omiso, me quita las llaves de la mano y coge la primera caja antes de dirigirse hacia las dunas.

—¿Está bien? —pregunta Sam.

—Está… —Llamo en el lateral del *foodtruck*—. ¿Natalie?

La única empleada de Maddie, una universitaria de primer curso que la ayuda durante el verano, aparece en la puerta mascando

chicle.

—¿A qué viene lo del kétchup? —le pregunto.

—El tío de las hamburguesas ha puesto una máquina de batidos —explica Natalie, y doy un respingo.

—¿Qué tiene eso de malo? —pregunta Sam con aspecto de lo más perplejo.

—Es el peor enemigo de Maddie.

Sam pestañea.

—¿Cuántos peores enemigos tenéis vosotras dos?

—¡Yo solo tengo una! —protesto—. Bueno…

—El tío de las gafas de sol —dice Natalie.

—La verdad es que el tío de las gafas de sol me cae fatal —admito —. Y supongo que tampoco él… ¡Maddie! —Me pongo delante de las cajas cuando vuelve e impido que coja otra—. ¿Este kétchup es del tío de las hamburguesas?

—No tengo ni idea —dice Maddie como si lo tuviera ensayado—. Lo han entregado aquí, pero sin albarán. Solo decía North Beach. Y yo tengo un negocio en North Beach, así que me lo quedo.

—Ay, Dios mío. Evidentemente es suyo.

—De evidentemente nada —replica Maddie—. Bueno, ¿me vas a ayudar a ocultar las pruebas o no?

—¡Esa pregunta no la haría una mujer inocente!

—¿Puede alguien explicarme lo que está pasando? —pregunta Sam tímidamente y, en cuanto me distraigo, Maddie aprovecha para coger otra caja.

—Está intentando dejarla sin negocio —explico cuando mi amiga desaparece otra vez—. Aunque yo no lo creo.

—¿Y por qué si no se pone a hacer batidos? —pregunta Natalie—. Han empezado a abrir más temprano para servir desayunos. Justo a la misma hora que nosotras… Quiere quitarnos los clientes.

—Y no lo va a conseguir —dice Maddie, de nuevo con nosotros. Tiene la cara roja, pero no sé si es del sol o de malhumor—. Es un recién llegado de la ciudad. Yo soy una autóctona muy querida. Sé cómo termina esta historia.

La miro boquiabierta.

—¿Termina contigo robándole?

—Termina conmigo protegiendo mi negocio. Estoy…

—Devuélveme mi kétchup, Madeline.

Oímos una voz ronca a nuestra espalda y, cuando me vuelvo, veo a un hombre aparecer entre las dos camionetas. Los cuatro nos quedamos callados y Natalie, que tan envalentonada parecía antes, ahora se pone colorada como un tomate. Y entiendo por qué. Este hombre tiene unos ojos azul cielo que parece que te hechizan solo con mirarte.

Shane McCauley es tan guapo como salía en el periódico, aunque su sonrisa cordial se convierte en una mueca sombría cuando mira a mi amiga. De hecho, por su tamaño resultaría bastante intimidatorio si no llevara puesta una camiseta con el dibujo de una hamburguesa poniéndose mostaza a sí misma. Creo que se supone que es crema solar.

Maddie se lleva las manos a las caderas.

—¿Qué kétchup? El envío era para el *foodtruck* de North Beach. He firmado el albarán y por lo tanto es mío.

—Era para mí y lo sabes. Además, ¿para qué quieres tú kétchup?

—¿Para qué quieres tú una máquina de hacer *smoothies* además de para intentar cabrearme?

—Lo de «intentar» sobra —suelta el hombre, y Maddie se pone rojo escarlata.

—¡Vale! —digo y me interpongo entre los dos, pero, antes de que se me ocurra algún plan genial para tranquilizar a todo el mundo, suena un pitido agudo y aparece Mary entre las camionetas con un gigantesco sombrero de paja y un bañador rojo chillón. En la mano lleva un ejemplar antiguo del boletín de noticias de la comunidad.

—Estoy intentando leer —nos regaña blandiendo el boletín como si fuéramos moscas a las que espantar.

Maddie la mira exasperada.

—No puedes estar aquí.

—¿Quién lo dice?

—¡Yo! Esto es un asunto priva…

—Es un asunto público —dice Mary, cortante—. La playa está atascada, los coches no pueden pasar y las personas no pueden salir porque, por si no os habéis dado cuenta, tenéis a gente mirando.

No nos habíamos dado cuenta. Pero entonces veo las caras de los curiosos que nos miran desde la parte delantera de las camionetas.

Natalie pone cara de asco y se vuelve dentro.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta Mary, y Maddie y Shane empiezan a hablar a la vez.

—Me está robando mi…

—Me ha robado mi…

Suena el silbato y los interrumpe.

—Ya está bien —dice Mary—. Me da igual. Si os vais a portar como niños desobedientes, así habrá que trataros. —Señala el otro

extremo del aparcamiento—. Uno de los dos se tiene que ir ahí. Sugiero que sea la camioneta de los *smoothies,* porque me gusta el olor de los aros de cebolla.

—La playa no es tuya —le dice Maddie con los dientes apretados —. No puedes darnos órdenes.

—Puedo y lo voy a hacer. Y tú vas a obedecer si es que sabes lo que te conviene. Las cosas que sé de ti, Maddie Buckley, harían sonrojarse a un pecador.

Maddie abre mucho los ojos cuando Shane la mira.

—¿Y bien? —insiste Mary señalando con gestos hacia la otra punta del aparcamiento.

Maddie tensa la mandíbula.

—Yo no me puedo mover. Mi camioneta no tiene ruedas. Que se vaya él.

Shane niega con la cabeza.

—Mire, señora, usted no es quién para decirnos dónde aparcar. El consejo municipal ha designado…

Mary vuelve a tocar el silbato y Maddie se tapa los oídos mientras que la expresión de Shane se ensombrece aún más.

—¿Para qué tiene ese silbato?

Mary parece ofendida.

—Para ayudar a los vigilantes.

—Sí, claro… Bueno, está bien. —Shane se reprime—. Lo que sea con tal de que se termine esta conversación.

—¿Te vas a mover?

—De todas maneras está más cerca de la entrada. Mañana me muevo.

—Que no se te olvide. —Mary nos dirige una última mirada furiosa —. Venga, circulen —dice a los curiosos.

Toca el pito una vez más y se los lleva de allí hasta dejarnos otra vez solos.

Shane mira furioso a los curiosos antes de volverse a Maddie todo digno.

—¿Me devuelves mi…?

—Ya te cuido yo la caja —dice Maddie sosteniéndole la mirada—. Y ahora, si me perdonas, tengo que volver al trabajo.

Shane abre la boca con expresión de querer decir cuatro cosas, pero se contiene cuando Maddie se vuelve hacia él con los ojos entornados. Los dos se miran con intensidad y a continuación Shane da media vuelta y se mete en su camioneta.

Ajá.

—Pensaba que no te gustaba —le digo a Maddie cuando se ha ido.

—Y no me gusta.

—¿Entonces por qué lo mirabas con ojos de sexo?

Maddie abre la boca.

—No le estaba mirando con ojos de sexo. Eran ojos de odio. Porque lo odio.

Sí, ya.

—Lo que tú digas. ¿Le vas a devolver su kétchup?

—No.

—Bueno, pues lo voy a sacar de mi coche —le advierto—. Y supongo que eres consciente de que vais a seguir trabajando en la misma playa. Te lo quitará en cuanto te descuides.

—Que lo intente —dice Maddie sombría antes de que Natalie la llame desde la camioneta para que la ayude—. Gracias por todo —

me dice tirándome las llaves.

—¡A mandar! —contesto mientras se va y me vuelvo hacia Sam, que parece bastante perdido.

—Casi siempre somos muy normales —le digo al tiempo que le llevo a la parte delantera de la gastroneta—. Lo que pasa es que no estamos acostumbrados a tanto sol.

13
Sam

El lunes me despierto a las siete de la mañana y tengo un correo de Ciara sin nada excepto un documento adjunto con el título SamFINALfinal_3 (1) y cuatro palabras en el asunto:

Lo prometido es deuda.

Es un primer borrador, pero menos da una piedra. Me doy cuenta de que está nerviosa. Algunas frases me chirrían, cuando se esfuerza demasiado por imitar a su padre, pero eso no me preocupa. Se le irá pasando a medida que se sienta más cómoda con el material. Y, en todo caso, me alivia ver atisbos de lo que es capaz de hacer ahora mismo. Hacia el principio hay una escena sombría con un juicio y una mazmorra que es de las cosas más inquietantes que he leído en mi vida y, por primera vez desde que estoy aquí, me ilusiono con lo que tengo por delante. En lo único que pienso es en que Ciara puede hacer esto. No era consciente de hasta qué punto lo dudaba hasta ahora.

En los días siguientes adoptamos una rutina sin acordarla formalmente. Por las mañanas leo lo que Ciara me ha mandado la noche anterior e intento mantenerme al día de una bandeja de

entrada cada vez más llena. Por las tardes voy a su casa a ayudarla con la trama de las partes más complicadas de la historia y a veces me quedo hasta las diez o las once de la noche, que es cuando ella se pone a escribir, y yo me vuelvo a Delaney's a dormir.

Es mucho trabajo. Empiezo a soñar con calendarios e incoherencias en la trama, y que Ciara no escriba de forma lineal no ayuda. Algunos autores no pueden pasar al capítulo siguiente si el anterior no está perfecto, pero a Ciara le gusta dar saltos y en más de una ocasión me manda una escena con la que no tengo ni idea de qué hacer.

Para finales de la primera semana, ha escrito diez mil palabras nuevas y tiene bien perfilado el Acto Primero. Para cuando termina la segunda, se siente más cómoda usando sus propias ideas. Ha pasado mucho más tiempo que yo con las notas de Frank y es evidente que les ha dado muchas vueltas. Tiene la cabeza de una escritora de suspense y se inclina más a la acción, hacia el lado oscuro de los personajes. Algunos de los cambios que propone son brillantes.

Otros no tanto.

—Tienes cara de estar horrorizado, no sé si lo sabes. Qué gracioso.

Ciara deja una jarra de limonada recién hecha en la mesa de la cocina y me sonríe de oreja a oreja.

Es jueves por la tarde y está de un humor excelente. Yo en cambio ya me estoy arrepintiendo de haberme puesto vaqueros. La temperatura ha subido hoy dos grados y me parece notar la diferencia, porque tengo el cerebro inusualmente confuso mientras le busco el sentido a lo que está proponiendo.

—¿Qué reacción esperabas? —me limito a preguntar—. No puedes pasar olímpicamente de un personaje tan importante.

—¿Por qué no? Es un pelma. No le cae bien a nadie.

—El Gran Lord Aengus no es ningún pelma.

—Es superpelma. —Ciara habla mientras se pone de puntillas e intenta coger un vaso de la estantería más alta—. No mientas. Sé que lees por encima cada uno de sus discursos. Lo hace todo el mundo.

—Me… —No termino la frase porque es posible que sí lo haya hecho, y Ciara vuelve la cabeza victoriosa.

—Un pelma —repite—. Yo no puedo escribir páginas con sermones morales como hacía mi padre. No me sale. Lo siento, no soy tan inteligente. Así que, en lugar de perder el tiempo intentando hacer algo que los dos sabemos que no se me da bien, ¿por qué no matamos…?

—No podemos matarlo —digo irritado—. Al menos no solo porque no te cae bien.

—Puede ser una muerte noble. Escrita con respeto. Adiós muy buenas, Gran Lord Aengus. Gracias por tu dedicación al futuro de Ravian, pero a nadie le importa.

Al nuevo intento roza el vaso con los dedos y el estante tiembla amenazadoramente. Temo que se caiga al suelo, así que me coloco detrás de ella y cuando quiero darme cuenta estoy inclinado hacia delante.

Por un momento nuestro cuerpos se alinean, Ciara tiene la espalda pegada a mí y su pelo me hace cosquillas en el mentón. El calor que desprende es inesperado, igual que el leve roce de nuestras manos cuando alargo el brazo y cojo el vaso del estante.

Retrocedo y, mientras le doy el vaso, me siento como si hubiera recibido una descarga eléctrica en el corazón. En cambio, Ciara se limita a cogerlo, atenta solo a la jarra de limonada que ha dejado en la mesa.

Sirve para los dos mientras habla tan deprisa que me cuesta entender su acento, explicándome en detalle todas las cosas en las que yo me equivoco y ella no, y a continuación la sigo escaleras arriba con el piloto automático puesto.

—Me estaba bloqueando —dice tocándose la cabeza mientras se sienta delante del ordenador—. Matarlo me ayudará a desbloquearme.

—¿Y si se convierte en tu solución cada vez que te encuentres con ese problema?

—Si pasa eso, no tendremos que preocuparnos por cortar palabras, ¿no? Lo voy a hacer —añade girando la silla hasta situarse frente al ordenador—. Voy a escribir una muerte serena y otra sangrienta y luego tú eliges la que te guste, pero va a morir.

—¿Una muerte sangrienta?

—Estoy pensando en un sicario. —Cuando doy un paso atrás, me mira—. ¿Te estás enfurruñando?

—Me estoy meando —digo, y su risa me persigue cuando salgo al pasillo. Lo que veo entonces me hace pararme.

A estas alturas ya me he acostumbrado a la distribución de la casa. O al menos a las habitaciones que más usa Ciara. Pero ahora, por primera vez, la puerta situada en el descansillo frente a las escaleras, la que me señaló el primer día que estuve aquí, está entreabierta.

«Ese es el despacho de mi padre», dijo. Como retándome a pedirle algo.

Por lo general está cerrada, y para ser sincero me había olvidado de ella, pero ahora tengo que pasar por delante de camino al baño y está… ahí. Entreabierta.

La miro durante un largo instante. La emoción me ha puesto extrañamente nervioso y con un último vistazo me vuelvo para asegurarme de que Ciara sigue escribiendo, así que me asomo conteniendo la respiración.

Tenía una butaca morada. Eso lo recuerdo de la única fotografía que publicó de donde escribía. Una butaca morada y paredes forradas de libros y…

Un cubo y una fregona.

Un recogedor.

Un armario escobero.

Esto es un armario escobero.

Tardo un segundo en darme cuenta y, en cuanto lo hago, todo se desmorona a mi alrededor. Una tabla de planchar plegable cae al suelo y por poco me da en la cabeza; la siguen varios productos de limpieza precariamente colocados. Uno me da en el hombro antes de que pueda apartarme y hago una mueca cuando un bote de ambientador rueda por el pasillo hasta detenerse bajo el pie de Ciara, que me mira desde la puerta de su despacho.

—Lo sabía —dice cruzando los brazos—. No has podido resistirte, ¿a que no?

—Lo confieso. Quería ver su despacho.

—No tenía.

Mantengo la vista fija en la tabla de planchar que estoy sujetando, así que no demuestro lo mucho que me sorprende su mentira. Una mentira flagrante, además.

—Tienes que ordenar esto —es lo que digo.

—Tengo que hacer muchas cosas. —Le da una patada al ambientador, que vuelve rodando a mí, y lo dejo con los otros productos antes de cerrar la puerta con gesto firme. En cuanto lo hago, algo cae al otro lado.

Al oírlo, una pesadumbre atraviesa el rostro de Ciara. Es una expresión triste y cansada que desaparece tan deprisa como ha llegado.

—He terminado por hoy —anuncia—. La cabeza no me da para más y además no tiene sentido trabajar en el tiempo muerto.

—¿El tiempo muerto?

—De dos a cinco de la tarde es tiempo muerto. Lo sabe todo el mundo. Vamos a salir.

—Tienes que escribir…

—Lo haré esta noche —promete—. Cuando no haga tanto calor y pueda pensar. Además, quiero enseñarte algo.

Se separa de la pared y sube los brazos. Su vientre asoma, un trozo de carne desnuda y bronceada. Me obligo a apartar la vista.

—¿Enseñarme qué? —pregunto distraído.

Entonces sonríe con una sonrisa luminosa.

—Sorpresa.

—¿Y dónde es esta sorpresa exactamente?

Aparto la vista de las hileras de casas anodinas y parecidas y veo que Ciara sonríe con suficiencia.

—¿Te creías que te iba a llevar a un paseo idílico por la montaña con un arcoíris en el cielo? ¿Verdes pastos llenos de ovejas?

—¿Después de haberte contado mi oscuro trauma con el senderismo?

Coge un desvío y las casas dan paso a fachadas comerciales.

—En serio —pregunto—. ¿Dónde estamos?

—Esto —dice con tono teatral— es la ciudad de Rathcross.

—¿Esto es una ciudad?

—Tiene una catedral, luego es una ciudad.

—Entiendo.

Me mira de reojo.

—Por tu tono de voz deduzco que no estás nada impresionado por la centelleante metrópolis a tu alrededor. ¿No te sientes como en casa? ¿No te parece estar en Nueva York ahora mismo?

—Lo que me pregunto es a qué huele.

Aparca el coche en una plazoleta que me resulta ligeramente familiar, pero solo porque estoy empezando a comprender que hay una en cada ciudad y cada pueblo de Irlanda. Las calles están en su mayoría desiertas a esta calurosa hora de la tarde, pero la plaza está limpia y los cafés tienen público y los vecinos han hecho un esfuerzo, con unas cuantas plantas en macetas colgantes y bien regadas. A primera vista no entiendo por qué hemos conducido una hora para venir hasta aquí, pero mi extraña sensación de *déjà vu* cada vez es más fuerte.

Hasta que no me fijo bien en la plaza, no caigo en la cuenta.

—Espera…

Ciara suspira teatralmente, pero está sonriendo.

—¿Esto es…?

—La ciudad de la Estatua. Sí.

Me suelto el cinturón tan deprisa que sale disparado y Ciara me mira bajar del coche riendo.

—De nada, oye —me dice antes de seguirme.

Yo no contesto porque solo tengo ojos para la alta estatua de bronce que hay delante de mí.

—Ay, Dios mío.

—Sí.

—En persona es todavía peor.

Me detengo delante del extraño bulto de bronce que se supone que es Frank Sheridan, pero no es más que… un extraño bulto de bronce.

Fue un meme durante un mes entero cuando la descubrieron, y con razón. Los ojos están demasiado separados, la cara está contraída en una sonrisa rara. Es cien por cien inquietante y no se hablaba de otra cosa cuando se inauguró.

—¿Cómo se me ha podido olvidar que esto existía?

—¿Quieres decir que no necesitaste un año de terapia para hacerlo? —Ladea la cabeza y examina la estatua—. A mi padre le gustaba. O al menos es lo que le decía a todo el mundo.

—No se parece nada.

—Creo que le gustaba la idea de alguien creando algo.

—Me da la sensación de que, si la miro demasiado rato, me atrapará.

Ciara ríe.

—Bueno, si alguna vez me atrevo con el género de terror, ya sé sobre lo que voy a escribir. —Se mete las manos en los bolsillos y pestañea a la luz del sol—. ¿Llegaste a conocerlo en persona? Creo que nunca te lo he preguntado.

—¿A tu padre?

Niego con la cabeza.

—Iba a muchas reuniones en Nueva York.

—Sí, pero antes de que yo llegara. Y la ciudad donde crecí no era lo que se dice un hervidero de actividad literaria. —Pongo cara de circunstancias—. Pero era seguidor acérrimo. Mis padres me llevaban a los lanzamientos de medianoche. Y me hacían disfraces para Halloween. Cuando tenía catorce años, le escribí una carta y los obligué a revisarme la ortografía dos veces.

—Pobrecitos míos —dice, pero su tono es divertido y la sigo hasta un banco cercano—. Suenan simpáticos.

—Lo son. Te caerían bien.

—Pues no sé. Soy muy exigente.

—Les diré que no se lo tomen como algo personal.

Cruza una pierna encima de la otra y balancea el pie calzado con una sandalia.

—Mi padre y yo nunca celebrábamos Halloween.

—¿Aquí no es costumbre?

—Perdona, pero los irlandeses prácticamente inventamos Halloween. Pero… no. Él solía estar fuera. Aunque siempre me traía regalos al volver. De todas las partes del mundo. —Se encoge de hombros—. Claro que a veces habría preferido tener un padre normal, ¿sabes? Como el de todo el mundo.

—Desde luego —le doy la razón y me pregunto si no detecto un asomo de celos en su voz.

—¿Tienes fotos?

—¿De los disfraces? No.

—Estás mintiendo.

—Sí, pero no te las pienso enseñar.

—Seguro que te disfrazabas de Finn.

—Y de dragón, dos veces.

—No me extraña que te hicieras editor de literatura fantástica. —Esboza una sonrisa—. ¿Crees que editarás alguna vez novela policiaca?

—No es mi especialidad —reconozco—. Por lo menos si no es de tipo fantástico. ¿Por qué? ¿Estás pensando en retomar el género?

—Puede. —Estira los brazos hacia delante y flexiona los dedos—. He estado trabajando en una serie.

—Oye, no. Dame más detalles.

—No —dice—. Tiene demasiados crímenes para ti. Tendré que hablar directamente con el gran jefe.

—Me estás ofendiendo. Algún día el gran jefe seré yo.

—¿Quieres dirigir tu propia editorial?

—Quiero dirigir Richardson Books.

Da un respingo.

—¿Quieres asesinar a Casey Richardson?

—Eso es exactamente lo que he dicho, sí.

—No he hecho más que leer entre líneas.

—Dice que se quiere jubilar pronto —explico—. Quiere que el cargo lo ocupe alguien de dentro.

—Y tú eres el principal candidato.

—Uno de ellos.

—Vaya, no me digas. —Me pincha en la pierna—. Así que tienes competencia.

—Somos dos los que podríamos ocupar el puesto. Laura tiene la misma categoría que yo y ha fichado a varios autores muy importantes.

—Pero ninguno tan importante como yo, ¿verdad?

—Pues no —le digo, y se le borra la sonrisa—. Tú eres la más importante.

Ciara no dice nada y arqueo una ceja.

—Vas a tener que empezar a acostumbrarte a…

—Sí, sí, ya lo sé. —Pero sigue pareciendo incómoda—. Debes de estar bastante tranquilo si Casey te ha mandado aquí en lugar de a ella.

—Tampoco te creas. Esto no tiene tanto que ver con mis habilidades de editor como con que…

—¿Te disfrazabas de Finn en Halloween?

—Más o menos.

—Bueno, pues yo estoy con el Equipo Sam —dice—. Incluso si no soy más que un peldaño en el escalafón para ti.

—No eres un…

—Ya lo sé —me interrumpe—. Pero ahora en serio: ¿quieres que la empuje por la ventana?

—¿No puedes estar un solo día sin pensar en matar a alguien?

—Imposible. —Me guiña un ojo antes de bostezar. Empieza siendo un bostezo pequeño, pero pronto se le extiende a toda la cara y se la tapa con las dos manos—. Perdón —dice con voz distorsionada—. Me está dando el bajón. Anoche casi no dormí.

—¿Duermes alguna noche?

—No. Pero no es culpa mía que la sociedad esté hecha para las personas diurnas.

Se recuesta en el banco con el brazo pegado al mío. Hoy se ha quemado un poco y hay un trozo de piel en su hombro en el que salta a la vista que no se ha puesto protector solar, pero lo que me llama la atención son las tres pecas que tiene debajo, formando una línea recta.

—¿Me he quemado mucho? —pregunta, y desliza un dedo debajo del tirante verde fosforito de su sujetador para mirarse la piel roja.

Me quedo petrificado, claro que tampoco estaba mirándola con disimulo precisamente.

—No mucho —contesto, complacido con lo normal que suena mi voz.

—Me he puesto aloe vera —murmura, y gira la cabeza para intentar vérselo. Su pelo me hace cosquillas en la nariz y me aparto y carraspeo.

—¿Te duele?

—Me pica. —Se rasca como para demostrarlo y a continuación, y por suerte para mí, se coloca bien la ropa—. ¿Puedo hacerte otra pregunta?

—Claro.

—¿De verdad crees que debo dejarlo vivir?

Tardo un momento en comprender.

—¿A Aengus?

—¿Crees que la gente se enfadará?

Parece preocupada de verdad y me arrepiento de haber sacado el tema de los «autores importantes».

—No si lo hacemos bien —contesto—. Y su muerte es una teoría muy potente entre los fans.

—Pero no está en ninguna de las notas de mi padre.

—¿Y?

—Pues que no sé si querría que lo hiciera —dice—. Mi padre creía en los finales felices.

—Eso no significa que no vayamos a tenerlo. Con que no mates ni a Finn ni a Maeve es suficiente. Pero no lo hagas demasiado cerca del final, porque entonces parecerá que lo matas solo por diversión.

—Por eso había pensado hacerlo al principio.

—¿Cómo al principio?

—No en la primera frase, en plan: «Bienvenidos todos de nuevo; una cosa: Aengus ha muerto». Pero sí. En el capítulo quinto o algo así. Tampoco es que tenga gran cosa que decir a partir de ese momento.

No le falta razón.

—Prueba —es todo lo que digo—. Confío en ti. Por ahora lo estás haciendo muy bien.

—Ah, ¿sí?

—No es una mierda —respondo imitando sus palabras, y sonríe y vuelve a mirar la estatua.

Un silencio amistoso se instala entre los dos y no sé cuánto tiempo pasamos allí sentados juntos. Hasta que no me empiezan a sudar las sienes no decido que deberíamos irnos, y miro hacia la tienda de la esquina, donde sin duda nos espera un surtido de bebidas refrigeradas.

De repente el calor es sofocante y estoy a punto de sugerir que vayamos a tomarnos algo frío y con hielo cuando noto un suave

peso en el hombro. Me pongo rígido y al bajar la vista me encuentro la cabeza de Ciara apoyada en él; noto que unos mechones de su pelo castaño me rozan la mejilla.

Se ha quedado dormida.

No me lo puedo creer.

Abro la boca para despertarla, pero no sale sonido alguno. Es como si tuviera las palabras atrapadas en la garganta.

De pronto lo más importante del mundo es dejarla tranquila. Dejar que descanse.

Y eso hago.

14
Ciara

Paso las semanas siguientes escribiendo. Escribiendo de verdad. Y probablemente de una manera nada saludable que pide a gritos un poco de organización. Pero eso de trabajar de nueve a cinco nunca me ha funcionado. Yo intento aprovechar mis estados de ánimo. Así que, cuando me despierto, en lugar de mirar al techo y reflexionar sobre todas las cosas malas del mundo, lo que hago es coger el portátil y escribir. De igual manera, en vez de pasarme las noches en la cama intentando convencerme de que podría resolver misterios ancestrales viendo unos cuantos vídeos de YouTube, lo que hago es fijarme objetivos para el día siguiente. Objetivos que nunca alcanzaré, pero fingir que soy organizada me resulta extrañamente calmante y ahuyenta el miedo que antes me impedía incluso sentarme a trabajar.

Los descansos los dedico a hacer cosas en casa. Quito las estanterías podridas del cuarto del fondo y escribo dos mil palabras. Lavo todas las cortinas del piso de abajo y replanteo un capítulo que Sam recibió con cara de «se agradece el intento» antes de destrozarlo línea a línea.

Nunca le he preguntado cuál es su horario de trabajo, pero siempre me contesta cuando le mando algo o le pido que venga.

Contesta todos mis correos. Todos mis mensajes. Me sugiere que le dé vueltas a una idea. Que la descarte. Me avisa si me pierdo en la trama y me elogia cuando lo hago bien. Esos mensajes son los que más me gustan de todos, pero son bastante escasos. Cuando Sam está trabajando, es bastante estricto. Pero supongo que eso es bueno. Es la razón por la que confío en él. No se lo tomaría tan en serio si no me creyera capaz de hacer esto.

Hacía mucho tiempo que no tenía una racha así. En la que lo único que quiero hacer es pensar en el libro. No sé cómo ha ocurrido, pero por fin tengo la sensación de que se ha abierto una puerta. No del todo. No de par en par y en plan: «¡Adelante, Ciara!». Pero sí un poco. Entreabierta. Lo bastante para que por fin vea un camino entre la maraña de personajes y tramas argumentales que dejó papá.

Lo bastante para empezar a pensar que quizá consiga hacer esto.

—El año que viene voy a empezar mi serie de detectives.

Maddie levanta la vista de la ensalada de pollo que está preparando. Incluso con Sam aquí todos los días sigue viniendo, como si supiera que necesito compañía desesperadamente. No pasar demasiado tiempo sola.

—He estado dándole vueltas en mi subconsciente.

—Ajá.

—Es agradable sentirme creativa otra vez —digo, y su expresión se ablanda.

—Ya lo sé. Pero no quiero que te emociones y termines agobiada otra vez. Primero tienes que terminar este libro.

—Dice Sam que lo estoy haciendo muy bien.

—Ah, ¿sí? —murmura, y cuando me mira pensativa frunzo el ceño.

—¿Qué?

—Nada —dice—. ¿Qué tal con él?

—Bien.

—¿Solo bien?

—¿Muy bien? —pruebo a decir, pero Maddie se limita a gemir.

—Venga, Ciara. Hace meses que no estás de tan buen humor.

—¡Porque es un editor muy bueno!

—Y te estás colando por él.

—De eso nada —protesto con un tono de voz una octava más agudo del habitual—. No digas cosas raras.

—No digo cosas raras. Cuando no estás con él no dejas de hablar de él y cuando hablas de él no puedes estar dos minutos sin ruborizarte.

—Yo no me ruborizo.

—Te estás ruborizando ahora mismo.

—Porque estamos en una ola de calor —digo llevándome una mano a la mejilla—. Y mi frágil piel irlandesa no lo tolera. Bueno, cállate ya. ¿Qué ha pasado con el negocio?

Maddie hace una mueca. Es una forma muy obvia de cambiar de conversación, pero sé que es la única manera de que deje de hablar de mí.

Esta semana se ha reunido con el director de la sucursal del banco. El mismo que le dio el dinero para emprender su negocio. Y, aunque quieren apoyar sus planes, es un proyecto ambicioso.

—Necesito seguir pagando seis meses más para que me den el crédito que necesito —dice Maddie—. Menos no aceptan.

—¿Seis meses?

—Tengo mis ahorros.

—Maddie.

—Solo estoy diciendo que están ahí y que son míos.

—Podrías quedarte sin nada.

—O conseguir el empujón que necesito. —Se inclina hacia delante —. Aunque Shane no abra un local, alguien lo hará. Cada año viene más gente a esta zona y, si no me doy prisa, igual me quedo sin la oportunidad.

—Espérate unas semanas, ¿vale? No hagas ninguna tontería.

—¿Cuándo he hecho yo una tontería? No contestes. —Pone la mano en la mesa y adopta un tono profesional—. Tengo que volver a la camioneta para que Natalie descanse un poco. Mientras tanto intenta no poner ojitos a Sam.

Se guarda el táper vacío en la bolsa y me abraza de lado antes de salir. El silencio, cuando se va, es tan manifiesto como de costumbre. Pero ya no se me hace tan opresivo. Sobre todo porque a los pocos minutos oigo un nuevo ruido de motor en la entrada.

Un cosquilleo de emoción me recorre y enseguida me pongo furiosa. Colada. Yo no estoy colada. Tengo un objetivo artístico. Un proyecto creativo. Un…

Cuando se abre la puerta principal, doy un respingo y finjo teclear mientras Sam entra en la cocina.

—Mándamelo primero a mí —dice con el teléfono en la oreja—. Porque te…, no, me… Consúltaselo a Laura si quieres, pero te va a decir lo mismo que yo. Vale. Sí. Gracias. —Cuelga y se sienta en la silla en la que estaba antes Maddie—. Perdón.

—No te preocupes. ¿Era tu hermana?

—Mi asistente. Bueno, mía no, es de todo el departamento, pero sobre todo trabaja en mis libros.

—¿Porque tú eres muy malo en tu trabajo?

—Porque soy el único que le da trabajo de verdad que no sea actas de reuniones e ir a por cafés.

—Es muy amable por tu parte.

—¿Cómo si no va a aprender?

Miro mi portátil.

—Nunca me había parado a pensar en todas las personas que van a trabajar en este libro —digo y, cosa extraña, la idea no me pone nerviosa—. Solo tenía en cuenta al editor.

—Porque soy el más importante —bromea—. ¿Puedo coger algo de beber?

—Anoche hice limonada —digo, y coge un vaso del estante.

Al hacerlo se le sube la manga, dejando ver los músculos del brazo, el borde del tatuaje. Una gota de sudor le baja por la nuca y por un momento me quedo hipnotizada mirándola desaparecer debajo de su camiseta.

—¿Quieres un poco de esto? —pregunta, y el corazón me da un salto antes de caer en la cuenta de que está abriendo la nevera.

—No, gracias —digo y carraspeo. Quiero que Maddie se hunda en los infiernos por ensuciar mis inocentes pensamientos.

Sam se sirve un vaso de limonada, se bebe la mitad y, como si yo no estuviera ya bastante nerviosa, echa la cabeza hacia atrás y se pega el vaso a la base de la garganta. Enseguida se forman gotas de condensación en el cristal y suspira como si por fin notara cierto alivio.

Parece un modelo en una sesión de fotos para un anuncio de limonada.

—¿Por qué estoy tan caliente?

—¿Qué? —Me ha salido un graznido.

—He pasado veranos más calurosos que este —continúa Sam ajeno a mi show—. No entiendo por qué no paro de sudar.

Tardo un momento en estar segura de poder hablar con normalidad.

—Se llama humedad —explico—. El calor se nota más y el frío también. Y estamos más al norte de lo que la gente cree. El sol aquí quema.

—Ya me he dado cuenta —dice secamente, y se termina la bebida —. ¿Has leído los comentarios que te mandé?

—¿Eh?

—Por e-mail.

E-mail. Ah, sí. A trabajar.

Aunque solo trabaja él. Lo que ha dicho antes es verdad. Hace un día asquerosamente húmedo, de esos que te quitan la energía solo de respirar, y Sam no me ayuda a concentrarme. No hago más que mirarlo de reojo mientras finjo escribir, me fijo en su ceño cuando lee algo que no le gusta y en su perfil cuando se pone de lado, absorto en sus pensamientos. A veces lo miro sin disimulo con la esperanza de que él haga lo mismo y nuestros ojos se encuentren para que yo pueda hacer una broma y él menee la cabeza… Y luego ya no sé qué más, pero al menos estará mirándome.

Quiero que me mire.

Pero no lo hace. Excepto por un breve instante en que me dice que mis personajes se han mirado los unos a los otros once veces en tres páginas, no me hace ni caso, y siento alivio cuando se va al cuarto de baño y puedo decirme a mí misma: «Haz el favor de controlarte de una vez».

Es el calor. El calor y el celibato forzoso y el triste hecho de que, aparte de Maddie, llevo meses sin estar a solas con otra persona.

Me pongo de pie y miro el roble mientras me seco el sudor de la frente y después de debajo de las tetas. Hoy casi no corre una brizna de aire. No se mueve ni una hoja y los árboles del bosque tampoco. Estoy considerando la posibilidad de trasladarnos a una parte más fresca de la casa para el resto de la tarde cuando una ráfaga de color a lo lejos atrapa mi atención.

Un segundo después hay otra, y ahueco las manos contra el cristal para mirar la línea de los árboles justo cuando alguien sale del bosque y empieza a colgar cosas de las ramas.

Tiene que ser una broma.

—¡Pare ahora mismo!

Golpeo el cristal tan fuerte que me sorprende que no se rompa, pero estoy demasiado lejos para hacerme oír. La furia me invade, es una sensación conocida que ahoga todo lo demás.

—¿Estás…? ¡Oye! —Sam entra cuando yo salgo como una exhalación y se hace a un lado justo a tiempo—. ¿Qué pasa?

—De todo —murmuro, y bajo las escaleras tan deprisa que es un milagro que no me tropiece. Un segundo después estoy cruzando el césped descalza. Sam me alcanza enseguida, pero no me pregunta qué pasa porque ha visto al intruso.

No tendrá más de sesenta años, pelo blanco rizado y gafas de montura aburrida. Parece inofensivo. Tiene pinta de turista que se ha perdido y ha tomado el camino equivocado.

Pero a mí no me engaña.

—¿Se puede saber qué está haciendo? —pregunto.

Al oír mi tono cortante, Sam se pone tenso; en cambio, el desconocido no parece notar nada, porque me saluda con la mano.

—He traído recuerdos de distintos países —dice orgulloso sin parar de atar bolsas a las ramas. En la camiseta lleva un lazo azul, la insignia de uno de los clubs de fans de papá. Él u otra persona ha llenado el árbol que tiene detrás y al verlo se me encoge el estómago. ¿Cuántos han venido ya?

—Esto es propiedad privada —le digo.

Entonces aparece una mujer más joven con una camiseta de «Ojalá estuviera en Ravian».

—Papá, no he encontrado las postales que me… ¡Ay, Dios mío! —Se detiene a unos metros de mí y me mira con la boca abierta—. No puede ser.

Lo intento de nuevo.

—Están ustedes allanando una propiedad…

—Es Ciara Sheridan —le dice la mujer al hombre como si yo no pudiera oírla—. ¡Papá!

—Ah, ¿sí? —pregunta el hombre, y me mira con interés renovado —. Creía que se había ido a vivir a Francia.

—Pues estoy aquí mismo —digo prácticamente echando espuma por la boca. Hace meses que no tengo que enfrentarme a una situación así y, por desgracia para estas personas, se me ha acabado la paciencia.

—Me temo que no es un buen momento —dice Sam en un tono increíblemente amistoso.

Pero ninguno de los dos le hace caso y la mujer saca su teléfono. Me enfoca con él con la casa de fondo y entonces salto.

Es como si todas esas convenciones sociales, todo lo que me han inculcado desde que era pequeña, se marcharan por la ventana cuando de un manotazo limpio mando el teléfono de la mujer al suelo.

—¡Oye! —La mujer me mira furiosa antes de agacharse a cogerlo, pero a estas alturas a mí ya todo me importa una mierda.

—Propiedad privada —repito—. ¿No han visto el letrero? Quiten todo eso y lárguense antes de que llame a la policía.

—No hace falta ser tan maleducada —dice la mujer, asombrada, pero no la dejo terminar porque le doy la espalda y vuelvo a la casa.

Sam se queda hablando con ellos. Lo sé porque yo ya estoy en mi despacho, rabiando en mi silla, cuando lo oigo entrar por la puerta principal. Miro por la ventana y compruebo que esas personas siguen allí, pero al menos es porque están haciendo lo que les he dicho, recogiendo todo el plástico que pensaban dejarme.

Cruzo los brazos sabiendo que tengo razón, pero aun así a la defensiva cuando Sam aparece en el umbral.

—Ciara…

—No.

—Ya sé que se han pasado, pero no puedes hablar así a tus lectores.

—¡No son mis lectores! Son de mi padre.

—Pero van a ser tuyos.

Lo dice con una voz irritantemente calmada que me desarma y solo puedo levantar los brazos y hacer mi gesto de «qué quieres que te diga». Su respuesta me ha descolocado y es probable que yo esté ahora mismo como un tomate, pero con un poco de suerte pensará que es por el sol.

Lo intento otra vez.

—Se creen que pueden hacer lo que les dé la gana —digo—. Como si la casa fuera de su propiedad.

Como si yo fuera de su propiedad. La vieja angustia se apodera de mí. Esa que ha empezado a disiparse estos últimos días pero que ahora vuelve en todo su esplendor cuando caigo en la cuenta de lo que me espera.

—Yo no tengo la misma relación con los fans que tenía mi padre —explico. Sam me mira con el ceño fruncido y las manos en los bolsillos de los vaqueros—. Publicaba con seudónimo por una razón.

—Lo entiendo, pero…

—No lo entiendes —lo interrumpo—. Ni siquiera me crees. En realidad no. Ya te he dicho que algunos me despellejaron cuando se filtró mi nombre. Hubo foros enteros dedicados a comentar que si no estoy a la altura de mi padre o si no me merezco que me publiquen un libro, y va a pasar lo mismo en cuanto lo anunciemos y lo sé y voy a estar preparada, pero es mucho. —Hago un alto para respirar porque lo necesito, consciente de que he empezado a despotricar—. Adoro estos libros —digo—. De verdad. Y quiero honrar la memoria de mi padre. Pero no pienso pasar otra vez por eso. Necesito poner límites.

Sam tarda un rato en hablar. Tiene una expresión seria y los ojos entornados, pensativos.

—Vale —dice—. Lo siento. Tienes razón. No lo entiendo.

Sus palabras son comprensivas, y no sé si está decepcionado conmigo o es que se está dando cuenta de a lo que se enfrenta, pero el silencio que se prolonga entre los dos me pone nerviosa.

—Supongo que no es buen momento para hablarte de mi otra sorpresa —añado débilmente.

Sam se limita a mirarme.

—Había pensado en cogerme un rato libre mañana. Hay unas ruinas de un castillo en las que basó mi padre la fortaleza original. Iba a ir a sacar unas fotos. E igual te apetece acompañarme.

Es algo que llevo unos días planeando. La iglesia fue el paso uno, la estatua el dos. Pero ¿esto? Esto ya es nivel «jefe» y estoy empezando a disfrutar de verdad viendo salir al fan que Sam lleva dentro. Algo que nunca imaginé que querría.

Pero Sam no contesta inmediatamente. Tiene una expresión tensa en la cara que no me gusta un pelo.

—No puedo —dice por fin—. Es… Estoy ocupado.

—Ah.

Mi desilusión debe de ser patente, porque Sam hace una mueca y se frota la nuca.

—Perdona, tenía que habértelo dicho.

—No pasa nada.

—Perdona —repite, como si me estuviera leyendo el pensamiento. Mi sonrisa se tensa.

—No te preocupes —digo con solo cierta sequedad—. Iré sola. Estoy acostumbrada.

Me vuelvo hacia mi portátil y tecleo cosas al azar hasta que Sam reacciona y vuelve a ocupar su sitio de siempre en el sofá. Lo cual me irrita todavía más. No sé en qué momento empecé a pensar en ese sitio como el sitio de Sam, pero no me gusta. Claro que ahora mismo no me gusta nada y Sam debe de darse cuenta, porque coge la indirecta. O quizá es que quiere irse de aquí antes de que me dé

otra crisis nerviosa. En cualquier caso, no se queda, no aguanta ni cinco minutos antes de inventarse no sé qué excusa sobre unos correos y salir corriendo.

Bueno, se va andando, pero es evidente que tenía ganas de correr.

Espero a oír alejarse el coche para dejar de teclear, mi exasperación aumenta y me obligo a concentrarme en la pantalla.

> El tenue olor a brezo fEU EL PRIMER INDICIO DE QUE FINN HABÍA TERMINADO DE CRUZAR EL BOSQUE. ESTABA ENC ASA… El dulce aroma de miele hizo cosquillas nela nariz y ;;ijo_

Por el amor de Dios.

Cierro el portátil y miro la pared sin ver.

No es que el chico no se merezca un día libre. Dios sabe que se ha estado matando a trabajar en el libro desde que llegó. Pero es que yo no había planteado la excursión al castillo como trabajo. La había planteado como… como… No sé. Una cosa normal. No de trabajo. Aunque supongo que todo lo que tiene que ver conmigo para él es trabajo.

Da igual. Está aquí para trabajar. Yo estoy aquí para trabajar. Somos una gran familia trabajadora.

Abro el portátil y le doy como loca a la tecla de retroceso, borrando un párrafo entero antes de arreglarlo y empezar otra vez.

> El tenue olor a brezo fue el primer indicio de que Finn había terminado de cruzar el bosque. De que estaba en casa. El perfume dulce como la miel le hizo cosquillas en la nariz y le recordó a cuando era niño y recogía brazadas de la planta para el viejo boticario. Era un olor que le decía que pronto vería a su maestro. A su familia. A sus amigos.

En fin.

Sorbo la a estas alturas tibia limonada y me pongo cómoda, aceptando que me queda un rato.

Y, sin embargo, a pesar del largo camino recorrido, a pesar del recibimiento que sabía que lo esperaba, cuando Finn emprendió el último tramo de su viaje, seguía notando el vacío en su corazón. El tenue dolor en su pecho.

La constatación lenta y dolorosa de que nunca en la vida se había sentido tan solo.

15
Sam

—¡Feliiiiz cumpleañosss!

La voz de Amy me atruena por los auriculares y bajo corriendo el volumen mientras ella lanza una serpentina en la pantalla. El resto de mi equipo, representado por sus cabezas dentro de recuadros, hacen los mismo.

—Muchas gracias —digo cuando Amy ha terminado—. Como se ponga alguien a cantar, cuelgo.

—¿Cómo lo vas a celebrar? —pregunta Amy—. ¿Te vas a coger el día libre?

—Pregunta ella en una llamada de trabajo.

—¡No sé qué hora es ahí!

—Feliz cumpleaños, Sam —interviene Laura—. Cuando vuelvas, tomaremos tarta. ¿Vas a salir luego?

—No creo.

Frunce el ceño; ella siempre tan maternal.

—Pero harás algo para celebrarlo.

—Es un día como cualquier otro.

Amy recibe esto con un bufido. Sonoro. Y entiendo por qué. El año pasado reservé el bar contiguo a la oficina e invité a todos. Puede que no me pegue, me encantan los cumpleaños. Mis padres siempre

les daban mucha importancia cuando éramos pequeños y celebrarlos es una costumbre que ni Lizzie ni yo hemos perdido.

—No pasa nada —insisto, y Laura frunce más el ceño.

—Me parece muy triste —dice Amy—. Me has puesto triste.

—Seguramente luego saldré a tomar una copa —miento antes de que le dé tiempo a añadir nada—. ¿Os he dicho ya que mi habitación está encima de un pub?

—Tienes que hacer una fiesta, Sam.

—Tiene treinta y seis años —dice Deborah—. No necesita una fiesta de cumpleaños.

—¡Tengo treinta y uno! —digo ofendido.

Deborah se limita a mirarme.

—¿Estás seguro?

—Pues sí.

—Deberías ponerte un sombrerito de fiesta —sugiere Amy—. O una chapa gigante que diga que es tu día especial.

—No pienso hacer nada de eso. ¿Podemos ponernos a trabajar ya?

Deborah hace un gesto de «gracias» con las manos y me siento aliviado cuando dejo de ser el centro de atención. Pero, en cuanto Laura empieza a repasar mi agenda para la reunión de compras del mes que viene, me distraigo.

Es mi cumpleaños.

Es lo primero que pensé cuando me desperté esta mañana y la constatación me resultó sorprendentemente anticlimática.

Mi cumpleaños.

Este año tenía pensado tomarme un fin de semana largo, pero ese plan se fue al garete por razones obvias. No caí en la cuenta cuando

Casey me mandó aquí, pero aquí estoy. A casi cinco mil kilómetros de mi familia y mis amigos y sin nadie con quien celebrar.

Bueno, alguien sí tengo.

Pero, por algún motivo, cuando Ciara me brindó la oportunidad perfecta para soltar un: «Huy, sí, me apetece mucho hacer algo el viernes. Es el aniversario del día que mi padre se saltó varias normas de circulación para llevar a mi madre al hospital. Nada del otro mundo, pero estaría bien tomarnos una cerveza», como quien no quiere la cosa. Pero lo que hice fue quedarme en blanco.

Y no tengo ni idea de por qué.

—Sam.

Me concentro y veo que el resto del equipo me está mirando.

—¿Qué te parece? —insiste Laura.

—Es que se ha hecho mayor —dice Amy, y me salva de contestar —. Y se le empieza a ir la cabeza. Pero, en tanto persona joven que tiene toda la vida por delante, dejadme que os diga que me parece una gran idea.

Me esfuerzo por concentrarme durante el resto de la reunión, pero es inútil, y para cuando terminamos incluso Deborah parece preocupada. Laura me insiste en que deje de trabajar temprano, pero antes necesito tener otra conversación.

Casey no hace videollamadas, así que tengo que llamar a la manera tradicional, pero al menos no necesito preocuparme por mis expresiones faciales.

—¡Sam! —me saluda cuando marco su número—. Me dice mi ordenador que hoy es tu cumpleaños.

—Tu ordenador dice la verdad.

—Pues espero que lo pases bien —contesta, y por suerte no añade nada más. Casey no es de matasuegras—. ¿Qué tal va nuestro proyecto?

—Genial —digo de manera automática. Aparte de que la autora ayer asustó a dos lectores y después se puso a teclear tan fuerte que pensé que iba a hacer un agujero del tamaño del teclado en su mesa—. Salvo imponderables, tendremos el primer borrador para finales de septiembre.

—Me alegra saberlo. ¿Qué te parece si se lo contamos al resto del equipo? Creo que por lo menos Laura debería estar enterada.

—¿Laura?

—A no ser que tú no quieras —dice, y es evidente que está disfrutando. Sabe de nuestra rivalidad, como todos en la oficina. Qué coño, a veces incluso la fomenta, pero no se trata de eso.

—Ciara no quiere que se sepa aún. Me lo ha dejado muy claro.

—Creo que se lo podemos contar a una persona más. Y hay que empezar a pensar en la campaña de promoción.

—Tampoco quiere hacer promoción. —Lo digo sin pensar y hay un momento de silencio.

—¿Habéis hablado del tema? —pregunta Casey.

—No exactamente. Pero, para tu información, Ciara no tiene muy buena relación con los fans de los libros.

—Pues tendrá que hacer alguna aparición en público cuando se acerque el lanzamiento. Podemos enseñarla a desenvolverse con los medios, pero una publicación necesita una cara asociada al nombre.

—Igual puede escribir algún artículo o algo así.

Hay un largo silencio y doy gracias por que esto no sea una videollamada porque así puedo apoyar la frente en la cómoda.

—Entiendo el instinto de proteger a tus autores —dice Casey al fin —. Pero es importante que podamos contar con ella en esto. Y tu trabajo consiste en garantizarlo.

—Claro, ya lo sé —digo dando marcha atrás—. Estoy seguro de que cambiará de opinión en cuanto termine el borrador.

No lo creo, pero, antes de que me dé tiempo a meterme en un agujero todavía más profundo, llaman a la puerta. Aprovecho la ocasión para despedirme de Casey y me encuentro a Mary esperando impaciente en el rellano.

Verdaderamente la puerta de esta habitación necesita una mirilla.

—Hola otra vez —digo antes de fijarme en la bolsa de plástico que trae—. ¿Qué…?

—Tirabeques —anuncia—. Están de temporada. ¿Tiene ropa para lavar?

—No, muchas gracias.

La lavandería más cercana está al lado de una gasolinera a cuarenta minutos. Aun así lo prefiero.

Pero Mary no parece ofenderse e intenta asomarse a ver la habitación, igual que la otra vez.

—¿Puedo ayudarla en algo?

Más que pregunta es una súplica, pero se limita a fruncir los labios.

—Solo he venido a traer esto —dice, y me da la bolsa—. Los puede usar en un salteado.

—Eso haré.

—Y tiene que dejar la habitación antes del lunes a las seis de la tarde.

—Me… Un momento. ¿Cómo dice?

—A las cinco y media si es posible.

—¿De qué está hablando?

La retengo cuando da media vuelta para irse y casi se me caen las verduras.

—La habitación está reservada.

—Sí —digo alarmado—. Por mí.

Niega con la cabeza.

—Ha pagado un mes.

—Pero con la idea de…

—Viene otro huésped. Tenemos mucha demanda.

Me vuelvo a mirar el espacio diminuto a mi espalda.

—No me diga.

—Es una habitación muy solicitada —dice Mary repentinamente a la defensiva—. A un precio muy competitivo.

—Claro que sí —me apresuro a decir—. Pero creía…

—Muy solicitada —repite.

—Ya. —Miro los tirabeques. Mierda—. Vale. ¿Conoce usted algún otro sitio por aquí cerca donde pueda…?

—No —dice con una mirada de desaprobación—. Debería haberlo planeado con tiempo.

Pues sí. Y es lo que le digo con toda la educación de la que soy capaz mientras cierro la puerta.

Me paso la hora siguiente buscando en Google sitios cerca de aquí sin encontrar nada. A no ser que quiera irme a la ciudad más cercana, que está a más de una hora, mi mejor opción es un camping que hay bajando por la carretera. Cuando dedico más de diez segundos a considerar seriamente alojarme en él, comprendo que se me ha ido la pinza y decido no pensar en ello hasta mañana.

Pero eso, unido a mi conversación con Casey, solo consigue ponerme de peor humor del que ya estaba y para cuando he terminado de trabajar una extraña sensación de soledad se ha apoderado de mí. De una clase que nunca antes he sentido. Los mensajes de cumpleaños que me llegan de casa a lo largo de la tarde no hacen más que agudizarla, y por primera vez desde que llegué aquí echo de menos Nueva York, mi apartamento, mis cosas y mi gente.

Cuando ya no soporto estar solo ni un minuto más, me doy una ducha rápida y me cambio de camisa antes de bajar al pub. Aún es temprano, así que espero estar solo, como de costumbre, pero para mi sorpresa ya hay alguien sentado en la barra.

Es Burger Boy. O al menos así lo llamó Ciara. Uno no olvida fácilmente a este hombre tan corpulento que podría ser jugador de fútbol americano y me mira cuando entro.

Nos estudiamos mutuamente, a continuación él suspira.

—Me apetecía beber algo.

—Tranquilo, que no voy a discutir —digo—. No soy más que un turista.

—Pues entonces ya somos dos —contesta—. Shane.

—Sam. —Me siento a dos taburetes de él—. ¿Recuperaste tu kétchup? —pregunto, y hace una mueca.

—Me lo encontré al lado de la camioneta unos días después. Un verdadero misterio —dice sin entonación—. ¿Es amiga tuya?

—¿Maddie? No. Yo estoy aquí por la otra.

Shane solo gruñe.

—Por si sirve de algo, me han dicho que no siempre es tan… apasionada de su trabajo —le informo—. Cree que quieres cerrarle el

negocio.

—Y así es —responde secamente, y después de este comentario tan optimista se termina su Guinness—. ¿Así es como la llaman sus amigos? ¿Maddie?

Asiento con la cabeza justo cuando sale Ronan del cuarto trasero.

—¡Sam! —me saluda como si fuéramos viejos amigos—. Cuánto tiempo sin verte.

—Sí, lo siento. He estado ocupado.

He pasado las últimas noches trabajando con Ciara. Casi no he venido por aquí.

—Sí, claro, la juventud y el amor son así. ¿Otra Guinness 0,0? —pregunta a Shane.

—Por favor —dice el tío de las hamburguesas, y Ronan coge un vaso limpio.

—¿Te apetece beber algo? ¿Algo independiente? —Baja la voz—. He estado perfeccionando la receta. O, si estás de humor, un amigo me ha traído algo más fuerte.

Me regala uno de sus guiños que en realidad consisten en arrugar la cara y caigo en la cuenta de que me gusta este hombre, me gusta este pub y, aunque no conozco a Shane, lo cierto es que se me ocurren sitios peores en los que pasar una velada.

—Es perfectamente legal —le está explicando Ronan a Shane—. Pero no puedo venderlo. Monetariamente.

Shane parece un poco indispuesto.

—Es que no me parece que una bañera sea el mejor sitio para destilar…

—Es mi cumpleaños.

Ambos hombres se interrumpen y me miran.

—Quiero decir… Hoy… —termino—. Hoy es mi cumpleaños.

Y nunca me he sentido más como un niño pequeño.

—Felicidades —dice Shane sentándose recto en el taburete—. Tendrías que haberlo dicho.

—Desde luego —confirma Ronan, claramente descontento ante este giro de los acontecimientos—. ¿Dónde está Ciara?

—Huy, no —me apresuro a decir cuando lo veo sacar su teléfono —. Está ocupada.

—¿Cómo que ocupada? —Parece perplejo—. ¿El día de tu cumpleaños? —Y a continuación, antes de que se me ocurra una excusa, pone cara de circunstancias—. No estaréis peleados, ¿no?

—Pues… sí. —Eso tiene sentido. Bueno, no tiene sentido en absoluto, pero…—. Hemos discutido.

Ronan chasquea la lengua y Shane me pone una de sus manazas en el hombro.

—Tú no te preocupes —dice Ronan rebuscando debajo de la barra —. Aquí sabemos cómo celebrar.

—Tampoco hace falta —contesto, deseando no haber sacado el tema, pero Ronan menea la cabeza. Un segundo después, coloca cinco vasos de chupito en la barra delante de mí.

Shane los examina suspicaz y cuando nuestros ojos se encuentran parece decirme: «Conmigo no cuentes, amigo».

Me sobresalto cuando Ronan deja una botella llena de un líquido claro sin etiqueta encima de la barra. Un momento después saca una segunda.

—Veamos, cumpleañero —dice con expresión muy seria—. ¿Por cuál quieres empezar?

16
Ciara

—Que sepa que nunca he picado en una estafa. —Me llevo el teléfono a la oreja, agradecida de tener una excusa para hacer un descanso—. Ni por correo electrónico ni por mensaje de texto. Ni siquiera juego a la lotería. Soy a prueba de estafas, amigo mío. A prueba de estafas. Así que venga, inténtelo.

Al otro lado de la línea solo hay silencio. Y a continuación:

—¿De qué narices hablas?

Frunzo el ceño porque la voz me suena de algo y compruebo el número desconocido que ha aparecido en mi pantalla.

—¿No me estás llamando para avisarme de que ha habido actividad fraudulenta en mi cuenta bancaria?

—Pues no —dice la voz—. Te estoy llamando para informarte de que tengo a tu amiga. —Una pausa—. Pero no porque la haya secuestrado.

—¿Quién eres?

—Shane McCauley —contesta—. Nos conocimos en la escena del crimen hace unas semanas.

—Te lo devolví —dice Maddie al fondo.

—Así que reconoces que te lo quedaste —contesta Shane.

—¡No!

—Tu amiga está borracha —me dice Shane, pero ya me había dado cuenta.

—¿Cómo de borracha?

—Se ha puesto a cantar Aerosmith en Delaney's.

—En Delaney's no hay karaoke.

—¿Quién ha dicho nada de karaoke?

Ay, Dios mío.

—Voy para allá.

—Estamos fuera —dice Shane—. La llevaría yo mismo a casa, pero me parece que no va a querer. Solo ha querido darme tu número de teléfono.

—No pasa nada. Tardo quince minutos. ¿Te puedes quedar con ella?

—Tampoco tengo otro sitio adonde ir —dice, y de fondo oigo a Maddie destrozar una canción de Sinéad O'Connor.

Cuelgo y estiro la espalda hasta que me cruje. Llevo todo el día trabajando y acababa de quitar el No molestar del teléfono cuando llamó Shane. Mi plan era prepararme una fuente de espaguetis y desplomarme delante de la televisión, pero supongo que ahora tendré que hacerlo con Maddie borracha y roncando en el sofá a mi lado.

Tampoco será la primera vez.

Por suerte hace una noche agradable para conducir. Brisa cálida, cielo estrellado. Me siento bastante zen para cuando llego a Delaney's, y es como si Irlanda hubiera ganado alguna clase de mundial, a juzgar por el número de vehículos aparcados y el ruido que hay dentro.

Es muy raro, pero me concentro en Maddie, quien ha decidido esperarme en medio de la carretera.

—Es peligroso estar ahí—la regaño.

—La estoy vigilando —dice una voz desde las sombras, y sale Shane de detrás de los coches—. Gracias por venir.

—Gracias por llamarme —contesto mientras Maddie se tambalea en sus botas de tacón. Va toda emperifollada, con un vestido morado y los rizos recogidos detrás de la cabeza con una pinza del mismo color. Está guapísima.

Y borracha.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto mientras me abraza.

—Me han dado plantón —me farfulla al oído—. Así que decidí venir a tomarme una copa.

—¿Y qué has bebido exactamente?

—Ronan ha empezado a destilar whiskey en su bañera.

—Entiendo.

—No está tan malo.

—Seguro que no. —Le aprieto la mano, me separo un poco de ella y le sonrío con cariño—. ¿Te vienes a mi casa a ver una película?

—¿Tienes whiskey destilado en bañera?

—Sí. Tengo muchísimo y te lo daré todo si te subes al coche.

Me mira parpadeando y tambaleándose un poco.

—Me parece que me estás mintiendo.

Pero antes de que me dé tiempo a llevarle la contraria dos faros se acercan por la carretera y Natalie se detiene junto a nosotras y baja la ventanilla. Mira a Maddie y suspira.

—Vas a tener que pagarme horas extra por esto —advierte.

—¿Qué haces aquí? —pregunto mirando a Shane de reojo.

—Me ha llamado Ronan para que viniera a buscar a Maddie.

—¿Y por qué no me ha llamado a mí?

Me siento extrañamente herida, pero Natalie se limita a encogerse de hombros y baja del coche.

—Llévatela tú si quieres.

Maddie se tapa la boca con la mano.

—Creo que voy a vomitar.

Va a ser que no.

—Es toda tuya —digo.

Natalie murmura algo entre dientes, coge a Maddie de la muñeca y se la lleva hacia su coche.

—Vamos, jefa. Y solo porque tú harías lo mismo por mí.

—Me vas a chantajear con esto.

—Sí —dice Natalie seria, y la ayuda a subir al coche antes de cerrar la puerta con firmeza. Claro que de poco sirve, porque Maddie casi se cae por la ventana de tanto como asoma el cuerpo para despedirse de mí.

—¡Te quiero!

—Y yo a ti —le digo—. ¡Hablamos dentro de tres días, cuando hayas terminado de arrepentirte de tus actos!

Maddie no se despide de Shane y a este no parece importarle; espera plácidamente a mi lado mientras el coche se aleja.

—Gracias otra vez por quedarte con ella —digo sintiéndome en la necesidad de defender a Maddie—. No tiene muchas citas porque está siempre trabajando, así que…

—No hace falta que me des conversación.

Pues vale. Genial.

—Me tengo que ir —dice mientras se aleja—. El cumpleañero está ahí dentro, por cierto.

—¿Quién?

—Tu amigo. El estadounidense. —Abre una furgoneta plateada y prístina con el logo de su compañía en un costado—. Te estás perdiendo un fiestón.

Estoy demasiado desconcertada para contestar, pero Shane ya se marcha y los faros de su furgoneta me iluminan mientras me dirijo al pub. Justo en ese instante se oye un fuerte vítor y, presa de un repentino ataque de FOMO, empujo la puerta.

Por un momento me siento como si hubiera entrado en otra dimensión.

Nunca he visto el local tan lleno, tanto que no puedo dar un paso sin chocarme con alguien. No sabía que Delaney's tuviera un equipo de música, lo que significa que alguien se ha traído el suyo de casa, porque lo que parecen ser los grandes éxitos de ABBA atruenan a todo volumen. A mi izquierda están jugando una partida de póquer y a la derecha hay tanta gente esperando para pedir que ni siquiera se ve la barra.

Aun así, intento llegar a ella en busca de Ronan cuando alguien me toca el hombro. Me vuelvo y me encuentro con Sam sonriéndome.

Al menos creo que es Sam. Desde luego se le parece. Y viste igual que él. Pero su sonrisa es un poco demasiado ancha, sus ojos un poco demasiado brillantes. Está ligeramente ruborizado y lleva desabrochados los dos primeros botones de la camisa.

Es una versión borracha de Sam.

—¡Has venido!

Una versión borracha y feliz.

—Pues sí —digo—. ¿Qué es todo esto?

—¿Sabías que Marcus toca «Waterloo» al violín?

—No lo sabía. ¿Y quién es Marcus?

—El tipo del violín. —Sam mira a su alrededor como si lo buscara —. ¿Quieres oírlo?

—No especialmente. ¿Cuántas copas te has…? ¡Epa! —Saco los brazos cuando Sam se balancea hacia delante y me las arreglo para ponerle recto. Parece que el whiskey de la bañera de Ronan ha circulado a base de bien—. Vale, campeón. Odio aguar una buena fiesta, pero me parece que ya has tenido suficiente.

—Estoy bien.

—Ahora sí. Pero por la mañana no lo estarás. Te lo aseguro.

—He estado pensando en el final —dice—. Cuando Finn está en la fortaleza y…

—Vale, vale. Chis. —Le tapo la boca con la mano—. Del-pi libro-pi ni-pi pío-pi.

Sonríe detrás de mi mano y me entra el pánico.

Mierda.

—Te voy a sacar de aquí antes de que empieces a divulgar secretos de estado. Vamos a dar un paseo, ¿te parece?

—Voy a coger mis cosas.

—¿Tienes cosas?

—No.

Vale. Lo sujeto por el codo para que no se vaya y tiro de él hacia la barra, donde consigo que Ronan me mire.

—¿Tengo que pagar algo? —le grito.

—No te preocupes.

—Ha bebido muchísimo. Sé que querría pagar.

Pero Ronan se encoge de hombros.

—Es el cumpleaños del muchacho. Le he invitado a una y luego todos los demás han puesto dinero. No debe nada.

¿Cómo que cumpleaños? Shane también lo ha mencionado.

—Perdona, ¿qué es eso del cumpleaños?

Alguien me da un tirón en el brazo y cuando vuelvo la cabeza veo a Sam acariciando suavemente al perro de Bernard.

—Eres muy suave —le susurra.

—Toma —me dice Ronan—. Llévatela antes de que se la coman.

—¿Antes de que se coman qué?

Alargo la mano que tengo libre en un gesto automático y cojo lo que parece ser un plato con una tarta de cumpleaños a medio comer.

—Caducaba hace un mes, pero creo que estará buena. Es lo único que he encontrado en el almacén.

—Ronan…

—No puede haber fiesta de cumpleaños sin tarta. No somos unos salvajes. —Se inclina sobre la barra y tengo que esforzarme para oír sus susurros con tanto ruido—. Me ha dicho que habéis discutido.

—Que… ¿qué? —Me vuelvo y tiro de Sam cuando intenta irse detrás del perro.

—Ese chico me cae muy bien —dice Ronan—. Pero que quede claro que estoy de tu parte. Me da igual lo que hayas hecho.

—¡No he hecho nada!

—Exacto —dice—. Pero enfádate con él mañana, ¿vale?

Y antes de que me dé tiempo a explicarle que ni siquiera estaba enterada de que era su cumpleaños, la gente que está esperando

para pedir me echa a un lado.

Vuelvo con Sam sin entender nada y solo sé que tengo que sacarlo de aquí.

—Vale —digo conduciéndolo hacia la puerta—. Nos vamos.

—¿A dónde?

—Tú a tu habitación. A dormir.

—¿Tienes una tienda de campaña?

El cambio de tema me hace parpadear de sorpresa.

—¿Qué?

—En la habitación no puedo quedarme —explica con tono distraído—. Y no quiero dormir en el coche.

—Pero ¿por qué ibas a dormir en el…? ¡No! —Tiro de él cuando intenta volver al pub.

Sam se echa a reír y nos quedamos así un momento mientras considero mis opciones.

Si no lo encierro, hay muchas posibilidades de que baje otra vez, y aunque sé que no es asunto mío y que puede hacer lo que quiera…

—¿Sam? Sam. —Espero hasta que me mira—. ¿Quieres venir a mi casa? ¿A trabajar un rato?

—¿A trabajar?

—Sí. Te encanta trabajar.

—¿Ahora?

—Pues sí. Yo trabajo de noche, ¿te acuerdas?

—Me acuerdo —murmura y a continuación mira mis manos, que lo sujetan. No hace ningún ademán de soltarse—. ¿Vamos a ir andando?

—No, he venido conduciendo.

—Creo que tenemos que revisar la escena de la mazmorra —dice mientras lo llevo al coche—. Creo que puedes hacerla más siniestra.

—Tomo nota.

Le abro la puerta del pasajero esperando que se resista, pero parece encantado de irse ahora que no lo obligo a subir a su habitación. De hecho, se pone en plan charlatán y me habla del negocio de licor clandestino de Ronan y de que Shane no es mal tipo cuando lo conoces.

Se le ve contento. Casi eufórico, y en otras circunstancias habría disfrutado con esta faceta suya. Pero hoy solo estoy enfadada.

Enfadada por que no me dijera que era su cumpleaños y después se lo contara a todo el mundo. Que prácticamente me mintiera.

Que no me quisiera allí.

Me duele más de lo que debería, y la duda asoma su fea cabeza mientras conduzco y me hunde más y más en la miseria, pero Sam no se da cuenta. No para de hablar durante todo el camino a casa y, antes de que me dé tiempo a apagar el motor, se baja del coche y se pone a mirar la casa como si fuera la primera vez que viene.

—¿Has probado a escribir terror? —pregunta—. Creo que podrías meter terror en la parte de las mazmorras. Hacerla tenebrosa.

—Eso ya me lo has dicho —le recuerdo, pero parece estar hablando solo, diciendo lo primero que le viene a la cabeza.

—En tus libros lo evitabas, pero daba la sensación de que no era decisión tuya. Era como si te estuvieras conteniendo. Sobre todo en el segundo. Con el veneno.

Sube las escaleras del porche y no parece darse cuenta de que no le sigo hasta que llega a la puerta.

—¿Tienes la…? —Se vuelve a mirarme mientras gira la mano—. ¿La cosa esa?

—¿Has leído mis libros?

—He leído todos tus libros —dice, aparentemente ajeno a mi sorpresa—. ¿Puedo beber un poco de agua? —pregunta cortés, y me doy cuenta de que lo estoy mirando fijamente.

Saco la llave y mis pensamientos son una maraña confusa mientras abro la puerta.

Espera pacientemente a que desconecte la alarma y después me sigue hasta la cocina tarareando algo en voz baja. Parece haber perdido toda conciencia del espacio personal. Está tan pegado a mí que noto el calor que irradia su cuerpo. Este hombre es como un horno, pero, por alguna razón, tengo escalofríos mientras dejo la tarta en la mesa y le sirvo agua. Se la bebe en tres tragos.

—Fue una decisión comercial —digo de repente.

—¿Cómo?

—Lo de los libros. Pensaban que igual disuadía a los lectores si eran demasiado sombríos.

Suelta un bufido despectivo y vuelve a ponerse en modo Señor Editor tan deprisa que pestañeo sorprendida.

—Pues se equivocaban.

—Dijeron que era demasiado arriesgado.

—A ti te habría salido bien.

El cumplido me hace ruborizarme, lo que es raro. Porque no es que no haya dicho antes cosas buenas sobre mi escritura, pero por algún motivo esta me resulta más personal.

—Yo te los habría editado mejor —insiste.

—Sí —digo—. Es probable.

—¿Tienes televisión?

—En el salón.

—Hay una película que quiero enseñarte.

—Pero si… Vale.

Lo sigo cuando hace un giro de ciento ochenta grados y cruza el pasillo para inmediatamente olvidarse de lo que iba a hacer. Se detiene junto al sofá y frunce el ceño con una mano en la barriga.

Oh, cielos.

—¿Vas a vomitar?

Tarda un momento en contestar.

—No —dice por fin, pero tanto su voz como su expresión transmiten duda.

—¿Quieres sentarte?

—Sí.

Lo hace despacio y le dejo el agua en la mesa.

—Voy a traerte algo de comer —digo, pero antes de que me dé tiempo a irme me coge de la mano y cierra sus dedos cálidos alrededor de mi muñeca.

Me quedo muy quieta y el corazón me da un pequeño vuelco cuando lo miro. Tiene otra vez esa expresión solemne. La que derriba todos los muros que yo pueda levantar en mi interior.

—Creo que eres una escritora maravillosa y me alegro de haber venido. —Pronuncia cada palabra despacio y con nitidez, como si las estuviera dictando—. Y me encanta tu pelo.

—Gracias —digo cuando no sigue hablando.

—De nada.

Me suelta y se frota fuerte la cara. Parece agotado.

—Puedes tumbarte —le digo.

—Los zapatos.

—Quítatelos si quieres.

Lo hace, con cierta dificultad, y los deja caer al suelo con un golpe. Una vez completada la tarea, se desploma sobre los almohadones con tanta fuerza que un mechón de pelo oscuro le cae sobre la frente. Tengo que hacer un esfuerzo para no retirárselo.

—Sam.

—Dime.

—Eres muy mono cuando estás borracho.

Una sonrisa le ilumina la cara mientras cierra los ojos.

—Me voy a acordar de que me lo has dicho.

—De eso nada.

—Claro que sí.

—Sam.

—¿Sí?

Contesta a mi susurro con otro y tengo que acercarme para que pueda oírme.

—Yo también me alegro de que hayas venido.

—Qué bien —dice, y su cuerpo entero parece hundirse en el sofá; es la viva estampa de la relajación.

—Te voy a traer algo de comer, ¿vale?

—Vale.

Me voy y vuelvo al poco con una tostada con mantequilla, pero no contesta cuando digo su nombre y, cuando dejo el plato en la mesa, veo que duerme como un tronco.

17
Sam

Cuando me despierto está oscuro. Es esa oscuridad a la que empiezo a acostumbrarme. Mi reloj dice que son más de las dos de la madrugada y la cama en la que estoy es en realidad un sofá. Un sofá cómodo, pero un sofá al fin y al cabo. Y no está en la habitación encima del Delaney's, sino en el salón de Ciara. Y en cuanto ese dato se asienta en mi cerebro, me incorporo tan deprisa que me mareo.

Yo pensaba que cuando bebes tanto te olvidas de todo lo que has hecho. Pero por desgracia recuerdo la noche con claridad cristalina. La cerveza. El whiskey. Más cerveza.

Al menos confraternicé con la gente del pueblo.

Alguien —lo más probable es que Ciara— ha dejado un vaso de agua en la mesa baja y me lo bebo entero en cuanto me pongo de pie. A continuación voy al baño y sigo el rastro de habitaciones iluminadas hasta la cocina, donde me encuentro a la dueña de la casa sentada a la mesa, vestida y comiéndose un trozo de tarta.

—Sí que duermes cuando te apetece, ¿eh?

Saco una silla y me siento, pero el estómago se me revuelve peligrosamente.

Ciara me mira elocuente.

—¿Qué tal te encuentras?

—Me parece que estoy en ese momento en que se me empieza a pasar la borrachera pero aún no tengo resaca y voy a intentar alargarlo lo máximo posible.

—¿Tienes hambre?

—Huy, no. No creo que vuelva a comer nada nunca más.

Su sonrisa es forzada.

—Me dijo Ronan que era tu cumpleaños.

Vale. Eso.

—Sí. —Me siento más recto y carraspeo—. Escucha, no quería darle importancia. Por eso no te dije nada. No fue porque…

—No estoy enfadada por que no me lo contaras, Sam.

—No. Ya lo sé. —Hago una pausa—. Lo que pasa es que sí pareces enfadada.

Frunce los labios.

—Vale, un poco enfadada sí estoy. Pero más que nada por lo que dijiste de dormir en el coche —dice en tono irónico—. ¿Qué le pasa a tu habitación?

—Dice Mary que está reservada —le explico—. Y no hay ningún otro alojamiento cerca.

Parece exasperada.

—¿Por qué no me preguntaste si podías quedarte aquí? Hay sitio de sobra.

Por la misma razón por la que no le dije que era mi cumpleaños.

Porque tiene la piel suave, el pelo le huele a fresa y a veces cuando estoy con ella hablo solo para que me mire.

Pero no voy a decirle ninguna de esas cosas.

—Casey siempre se quedaba aquí cuando venía a ver a papá —continúa—. Así que tú también puedes. Puedes quedarte todo el tiempo que necesites.

—Se lo preguntaré.

Resopla y aprieta la mandíbula antes de apoyar las manos en la mesa y levantarse.

—Ven conmigo.

—Pero… Sí, vale.

Casi vuelco la silla al levantarme y la sigo escaleras arriba. Las sube de dos en dos, como de costumbre. Pero una vez en el pasillo no entra en su despacho. Va a la puerta que hay a continuación y se vuelve.

—Mi padre siempre daba mucha importancia a los cumpleaños —dice—. No sé qué harás tú, pero en esta casa se celebran. Y estás lejos de tu casa, de tu familia y de tus amigos, y eso es duro. Mi primer cumpleaños cuando me fui de Irlanda fue tristísimo y no quiero que tengas un mal recuerdo de este.

—No lo voy a tener —le aseguro, pero menea la cabeza, gira el pomo y abre la puerta de par en par.

Lo primero que noto es el olor. A papel. A cuero. A madera con un toque de vainilla. Escudriño la oscuridad impaciente por que mis ojos se acostumbren a ella. Y entonces Ciara enciende la luz.

—Este —dice— era el despacho de mi padre.

Es como si alguien me hubiera robado el aire de los pulmones. Por un instante me quedo paralizado y cuando me muevo es como si mis extremidades no fueran mías. Las noto rígidas, extrañas y pegadas al suelo.

—¿Sam?

En lugar de contestar, la sigo y cruzo el umbral como entraría alguien en una cueva del tesoro. Porque así es como me siento. A primera vista la habitación parece pequeña, pero, cuanto más la miro, más comprendo lo llena que está.

Por supuesto hay libros. Cientos de ellos atestando estanterías y apilados en el suelo. Algunos tienen papeles asomando de entre sus páginas y los reconozco, son ejemplares de novelas que le enviábamos a Frank con la esperanza de que nos escribiera una reseña elogiosa. Disfrutaba muchísimo mandándoselos cuando empecé a trabajar para Casey, pero, antes de que me dé tiempo a preguntarme si cualquiera de las notas que escribí estarán aquí, me doy cuenta de que hay más cosas que me llaman la atención. Un LEGO de la fortaleza de Ravian. Un mapa ilustrado protegido por un cristal polvoriento.

En la pared de enfrente hay un corcho de gran tamaño completamente cubierto de hojas escritas a mano. Algunas están tan llenas de escritura que casi no se ve el papel debajo, otras en cambio tienen solo unas pocas líneas. Una palabra o dos en grandes letras mayúsculas que no tienen sentido para nadie excepto para Frank y su cabeza.

También hay dibujos. Muchos enviados por admiradores, pero otros parecen más caseros y exploratorios. Los que hizo él. Son dibujos de alguien que está inventándose un mundo paso a paso.

La habitación no tiene mesa, pero veo la butaca morada con el cojín blanco plano y una mesita con una bandeja de cosas para el té.

Aquí es donde trabajaba. Aquí es donde escribía.

Esto es…

—Dijiste que no tenía despacho.

—Es que no me apetecía enseñártelo —contesta Ciara, y me mira asimilar sus palabras—. Y si hubieras sabido que existía, habría tenido que hacerlo.

—¿Qué te ha llevado a cambiar de opinión?

Se encoge de hombros, parece incómoda. No insisto.

—Me alegro de que lo hayas hecho.

—Sí, bueno… —Traslada el peso de un pie a otro y da la sensación de que se siente insegura. Luego se adelanta, coge algo de la bandeja y se lo esconde detrás de la espalda.

—Feliz cumpleaños, Sam —dice, y me tiende la mano.

Al principio no tengo ni idea de qué me está dando. Parece un sobre viejo, abierto y manoseado, como una factura que metes en un cajón y de la que luego te olvidas.

Hasta que no lo cojo y leo la dirección no caigo en la cuenta de lo que es.

El cuerpo se me paraliza y no hago nada, estoy conmocionado.

—Es mía —consigo farfullar—. Esto… Se la mandé cuando era pequeño.

—No la he abierto —dice rascándose el brazo, nerviosa—. Solo he leído el remite.

Le doy la vuelta y ahí está. Mi nombre y la calle de la casa de mis padres escritos con mi caligrafía adolescente. Leo cada palabra despacio para asegurarme de que no es un espejismo antes de meter el dedo por la ranura del sobre. Es una abertura limpia, probablemente hecha con abrecartas. Los bordes desiguales están suavizados por el paso del tiempo y la hoja que hay dentro tiene dobleces como si hubiera sido sacada y…

—¿La leyó?

—Pues claro que sí —dice Ciara mientras saco la carta.

Querido señor Sheridan…

—Frank Sheridan leyó mi carta.

Y la guardó. Frank Sheridan guardó mi carta.

Joder.

—La encontré hace unos días —me dice mientras yo miro la carta —. Me acordé de que me dijiste que le habías escrito, y una noche que no podía dormir me puse a buscarla. Te la iba a dar cuando te fueras.

—No me puedo creer que la haya conservado todos estos años.

—No le era posible contestar a toda la gente que le escribía, pero sí se esforzaba por leer todo lo que le llegaba. —Señala con un gesto de la cabeza las cajas contra la pared—. Hay más en el desván.

—Tiene que haber centenares.

Si no miles. Y Ciara las revisó todas buscando la mía.

Empieza a dolerme el pecho.

—Están ordenadas por años —dice como si no hubieran llegado cien al mes o algo así—. Siento que no te contestara —añade.

—No lo sientas. Nunca lo esperé. A ver, me habría encantado, pero era como querer ganar la lotería. —Miro otra vez la carta, sin dar crédito—. Esto significa muchísimo. Gracias, Ciara.

—Es un placer. —Se frota las manos contra las caderas—. Curiosea lo que te apetezca. Siento el desorden. Soy la única que ha entrado aquí desde que murió.

Entonces dudo, al detectar por primera vez la tensión en su cuerpo. No puedo ni hacerme una idea de lo duro que debe de ser para ella dejarme entrar aquí. De lo duro que debe de resultarle estar ella aquí.

—No tenemos que…

—No —dice enseguida—. No pasa nada. Es bonito ver a alguien disfrutar.

Le tomo la palabra y examino las estanterías que ocupan la pared opuesta. Mis ojos se detienen en una junto a la ventana.

—¿Eso es el pasadizo secreto? —pregunto recordando lo que he leído sobre este lugar.

—Solo hay una manera de averiguarlo. —Intenta sonar gruñona y le sale fatal—. Te doy tres oportunidades —añade—. Pero te prometo no revocarte el carnet del club de fans.

—Eso no lo digas ni en broma.

Pruebo primero a sacar un diccionario y no pasa nada. Saco una novela de Tolkien. Tampoco.

Retrocedo un poco y pienso antes de probar por última vez. *Alicia en el país de las maravillas*. Tiro del libro hacia mí y oigo un chasquido.

—Esto es una pasada, joder —digo, y Ciara ríe por lo bajo mientras empujo la estantería. El marco cede con facilidad y deja ver…—. Tu despacho.

—Hacía los deberes aquí —aclara, y entro—. Hay otra en mi dormitorio. —Sonríe al ver la cara que pongo—. Lo sé.

Miro la carta en mi mano y vuelvo a maravillarme.

—Este es el mejor día de mi vida —digo, y Ciara resopla—. Hablo en serio. No recuerdo cuándo fue la última vez que alguien hizo por

mí algo tan bonito.

—Bueno, ya está bien —murmura, claramente incómoda. Pero también feliz. Complacida.

—Ciara…

Pero no se me ocurre nada que añadir. No sé cómo expresar con palabras lo mucho que significa esto.

Me reúno con ella en la puerta y, cuando me mira, se me queda la mente en blanco.

No sé en qué estoy pensando. Es algo instintivo. Un impulso. Y mientras me inclino me digo a mí mismo que esto es lo que se hace cuando quieres dar las gracias a alguien. Le das un abrazo. Un besito en la mejilla.

Solo que no es exactamente un besito.

Mis labios se demoran en su piel y ella se queda muy callada y muy quieta, excepto por la respiración entrecortada. Y un suave respingo de sorpresa.

Cuando termino no me muevo. Mi cuerpo no me lo permite, me obliga a quedarme donde estoy, separándose solo para dejar un milímetro de espacio entre los dos. Ciara me mira con las mejillas encendidas y las pupilas dilatadas y yo no sé lo que estoy haciendo.

No. Eso no es verdad. Sé perfectamente lo que estoy haciendo.

Y ese es el problema.

—Gracias —digo por fin, y esboza una sonrisa pequeñita que me hace mirar fijamente su boca.

Mierda.

Mierda. Mierda. Mierda.

—De nada —responde en apenas un susurro. Y a continuación—: Por favor, no duermas en tu coche. Quédate aquí. Hay como un

millón de dormitorios.

—Hay cinco dormitorios —la corrijo.

—Quédate aquí.

—Vale.

Vale.

Pasa otro instante, otro momento en el que mi cuerpo no escucha a mi cerebro, y a continuación me pone una mano en el abdomen. Sus dedos se abren y mis músculos se tensan; el fino algodón de la camiseta no me impide notar su tacto. Presiona un poco y yo doy un paso atrás, abriendo otra vez espacio entre los dos.

Definitivamente he bebido demasiado.

—Bueno —dice mirándome—, ¿vas a fingir que solo te importa tu ascenso o quieres ver el juego de LEGO personalizado de mi padre?

—¿Tienes algún dibujo original?

Simula poner los ojos en blanco y siento tantas ganas de tocarla otra vez que tengo que meterme las manos en los bolsillos.

—Tengo mapas —dice, y me lleva de vuelta a la estantería.

Y si se da cuenta de lo raro que estoy el resto de la noche, no dice una palabra.

18
Ciara

No veo a Sam durante el resto del fin de semana y, cuando me acerco a la playa el lunes por la mañana, las cosas casi parecen haber vuelto a la normalidad. Aunque tampoco tengo muy claro cuál es mi normalidad ahora mismo.

Le ofrecí prepararle una cama, pero insistió en que estaría bien en el sofá, y cuando me desperté al día siguiente se había ido y dejado una nota.

Tiene una letra muy de adulto. Adulto tipo generación de mis padres. De los que no abandonaron el papel y el boli por un teclado al cumplir diez años. Es pulcra y elegante y estuve cinco segundos enteros admirándola antes de leer lo que decía.

Gracias por mi regalo de cumpleaños. Termina el capítulo diez para el lunes.

Le faltó añadir: «o si no…», pero aun así sonreí como una tonta. No fui consciente de lo triste que estaba por que me hubiera excluido hasta que me dejó acercarme a él otra vez. Y ahora que esa puerta ha vuelto a abrirse, tengo la intención de que siga así.

Después de todo, la comunicación entre un autor y su editor es algo bueno. Algo saludable, normal e importante.

Sobre todo si el editor se viene a vivir a mi casa.

Si es que eso ocurre.

No ha dicho lo contrario.

Anoche quedamos más o menos en que esta tarde traería sus cosas, pero desde entonces no me ha confirmado y yo tampoco he sacado el tema porque soy una cobardica. ¿Y en lugar de eso qué hago? Obsesionarme.

Para variar.

La pantalla de mi portátil se pone en negro puesto que ni estoy escribiendo ni trabajando, e intento hacer lo que llevo haciendo varias horas, a saber: ahuyentar a Sam de mis pensamientos y concentrarme en mi libro. Lo consigo durante cinco segundos, antes de que Maddie asome otra vez la cabeza por la puerta.

—¿Qué tal vas?

—Muy bien —contesto—. Igual que cuando me lo preguntaste hace diez minutos.

—Perdona si me preocupo por ti —dice sin ni siquiera mirarme mientras escudriña el espacio por encima de los coches.

No quería que se me derritiera el portátil al sol, así que estoy sentada a la sombra de la gastroneta de Maddie, encorvada en una silla plegable con el ordenador encima de las rodillas y un ventilador orientado a la cara. Hay más espacio ahora que el camión de Shane no está aparcado justo al lado. Se ha ido, tal y como se le pidió, al otro extremo del aparcamiento, lo bastante lejos para que no pueda verlo a no ser que guiñe mucho los ojos.

Tal y como está haciendo Maddie ahora mismo.

Aparte de unas pocas palabras «escogidas» sobre el chico que no se presentó a la cita, Maddie no me ha contado gran cosa sobre el viernes por la noche. Ni sobre el plantón ni sobre lo que bebió ni sobre nada. Yo tampoco la insistí. Desde que terminó el colegio trabaja todavía más duro y sé que está muy frágil. Le ofrecí ayudarla, pero enseguida me cortó diciéndome que ya tenía yo bastante con lo mío.

No le falta razón.

Me termino el batido y miro mi ordenador. Llevo más de una hora con la misma escena y, al ritmo al que voy, creo que necesitaré otras cinco para terminarla.

He probado a cambiar de método, alternando entre la pantalla y unas páginas que me imprimí esta mañana, pero mi cerebro no se deja engañar. Ahora mismo no le convence ninguna palabra.

Maddie desaparece dentro de la gastroneta y yo minimizo el documento mientras sopeso la necesidad de hacer pis frente al esfuerzo que me supone levantarme y usar los baños públicos, cuando aparece una notificación en la esquina de la pantalla.

Un mensaje de texto de Sam.

¿Por qué odias el amor?

Me quedo mirando la pregunta. Esas pocas palabras a las que no tengo ni idea de cómo contestar. ¿Cómo que odio el amor?

«No odio el amor», contesto. A continuación, y ya puestos, añado unos cuantos signos de interrogación.

Su respuesta es instantánea.

Entonces, ¿por qué no se besan en la biblioteca?

¿Finn y Maeve?

Está hablando de las páginas que le mandé anoche. En las que desde luego había beso. Compruebo el correo que le envié, preocupada por si adjunté el documento que no era. Tardo solo unos segundos en localizar el párrafo. «Finn la abraza fuerte mientras…».

¡Claro que se besan!

Eso no es un beso. No es nada prácticamente. En este libro tiene que haber sexo.

Lo sé y es lo que describo aquí.

Eso no te lo crees ni tú. Lo que has escrito es un abrazo largo. En este libro hay SEXO. Por favor, dime que tienes pensada una escena de sexo.

Deja de decir sexo.

Empieza a escribir sexo.

—¿Estás bien?

Levanto la cabeza mientras Maddie me cambia el vaso vacío por otro lleno, usándolo de pisapapeles de las páginas impresas.

—Estoy trabajando. Esta es mi cara de cuando estoy trabajando.

—Lo que tú digas.

Suspira y se va.

Miro la pantalla y encuentro otro mensaje de Sam.

¿?

No lo he pensado. Además, están ocupados.
Por si no te has dado cuenta,
están LITERALMENTE EN GUERRA.

Algo que nunca conduce a emociones extremas.

Me estás distrayendo.

«Te estoy editando». Entonces sus palabras empiezan a llegar muy deprisa, los mensajes aparecen antes de que me dé tiempo a pensar en cómo contestarlos: «Los lectores leen por distintas razones. Y hay muchos que leen en espera de este momento. Ese que Frank estuvo preparando en los últimos dos libros y que tú ahora estás minimizando. Se lo debes».

Tecleo tres variaciones de «se lo voy a dar» antes de pararme a pensar. Le estoy mintiendo. Le estoy mintiendo porque no lo voy a hacer. No he contemplado una escena de sexo. Ni siquiera he contemplado una escena con beso. A Finn está a punto de apuñalarlo por la espalda su supuesto amigo en la reunión del consejo que viene tres páginas después, así que me perdonen si estoy más concentrada en eso.

Pero, al margen de mi justa indignación como artista, sé que Sam tiene razón.

Mi padre nunca rehuyó la parte romántica de las historias. Por eso tenía tantos lectores. Su forma de combinar las emociones con la política y la guerra es lo que hacía sus libros tan distintos. Siempre tenía algo para cada perfil de lector.

Releo el pasaje intentando verlo con otros ojos. Y vale, supongo que podría ser un poco más fogoso. La mano de él en la cintura de

ella o algo. Y la de ella en… ¿el brazo de él?

«¿Y bien?», pregunta Sam. Le digo la verdad.

Nunca he escrito nada romántico antes.

Pues practica.

¿Contigo?

Tecleo las palabras sin pensar, concentrada en ser lo más sarcástica posible, antes de darme cuenta de lo que acabo de enviar.

—Ay…, mierda.

—¿Estás bien? —pregunta Maddie.

—¡Perfectamente!

¿Qué hago? ¿Qué hago qué hago qué hago qué hago? ¿Añado el tan socorrido «lol»? Siempre me ha funcionado, pero me temo que ni eso pueda salvarme ahora.

Estoy con los dedos encima del teclado, paralizados mientras miro fijamente la pantalla. Igual si las miro con la intensidad suficiente las palabras desaparecerán.

No tiene sentido borrarlas porque Sam ya las ha visto. Lo dice ahí, justo debajo del mensaje: «Visto».

Pero no ha contestado. Ni siquiera está escribiendo. Ni rastro de los puntitos parpadeantes que me dirían que se está tomando el mensaje en el tono en que lo he escrito y me va a contestar de manera igualmente sarcástica.

Solo hay un silencio que me haría pensar que ya no está en línea de no ser por el circulito verde junto a su nombre que indica que sí está.

Y que se vuelve rojo en cuanto vuelvo a mirarlo.

Desconectado.

Vale. Genial. Maravilloso.

—¿Maddie? —grito, y al momento asoma la cabeza por la puerta —. Necesito cambiar de nombre y mudarme a Suiza.

—Bébete el zumo. —Es lo único que dice antes de desaparecer.

Igual debería añadir un «ja, ja, ja».

Porque a quién no le gusta un buen «ja, ja, ja».

Cojo el zumo y tengo un vahído mientras el ventilador sopla hacia mí y entonces, como si este momento no diera ya bastante vergüenza ajena, me acuerdo de que el zumo hacía de pisapapeles mientras veo los primeros capítulos del libro revolotear a mi alrededor.

Quizá, mejor que a Suiza, a Australia.

Está mucho más lejos.

Me levanto, pongo el portátil sobre las hojas que no se han volado y empiezo a recoger las que tengo más cerca.

—¿Te ayudo? —dice una mujer a mi izquierda, pero casi ni levanto la vista, concentrada como estoy en pescar una hoja antes de que se meta debajo de la camioneta.

—¡No hace falta! Gracias.

Cojo más papeles mientras la desconocida hace lo mismo.

—De verdad —digo—. Ya puedo yo.

Coge una última hoja cerca de ella y la alisa con una sonrisa amistosa. Parece tener cuarenta y pocos años y va en bañador y chanclas, con el pelo rubio mojado recogido en una coleta corta.

Tiene en la mano un ejemplar manoseado del quinto libro de Ravian.

El pánico me recorre tan deprisa que mi cuerpo entra en shock y me quedo paralizada mientras se acerca.

—Creo que están todas —dice alegremente—. ¿Qué estás escribiendo?

—Pues… nada.

Alargo la mano para que me dé los papeles, pero ella ni siquiera se da cuenta. Está demasiado ocupada mirándome y se le borra la sonrisa.

—Eres clavada a… —Se calla y abre mucho la boca—. ¿Eres la hija de Frank Sheridan?

—Sí —digo intentando sonar superdespreocupada.

No lo consigo.

—¡Ay, Dios mío! —Se lleva la mano al pecho y ríe como si no diera crédito a su buena suerte—. Soy muy fan —dice entusiasmada—. Por eso hemos venido, de hecho. Llevábamos muchísimo tiempo hablando de viajar a Irlanda y, cuando me enteré de que había muerto, supe que tenía que venir y presentarle mis respetos. Quería quedarme a la convención, pero mis hijos tienen campamento, así que no podía ser y me estoy enrollando, perdón. ¿Te importa…? ¿Te haces una foto conmigo?

Saca el teléfono y en ese momento parece acordarse de que aún tiene mis papeles y vuelve a reír antes de dármelos.

—¡Perdón!

Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para cogerlos como una persona normal. En cuanto están en mi poder, los meto debajo del ordenador con el resto y tengo un doble vahído. Si esta mujer llega a verlos…

—¿Todo bien?

Vuelvo la cabeza y me encuentro a Mary rodeando la camioneta y mirando a la mujer con suspicacia.

—¡Perfectamente! —digo en un tono tan alegre que la descoloco. Supongo que no suelo ser la alegría de la huerta, pero lo último que quiero ahora mismo es que Mary se ponga a tocar otra vez su dichoso silbato—. Esta es…

—Linda —dice la mujer.

—Linda. Es admiradora de mi padre.

Pero algo en mi tono de voz debe de decirle a Mary que estoy nerviosa, porque no se va cuando Linda se acerca a mí para sacar la foto.

—Muchísimas gracias —repite, y me obligo a sonreír mientras sostiene el teléfono.

Hace mucho que no me pasaba esto. Años, de hecho. Solo los admiradores más acérrimos de mi padre me reconocían cuando dejé de ir a actos relacionados con los libros, e incluso entonces solo lo hacían en librerías o si estaban mirando por las ventanas de casa. He perdido la práctica.

—Ya no vives en la misma casa, ¿verdad? Lo cierto es que mi marido y yo teníamos ilusión por hacerle una foto, ya que hemos venido desde tan lejos. ¡Es imposible de encontrar y cada vez que preguntamos nos dan unas indicaciones distintas!

A Mary esto no le gusta.

—Esa casa es propiedad privada —dice a pesar de que ella se presenta allí cada semana sin invitación—. Y no conviene acercarse. Hay generadores. Es peligroso.

—Sí, claro —dice Linda nada molesta por el tono de Mary—. Perdón, es que me hace mucha ilusión conocerte. —Me aprieta la

mano—. Debes de echarlo mucho de menos.

Mi sonrisa es tan rígida que parece congelada.

—Todos los días.

Otro apretón, otra sonrisa. Esta vez compasiva. Es evidente que es lo que quería oír y, a pesar de su simpatía, se me revuelve el estómago mientras ella se despide y vuelve a la playa.

—Gracias —le digo a Mary—. No me esperaba… Eso es mío. —Me pongo tensa al ver que tiene un papel en la mano, pero ella se limita a chasquear la lengua.

—Has escrito mal «apotecario».

Tiendo la mano y reprimo el impulso de quitarle la hoja de malas maneras.

—¿Estás terminando su último libro? —pregunta Mary haciendo caso omiso de mi gesto—. ¿Por eso estás desaparecida?

—No estoy desaparecida.

—Llevas meses encerrada en casa. Has dejado de venir al pub. Ronan creía que habías empezado a fumar drogas.

—Las drogas se consumen, no se… ¿Que Ronan creía qué?

—Yo sabía que no —dice examinando el papel—. De niña tenías muchísimo asma. Pensé que igual te habías operado de la nariz.

—Mary.

—Pero veo que sigues teniendo el bulto ese…

—¡Mary!

Me mira a los ojos y por fin me devuelve la hoja.

—¿Es un secreto?

—Sí. Y no puedes decir nada.

—¿Por qué no?

—Porque así es como funcionan los secretos —digo agotando la poca paciencia que me queda—. Estoy empezando a cogerle el truco y no quiero que la gente empiece a agobiarme antes de que me dé tiempo a tener algo escrito. Todavía no llevo ni la mitad.

—Pero…

—Por favor —la interrumpo y empiezo a ponerme nerviosa—. Prométeme que no vas a decir nada.

—Por supuesto que no —responde ofendida—. Pero creo…

—¿Qué? —Miro detrás de ella para asegurarme de que Linda se ha ido.

—A tu padre le habría encantado —dice Mary—. Es muy bonito.

La miro sorprendida. Tanto que no se me ocurre ninguna respuesta. Claro que Mary tampoco parece esperarla.

—Te veo mejor ahora —dice por fin—. No tan… —Hace un gesto desganado hacia mi cara—. Descompuesta.

Y cualquier sentimiento cariñoso que hubiera empezado a albergar por ella desaparece.

—Vale, gracias.

—Es un cumplido —dice, y me mira una última vez antes de volver a la playa.

19
Sam

Ciara no contesta y otra vez estoy en su porche bajo un sol abrasador y preguntándome si está en casa. Una pregunta cuya repuesta conozco perfectamente.

No hay ningún coche en la entrada. No hay ventanas abiertas ni señales de vida.

Llevo aquí diez minutos y no me han abierto la puerta.

No está.

Y, por supuesto, mi cerebro encuentra la peor explicación posible.

¿Contigo?

Suelto la maleta, me siento en las escaleras del porche y estiro las piernas mirando el jardín.

Cuando me invitó a quedarme aquí me puse contentísimo. Profesionalmente, porque estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para terminar este libro. Personalmente, porque la oportunidad de alojarme en la casa de Frank no es algo que pudiera dejar pasar. Y luego estaba esa otra parte de mí, la parte callada y egoísta, que quería pasar más tiempo con ella.

Claro que no me permito profundizar en lo que haríamos en ese tiempo.

Apoyo la cabeza en las manos y me froto fuerte la cara como si quisiera borrar así mis pensamientos sobre Ciara.

Me encantaría decir que ha sido la resaca lo que me ha mantenido lejos de ella este fin de semana, pero no, ha sido cobardía pura. Quería poner espacio entre los dos para pensar con claridad. El problema es que la claridad sigue brillando por su ausencia. Sigo estando tan confuso y desconcertado como antes. Sigo teniendo la cabeza tan llena de Ciara como antes.

Y esa es probablemente la razón de que oiga su coche mucho antes de verlo. Parezco un perro faldero esperando a que su ama vuelva a casa, y más todavía cuando me pongo de pie de un salto y miro el coche acercarse. Para cuando se detiene, casi he recuperado mi compostura profesional e incluso saludo con la mano cuando nuestras miradas se cruzan a través del parabrisas.

No parece de buen humor. Incluso diría que parece bastante malhumorada y se me cae el alma a los pies, pero por suerte cambia la cara en cuanto se baja del coche y, para cuando sube las escaleras del porche, está sonriendo.

—Perdona el retraso.

—¿Todo bien?

—Sí, muy bien. —Pero las palabras le salen en forma de gruñido mientras mete la llave en la cerradura—. Solo que esta mañana me he acordado de por qué no escribo en sitios públicos.

—¿Por las caras?

—¿Cómo?

Cojo mi equipaje y entro detrás de ella.

—Muchos de mis escritores ponen caras cuando trabajan. Suele preocuparlos.

—Pues ahora yo también estoy preocupada —dice antes de desconectar la alarma.

Cierro la puerta y nos quedamos los dos plantados mirándonos.

—Bueno —dice—. Pues bienvenido.

—Gracias otra vez por alojarme.

—Sí, bueno. Tengo sitio de sobra. Te he hecho la cama y todo.

—Qué lujo.

La sigo escaleras arriba. Esta vez giramos a la izquierda, en dirección opuesta a los despachos, en otra ala de la casa.

La habitación a la que me lleva es bonita. Mucho más que la de Delaney's. Hay una cama más grande, un espejo y una mesa. Ha puesto un burro, supongo que para la ropa, e incluso ha dejado un jarroncito con margaritas junto a la cama.

—No digas nada —me advierte cuando lo cojo—. Es un detalle agradable. Estoy siendo agradable.

—Desde luego que sí —contesto dejando el jarrón—. Entonces, ¿por fin me vas a enseñar la casa?

—Ya la has visto entera. ¿Quieres ir al desván? No hay más que arañas. Y es probable que también un fantasma, no lo he mirado.

—¿Hay sótano?

—Las casas irlandesas no tienen sótano. Por favor, no traigas a mi casa tus costumbres americanas.

—En tu último libro salía un sótano —señalo y, cuando veo su expresión, pongo los ojos en blanco—. Ya te dije que los he leído.

—Sí, pero no me los cites. Eso fue poco riguroso por mi parte. No fui fiel al escenario de la historia y te pido perdón por ello.

—Ajá.

Se detiene en el umbral con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones cortos.

—El baño está al otro lado del pasillo. Coge lo que quieras de la cocina. Y no sé qué más. —Da un paso atrás—. Intenta no molestar al fantasma —añade y se marcha por el pasillo.

Deshago el equipaje.

Tardo más o menos lo mismo que en Delaney's, es decir, nada. Una rápida comprobación de la cama me demuestra que es mucho más cómoda, así que, momentos embarazosos aparte, salgo ganando.

Guardo la maleta, pongo el portátil a cargar y abro una ventana antes de coger mi neceser. Al otro lado del pasillo hay dos puertas y abro la que está justo enfrente esperando encontrarme un baño sencillo y con azulejos, igual que el que hay junto al despacho de Ciara.

Pero no.

Es otra cosa. Y sé perfectamente cuál.

Lo primero que noto es el olor. Un olor limpio, floral, que me paraliza. Es como si no hubiera sabido a qué olía y ahora es como tenerla delante. Lo bastante cerca para tocarla.

El dormitorio de Ciara.

No se parece al resto de la casa, un mundo limpio y ordenado en el que parece que no vive nadie. Este es un espacio muy vivido. Muy ella.

Hay una cama de matrimonio sin hacer junto a la pared, con sábanas blancas arrugadas a los pies. Hay un tocador y un cesto de ropa sucia lleno a rebosar. Una esterilla de yoga y un helecho al que

parecen quedarle dos o tres días de vida. Una lámpara enorme decorada con flecos domina su mesilla de noche y casi no deja espacio para el montón de novelas policiacas que hay en unos de los bordes, y encima de ella hay colgado un cuadro, un lienzo de gran tamaño de remolinos verdes y dorados que atrapan perfectamente la luz declinante del sol.

Este debía de ser su dormitorio de infancia, porque la estantería-pared de la que me habló queda a mi izquierda. Debe de ser la puerta del vestidor, aunque casi toda la ropa de Ciara está desperdigada por la habitación.

No puedo resistirme a la tentación de entrar un poco, aunque el suelo cruje bajo mis pies. Pero entonces Ciara me llama desde el piso de abajo, como si hubiera estado esperando ese preciso momento.

—¡Trae cerveza!

Doy un último vistazo a la habitación y cierro la puerta antes de ir a dejar mis cosas en el baño. Ya abajo, encuentro las cervezas en la nevera y a Ciara en el porche, sentada en un banco con las piernas apoyadas en una cesta puesta del revés.

—Dame. —Es todo lo que dice cuando me ve, y tiende las manos mientras yo paso por encima de sus piernas y le doy una de las botellas.

—Qué bien se está aquí —digo siendo muy poco original.

Se está mejor que bien. Esto es el paraíso. No se oye nada de tráfico. No se oye nada que no sea el suave zumbido de los grillos y los tenues sonidos de animales de granja a lo lejos.

—Debes de usar mucho este porche.

—Sí, claro, porque siempre está así —dice—. Nunca hace viento ni frío, ni llueve o…

—Vale.

—Me siento en la necesidad de transmitirte que este verano no es normal aquí. —Da un sorbo de cerveza y mira hacia el jardín—. En absoluto. Además, pronto va a haber tormentas. Y de las gordas.

—No trabajes nunca en la oficina de turismo.

Cambia de posición las piernas, cruza una encima de la otra, y la miro quitarse una brizna de hierba del muslo por el rabillo del ojo.

La hora dorada. Ahora entiendo por qué la llaman así. La suave calidez de la luz resalta cada mechón de pelo, cada centímetro de piel. Es como si el universo enfocara una luz directamente sobre ella obligándome a mirarla.

Me fuerzo a fijar la vista en los árboles.

—¿Qué tal ha ido la escritura?

—¿Te refieres a la escena de sexo? —pregunta con una mirada traviesa que no sé cómo interpretar—. Me han interrumpido. Pero he tomado nota de tus sugerencias, aunque no esté de acuerdo con ellas.

—¿No estás de acuerdo?

—Creo que ya estoy superando el número de palabras y solo llevo escrita una quinta parte del libro, y eso que me hiciste eliminar una escena entera del consejo por cuestiones «de ritmo». No entiendo por qué tenemos que añadir una escena de cama.

No sé si habla en broma o en serio.

—Vamos a necesitar por lo menos dos escenas de cama —le digo —. Y probablemente algo más entre una y otra.

—¿Y dónde demonios vamos a meterlas?

—Ya se nos ocurrirá algo.

—Pero si es que no hay sitio para…

—Encontraremos el sitio.

Me mira con la boca abierta y parece tan desconcertada que me doy cuenta de que verdaderamente no lo entiende.

—Sabes que *La última montaña* es una historia de amor, ¿verdad?

—*La última montaña* es una saga épica sobre las secuelas de la guerra y de la avaricia de los hombres.

—Es una historia de amor —repito—. Es Finn y es Maeve. Ese es el núcleo del libro.

—Desde luego es una parte muy importante, pero…

—Es lo más importante —la interrumpo—. Y es el que concluye la serie. ¿Crees que podemos dar a los lectores un «y fueron felices y comieron perdices» sin una progresión previa?

—Es que sí hay progresión previa —dice, pero detecto la duda en su voz—. Lo que pasa es que también hay otras cosas.

—Pero ninguna tan importante. Piénsalo. ¿Por qué si no siguen adelante? Todos los otros personajes o han muerto o se han rendido. ¿Por qué crees que los dos siguen luchando?

—Por la expansión territorial.

—Ciara.

Sonríe irónica, pero sé que me está escuchando.

—Una historia de amor —dice, y yo asiento con la cabeza—. Vale, ahora me siento tonta.

—No lo hagas.

—Sí, sí lo hago. Ahora que te lo oigo decir, me resulta de lo más obvio.

—Pero también facilita las cosas, ¿no? En colecciones tan largas como esta, los autores tienden a alejarse de la trama central llegado el cuarto o quinto libro, pero tu padre sabía lo que se hacía. Hemos visto en sus notas que quería que el final fueran Finn y Maeve. Necesitas tener eso en cuenta con cada palabra que escribas, o si no…

Me callo cuando veo que me sonríe. Una sonrisa ancha y feliz que me hace olvidarme de lo que estaba diciendo.

—¿Qué?

—Me gusta cuando te pones en modo editor —dice—. Te emocionas. Haces gestos con las manos.

—¿Cómo que con las manos?

Levanta las suyas y las mueve de forma totalmente exagerada hasta que bufo.

—Vale. Ya no lo haré más.

—Qué va. Te pones muy mono —protesta.

—Estoy mono cuando hablo y estoy mono cuando me emborracho.

Me recuesto en el banco y ella pone cara de estar avergonzada.

—Así que te acuerdas.

—Ya te dije que me acordaría.

—Lección aprendida.

Noto sus ojos en mí mientras doy el primer trago de cerveza y cuando la miro la encuentro pensativa.

—Nunca he escrito una historia de amor.

—La estás escribiendo ahora mismo —le digo.

—Supongo.

—No tengas miedo de darles sus momentos.

—Ni de quitarles la ropa —añade.

Pero no hay tono de burla en sus palabras. Da la impresión de que sigue pensando. De que lo está considerando seriamente.

—Podemos hablarlo si no estás convencida.

—Estoy convencida —dice, y se recuesta en el banco—. Confío en ti, Sam. Eres el único aquí que sabe lo que hace.

Para eso no tengo respuesta. Porque en lo que se refiere a la mujer que tengo al lado cada vez soy más consciente de que no tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

20
Ciara

Hay un hombre en mi casa.

Es en lo único que puedo pensar esta noche en el pasillo a oscuras mirando las deportivas de Sam colocadas con cuidado junto a la puerta. Que arriba, al otro lado del rellano de mi habitación, hay un hombre y está dormido. Y le he puesto un jarrón con flores en la mesilla. No sé por qué he hecho eso. Probablemente porque me entró el pánico. Ha pasado mucho tiempo desde que soy anfitriona de nadie.

Nos tomamos otra cerveza con la cena y hablamos del libro, y después él trabajó un rato y yo también y todo es tan doméstico que resulta directamente desconcertante. Pero también agradable. Fácil.

Hubo solo un momento incómodo cuando se quedó dormido delante del televisor y me estresé preguntándome si debía despertarlo, pero me resolvió el dilema despertándose él solo un minuto después. Luego sonrió como pidiendo disculpas y se fue a la cama.

Eso ha sido hace una hora. Y aquí estoy. Mirando sus zapatillas.

No estoy acostumbrada a esto. A compartir la casa con alguien que no sea papá. A ver, Maddie ha dormido aquí unas cuantas veces, pero nada más. Y no es que Sam sea un mal invitado.

Recogió la cocina después de cenar. Mató una araña. Y, que yo sepa, de momento no ha robado nada.

Pero hay algo más.

Desde que murió papá nunca he sentido que esta casa fuera mi hogar. Pero ahora es distinto. Me resulta más acogedora ahora que Sam está en el piso de arriba durmiendo como un tronco.

Ojalá pudiera dormir yo. Ojalá mi cerebro pudiera tragarse las horas. Ojalá pudiera cerrar los ojos y abrirlos cuando fuera ya por la mañana.

Cuando vivía en Londres dormía bien. Compartía una casa pequeña con una cantante de ópera y un hombre callado y ordenado que decía ser funcionario, pero yo estaba convencida de que era espía de alguna clase, a lo James Bond. Me fui a vivir allí después de la debacle del seudónimo para empezar de cero. La idea era volver poco a poco a la escritura. Quizá viajar algo.

Y entonces todo se fue a la porra.

Papá empeoró y me vine aquí a cuidarlo. Hasta entonces había estado bien, pero ahora necesitaba cuidados continuos y quería dárselos yo.

El insomnio empezó pocas semanas después. Estrés por el cambio. Por papá. Pensé que se me pasaría, pero no fue así. De hecho, se agravó.

No quería dormirme no fuera a necesitarme durante la noche. No fuera a pasar algo y yo no me enterara. Así que, en lugar de descansar, me pasaba horas en la cama pensando en todas las cosas malas que podían ocurrirle y solo dormía cuando había alguien más en la casa.

Fue entonces cuando empezó a venir Maddie. Fue como si presintiera lo que ocurría. Luego Ronan empezó a pasarse antes de abrir el pub, y más personas que traían comida o flores o se sentaban a charlar un rato con papá. Para ayudarnos en lo que necesitáramos.

No sé cuándo corté eso. No sé cuándo empecé a esconderme cada vez que llamaban a la puerta en vez de abrir. Nadie buscaba espiar. Solo hacían lo que habían hecho siempre.

Dejo las deportivas de Sam donde están y voy a la cocina, donde paso las horas siguientes trabajando a intervalos, tomándome solo breves descansos. Sesteo en el sofá. Me como un queso y unas galletas que no sabía que tenía. Cambio sillas de sitio y limpio las encimeras. Escribo, escribo, escribo.

Sam se despierta poco después de las siete.

Al principio me aterra. El ruido inesperado. Tengo un momento de «me van a asesinar» antes de recordar su existencia y entonces solo estoy nerviosa. Expectante.

Presto atención a sus pisadas, al chasquido de la puerta del baño seguido del sonido de tuberías y de más pisadas que se acercan hasta que aparece Sam en la puerta con los ojos somnolientos y el pelo tan de punta que caigo en la cuenta de que Sam Avery es alguien que necesita arreglarse el pelo todas las mañanas. Archivo ese dato como si estuviera haciéndole un catálogo, debajo de «madrugador» y «le gustan los mapas».

Entra en la cocina rascándose el abdomen por encima de una camiseta de algodón gris y me quedo mirándolo. No puedo apartar la vista. Me obligo a hacerlo. Pero no puedo.

Está dormidísimo.

Tanto que no se da cuenta de que estoy allí hasta que le doy los buenos días, momento en el cual se espabila.

—¡Por Dios!

Choca de espaldas con la puerta de la nevera tan fuerte que el contenido de esta suena, y hago una mueca de dolor.

—Perdón.

Ahora es Sam quien me mira a mí fijamente.

—Te preguntaría si madrugas siempre tanto, pero déjame adivinar.

—No podía dormir —digo encogiéndome de hombros—. Es lo que hay. ¿Tú siempre madrugas tanto?

—No. Bueno. A veces. —Mira la nevera—. ¿Puedo?

—Claro.

—Luego iré al pueblo a comprar algo de comida.

—No hace falta —le digo mientras se sirve zumo de naranja—. Maddie siempre me tiene bien surtida. Además, eres un invitado.

—¿Quieres? —dice señalando el cartón de zumo.

Niego con la cabeza y lo miro coger un vaso del armario. Y recuerdo la otra vez que hizo lo mismo, cuando tenía su mano en mi cadera y su pecho contra mi espalda y…

Le vibra el teléfono en el bolsillo y lo mira un momento antes de dejarlo en la encimera.

—¿Quién te escribe a estas horas? —pregunto.

—Un agente cinematográfico de la costa oeste. Allí es de noche.

—Más a mi favor.

Se limita a sonreír como si pensara que estoy intentando hacerme la graciosa.

—¿Has podido trabajar? —pregunta.

—Demasiado. Tengo el cerebro frito. Creo que he releído la última página doce veces.

—Deberías acostarte.

Asiento porque sé que debería, pero no tengo sueño. Más bien todo lo contrario.

Estoy superputoespabilada.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —digo mientras se sienta en la mesa—. ¿Cuándo te tatuaste la marca de Finn?

Sam se mira el tatuaje en el antebrazo como si se le hubiera olvidado que lo tiene.

—Cuando cumplí dieciocho años —dice—. Mis padres se enfadaron muchísimo.

—¿En serio?

—Más que nada porque pensaban que era su obligación. Y porque no se lo conté. Y también porque no «lo había pensado bien» —dice dibujando comillas en el aire—. Como si no llevara pensando en ello desde que leí el libro. Pero para el siguiente me dieron dinero, así que creo que me perdonaron.

—¿Tienes más de uno?

No sé de qué me sorprendo. Lo miro de arriba abajo como si tuviera visión de rayos X, y de pronto necesito saber urgentemente dónde tiene tatuajes este hombre. ¿En el pecho? ¿En las piernas? ¿En el…?

—Claro, no me lo has visto —dice interrumpiendo mis pensamientos, cosa que agradezco.

Deja el vaso y piensa un momento antes de ponerse de pie.

De manera que tengo sus caderas a la altura de los ojos.

Me rebullo mientras se lleva una mano detrás de la cabeza y se tira de la camiseta. Se da la vuelta y atisbo su abdomen plano y una leve pelusa oscura antes de que me enseñe la espalda. Y entonces solo veo tinta.

Esto no es como el simbolito en el brazo. Esto es arte. Un intricado dibujo de espirales que representan la llegada de los reyes y reinas ancestrales. Héroes ancestrales.

Sam se mueve con timidez.

—Este llevó más tiempo.

—Ya me imagino —murmuro y toco el círculo más pequeño que está en el centro. En cuanto lo hago, Sam da un respingo y retiro la mano enseguida—. Perdón.

—No pasa nada. Es que no me lo esperaba.

—Tengo las manos frías —digo, y asiente con la cabeza aunque no es verdad—. ¿Puedo…?

Me interrumpo cuando tensa la espalda y el dibujo cambia.

—Adelante.

Esta vez se relaja cuando le toco y recorro con un dedo un nudo celta que debió de requerir horas de trabajo. Noto presión entre los muslos y junto las piernas mientras sigo cada línea hasta que no queda una sola parte por explorar.

No paro. No creo que pueda parar.

El instinto se impone a la razón, así que sigo, trazo una línea recta por la espalda de Sam. Mi roce es tan leve que me pregunto si lo siente, pero por su reacción parece que sí, porque sus músculos se tensan y se relajan mientras bajo hasta la cinturilla elástica de su pantalón de chándal.

Me detengo, pero él no se aparta, y al cabo de un momento subo la vista y él vuelve la cabeza para mirarme.

Su expresión es como un desafío.

Pasa un instante, lento y cargado de significado. Me late tan fuerte el corazón que puedo oírlo y mi imaginación se desboca, pensamientos de deseo hacia él me llenan la cabeza, siento un vértigo embriagador y…

Un timbrazo fuerte y feo estropea el momento. Lo sigue otro que lo mata directamente.

La realidad se impone, la timidez se apodera de los dos mientras su teléfono se ilumina y yo aparto la mano y me pongo de pie. Sam me mira como si ni siquiera oyera el teléfono.

—La costa oeste —susurro antes de carraspear, y evito mirarlo mientras cojo mi portátil y huyo escaleras arriba.

Nuestra nueva rutina continúa mientras junio da paso a julio. Yo duermo casi todo el día y escribo de noche y, en las horas en que Sam y yo coincidimos, debatimos giros argumentales, pulimos la escritura y, poco a poco, unimos la línea de puntos hasta que el libro cobra forma.

Un día trabajamos tanto que me quedo dormida en el sofá de mi despacho y me despierto en mi cama poco después de las once, completamente desorientada y muerta de hambre. Sam ha debido de traerme en brazos o arrastrando, lo que me da muchísimo corte, pero también me alegra, porque la última vez que dormí en ese sofá estuve varios días con tortícolis.

A juzgar por la suave luz que sale por la rendija de la puerta de su cuarto, aún está despierto, pero bajo sin hacer ruido para no molestarlo.

No tengo ganas de ponerme a cocinar y mi estómago no logra decidir qué hora es, así que me contento con un cuenco de cereales y una manzana mientras veo un vídeo en YouTube sobre plagas medievales seguido de un tutorial de maquillaje de una mujer con piel tan limpia que parece pintada con un aerógrafo. Cuando termino, recojo la cocina y hago doce minutos de un vídeo de yoga de treinta minutos antes de volver al piso de arriba.

Sam tiene ahora la luz apagada, así que me encierro en mi despacho sin hacer nada de ruido. Y me pongo a trabajar.

Escribo hasta que mi cerebro no puede más.

Sé cuándo ocurre porque soy incapaz de teclear ni una sola frase sin pulsar la tecla de borrar doce veces. La experiencia me ha enseñado que esto no es algo que pueda «terminar a la fuerza», así que paro y, mientras arreglo la habitación, recogiendo tazas y vasos vacíos y ordenando las notas y los papeles en pulcros montones, me doy cuenta de que estoy contenta con el número de palabras que he escrito. Sam ha estado usando algunos de mis libros de Ravian para consultar cosas, así que también los recojo y los devuelvo a su lugar en la estantería, que sigue abierta de cuando le enseñé el despacho de papá.

No la dejé abierta para demostrar nada, sino porque se me olvidó y también porque me dije a mí misma que debía empezar a usarla. Quizá buscar inspiración, por si se daba el caso de que papá hubiera escrito una estructura detallada en tres actos y la hubiera escondido en una de sus cajas.

Pero no lo hice. Al menos hasta este momento, cuando me pongo a mirar la habitación. Si yo creyera en fantasmas, ahora es cuando lo vería, sentado en su silla, escribiendo. Pero no creo, así que no es más que una habitación llena de recuerdos. Aunque supongo que en eso consisten los fantasmas.

Empujo la puerta con la mano y entro.

Es la quinta vez que lo hago desde que murió.

La primera vez fue cuando vacié la casa y metí aquí todo lo que no quería tirar. La segunda cuando quería documentarme para *La última montaña*. La tercera fue para buscar la carta de Sam. La cuarta fue con Sam.

Y ahora aquí estoy.

La luna es tan brillante esta noche que no necesito encender la lámpara. Sí abro una ventana para que entre un poco de aire y también el débil susurro de las hojas del roble.

Esta es la única habitación que no me he ordenado aún y no soy tan obtusa como para no saber por qué. Me puse a hacer limpieza de la casa porque no quería pensar en que él ya no estaba. Y no entro en esta habitación porque aquí sí está. En el olor, en los libros y en las páginas. En el desorden, en el polvo y en la marca de su cuerpo en la silla.

Mi padre vive en esta habitación. Y en algún momento voy a tener que enfrentarme a ello.

Pero, en este instante, lo que hago es sentarme en el centro con las piernas cruzadas y me dedico a disfrutar del silencio y a odiarlo a partes iguales.

Siempre me ha gustado sentarme en el suelo. De niña lo hacía mucho. Ahora, si estoy mucho rato, mis lumbares se ponen en plan

«¿por qué?», pero puedo aguantar un poco más. Desde aquí abajo se ven las cosas distintas. Cosas que normalmente no verías. Como los libros del estante de abajo del todo. La moneda caída debajo de la silla.

El nombre «Ciara» escrito con rotulador en el costado de una de las cajas.

Y que sin duda es una señal.

Gateo hasta la caja e intento sacarla, pero pesa más de lo que esperaba y el cartón es endeble y se deshace. Me acerco más y pruebo otra vez cogiéndola por los lados para que no se rompa.

Para mi sorpresa, es una caja llena de cosas mías.

Mis anuarios del colegio. Mis boletines de notas. Mis proyectos, mis dibujos y cosas que fui trayendo a casa a lo largo de los años.

Joder, qué mal dibujaba. Ya de niña. Pero mi padre conservó muchos dibujos. Quizá incluso todos. Cada monstruosidad pintada con ceras de purpurina que yo le regalaba orgullosa. Claro que eso fue mejor que mi fase pastelera. Por lo menos los dibujos no tenía que comérselos. Los pegaba en la nevera o en la puerta principal cuando sabía que iba a venir alguien. Para que los vieran.

No sé qué dice de mí el hecho de que, cuando cae una gota de agua en el dibujo, levanto la vista al techo para ver si hay una gotera. Por qué tardo un instante en tocarme la mejilla y darme cuenta de que está húmeda.

Es como si alguien hubiera accionado un interruptor y no puedo seguir. Me tiemblan las manos mientras devuelvo todo a su sitio. Me siguen temblando cuando coloco la caja donde estaba. Al hacerlo, levanto polvo y estornudo violentamente dos veces seguidas. Son de

esos estornudos en los que te parece que vas a echar los pulmones por la boca.

Vuelvo a mi despacho, cojo el portátil y me siento en el suelo con la espalda contra el sofá.

Desde este ángulo puedo ver su habitación, silenciosa y tranquila, como si yo no acabara de estar en ella.

No sabía que hubiera guardado todas esas cosas.

¿Y sabéis qué habría estado muy bien? Que me lo hubiera dicho.

Aunque por entonces yo era muy pequeña, la mayoría de los recuerdos que tengo de mi padre son de antes de los libros. Porque, una vez la colección despegó, casi dejé de verlo. Después del colegio no le daba los dibujos que había hecho. Se los metía por debajo de la puerta porque estaba trabajando. Me ponía a hornear porque así bajaría a la cocina. Conseguiría verlo unos minutos mientras hablaba maravillas de un brownie de lo más normal y corriente.

Tengo edad suficiente para saber lo duro que debió de ser para él. Padre soltero. Con una profesión como la suya. No sé cómo se las arregló.

Pero, aun así, me duele. Que casi nunca estuviera. Que, cuando sí estaba, tuviera que compartirlo. Con estos libros. Con sus lectores.

Cuando me fui de casa, lo hice para construirme una vida propia. Algo que fuera solo mío.

Y, sin embargo, aquí estoy.

Puse mi mundo patas arriba para volver aquí. Para cuidarlo y después para… ¿qué? ¿Quedarme en esta casa, escribir sus libros y hacerlo la mitad de bien que él? Ni siquiera soy capaz de resolver la relación principal, así que no sé cómo diablos voy a…

Atajo estos pensamientos y vuelvo a la pantalla. Estoy retrocediendo, vuelvo a cómo estaba al principio, cuando me salían las palabras pero no eran las correctas. Y Sam espera que le entregue algo mañana y no quiero ver su cara de desilusión.

Así que ahuyento todos mis recuerdos y me concentro únicamente en Finn y Maeve y, con el portátil en el regazo, me pongo a escribir.

21
Sam

Son las tres de la mañana y Ciara aún no se ha ido a dormir.

Hace como una hora la oí subir las escaleras, pero no entró en su cuarto. Se metió en su despacho y ahí sigue.

Igual se ha vuelto a quedar dormida en el sofá.

Igual no es asunto mío.

Pero, en cuanto cierro los ojos, siento que sí es asunto mío. Como si no pudiera descansar a no ser que ella también lo haga.

Miro el techo y barajo mis opciones. Puedo levantarme con la excusa de coger un vaso de agua y así ver qué hace. O puedo ser una persona normal y dormirme.

O bajar a por un vaso de agua.

Retiro la sábana antes de que me dé tiempo a arrepentirme y salgo al pasillo. Asomaré la cabeza y ya está. Asomaré la cabeza y veré si se ha…

Me paro junto a su despacho y dudo. Entonces, de pronto, un grito ahogado rompe el silencio. Un segundo después, algo choca contra la pared, como si Ciara hubiera tirado algo y, ya preocupado, abro la puerta.

Lo primero que me llama la atención es la cantidad de luz que hay. Las ventanas están abiertas y las luces apagadas, pero es una

noche despejada y la luna ilumina la habitación. Ha cambiado mucho desde que me la enseñó el primer día, consecuencia natural de que nos pasamos aquí casi todo el tiempo. El sofá está lleno de cojines que ha subido del piso de abajo y en la pared hay dos corchos de gran tamaño llenos de las fichas que le hice para ayudarla a visualizar la distribución por capítulos.

Ciara está arrodillada en el centro de la habitación rodeada de trozos de papel y libretas llenas de garabatos. Tiene el portátil abierto a su lado y la pantalla resplandece con luz tenue.

—¿Estás…?

Levanta la cabeza al oírme y me alegra comprobar que no está llorando.

—¿… bien? —pregunto esperanzado.

Frunce el ceño.

—Es una mierda.

—No es ninguna mierda —digo automáticamente.

—No lo has leído. —Se pone de pie con movimientos rígidos, como si llevara un rato en el suelo—. Y no quiero que lo leas porque es una mierda. Es la putopeor cosa del mundo y cuando te la leas me vas a odiar y Casey me va a odiar y los lectores me van a odiar porque es una mierda.

Oh, cielos.

Primera crisis de escritor. La verdad es que me sorprende que haya tardado tanto en llegar. Pero por lo general solo me enfrento a ellas por teléfono. Eso o recibo correos con palabras cuidadosamente elegidas que nunca consiguen enmascarar los gritos aterrorizados de NO PUEDO HACERLO detrás de cada línea.

—Lo estás haciendo fenomenal —replico—. Tienes que confiar en que, de no ser así, yo te lo diría.

Pero Ciara no me escucha, está en su bucle mientras coge el portátil y lo deja encima de la mesa.

—Nunca pienso en sexo.

—¿Que nunca…? ¿Perdón?

—Cuando lo estoy haciendo —continúa con cara de estar irritadísima porque no la entienda—. No pienso en ello. No pienso en lo que estoy haciendo. Lo hago y punto. No analizo cada momento porque no soy una pervertida. ¿Es lo que hacen los autores de novela romántica? Porque es bastante raro. Alguien debería decírselo.

Un momento.

Mi cerebro, que se había quedado en blanco en un gesto de autoconservación, se pone otra vez a funcionar una vez asimilo lo que me está diciendo.

—¿Estás estresada por la escena de cama?

—No escribo literatura romántica.

—Le estás dando demasiada importancia —le digo—. No es más que un beso.

—¡Es más que un beso! —exclama—. Es lo más importante del libro. Eso dijiste.

Eso dije. Claro que jamás me imaginé que fuera a ser lo que precipitara su crisis.

Debe de leerme el pensamiento.

—Ni se te ocurra reírte de mí —me advierte, y casi se resbala con un papel del suelo cuando se acerca.

—¿Tengo pinta de estar riéndome de ti? —Señalo el ordenador—. ¿Hasta dónde has llegado?

—¡No he llegado a ninguna parte porque no sé dónde pone él las manos! Y no quiero usar la palabra «lengua». ¡Y tú no haces más que decirme que añada tensión en lugar de escribir que están cachondos y punto! ¡Pero es que lo están! A veces no hace falta un capítulo de tensión sexual. A veces las personas directamente…

Se interrumpe de pronto al notar que me pongo rígido; abre mucho los ojos y mira sus manos en mi pecho. Parece desconcertada. Como si no supiera muy bien cómo han llegado ahí. Pero no las quita. Y quizá es la hora o el tema de conversación o cómo la camiseta de tirantes deja ver su abdomen, pero el caso es que no quiero que las quite.

—¿Actúan?

Me mira a los ojos.

—¿Eh?

—A veces las personas directamente actúan —termino la frase por ella, y pestañea como si necesitara concentrarse.

—Exacto —dice, aunque no suena convencida.

—¿Y no sabes dónde pone él las manos?

—El problema es que… —Se interrumpe y arruga el ceño mientras yo le pongo las manos alrededor de los bíceps—. Sam…

—Las manos las pone aquí.

La voz me ha salido extrañamente ronca y ni yo mismo la reconozco.

Ella sigue sin apartarse. Sin moverse. Y yo espero a que me mande a tomar por culo o hable en serio, pero no lo hace.

De pronto me vuelvo hipersensible a ella. A toda ella. Los piercings que tiene en las orejas. Las pecas del hombro. Su ceño leve, el arco poco pronunciado de sus cejas y la pequeña marca de nacimiento en uno de los lados del cuello. Cuanto más me fijo, más cosas veo. Y más difícil me resulta apartar la vista.

Ciara separa los labios y miro el movimiento de su garganta al tragar.

—¿Y luego qué hace? —pregunta.

—Dímelo tú. Cuéntamelo. ¿Dónde están?

—En el dormitorio de ella. Es antes de la ejecución. Toda su guardia está fuera.

—Los pueden oír.

—Exacto. —Me está mirando el hombro izquierdo—. Así que no pueden hacer ruido.

Intento imaginármelo.

—Eso está muy bien.

—Ya lo sé —murmura, y reprimo una sonrisa.

—¿Cómo ha esquivado él a los guardas?

—Se ha colado antes en el castillo. Están buscando a un hombre de pelo largo, así que nadie lo reconoce.

—¿Cómo sabía qué dormitorio era el de…?

—Eso es una inconsistencia argumental que ahora mismo no me importa —dice mirándome por fin a los ojos—. Tiene un plano turístico. Le ha costado cinco euros.

—Ciara.

—Lo adivina. Todos los castillos son iguales. Creció cuidando de uno. Ahora sabe cómo funcionan. Y está dispuesto a arriesgarlo todo porque necesita verla. Es lo único que quiere. —Pero calla un

momento y la duda asoma en su voz—. A no ser que quede exagerado —dice—. Ya han dormido juntos.

—Eso da igual. Llevan meses sin verse. Y si has respetado la…

—Pues claro que he respetado la secuencia temporal —me interrumpe con tono exasperado.

Me viene otra sonrisa que desaparece en cuanto ella cambia el peso del cuerpo de un pie a otro porque me acuerdo de que aún la estoy tocando.

En algún rincón de mi cabeza, una vocecita me pregunta qué coño estoy haciendo. Pero casi ni la oigo. Desde luego no le hago caso.

Porque no sé lo que estoy haciendo. Pero lo que sí sé es que no puedo parar.

Mis dedos bajan por sus brazos y se detienen justo antes de llegar a sus muñecas.

—Sigue —digo apretando un poco cuando se rebulle. Parece distraída y necesito que se concentre—. Ella está rodeada de enemigos. ¿Tiene miedo de que los descubran?

—Los guardas están fuera, en el pasillo. Ella se supone que está durmiendo.

—¿Y qué hay de Finn?

—No tiene miedo. Solo quiere verla. Quiere saber que está a salvo. Y… además se le ha olvidado cómo es —dice, y mira mi clavícula, donde, en el libro, Finn tiene una cicatriz alargada e irregular—. La recuerda más joven. Más aniñada. Pero vivir en el castillo la ha cambiado. Ya no es una princesa. Es una reina.

—Sigue.

—Él está fascinado con ella —continúa—. Y también nervioso. En la relación él era siempre el que sabía lo que hacía. Pero ahora se

siente inseguro. Sin palabras. Por primera vez en toda su vida, Finn no sabe qué decir a Maeve.

Conozco esa sensación.

—De manera que esa es la situación —digo al cabo de un largo instante—. Ahora tenemos que describir los detalles. ¿Dónde tengo las manos?

—¿En serio?

—¿Dónde tengo las…?

—En mis muñecas.

—¿Y dónde pondría Finn…?

—En sus caderas. —Ciara se ruboriza, pero no digo nada y le pongo con cuidado las manos en la cintura. Da un paso minúsculo hacia mí. Y luego no hace nada más. Nos quedamos así un rato, como si ninguno quisiera dar el siguiente paso.

Yo respiro hondo.

—¿Y ahora qué haré…?

Ella me besa.

Cada pensamiento, cada muro defensivo, cada frase en mi cabeza desaparece en cuanto me coge la cara con las manos. En cuanto sus labios tocan los míos.

La sujeto más fuerte y la acerco a mi cuerpo hasta que emite un ruidito que hace que me tiemblen las rodillas. De repente es como si tuviera fiebre, y cuando pega su cuerpo al mío me muero de calor.

Cuando me mete la lengua en la boca, sabe a limonada y, cuando se pega a mi pecho, juro que noto el latido de su corazón.

Tengo hambre de ella. Me siento vivo.

Y es posible que Ciara esté en lo cierto, porque ni siquiera soy consciente de que mis manos se están moviendo de tan concentrado

como estoy en ella. Estoy demasiado absorto en mis sensaciones para pararme a pensar en cómo me está cogiendo y, cuando quiero darme cuenta, he metido las manos debajo de su camiseta de tirantes y le estoy acariciando la espalda. Subo por la suave piel de su tórax en busca de sus pechos y solo recobro un mínimo de cordura cuando se aparta de mí con un respingo.

—Espera, espera, espera —dice rápidamente, y paro de inmediato, preocupado por haber ido demasiado lejos, pero casi se está riendo mientras trata de liberarse—. Maeve no tiene cosquillas —añade entre jadeos.

Mira sus manos, que agarran con fuerza mi camiseta, y pone cara de circunstancias antes de soltarla.

Al cabo de un segundo, el rugido en mis oídos se aquieta y le cojo las dos manos.

—¿Y qué pasa luego? —pregunto con voz ronca, y tarda un momento en contestar.

—Él se va —dice por fin—. Se tiene que ir a la prisión. No tiene tiempo para mucho más.

—¿Sale por la puerta?

—Por la ventana.

—Creo que puedes echarle imaginación a esa parte —digo, y ríe en voz baja antes de mirarme.

—Sí —susurra bajando las manos—. Vale.

Vale.

—Intenta dormir un poco —digo, porque no se me ocurre otra cosa, y me contesta con un pequeño saludo marcial que me dan ganas de empezar a besarla otra vez. Pero no lo hago. Lo que hago

es soltarla a pesar de que hasta la última fibra de mi cuerpo está gritando: «NO, MUY MAL». Y me…

—Sam.

—¿Sí?

Me paro en seco y casi me choco con la puerta.

Ciara hace un pequeño mohín y en ese momento está tan preciosa que tardo un segundo en recordar que no estoy soñando.

—Me has ayudado mucho. Gracias.

—De nada —digo, y tengo que carraspear de tan ronca como me sale la voz—. Para eso estamos.

22
Ciara

Me encantaría poder decir que, con un poco de espacio y un par de horas de sueño, me desperté sin tener a mi editor en la cabeza. Que no pensaba en sus manos en mis caderas, en sus ojos en mis labios y en todo lo que pasó después.

Pero lo que hice fue teclear furiosamente todo el rato que pude, irme a la cama pensando en él y, cuando lo que me pareció un segundo después me despertó el sol radiante de rigor, fue como si Sam siguiera en un rincón de mis pensamientos, acechándome.

Igual es que me he enamorado.

O quizá es que llevo mucho tiempo sin sexo.

Sea lo que sea que ha alterado la química de mi cerebro, me pongo a mirar la puerta de mi dormitorio y a imaginar que entra Sam.

Todo mi cuerpo se activa solo de pensarlo y me impaciento mientras miro el pomo, deseando que gire.

Pero que gire ahora mismo.

Solo que no ocurre. Como era de esperar. No pasa nada. La casa está en silencio, a excepción de los habituales cantos de pájaros fuera y, después de treinta segundos más de espera porque nunca se sabe, aparto las mantas y admito mi derrota.

Por supuesto, en cuanto me pongo de pie, oigo abrirse su puerta.

Doy tal salto que pierdo el equilibrio y me golpeo el talón con el poste de la cama. Por entre el torrente de palabrotas que sale de mi boca oigo a Sam entrar en el cuarto de baño. Al momento siguiente se abre la ducha.

Cosa que no ayuda.

Se me llena la cabeza de visiones de Sam Avery empapado y cubierto de espuma y sé que no puedo quedarme en casa.

Me visto corriendo con lo primero que encuentro y salgo de la habitación. La ducha sigue abierta y mantengo la vista al frente cuando paso junto al baño, bajo las escaleras y salgo por la puerta.

Un paseo me sentará bien. Me despejará la cabeza.

O al menos es lo que me digo mientras camino, poniendo más y más distancia entre Sam y yo hasta que estoy a medio camino del pueblo. Para entonces empiezo a arrepentirme de mi decisión. Aún es temprano pero ya hace calor, y solo me cruzo con un par de personas antes de llegar al pub, donde me encuentro a Ronan en la puerta recibiendo un pedido.

—¿Es esa Ciara Sheridan? —pregunta guiñando los ojos de manera exagerada—. ¿En pleno día?

Levanto un brazo.

—Creo que me estoy quemando.

—Pues entonces será mejor que entres —responde, y no necesito que me lo diga dos veces.

Este pub fue mi refugio cuando volví aquí. Era el único sitio al que podía escaparme cuando papá estaba enfermo. Fundamentalmente porque era el único sitio del pueblo al que podía ir que no fuera mi casa.

—¿Qué tal ese novio? —pregunta Ronan mientras entra detrás de mí.

—No es mi… Bien. Está bien. —Me siento en el taburete—. ¿Puedo tomar una copa?

—No.

—¿En serio? —Miro la hora que es—. ¿Ni siquiera una mimosa?

—No según la ley de Borrachos Habituales de 1879. Así que échale la culpa a eso y no a mí.

—Pues lo voy a hacer. Voy a escribir una carta contundente —digo, y me apoyo en la barra decepcionada cuando Ronan me sirve un vaso de zumo de naranja.

—Imagina que es otra cosa —me sugiere al ver mi expresión.

—Humm. —Doy un sorbo y lo miro por encima del borde del vaso —. ¿Te has cortado el pelo?

—Coqueteando no vas a conseguir que me salte la ley.

—Eso lo dice alguien que tiene una microdestilería ilegal en la trastienda.

—Soy un hombre con aficiones —replica impertérrito—. Y eso es digno de elogio. Igual deberías buscarte tú alguna.

—Yo tengo un montón de aficiones —le digo—. La primera, beber antes de mediodía.

—Deberías salir un poco. Ir a clase.

Me quedo mirándolo.

—¿Clase de qué? ¿Y dónde?

—En la ciudad —dice como si fuera algo evidente—. No te puedes pasar la vida encerrada en casa.

—¿No estoy aquí ahora mismo?

—¿Y qué pasa si yo no estoy?

—¿Te refieres a si sigues bebiéndote ese whiskey? —pregunto antes de comprender lo que está diciendo—. ¿No estarás pensando en cerrar?

Ronan se encoge de hombros.

—Me hago mayor. Lo mismo que los gastos. Una buena temporada de verano no es suficiente para aguantar todo el invierno.

—Sí, pero… —Cambio de postura porque no se me ocurre nada que decir. Este sitio no ha cambiado desde que nací. Da igual cuánto tiempo estuviera fuera, Ronan seguía detrás de la barra, la fotografía de mi padre seguía en la pared y los únicos vinos en la carta eran «blanco» y «tinto». Siempre he dado por hecho que no cambiaría.

—Para.

—¿Que pare el qué? —digo dando otro sorbo de zumo.

—Lo que estés pensando. No te va a sentar bien.

—Estaba pensando en lo triste que voy a estar cuando te jubiles.

Resopla desdeñoso.

—De eso nada. Porque ya hará mucho que te habrás ido.

—¿Ido a dónde?

—¡A donde sea! —exclama—. De vuelta a Dublín, por lo menos. O a Londres. Aquí no haces nada. Si casi ni te vemos.

—Eso no es verdad —protesto—. Soy un miembro activo de la comunidad.

—¿Qué comunidad? —dice con sorna—. Si casi no queda nadie. El colegio ha cerrado. La iglesia ha cerrado. La mitad de las casas son alquileres vacacionales y ya ni siquiera hay tanta demanda.

—¿De qué hablas? —Frunzo el ceño—. ¡Si tienes la habitación de arriba reservada para todo el verano!

—De eso nada —resopla—. Tengo a un mochilero unos días el mes que viene y se acabó.

—Pero si Mary le dijo a Sam… —Joder—. Es una… entrometida —digo, incapaz de pensar en otro adjetivo.

Ronan asiente solemne.

—Desde luego que lo es.

—Le dijo a Sam que tenía que irse.

—¿En serio? —dice sin parecer nada sorprendido.

Abro mucho la boca.

—¿Tú lo sabías?

—Yo no sé nada —responde—. Solo me pareció que necesitaba un empujoncito. Las diez y media —dice mirando el reloj.

Pero ya se me han pasado las ganas de beber.

—Ponme un café —digo con un suspiro, y se va a la máquina. En ese momento me vibra el teléfono y cuando lo saco me encuentro un mensaje.

¿Te has ido?

Sam.

La punzada de emoción que siento es alarmante. «¡¡Está pensando en mí!!», grita mi Ciara adolescente interior, lo que es raro porque la Ciara adolescente real era una tímida introvertida que habría salido corriendo en dirección contraria.

No quiero decirle que estoy en el pub a esta hora tan temprana para no perpetuar un estereotipo nacional, así que le cuento una mentirijilla.

He decidido echar una mano a Maddie en la playa.

Porque soy una buena amiga, no porque no haga más que pensar en ti en la ducha.

«Ven si te apetece», añado porque estoy envalentonada, pero su respuesta llega casi de inmediato. No deja de sorprenderme lo rápido que teclea este chico.

Tengo reuniones por la tarde.

No sé si estoy aliviada o decepcionada, pero, antes de que me dé tiempo a explorar mis sentimientos, me llega otro mensaje.

Le echaré un ojo al capítulo once.

¿Perdona?

¿Qué le pasa al capítulo once?

Nada. En cuanto lo edite.

Se impone el emoji de la peineta; se lo envío con una sonrisa. Entonces me doy cuenta de que Ronan me mira con cara de suficiencia y dejo de sonreír.

Paso una hora más con él antes de que venga Maddie a buscarme. No voy a mentir: cuando le mandé un mensaje tenía la esperanza de pasarme el día detallándole cada cosa desconcertante que hay en mi vida ahora mismo mientras ella asentía cuando era necesario y me aconsejaba qué hacer. Pero, naturalmente, si ha aceptado mi ofrecimiento de ayudarla es porque la playa está hasta arriba. Durante las horas siguientes casi no tengo tiempo ni de

respirar, y mucho menos de charlar, ya que los clientes aguardan de doce en doce.

Sin embargo, a pesar de la actividad constante, mis pensamientos tienden a volver al hombre de la casa. Cuando no me pregunto qué estará haciendo o pensando, me acuerdo de lo grandes que parecían sus manos en mi cintura. Lo suaves que eran sus labios y lo sexy que era su boca.

Luego podría haberme sentido incómoda, pero no fue así. Ni siquiera cuando me quedé sola en la habitación después de que se marchara.

Resultó todo natural.

Y funcionó, joder.

Si así es como se supera el bloqueo de escritor, pues qué le vamos a hacer. Me recuerda a cuando me apunté a una clase de escritura creativa nada más irme a vivir a Dublín y el profesor se la pasó hablando de que había estado tres meses en Venecia dedicado a una «investigación vital».

Igual Sam es mi Venecia.

Eso explicaría por qué escribí tres mil palabras anoche. La mayoría seguramente habrá que cortarlas, porque al releerlo es casi todo caricias y quitarse ropa, pero ¿quién soy yo para negar a la gente lo que quiere? Y, según Sam, quiere precisamente eso.

Y, a juzgar por la expresión de su cara ayer, también es lo que quiere él.

Aunque ese pensamiento me hace desear volver ahora mismo a casa, Maddie es la que me ha traído aquí, así que dependo de ella, a no ser que quiera caminar dos horas con este calor.

Para cuando termino estoy agotada, me duelen los pies y tengo la cara cansada de tanto sonreír. No cerramos hasta después de las cinco, y luego ayudo a Maddie a limpiar antes de ir a por un trozo de pizza de una de las terrazas del paseo marítimo porque quiere echar otro vistazo al café. Nos comemos la pizza en la acera y escucho pacientemente mientras me describe el toldo que quiere poner.

Para cuando volvemos ya se ha hecho de noche. Y es tarde.

No es que me espere encontrarme a Sam despierto, pero aun así me decepciono al ver que no lo está. Cojo un vaso de agua y subo al despacho. Cosa extraña, estoy deseando ponerme a trabajar después de un día sin tocar el libro, y cuando abro el correo descubro que efectivamente ha leído el capítulo once y que sus sugerencias tienen sentido. Tanto que lo primero que hago es incorporarlas para que no pueda decirme nada por la mañana, antes de dedicar otra hora a pulir lo que escribí anoche.

> Maeve no estaba sola en la habitación. Lo supo enseguida, algo en su interior la hizo detenerse nada más entrar. Pero no se alarmó. No había peligro alguno.
>
> Al menos no de la clase que más temía.

La boca de Sam en la mía. Su sabor en mi lengua.

Siento un cosquilleo en la piel como si lo tuviera al lado y juro que noto mi sangre latir en los sitios en los que me tocó. Me vienen ráfagas de recuerdos de sensaciones que se mezclan con mi imaginación mientras pienso en lo que habría pasado de no haberle puesto yo freno. En lo que Sam habría hecho a continuación. Me habría levantado los brazos, me habría quitado la camiseta y me…

«ESCRIBE TU LIBRO, CIARA. ESCRIBE TU MALDITO LIBRO».

Me pongo de pie irritada conmigo misma mientras miro por la ventana el cielo, la luna y las estrellas.

Debería estar canalizando estas sensaciones, no escribiendo *fan fiction* sobre mi propia vida.

Y, sin embargo, solo puedo pensar en que es una luna preciosa. Una noche preciosa. Y en que hace mucho mucho tiempo que no la comparto con alguien.

23
Sam

—Sam.

Abro los ojos con el corazón desbocado y cuando giro la cabeza me encuentro a Ciara en la puerta de mi habitación.

—Hola —dice antes de entrar—. ¿Te he despertado?

—¿Tú que crees? —respondo mientras enciendo la luz—. Estás en mi habitación llamándome.

—Ya lo sé. Era una pregunta retórica.

—Pues perdona. —Me siento y la luz me hace parpadear—. ¿Qué hora es? ¿Estás bien?

—Muy bien. Es que hay luna llena. ¿La has visto?

—La verdad es que no —digo—. Porque estaba dormido.

—Pues es bastante espectacular y me preguntaba si…

Se interrumpe; parece insegura y yo tengo que hacer un esfuerzo para no mirarle las piernas que esos pantalones tan cortos dejan a la vista.

—¿Me estás pidiendo que mire la luna contigo o que te ayude en alguna clase de sacrificio ritual?

—Nadie quiere mirar la luna conmigo nunca —dice casi con un puchero—. Tenía la tradición de mirar las estrellas, pero llevo años

sin hacerlo y no quiero estar sola. Además, es una luna gigante. Debe de ser especial.

—Es la misma de ayer. Lo que pasa es que nuestra percepción…

—¡Sam!

—Me encantará ir a mirar la luna contigo.

—¿En serio?

—En serio —digo saliendo de la cama.

—¿Y no te vas a burlar de mí?

—No a la cara —contesto, y su sonrisa me da ganas de arrancar la luna del cielo y servírsela en bandeja de plata.

—Voy por las llaves.

—¿Las llaves para qué? ¿No podemos salir al jardín?

Niega con la cabeza.

—Conozco un sitio mucho mejor.

Y así, diez minutos después, estamos en el coche circulando por carreteras desiertas. Tampoco es que le hubiera dicho que no. Llevo todo el día nervioso por las ganas de verla. Necesitando saber que no se arrepiente de lo que pasó. Pero no es la impresión que da, sonríe y canta lo que suena por la radio y estoy tan pendiente de ella que ni le pregunto adónde vamos. Ni siquiera me doy cuenta hasta que no estamos allí.

La playa se encuentra vacía. Sin los coches que suelen llenar hasta el último rincón. Ciara deja atrás la gastroneta cerrada de Maddie y aparca justo al borde de la arena. El mundo se queda en silencio en cuanto apaga el motor.

Es ese silencio que me daba mal rollo en mis primeras noches aquí. Estoy acostumbrado al ruido, a un zumbido constante. Un taxi

a lo lejos. Música de una fiesta casera. Pero en Carrigwest no hay nada. O al menos nada que no sea el mar acariciando la orilla.

—¿Dónde está la gente? —pregunto cuando salimos del coche.

Sé que es tarde, pero me había esperado al menos unos pocos campistas. O universitarios haciendo una hoguera.

—Hay otra playa más pequeña a un cuarto de hora de aquí —dice Ciara leyéndome el pensamiento—. Está más apartada. Hay un montón de dunas donde esconderse.

—Supongo que hablas por experiencia.

Me guiña un ojo y estira los brazos por encima de la cabeza mientras yo admiro el paisaje marino.

—No me importaría nada vivir en el campo —digo.

Ciara me mira elocuente.

—Echarías de menos Nueva York. Seguro que ya lo haces.

Es verdad, pero no pienso dejar que estropee mi fantasía.

—Creo que hasta la veo —digo escudriñando el mar exageradamente.

—¿Nueva York?

—Sí. ¿Ves ese puntito a lo lejos? Es Brooklyn.

—Dirás Terranova. Y a ver si miras un mapa.

—Soy editor de literatura fantástica, Ciara. Me encanta mirar mapas. De hecho, tengo un libro entero de…

Me callo cuando me coge la barbilla y me hace mirar al cielo.

La luna es tan grande como me había prometido. E igual de brillante. Pero solo consigo prestar atención a las partes de mí que está tocando.

—Es una superluna —dice en un susurro. Quita la mano y mueve el cuello de un lado a otro—. El agua tiene buena pinta.

Eso es verdad.

—¿Los baños a medianoche son otra de tus tradiciones?

Lo he dicho en broma, pero asiente con la cabeza.

—Sí —dice.

Y se quita la camiseta.

Directamente.

Sin avisar. Sin mirada traviesa ni gesto juguetón. Coge el borde y se la saca por la cabeza antes de tirarla encima del coche. A continuación hace lo mismo con los pantalones: se suelta el botón y los deja caer hasta los tobillos y al momento siguiente está en biquini.

Tirantes negros finos, lunares rojos. Solo me da tiempo a atisbarlo antes de que dé media vuelta y eche a andar por la arena. Ni siquiera se para al llegar a la orilla; se mete en el agua directamente, como si no fuera a parar nunca.

Pero sí lo hace. Espera a que el agua le llegue a la cintura antes de darse la vuelta y nadar despacio y lánguida, de espaldas, hasta que le llega al pecho. Está demasiado lejos para que pueda verle la cara, pero me apuesto cualquier cosa a que su expresión es de «¿tienes miedo?».

Y no tengo miedo. Tengo terror.

Pero ¿qué se supone que hace un chico cuando una chica lo invita a darse un baño a medianoche?

Dejo mi camiseta al lado de la suya y me quito las zapatillas y los vaqueros antes de ir a reunirme con ella.

Hasta que no me meto en el agua, no comprendo que Ciara Sheridan no se anda con tonterías.

—¡Joder! —maldigo, y ella echa la cabeza atrás y se ríe, disfrutando de mi sufrimiento. Decidido a no dejarme derrotar, sigo andando y no me paro hasta llegar a su lado—. Está helada.

—Es el océano Atlántico.

—Me va a dar hipotermia.

—Enseguida te acostumbras —dice, y coge aire de forma exagerada antes de desaparecer debajo del agua. Sale enseguida a la superficie silbando de frío.

—Ahora tú —me dice jadeando.

—No.

—Así entras en calor.

—No me creo una palabra —digo, y me pone sus manos glaciales en los hombros—. Soy como diez veces más fuerte que tú —le recuerdo cuando intenta hacerme una aguadilla.

Chasquea la lengua antes de parar. El brillo travieso en sus ojos es su única advertencia antes de saltar y abrazarme con sus piernas igual de gélidas. En un gesto reflejo, la cojo por la cintura para que no se caiga, pero pierdo el equilibrio y ella grita mientras yo me caigo de espaldas y nos hundimos con un fuerte chapoteo.

Yo tenía razón. No siento menos frío ahora.

Me apoyo de nuevo en los pies y me sacudo el agua del pelo antes de comprobar que Ciara sigue cogida a mí y, cuando me enderezo, hace lo mismo, con su cuerpo pegado al mío. Cadera con cadera. Pecho contra pecho.

Sigue sonriéndome. Sus ojos son tan audaces y luminosos como la luna y no puedo evitar pensar que parece alguien salido de un cuento o de una de esas leyendas de los libros de su padre. Algo

que no es de este mundo. Porque ¿cómo puede alguien humano ser tan maravilloso, hacerme sentir tan bien al tenerlo en mis brazos?

Nos miramos durante un largo instante y poco a poco, aunque no pienso reconocerlo, empiezo a tener menos frío, y la impresión inicial da paso a una sensación más grata a medida que mi cuerpo se acostumbra a la temperatura. Igual esta mujer que tengo en los brazos ayuda.

—¿Sabes algo de astronomía? —pregunta mirando al cielo.

—No.

—Yo tampoco.

Baja la barbilla y nos miramos otra vez a los ojos. Y pienso que se va a soltar. Pienso que va a desaparecer otra vez en el agua, igual que algo salido de un sueño, y luego hará una broma y yo haré otra y así sucesivamente.

Pero no lo hace. No hace ninguna de esas cosas.

Solo se pone muy seria antes de cogerme la cara con las dos manos.

—Te voy a besar —dice, y espera a que yo asienta con la cabeza antes de salvar el espacio entre los dos. No hay preámbulo, ni jadeos ni momentos de expectación. Me está mirando, y al momento siguiente tengo los ojos cerrados y sus labios están en los míos y lo único que puedo pensar es «Gracias, Dios mío».

Llevo todo el día sin quitármela de la cabeza. Si soy sincero conmigo mismo, llevo sin quitármela de la cabeza desde que llegué.

Al principio los dos estamos un poco vacilantes, pero no por mucho tiempo. Su boca es cálida y está abierta en contacto con la mía, y un fuego interno me recorre, se extiende por cada centímetro

de mi cuerpo hasta que tengo la sensación de que me hierve la sangre.

Nos movemos con el océano y la abrazo con más fuerza, deslizando mis manos hacia su trasero para sujetarla mejor. En cuanto lo hago, sus caderas empujan las mías, pequeños movimientos inconscientes que hacen que el agua se agite suavemente a nuestro alrededor, pero ahora la suavidad ha desaparecido entre nosotros. El beso se intensifica y la deseo tanto que es como si alguien hubiera encendido una cerilla que se ha convertido en una llama, una llama que se hace aún más ardiente porque sé que ella siente lo mismo que yo. Prácticamente se retuerce contra mí, su respiración se vuelve entrecortada a medida que se queda sin aliento, pero, aun así, me besa. Aun así, presiona su cuerpo contra el mío como si no tuviera bastante. Deslizo los dedos por su espalda hasta que tocan el pequeño nudo de la parte de arriba de su biquini y doy gracias a Dios por haber sido boy scout, porque sé que con un rápido tirón se soltará. Un rápido tirón y estará desnuda a la luz de la luna, y aceptaré lo que esté dispuesta a darme esta noche. Lo aceptaré y…

Se separa y al momento siguiente lo oigo: el motor de un coche, extraordinariamente ruidoso en la quietud de la noche. Ciara me coge de los hombros y miramos hacia la playa en el preciso instante en que unos faros doblan la esquina.

Es una caravana. Vieja y estrepitosa, con tablas de surf sujetas al techo. No es más que una pareja de turistas que viene a pasar la noche.

Ciara y yo no nos movemos. Estamos quietos como estatuas mientras la caravana llega al final del recodo y desaparece.

Cuando se ha ido, me vuelvo a Ciara y le rozo la mejilla con la nariz, pero ella sigue pendiente de la playa.

—¿Crees que llevan un cadáver escondido? —susurra.

—¿Que si creo qué?

Me mira a los ojos.

—¿Demasiado macabro?

—Demasiado macabro.

—Perdón.

Se lame la sal de los labios, pero su expresión se suaviza y noto cómo le tiembla un poco el cuerpo bajo mis manos. Tiene frío.

—Igual deberíamos volver —digo de mala gana.

—Sí. —Le sale una arruga en el ceño. Y añade—: Gracias.

—¿Por qué?

—Por mirar la luna conmigo.

Algo ocurre entre una respiración y la siguiente. Algo dulce e intenso que me da ganas de abrazarla muy fuerte y no soltarla nunca.

Pero ya se ha soltado y, cogidos de la mano, volvemos a la orilla.

24
Ciara

Sam está muy callado. Muy muy callado. Tanto que me pregunto si no he ido demasiado lejos. Aunque no lo creo. Correspondió a cada uno de mis movimientos en el agua y, aunque no habla, noto su atención mientras conduzco; su mirada me quema la mejilla.

Pero sigue sin decir nada durante todo el camino a casa. Durante todo el camino hasta la puerta.

Cuando estamos dentro y me vuelvo a mirarlo en el vestíbulo a oscuras, me encuentro sus ojos fijos en mí.

—Bueno, pues… —digo cuando no se mueve—. Buenas noches.

Es como si hubiera pronunciado las palabras mágicas. Casi no me da tiempo a dar un paso antes de que me coja de la mano. Y en la respiración siguiente tira de mí, me abraza. Me estrecha contra él.

La contención que ha mostrado durante todo el viaje se esfuma. Nuestros labios se encuentran cuando sus manos se meten por mi camiseta y las mías buscan su cremallera. Con una la bajo, la otra la deslizo dentro de sus calzoncillos y disfruto cuando gime. Está caliente y duro en mi mano, y responde a mi caricia hasta que me aparta.

Le bajo los pantalones hasta los tobillos y se los saca de una patada antes de bajarme el pantalón corto. Se ha apoderado de los

dos una energía frenética, y yo retrocedo como puedo porque quiero trasladar esto a cualquier sitio que no sea el pasillo y estoy a punto de tropezar con las escaleras.

—La madre que…

Me besa otra vez sin dejarme terminar y luego me coge del trasero, me levanta y empieza a subir las escaleras y vale, me parece bien.

Le cubro el cuello de besos mientras le hundo los dedos en el pelo, confiando en que no me dejará caer mientras me levanta y me lleva más y más arriba. Cuando llegamos al rellano me deja en el suelo, su boca vuelve a la mía y las bocanadas de aire que consigo dar no son suficientes, pero no me importa. Lo atraigo hacia mí, agarrándole con fuerza la camiseta mientras repito su nombre en mi cabeza, mi único pensamiento. Mi única necesidad. Sam. Sam. Sam. Solo que quizá no estoy pensando en nada. Quizá lo estoy diciendo en voz alta, porque todo su cuerpo se estremece mientras me empuja suavemente hasta hacerme caer encima de la cama. Las sábanas remetidas con cuidado me dicen que estamos en su habitación, no en la mía, y me acomodo en este colchón que no conozco mientras él me acompaña. Mi corazón late con fuerza contra mi pecho cuando me lame el cuello, y sus dedos juegan con la fina tira de la parte de abajo de mi biquini hasta que siento que voy a estallar.

—Espera —digo sin resuello, y enseguida obedece y se aparta un poco para mirarme—. ¿Tienes un condón?

—Tengo dos.

Mi carcajada es tal que me suelta.

—Es la verdad —protesta.

—Vale —digo reprimiendo una sonrisa—. Es que lo has dicho como si estuvieras orgulloso.

—Alégrate de que los tenga.

—Me encanta cuando te pones sexy —bromeo, pero me callo cuando se quita la camiseta.

—Saca esos condones de una vez —murmuro.

No hace falta que se lo repita: cruza la habitación de dos zancadas y los saca de su cartera. Vuelve tan deprisa a la cama que casi se tropieza con la ropa que acaba de tirar al suelo.

Es entonces cuando soy consciente de la verdadera dimensión de lo que está pasando, y es tan intenso que algo amenaza con quemarme detrás de los ojos. Solo acierto a mirar a Sam mientras me acaricia la cara con una mano y a continuación baja por mi cuello, por el valle de mis pechos y las suaves curvas de mi vientre.

Mi vientre, que sube y baja con cada respiración entrecortada, comienza a brillar con el sudor debido al calor de la habitación, de nuestros cuerpos y de esa cosa entre nosotros que me hace arder por completo. Le ruego en silencio que siga, que baje hasta donde más lo necesito, pero en cambio se detiene en el dobladillo de mi camiseta y me mira interrogante. Por toda respuesta levanto los brazos y él me quita la camiseta y la tira al suelo, donde enseguida la acompaña la parte de arriba de mi biquini, porque estoy demasiado caliente y aburrida de tantos preliminares, así que me la quito yo misma. Los labios de Sam se contraen, la única señal de que mi impaciencia lo divierte, antes de inclinarse hacia mí.

Es asombroso lo adicta que me he vuelto a besar a Sam Avery. En parte es por lo bien que se le da. Muy pero que muy bien. Aun así, soy consciente de que solo nos hemos besado unas cuantas veces y

ya le hemos cogido un ritmo. Es como si llevara toda la vida estudiándolo.

Porque esa es la sensación que tengo. Conozco a este hombre. Lo conozco desde que lo vi por primera vez. Y tiene sentido, ¿no? Que su mera compañía haya serenado mi alma más que ninguna otra cosa. Que después de unas pocas semanas la idea de que se marche algún día me hace sentir como si el suelo se abriera bajo mis pies.

Al cabo de pocos minutos, se separa y me retira varios mechones sudorosos de la cara para mirarme a los ojos. Los suyos le brillan en la oscuridad, tiene las pupilas dilatadas. Pero su mirada de puro deseo se suaviza al observarme y da paso a una ternura que me deja sin respiración.

—¿Cómo te gusta? —susurra.

—Así —le digo, y lo miro mientras termina de desnudarse y se pone el condón.

Me siento y me pego a su pecho hasta que ocupa mi sitio, recostado en las almohadas mientras yo me siento a horcajadas encima de él.

Echa la cabeza atrás; cierra fuerte los ojos. Nuestros cuerpos se colocan y a continuación bajo y lo hago entrar en mí con pequeños balanceos que le hacen gruñir de placer.

—¿Estás bien? —pregunta con voz ronca, y ahora soy yo la que tiene ganas de reír.

—Sí. ¿Y tú seguro que estás bien?

—Es que estoy concentradísimo pensando en tipos de letra.

—Igual te apetece citar un par de ISBN.

—Pues que sepas que eso me pone como una moto.

Bajo un poco más hasta estar sentada en su regazo y nos paramos con los cuerpos en tensión y en lo único que puedo pensar es en cuando lo tenía acuclillado a mi lado en la hierba. En su rodilla pegada a la mía en Delaney's. En la expresión de su cara cuando le di la carta, en cómo coge el bolígrafo y en cómo sonríe siempre justo antes de echarse a reír y en que creo que podría enamorarme de él.

Tal cual.

Y no entiendo cómo no me he dado cuenta antes.

—¿Qué? —murmura, y niego con la cabeza.

—Nada —susurro, aunque es mentira, y ahuyento los pensamientos y me concentro en el aquí y ahora y en las sensaciones que me recorren.

Cuando me siento preparada, empiezo a moverme para explorar los puntos más placenteros. Sam parece conforme con lo que hago: me deja marcar el ritmo mientras sus manos acarician todo mi cuerpo como si fuera algo digno de adoración.

Le pongo las manos en los hombros y aumento el ritmo hasta que mis músculos empiezan a quejarse, pero incluso entonces sigo, incluso cuando el sudor deja pegajoso nuestro cuerpo y nuestros movimientos se vuelven torpes con acalorada desesperación.

Sam me mira con expresión de absoluta concentración, como si quisiera memorizar cada detalle, y hasta que sus dedos no localizan el punto donde nuestros cuerpos están unidos, no comprendo que me está estudiando, averiguando qué caricias me gustan, qué busco sentir.

Y lo que me hará explotar.

Mis caderas se estremecen cuando él toma el control, y jadeo en su boca mientras me besa con una intensidad que hace que mi

sangre hierva. Su lengua se mueve cálida y exigente contra la mía y estoy tan cerca... Tan cerca…

—Ciara, joder. —Rompe el beso, tragando saliva con dificultad al tiempo que me froto contra él y grito de placer. Casi no me deja respirar mientras sus brazos me rodean, me sujetan fuerte mientras sus caderas se mueven rápidamente, empujando dentro de mí hasta que de repente se queda quieto.

Al cabo de un rato, sus manos suben y bajan acariciándome la espalda, el pelo. Al cabo de un rato, me inclino para darle otro beso, suave y tierno, antes de que salga de mí.

Me dejo caer a su lado, flácida como una muñeca de trapo.

Sam parece estar igual.

Se recuesta boca arriba con una mano en el abdomen y la vista fija en el techo. Estudio su perfil y disfruto de la calma de después, de estar a su lado, y, cuando trazo un dibujo en su brazo con el dedo, vuelve la cabeza para mirarme.

—Me parece que esto se nos da muy bien a los dos —le digo.

—Ciara.

—¿Qué pasa? Es verdad. Nos…

Grito antes de reír y él se coloca encima de mí.

—Así que dos condones —bromeo, y él se limita a bajar la cabeza y empezar a besarme otra vez.

Dormir es para los débiles.

Doy la espalda al sol de la mañana y recuesto la cabeza en la almohada mientras Sam cambia de postura a mi lado. No le gusta cuando intento separarme de él, me he dado cuenta, y me sujeta

más fuerte por la cintura, acercándome a su cuerpo hasta que me quedo quieta otra vez.

—¿Sam?

No se mueve. Aunque su respiración ha cambiado hace unos minutos, así que sé perfectamente que está despierto. O por lo menos un poco despierto.

Le acaricio la nariz con un dedo y lo miro arrugar el ceño.

—¡Sam!

—¿Qué? —farfulla con la boca pegada a la almohada.

—Yo tenía razón.

—¿En qué?

—No he pensado ni una sola vez en dónde ponía las manos —le digo, y abre un poco un ojo para mirarme. Sonrío—. Ni siquiera cuando me…

Se pone encima de mí tan deprisa que no me da tiempo a reaccionar. Me rindo y me hundo en el colchón mientras él cubre mi cuerpo con el suyo.

—Creo que tienes razón en lo de las escenas de cama —digo entre beso y beso—. Creo que debería haber más. Y creo que deberías ayudarme a practicar. Creo que necesitamos muchísimas…

—¿Ciara?

Me quedo paralizada al oír la voz que me llama a gritos. Es Maddie.

—Tranquilo —le digo a Sam cuando se incorpora un poco para separarse de mí. Suena el timbre—. No puede entrar.

Sam hace una mueca.

—Sigue teniendo la llave.

—¿Cómo dices?

Un segundo después, oigo abrirse la puerta principal y aparto a Sam para salir corriendo de la cama.

—¡Ciara! —llama Maddie, y giro alrededor de mí buscando mi ropa.

—¡Vete! —le digo a Sam mientras me pongo la parte de abajo del biquini.

—¿Qué?

—¡Que te vayas!

—Esta es mi habitación.

Lo tapo con una manta mientras las pisadas suben por las escaleras y consigo localizar mi parte de arriba en el suelo justo cuando se abre la puerta.

—¡Atención, tetas! —digo tapándome con el biquini.

Maddie se queda en la puerta; tiene los rizos revueltos y los ojos entrecerrados mientras me observa.

—He oído voces.

—Me estoy vistiendo.

—¿Y Sam se queda desnudo? —Pone los ojos en blanco cuando ve la expresión de mi cara—. No he nacido ayer. Hay ropa tirada por todo el pasillo.

—Eso no significa que puedas entrar…

—¡No cogías el teléfono! —Levanta una mano—. Da igual. No pasa nada. Enhorabuena por esto, sea lo que sea. Y, oye, ya sé que estás trabajando mucho y te prometo que, como siempre, tienes todo mi apoyo, pero ahora mismo debes acompañarme porque necesito tener a alguien a mi lado para esto.

—¿Y qué es esto? —pregunto mientras Sam asoma despacio la cara por encima de la sábana—. ¿Qué pasa?

Y entonces, con la voz más seria que le oído jamás a Maddie, dice tres únicas palabras.

—Es la guerra.

25
Sam

Una cosa le tengo que reconocer: esa chica sabe hacer una entrada triunfal.

—¿Cómo te has enterado? —le pregunta Ciara mientras Maddie conduce a toda velocidad en dirección a la playa.

—Me lo dijo Mary. Estaba regando las plantas debajo de la ventana delantera de Bobby Brennan y lo oyó hablar por teléfono con su hijo. Su mujer trabaja en el quiosco de prensa que está al lado de la playa.

—¿Por qué estaba regando…?

—Cree que Bobby tiene un matrimonio abierto.

Ciara parece intrigada.

—¿Y lo tiene?

—Es información sin confirmar. Y, en cualquier caso, no es lo importante. —Maddie da una palmada en el volante y cierro los ojos cuando coge una curva especialmente cerrada a una velocidad que no debería ser legal en carreteras tan estrechas—. Lo importante es que la nuera de Bobby trabaja en el quiosco de prensa y ha dicho que esta mañana han quitado los tablones de la ventana y había alguien dentro haciendo ruido. Así que fue a investigar y dijo que se

encontró con un agente inmobiliario que estaba haciendo limpieza antes de enseñar el local a un posible comprador esta mañana.

—¿Y crees que es Shane?

—¿Cómo que Shane? —Maddie parpadea—. ¿Desde cuándo lo llamas por el nombre de pila?

—No es tan malo —insiste Ciara—. Te cuidó cuando te emborrachaste en Delaney's.

—¿De qué hablas? Me dijo Natalie que cuando me recogió estabas tú conmigo.

—Pero porque Shane me llamó. Debió de cuidarte por lo menos durante cuarenta minutos hasta que yo llegué. Estabas fatal.

—Eso… —Maddie refunfuña—. Me acordaría —dice—. Me acordaría si me… —Se interrumpe—. ¿En Delaney's?

—Empiezas a hacer memoria, ¿eh?

—Bueno, da lo mismo —murmura, y pisa el acelerador.

Enseguida llegamos a la playa.

Aún es temprano y no hay más que unos pocos coches, alguna familia con niños pequeños y un par de paseantes dando su número de pasos diario.

Pero Maddie sigue por la carretera de la costa hasta que llegamos a una calle llena de comercios de aspecto festivo. Una tienda de alimentación. Una de ropa. Una farmacia. Una gasolinera. Y, en el centro de todo, un hueco.

Salta a la vista que el edificio está vacío. Los periódicos viejos que tapan la puerta y el letrero de «Se vende» encima lo dejan claro. Pero además tiene pinta de estar a punto de derrumbarse.

—¿Este es el edificio para el que ha estado ahorrando? —le pregunto a Ciara mientras bajamos del coche.

—Es el único disponible —me contesta en un susurro.

—¿Y no se ha preguntado por qué?

Maddie no nos hace caso a ninguno de los dos; va hasta la ventana y se pone las manos a modo de visera para mirar dentro. Al cabo de un instante se vuelve con expresión victoriosa.

—Lo sabía —sisea cuando nos reunimos con ella.

Miro por entre los huecos de los periódicos y veo a dos hombres de espaldas. Uno está junto a la pared con un portapapeles en la mano; el otro es Shane, vestido de albañil. Está sacando la cinta métrica justo cuando Maddie empuja la puerta.

Ciara corre detrás de ella.

—Igual mejor esperamos a que… Vale, entramos. Sí. Lo siento —añade dirigiéndose a mí, pero yo me encojo de hombros y dejo que me arrastre tras ella.

Cuando entramos, los dos hombres nos miran con idéntica expresión de sorpresa que enseguida da paso a otra de irritación.

—No me lo creo, joder. —Shane echa la cabeza hacia atrás y mira al techo como si buscara una intervención divina.

El agente inmobiliario se limita a sonreír a Maddie.

—¿Puedo ayudarla en…?

—Pues sí —lo interrumpe Maddie—. Puede usted coger el teléfono cuando lo llamo. O contestar mis correos. Ha estado evitándome.

—Entiendo que está interesada en este inmueble —dice el hombre con tono paciente.

—¡Estoy más que interesada! Este local es mío.

—En realidad pertenece a su propietario, quien me ha encargado que lo venda en su nombre. —A continuación la máscara de

profesionalidad se le cae un poquito—. A ser posible a alguien que pueda pagarlo.

—Yo voy a pagar.

—Y yo necesito ver una prueba de que tiene esos fondos antes de…

—¡Voy a conseguir los fondos! Es lo que he estado intentando decirle.

—… proceder. Después, si quiere concertar una visita con nuestra agencia, puede hacerlo, igual que ha hecho el señor McCauley.

—Una visita privada, por cierto —añade Shane con cara de cansancio.

—¿Se puede saber para qué quieres tú este local? —exclama Maddie—. ¿Por qué? Porque me parece que es por mí. Porque lo quiero yo. Este sitio lleva vacío dos años ¿y sabes por qué? ¿Lo sabes? Porque es una mierda. Es tal mierda que cualquiera con un mínimo de sentido común echaría un vistazo y saldría corriendo. Pero tú no.

—Y tú tampoco.

—Porque no tengo otra opción —dice Maddie abriendo mucho los brazos—. Este local no vale nada. Yo lo sé y todo el mundo lo sabe, pero me da igual por la misma razón por la que llevo trabajando todos los días este verano. La misma razón por la que he perdido amistades y relaciones y cualquier esperanza de no tener arrugas prematuras. Porque he encontrado mi sueño y es este. Este sueño mierdero, estresante y económicamente ruinoso es mío y no pienso dejar que me lo arrebates solo porque creas que te apetece un pequeño reto. Hay un váter en la cocina. ¿Eso lo sabías? —Se vuelve a mirar al agente—. ¿Se lo ha dicho?

El hombre carraspea.

—Creo…

—Un váter en la cocina.

Shane se lleva la mano a la boca como si reprimiera una sonrisa, pero se limita a menear la cabeza.

—Es mi segunda visita —dice—. He visto el váter. —Da un paso hacia Maddie y esta tensa los hombros, pero levanta el mentón y le sostiene la mirada—. Tengo más dinero que tú.

—Yo tengo más historia aquí.

—Pues vamos a ver qué prefiere el banco. ¿Te parece?

—Maddie, vámonos, anda. —Ciara intenta cogerla la mano, pero Maddie no se deja.

—¿Crees que vas a sobrevivir más de un verano aquí? —pregunta a Shane—. Los turistas están muy bien, pero, si no tienes clientela local, entonces no tienes nada.

—No me digas.

—Sí te digo —contesta Maddie agitando un dedo—. He crecido aquí. He vivido aquí toda mi vida. Conozco a todo el mundo y caigo bien a todos porque soy muy simpática. La gente quiere que me vaya bien. Vienen cuando llueve y cuando hace frío y vienen por mí. Tú puedes irte a cualquier otra parte del país. ¡A cualquiera! Yo no. Este es mi hogar. Esta es mi comunidad, así que necesito que te vayas a otra parte.

Las últimas palabras las pronuncia despacio y con deliberación, como si estuviera suplicando a Shane que la comprenda, y este responde con un silencio largo y elocuente. Hay un brillo pensativo en sus ojos y me doy cuenta de que Maddie sabe que no debe decir nada más, porque no abre la boca.

Ninguno lo hacemos.

Y entonces Shane sonríe.

—No.

Ciara murmulla alguna cosa que suena parecido a «Ay, madre».

—En menos de un año te habrás arruinado —dice Maddie—. Menos.

—No si te asocias conmigo.

—¿Te piensas que voy a…? ¿Cómo? —Maddie se queda mirándolo —. ¿Qué has dicho?

—He dicho que no si te asocias conmigo. Profesionalmente, me refiero.

—¿Te importa hablar en serio por una…?

—Hablo en serio —dice Shane cruzando los brazos—. Te acabas de pasar un minuto exponiéndome las razones por las que no voy a poder hacer esto sin alguien de aquí. Tú eres de aquí y quieres montar un negocio. Asóciate conmigo.

Maddie bufa, pero es un bufido un tanto agudo.

—No.

—¿Por qué no? Ha quedado muy claro que este pueblo no es lo bastante grande para los dos. Esta es una solución.

—¿Cómo iríamos? ¿Al cincuenta por ciento?

Shane se encoge de hombros, tan tranquilo como si le estuviera ofreciendo a Maddie un café.

—Quizá. Podemos discutir los términos en función de lo que vayas a aportar tú.

—Me… Te… —A Maddie le cuesta encontrar las palabras y nos mira a todos como si aquello fuera alguna clase de broma colectiva —. ¿Por qué? —pregunta por fin.

—Porque me gusta este sitio. —Es todo lo que dice Shane—. Y, aunque me pareces una maravilla cuando te enfadas, no pienso irme solo porque me lo hayas pedido.

La nuca de Maddie se tiñe de rosa chillón, pero Shane parece tomarse su silencio como una forma de acuerdo y le dice al perplejo agente:

—Iba a enseñarme la zona de atrás.

—Ah, ¿sí? —El agente aparta la vista de Maddie, parpadea y adopta de nuevo un tono de voz profesional—. Sí, claro. Puede verlo. Hay sitio de sobra por si quieren ampliar. Podrían construir un almacén separado o tirarlo para tener más aparcamiento, como en el local contiguo…

La voz del hombre se atenúa a medida que sale con Shane por la puerta trasera del edificio.

Maddie hace ademán de seguirlos, pero Ciara le coge la mano antes de que le dé tiempo.

—¿Qué haces? —susurra, aunque suena más a siseo furioso—. No estarás considerando aceptar, ¿verdad?

—¡No! —Una pausa—. Tal vez.

—No puedes asociarte con él. No lo conoces.

—Tampoco es que no lo conozca.

—Ay, Dios mío.

Ciara se vuelve hacia mí en busca de apoyo, pero no pienso meterme en esto.

—Yo soy un simple turista —digo levantando las manos, y me fulmina con la mirada antes de volver a concentrarse en Maddie.

—Tienes otras opciones.

—No las tengo. No hay ninguna otra propiedad en la que no haya que construir desde cero. Y, además —añade enderezando la espalda—, sé gestionar perfectamente a este hombre.

—Sí, claro —replica Ciara—. Seguro que sabes. Pero igual no. ¿Y si es una trampa?

—Tú eres la que decía ahora mismo en el coche lo estupendo que es.

—Yo no he dicho que fuera estupendo. He dicho que no es tan malo y solo porque pensaba que venías a asesinarlo.

—¿Quieres ver el váter o no? —grita Shane, y a Maddie le brillan los ojos mientras se retira los rizos de la cara.

—Tranquilo, que ya voy— grita—. Dadme solo diez minutos —nos dice.

Y se marcha, con las chanclas repiqueteando en el suelo de cemento.

Tenemos que aguantar cuarenta minutos más de Maddie siguiendo a Shane en plan pasivo-agresivo antes de que nos lleve de vuelta a casa. Ciara y ella se pasan todo el viaje discutiendo, pero yo tengo clarísimo que Maddie no se va a dejar convencer. Al menos de momento. Y lo entiendo. Estar tan cerca de cumplir tu sueño… ¿Quién no entraría de cabeza por la primera puerta que se le abriera?

—¿Y qué me dices de Kilashan? —sugiere Ciara esperanzada—. Hay un montón de locales vacíos.

—Claro, porque es un estercolero —dice Maddie—. Los peregrinos dejaron de ir hace años.

—¿Qué peregrinos? —pregunto.

Ciara se vuelve a mirarme.

—Un tipo en los ochenta dijo haber visto a la Virgen María a la puerta de un pub.

—¿Y no era verdad?

—Nunca lo sabremos con seguridad. Sí sabemos que se había bebido por lo menos ocho pintas y que se quedó dormido en unos matorrales.

—La vio cuando se levantó a hacer pis —añade Maddie—. Muy sospechoso. Pero hasta vino un obispo a investigar.

—Creía que era un cardenal —dice Ciara distraída.

—El papa dijo que no, pero eso no impidió que hicieran un santuario. Con su tienda de regalos y todo. Vendían unos jaboncitos que olían fenomenal. Creo que mi tía compró cinco cuando… ¿Se puede saber qué haces?

Maddie se interrumpe alarmada cuando Ciara se agacha y dice una palabrota al golpearse en la cabeza con el salpicadero.

—No te pares —susurra—. Sigue.

—¿Por qué…? Ah.

Me inclino hacia delante y miro por el parabrisas. Casi hemos llegado a casa de Ciara, pero en la carretera, por lo común desierta, hay aparcados varios coches y un puñado de personas paseando y haciendo fotos.

—¿Es normal que haya tantos admiradores? —pregunto.

—Para nada —dice Maddie—. ¿Es algún aniversario de Ravian?

—No creo. —Ciara vuelve a su asiento y se retira el pelo de los ojos. No parece contenta—. Mejor vamos a Delaney’s.

—¿No quieres llamar a la policía?

—Enseguida se irán.

Maddie coge el desvío al pueblo y en ese momento me suena el teléfono. Cuando me lo saco del bolsillo veo que es Casey.

—Hola, jefe —digo, y Ciara me mira—. Ahora mismo no puedo hablar. ¿Puedo llamarte luego?

—Me temo que esto no puede esperar.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, y me cuesta oír por el ruido del viento. Ciara frunce el ceño.

—Alguien lo ha filtrado —dice Casey—. Alguien ha filtrado lo del libro.

26
Ciara

La noticia está por todas partes. En todas las redes sociales. En todos los blogs. En todas las páginas de entretenimiento. Mi único consuelo es que solo tienen la mitad de la historia. Saben que hay un libro, pero no quién lo está escribiendo. De momento estoy a salvo.

Por lo menos tengo ese pequeño consuelo.

—Aquí no va a entrar nadie —dice Ronan desde la puerta del pub. Da una palmada en la madera y vuelve a comprobar el cerrojo—. ¿Seguro que Maddie no necesita nada?

—Dijo que iba a «dispersarlos» —contesto—. Creo que es mejor no hacer preguntas.

—Desde luego, a mí siempre me funciona. —Está de acuerdo Ronan.

Sale Sam de la trastienda con el teléfono en la mano y un vaso de agua para mí en la otra. Ha hablado varias veces con Casey ya y ahora lo pone en altavoz y se sienta en una mesa a mi lado.

—Oye —me dice cuando ve que tengo el móvil en la mano—. No mires eso.

No le hago ni caso y sigo leyendo la avalancha de comentarios.

—Ciara. Venga ya. No vas a sacar nada bueno de leer esas cosas.

—No todos son malos.

Solo los que estoy leyendo.

Sam y Ronan se miran y Ronan me quita el teléfono.

—No tienes autocontrol —me dice Sam cuando intento protestar, y Ronan deja el teléfono debajo de la barra con grandes aspavientos.

Pues vale.

Sé que hace bien, aunque odie reconocerlo. Pero es que en algún momento de la pasada hora me he vuelto masoquista.

Hay mucha excitación. Muchos signos de exclamación. Pero no todo el mundo está contento con la idea del libro. Muchas personas están furiosas. Consideran que no hay que tocar la serie. Y el resto solo quiere saber quién lo está escribiendo. Han aparecido tropecientos foros e hilos, todos dedicados a quién debería ser.

Mi nombre aparece varias veces, cosa que supongo que era de esperar, pero aun así me sobresalta.

—Es que no entiendo cómo han podido enterarse —digo por enésima vez.

—¿Quién más sabe que el libro existe? —pregunta Casey por el teléfono.

—Solo Maddie. Pero lo ha sabido desde el principio. —Y ella no lo ha filtrado. Nadie de aquí lo haría—. Una mujer en la playa me vio escribiéndolo —añado—. Dijo que era fan, pero no creo que se diera cuenta de lo que era. No dijo nada. Pero puede ser.

—Es poco probable, si no te preguntó nada en el momento. ¿Alguien más?

—Nadie. —Me interrumpo—. Excepto… Bueno, Mary lo sabe.

Sam me mira.

—¿Que Mary lo sabe?

Su tono me hace fruncir el ceño y de pronto quiero defender a Mary, puesto que salió en mi ayuda con la lectora de la playa. Es una cotilla, pero es nuestra cotilla.

—No diría nada.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Pero si Mary…

—No ha sido ella —zanjo tajante, y Casey carraspea.

—Da igual cómo haya sido —dice—. Ahora tenemos que concentrarnos en lo que vamos a hacer. Tengo aquí conmigo a Laura, Ciara. Trabaja con Sam en el departamento editorial.

—Me alegro de conocerte —saluda una mujer.

—Igualmente —contesto y no puedo evitar mirar de reojo a Sam —. He oído hablar mucho de ti.

Sam me mira.

—Iré al grano —dice Laura—. Siento que haya pasado esto, pero en este tipo de casos las especulaciones de los fans tienden a desbocarse y nos interesa pararlo. Creo que lo mejor que podemos hacer es ser sinceros y explicar a nuestros lectores cuál es la situación.

—¿Cómo? —Me siento recta, presa del pánico, y Sam se apresura a intervenir.

—No vamos a divulgar el nombre de Ciara como autora.

—Ah, no —dice enseguida Laura—. No te preocupes. Hablo de admitir que el libro existe. Es una noticia que puede favorecernos, pero tenemos que controlarla. Creo que deberíamos estar en Ravicon este sábado.

Yo contengo la respiración y Sam se queda callado. Ninguno contestamos.

—¿Seguís…?

—Estamos aquí —responde Sam mirándome—. Entiendo por qué lo dices, pero me parece que no es una opción. Incluso si solo va como heredera de Frank, la gente puede pensar que Ciara…

—Perdona, Sam, no me refería a Ciara —lo interrumpe Laura—. Me refería a ti.

—¿A mí?

Su sorpresa me resultaría graciosa si no estuviera atacada ahora mismo.

—A no ser que Ciara prefiera dar la noticia ahora. Adelantarse a los rumores.

Percibo la esperanza que hay en su voz, pero la idea me pone tan nerviosa que ni siquiera la contemplo.

—¿No podemos emitir un comunicado y ya está? —pregunta Sam cuando yo no digo nada.

—Sí, si queremos hacer mal nuestro trabajo —contesta Laura secamente, y a pesar de todo creo que la competencia de Sam me cae bien—. A ver, es evidente que así no es como queríamos que se supiera la noticia, pero, por un lado, es el mejor momento. Ravicon es el foro idóneo para que hables directamente con sus lectores, y ya estás en el país. Además, en la convención no se va a tratar otra cosa.

Sam abre la boca, pero le pongo una mano en la rodilla antes de que le dé tiempo a decir nada y, cuando me mira, asiento con la cabeza.

Mueve los labios como diciendo: «¿Estás segura?», y no lo estoy, pero Laura tiene razón. Debemos hacer algo.

—Si a ti te parece bien… —susurro a Sam y, aunque tengo un nudo en el pecho, no me pasa desapercibido el alivio en su expresión. Es la decisión acertada. Solo que no me gusta.

—Vale —dice Sam en voz alta—. Mientras sepa lo que tengo que decir, puedo hacerlo.

—Genial —contesta enseguida Laura—. Podemos reservarte un vuelo para esa noche, y a Casey le parece bien reunirnos todos el lunes para…

—¿Vuelo? —interrumpe Sam—. ¿Qué vuelo?

—A Nueva York —responde Laura.

Los ojos de Sam buscan los míos, pero yo tardo un momento —un momento de distracción, un momento perdido— en entender lo que está diciendo Laura.

—Te necesitamos aquí —continúa Casey cuando Sam guarda silencio—. Sé que querías quedarte unas semanas más, pero tenemos demasiado trabajo que hacer.

Dice más cosas, pero es como si hablara en otro idioma, uno que no puedo oír porque de pronto me rugen los oídos. ¿Nueva York? Sam no se puede ir a Nueva York. No puede…

—Lo estás haciendo estupendamente, Ciara —dice Casey, y me obligo a prestar atención—. Sé que esto te preocupa, pero no hay razón para ello. Tú único trabajo es concentrarte en el libro.

—Vale —contesto débilmente.

Aunque no sé cómo voy a hacer eso cuando en lo único que consigo concentrarme es en el hombre que tengo sentado a mi lado. Y que no parece mucho más contento que yo.

—¿Nos dais un segundo? —pregunta de pronto Sam y, sin esperar respuesta, quita el sonido al móvil—. No tengo que hacerlo —me asegura—. Nada de lo que han dicho.

—Pues claro que sí.

—Ciara…

—No pasa nada —miento—. Lo entiendo. Es tu trabajo.

Y yo soy solo una parte de él. La niña desilusionada que llevo dentro se está poniendo las botas, pero la adulta en mí sonríe y trata de mostrarse optimista.

Sam me estudia con sus ojos oscuros y no sé lo que está buscando. Lo que quiere.

—¿Servirá de algo si vuelves a Nueva York? —insisto, y tensa la mandíbula.

—Sí —dice por fin—. Casey me asignó este libro. Eso significa que estoy a cargo. Que todas las decisiones deberían pasar por mí. Sería más fácil para todos si yo estuviera en la oficina.

—Pues entonces ahí es donde debes estar. —Las palabras me suenan forzadas incluso a mí, y pego la rodilla a la suya—. Sobre todo porque ahora mismo Laura parece la jefa.

Mi intento por aligerar el ambiente no le hace sonreír. Ni siquiera finge una sonrisa y, cuando veo que no dice nada, pongo otra vez el altavoz.

—Vale —digo—. ¿Qué más?

—¿Sam? —pregunta Laura.

—Sí. —Sam se aclara la garganta y deja de mirarme—. Vale. ¿Qué vamos a decir mientras tanto?

Laura empieza a dar detalles, diciendo cosas como «comunicado», «visto bueno» y «*Entertainment Weekly*». Sam interviene de vez en

cuando, entrando poco a poco en modo editor, y yo no digo nada.

No hago nada.

Tenía la sensación de que mi mundo empezaba a recobrar sentido y ahora vuelve a hacerse añicos. Así que, cuando Ronan me pone delante un vasito con un líquido transparente y me mira con expresión amable, ni siquiera pregunto qué es antes de bebérmelo de un trago.

Pasamos el resto del día en el pub y volvemos andando a casa. Por fortuna, la gente que merodeaba por la carretera se ha ido ya. Maddie ha cumplido lo que prometió.

Una vez dentro, digo que necesito darme una ducha y subo las escaleras de dos en dos. Dejo que el agua se lleve el cansancio del día y me pongo el pijama. Es tempranísimo para mí, pero estoy tan agotada que no puedo ni pensar.

—Llevas cinco minutos mirando la pared.

Levanto la vista y me encuentro a Sam en la puerta. Tiene el pelo mojado y se ha cambiado de ropa, y la idea de que se vaya me da ganas de tirarle algo a la cabeza

—Eso solo puedes saberlo si llevas demasiado tiempo mirándome. —Es lo que contesto.

—No lo voy a negar.

—Puedes pasar —le digo, y duda solo un momento antes de sentarse a mi lado en la cama. Huele a mi jabón.

—¿Estás bien? —pregunta.

—No. —Y añado—: Quiero ir contigo a Ravicon.

Esto le hace fruncir el ceño.

—No tienes que hacerlo.

—Pero quiero ir. A ver, no quiero asistir, pero puedo ir contigo a Dublín. Sobre todo porque luego te marchas.

Se me forma un nudo en la garganta en cuanto digo esas palabras, y un silencio incómodo se instala entre los dos.

Sam es el primero en romperlo.

—Ciara…

—No quiero hablar de ello —lo interrumpo—. Sé que deberíamos, pero no quiero. Esta noche no.

No parece convencido, pero accede, como si supiera que un paso en falso quizá me rompa.

—Por supuesto que puedes venir —dice en voz baja—. Puedes quedarte en el hotel si no quieres asistir. Está lleno, pero han reservado unas pocas habitaciones para los panelistas.

—¿Vas a participar en un panel?

—Se titula «El futuro de Ravian». Se suponía que iba a ser sobre *fan fiction*, pero era donde mejor encajaba mi intervención. Seré lo más vago posible respecto a todo lo demás y punto.

—Y punto —repito.

Y luego cogerá un avión a Nueva York y yo no quiero que se vaya.

—Estoy bien —digo aunque no me lo ha preguntado—. De verdad. Solo cansada. Ha sido un día muy largo, y estoy preocupada por Maddie y ahora con el libro y estoy… muy muy cansada.

Sam se queda callado y me deja parlotear, aunque yo preferiría que no lo hiciera. Me gustaría que me mandara a mi despacho a trabajar. Pero se queda ahí sentado con la pierna pegada a la mía y mirándome y, cuando intento coger aire no puedo, como si hubiera algo que lo impidiera pasar.

—Mierda —murmuro, porque yo no lloro. No lloro jamás. Me pongo triste y callada y puedo estar días sin hablar, pero no lloro. En cambio, ahora me ruedan lágrimas por las mejillas y tengo un nudo en la garganta y siento que la cabeza me va a explotar y Sam me pasa un brazo por los hombros y tira de mí hacia él, hacia su regazo, y me enrosco alrededor de él como un maldito koala.

Me acaricia el pelo y entierro la cabeza en el hueco de su cuello y aspiro profundamente.

Nos quedamos así tanto rato que debo de quedarme dormida. Sí, debo de quedarme dormida, porque cierro los ojos y al momento siguiente los tengo abiertos y estamos tumbados en mi cama encima de la sábana, tan pegados como pueden estarlo dos personas con la ropa puesta.

Sam duerme como un tronco y dedico varios minutos a mirarlo, tratando de memorizar cada centímetro de él porque se va. Se va y a mí me da demasiado miedo pedirle que se quede porque no sé qué voy a hacer si dice que no. No creo que pueda soportarlo.

Lo miro hasta que vuelven a pesarme los párpados y esta vez me quedo dormida oyendo latir su corazón debajo de mí.

27
Sam

El sábado Ciara y yo salimos temprano en coche hacia Dublín.

O más bien hacia las afueras de Dublín.

Resulta que Ravicon se celebra en uno de esos hoteles gigantes y anónimos cerca del aeropuerto. No es un entorno especialmente pintoresco, pero sí uno de los pocos sitios de la ciudad con capacidad para alojar al enorme número de personas que viene este fin de semana.

Vamos cada uno en un coche porque yo tengo que devolver el alquilado y ella irse a su casa, pero ha solucionado el problema con una llamada de teléfono que dura todo el viaje. Creo que pensó que sería divertido, pero yo solo puedo pensar que esto es a lo que voy a tener que acostumbrarme a partir de ahora. A partir de mañana solo oiré su voz. A través de un altavoz. O una pantalla. A un océano de distancia.

Los últimos días han sido raros, aunque ninguno de los dos estemos dispuestos a reconocerlo. No hemos hablado de lo que va a pasar a partir de mañana. Como si así pudiéramos evitar que llegue mañana. Claro que tampoco hemos tenido demasiado tiempo para hablar. Yo he estado ocupado gestionando la filtración y Ciara ha estado escribiendo. O al menos eso es lo que me dice. Yo solo la he

visto fruncir el ceño delante de la pantalla del ordenador durante varias horas al día y luego se ha negado a enseñarme nada. Así que supongo que estamos como al principio. Y el tiempo tampoco ha ayudado. Las tan pregonadas tormentas de verano casi están aquí y el cielo encapotado lo tiñe todo de tristeza y desolación, como si el color hubiera desaparecido de las cosas.

Nuestro hotel está al otro lado de la calle del centro de convenciones y la habitación que nos dan es estándar. Sencilla y limpia, quizá algo ajada, con magníficas vistas a los contenedores de basura. Ciara casi ni la mira cuando entramos, deja su bolso junto a la cama y se encierra en el baño.

Yo me fijo en la enorme bolsa de regalos que hay en la mesa.

«Estimado panelista —dice una tarjeta de saludo genérica—: A modo de bienvenida a Ravicon, adjuntamos una pequeña selección de artículos que estarán a la venta durante el fin de semana».

Lista de proveedores, «no olvide etiquetarnos», etcétera, etcétera. Pases de invitado, botellas de agua. Cojo un bolígrafo con buena pinta de encima del montón, porque los bolígrafos nunca están de más, y examino el imán de nevera.

—¿Hay spa en este hotel? —pregunta Ciara al salir.

—No.

—¿Y piscina?

—Tampoco.

—¿Tiene algo?

—Es un hotel de aeropuerto de tres estrellas. Tendrás suerte si te preparan un sándwich de queso.

—Por lo menos quiero poder emborracharme luego.

—Veré lo que puedo hacer. Mira. —Saco un paquete de galletas con temática de Ravian—. Comida.

—¿Nos han regalado cosas? —Se acerca justo cuando mi mano toca algo blando y saco una peluca roja barata.

—Muy mona —dice—. Te pega.

—Es de Maeve.

—Entonces deberíamos devolvérsela.

—Qué graciosilla.

Me coge la peluca y me la pone.

—Por favor, póntela.

—No.

Se aleja abriendo las galletas y yo saco mis notas. Está haciendo un esfuerzo. Lo sé. Finge que no le importa cuando en realidad odia todo esto y, no por primera vez, me pregunto si no debería haberle pedido que se quedara. Podríamos habernos despedido en Carrigwest. Hacerlo como es debido en lugar de alargarlo innecesariamente. Pero ahora es demasiado tarde.

Hace zapping mientras yo me ducho y me cambio de ropa. Es hora de irme, pero remoloneo porque siento la necesidad de decir algo. Ciara se comporta como si yo no estuviera, simula estar absorta en un programa de cocina, pero tiene los hombros visiblemente tensos.

—Estaré un par de horas y luego volveré —digo por fin.

—Vale. —Sonríe. Es una sonrisa falsa—. Que vaya bien.

—Si me necesitas…

—Estoy bien, Sam. Voy a trabajar. Luego nos vemos.

—Y hablamos.

—Claro que sí.

Me vibra el teléfono en el bolsillo y veo que es Lizzie. Lo silencio y me concentro en Ciara, que se ha puesto a comer cosas de la bolsa.

—Te mando un mensaje antes de salir —digo, y me desea suerte mientras cierro la puerta.

Me quedo un momento mirándola, con el presentimiento de que no debería irme, antes de obligar a mis pies a caminar hacia los ascensores.

El centro de convenciones está a un corto y sofocante paseo del hotel, pero por lo menos el vestíbulo está acondicionado. Unos ventiladores gigantescos mantienen el lugar agradablemente fresco. De no ser así, es probable que hubieran tenido que cancelarlo. El centro de convenciones está a reventar. No he mirado las cifras, pero, a juzgar por la multitud, debe de haber unas dos mil personas. Gente de todas las edades se pasea disfrazada y con camisetas temáticas y bolsas con *merchandising*. Hay bebés en cochecitos, grupos de adolescentes riendo y adultos estudiando cuidadosamente figuritas de personajes. Oigo muchos acentos diferentes. Muchos idiomas diferentes. Frank Sheridan llegaba a todo el mundo y todo el mundo está aquí.

Me registro en la mesa y me entregan un plano y que usted lo pase bien.

No he dado ni dos pasos cuando encuentro la primera librería. Habrá más, pero esta parece la más grande; tiene los libros, los juegos de mesa y la papelería con membrete. Los artículos más caros están nada más entrar y me detengo ante varios objetos de regalo.

—¿Ha visto este?

Un hombre de mediana edad se acerca por la izquierda y me señala una edición ilustrada del primer libro. La publicamos hace unos años.

—Los detalles son increíbles —continúa inspeccionando el dibujo de una batalla.

Siento una punzada de orgullo.

—Desde luego.

Admira el libro unos segundos antes de cerrarlo.

—Pero es muy caro. Los precios de los libros han subido una barbaridad.

—La impresión a color es mucho más cara que en blanco y negro —protesto, y el hombre pestañea—. Y los costes de impresión han subido un cuarenta por ciento en los últimos años.

—Pero son sesenta pavos.

—Es que solo el envío… Bueno, sí.

El hombre se marcha y yo ordeno el montón de libros que ha desordenado con una pizca de agresividad de más. Prácticamente me parece oír a Lizzie diciéndome: «Ya estás otra vez siendo tú».

Suspiro y miro a mi alrededor discretamente para asegurarme de que todos nuestros títulos están bien visibles cuando una mesa del fondo llama mi atención.

Hace unos años, para el decimoquinto aniversario del primer título, hicimos una edición conmemorativa del primer título con la misma cubierta que tenía la edición de la biblioteca de mi colegio. Esa que no hacía más que coger prestada hasta que mis padres me compraron mi propio ejemplar. Es una de esas cubiertas que se pasaron totalmente de moda antes de volverse insoportablemente populares hace poco. El título en letras grandes y negritas, una

ilustración colorida de un joven Finn levantando su espada hacia las estrellas. Y quizá es por donde estoy o porque llevo trabajando en estos libros todo el verano, pero verla me despierta un impulso y la compro, aunque tengo estanterías llenas de ejemplares en la oficina.

Porque comprarlo en una librería es distinto. Más puro. Como si el libro hubiera nacido para eso.

Y ahora solo puedo pensar en que ojalá Ciara estuviera aquí conmigo. En que debería ver esto. La atmósfera. La emoción. Es casi como si quisiera decirle: «¿Ves? No somos tan malos».

—¿Señor Avery?

Entro en las salas donde van a hacerse los paneles y un joven rubio con chaleco naranja chillón viene a mi encuentro. Lleva una acreditación y unos auriculares de diadema y se presenta con una gran sonrisa.

—Soy Simon Ridley. Le acompaño con los otros panelistas. Nos hace mucha ilusión tenerlo aquí.

—Genial.

—Mucha ilusión —repite con un entusiasmo que raya en la histeria, así que vale, igual es mejor que Ciara no esté.

Sigo a Simon por un largo pasillo. Parece que hay actos que ya han empezado, a juzgar por el murmullo de voces detrás de las puertas cerradas, pero Simon me lleva hasta una salita verde donde hay unas pocas sillas y una mesa con aperitivos. Está vacía.

—Los demás están de público en un panel —me explica el muchacho.

—¿Los demás?

—Sí. —Simon consulta su portafolios—. Alison Smith va a ser la moderadora. Y Austen Mitchell aportará el punto de vista del lector.

El nombre de Austen me suena, pero no sé de qué.

—Creía que íbamos a ser solo Alison y yo.

—El panel es sobre el futuro de Ravian —aclara—. Hemos traído a autores de ambos lados.

Fan fiction.

De eso me suena el nombre. Austen Mitchell es uno de los nombres más importantes dentro de la comunidad de fans. Estuvo años escribiendo relatos y alguna novela que publicaba en línea, algo que estaba muy bien, hasta que intentó venderlas como continuación de la serie. Es como si un día se hubiera despertado y hubiera decidido que su obra era demasiado importante para someterla a menudencias tales como la ley de propiedad intelectual de Estados Unidos. Yo solo llevaba dos años en Richardson Books cuando lo demandamos por infracción. Reculó enseguida, pero su postura pública respecto a lo ocurrido sigue dejando mucho que desear.

Voy a mandarle un correo a Casey expresando mi malestar porque no nos avisaran de esto con antelación cuando veo que tengo otra llamada perdida de Lizzie. Mierda.

—¿Lo conoció personalmente?

Veo que Simon sigue aquí y está mirándome.

—¿A quién? —pregunto antes de comprender que se refiere a Frank—. No, conozco a su hija.

Simon abre mucho los ojos.

—Creía que había muerto.

—Me… ¿Cómo?

—Mi hermana me dijo que había muerto.

—Está muy viva —digo alarmado—. Lo que pasa es que es muy discreta.

—Ah. —Le sube rubor por el cuello—. Perdón. Lo siento. —Da un paso atrás, avergonzado—. Vendré a buscarlo cuando vayamos a empezar.

—Y mientras tanto igual quieres decirle a tu hermana que no vaya por ahí difundiendo rumores —empiezo a responder, pero mi irritación se desvanece en cuanto oigo mis palabras. Hay una idea que ha empezado a rondarme la cabeza.

—Coma un poco de fruta, si le apetece —dice Simon antes de salir corriendo por la puerta, pero yo casi ni lo escucho.

Con el ceño fruncido me desabrocho el primer botón de la camisa y miro mi teléfono. La notificación de la llamada perdida de Lizzie sigue ahí.

Estaba convencido de que la filtración la había hecho alguien del pueblo.

Pero ¿y si no ha sido así?

28
Ciara

Menos de un minuto después de que se vaya Sam, estoy en la ventana mirando toda la gente que hay fuera. He estado intentando hacerme la despreocupada. No sé por qué. Tampoco es que quisiera impresionar a Sam con mi impasibilidad. Pero es que no quería que se preocupara por mí. Algo que evidentemente no he conseguido, porque tenía cara de temer que me diera una crisis nerviosa en cuanto cerrara la puerta.

Y no iba muy desencaminado.

No debería haber venido. Debería haberme quedado en casa y haberle dicho adiós allí. Debería estar terminando el libro. Debería correr las cortinas, por lo menos.

Cualquiera de esas opciones sería mejor que lo que estoy haciendo ahora mismo: comer galletas secas de Ravian y mirar a algunos de los más fervientes admiradores de mi padre cruzar la calle en dirección al hotel. Para rendirle homenaje. Mientras yo me quedo aquí.

Me vibra el teléfono que tengo en el bolsillo de los pantalones cortos y lo saco con la esperanza de distraerme, pero es el segundo mensaje de alerta oficial que recibo hoy.

Aviso: nivel de alerta naranja por viento.

La tormenta Bessie está en camino y el servicio meteorológico irlandés no quiere correr riesgos, a pesar de lo inofensivo que suena el nombre. Es probable que estén aburridos después de no pronosticar más que sol en los últimos tres meses. Pero no estoy demasiado preocupada. Se supone que Bessie no llegará a Dublín hasta primera hora de mañana. Para entonces el vuelo de Sam ya habrá salido.

Así que fenomenal. Por decir algo.

Oigo risas fuera y miro a un grupo de chicas adolescentes cogerse las unas a las otras antes de cruzar por entre los coches parados.

—Qué tiempos aquellos en que yo también me divertía. —Son las palabras que digo en voz alta, y a continuación me obligo a separarme de la ventana y me sacudo migas de galleta del pecho mientras miro la peluca encima de la cama.

No sé qué es lo que ha eliminado el rechazo que suelen despertar en mí los fans. Quizá he estado preparándome subconscientemente para situaciones como esta, o quizá tantas semanas de trabajar en el libro han empezado a hacerme efecto. También puede deberse a que ver a Sam ponerse histérico si le enseño un lápiz que perteneció a mi padre se haya convertido en mi nueva afición favorita.

O quizá es que estoy cansada de esconderme.

El caso es que no me lo pienso dos veces. Voy hasta la cama y vacío la bolsa de regalos. Salen más chucherías y papelería con membrete, pero ningún disfraz.

Ojalá nos hubieran dado un disfraz de soldado. O al menos una máscara. Pero no.

Me ha tocado la peluca.

Diez minutos más tarde estoy en el centro de convenciones. Nadie se fija en mí, enseño uno de los pases que venían en la bolsa y entro.

Es bastante abrumador. La convención más multitudinaria en la que he estado, pero no la primera. Papá me llevó a un par de ellas cuando era pequeña, pero terminé aburriéndome. Los espacios enormes y ensordecedores, las horas de pie. Me sentaba en una habitación y jugaba a videojuegos en el teléfono. Desde entonces han pasado años y se me había olvidado lo intensa que puede ser la experiencia. Y lo ruidosa.

Veo a mi padre por todas partes. Camisetas con su cara, con citas suyas. Hay incluso unas cuantas personas vestidas como él y, aunque supongo que hay quien lo encontraría halagador, para mí bordea lo friki, así que intento concentrarme en los puestos donde se vende todo lo imaginable. Zapatos. Pegatinas. Pijamas. Cualquier cosa susceptible de llevar la marca de Ravian la lleva. Incluso veo la línea de productos de maquillaje que se lanzó cuando se hizo la película y que había dejado de fabricarse.

También hay puestos más pequeños que venden piezas de arte casero y todo tipo de artículos, desde recetas de cocina a cerámica, basados en el mundo de mi padre.

Momentos como este me siguen dejando atónita. Por lo enorme que fue su alcance. Por la cantidad de personas a las que inspiró.

No está mal para un profesor de literatura que se sentaba a escribir en la mesa de la cocina a las cinco de la mañana.

Siento una oleada de orgullo al ver todo esto, tan potente que me abruma, y sonrío cuando mi mirada se cruza con la de una mujer

detrás de uno de los puestos y le compro una pulsera trenzada como la que se describe en los libros. Decido incluir una en el mío y sigo hasta el fondo, donde están anunciados los paneles. Localizo la sala casi llena en la que se supone que va a empezar el de Sam, pero aún no hay nadie en el escenario. Llevada por un impulso, sigo adelante y salgo a un pasillo lateral donde hay menos gente. Nadie me detiene y llego hasta una puerta con un cartel escrito a mano que dice «Invitados».

La abro y asomo la cabeza.

Al principio no veo a nadie. Solo una mesa bien surtida con comida y cajas con libros. Entonces veo a Sam hundido en una silla. No repara en mí porque está concentrado en la pantalla de su teléfono, en el que suena un tono de llamada.

Estoy a punto de entrar cuando contestan. El teléfono está en altavoz.

—Hola —dice una voz de mujer, que me parece que no es Laura —. Perdona, los chicos tenían entrenamiento de fútbol, así que…

—¿Has sido tú? —interrumpe Sam.

—¿Si he sido yo qué?

—¿Le has hablado a alguien del libro?

Me quedo paralizada; el bienestar que sentía un momento antes se evapora.

—Lizzie —insiste Sam, y cada vez entiendo menos. ¿Su hermana?

Su hermana, que no contesta.

Sam tensa todo el cuerpo.

—Liz…

—¡Te juro que no fue aposta!

—¿Estás de puta coña?

Doy un respingo, tan sobresaltada por el tono de enfado en la voz de Sam como Lizzie, porque de pronto es como si se hubiera abierto una compuerta y empieza a hablar de forma atropellada:

—Te lo juro, Sam. Te lo prometo. Fui a un club de lectura y estaba Joanne y ya sabes cómo es, no hacía más que hablar de su casa nueva y de todo lo que viaja y yo me había tomado unos vinos y quería decir algo, así que mencioné que estabas en Irlanda trabajando en el libro. Se me escapó, y Joanne ni siquiera pareció interesada. ¡Me dijo que no ha leído la serie! Pero su marido trabaja en *Variety* y debió de contárselo, lo siento. Lo siento muchísimo.

—¿Te haces idea del marronazo en que me has metido?

—Sí —dice Lizzie con voz compungida—. Sé lo importante que es esto para ti. Y sé que Casey debe de estar furioso.

—Lo estará cuando sepa que es por mi culpa.

—Hablaré con él. Le caigo bien. Una vez le hice ensalada de patata.

Sam se pasa una mano por el pelo y la voz de Lizzie se vuelve vacilante.

—¿Se lo vas a decir a Ciara?

—No —bufa Sam, y la palabra es como una puñalada—. Ya tengo bastante control de daños que hacer. Lo último que necesito es que me…

A mi espalda suenan aplausos procedentes del salón de actos y Sam se interrumpe y cuelga en cuanto me ve.

Nunca le he visto con tanta cara de culpabilidad.

Por un momento nos miramos y a continuación yo entro y cierro la puerta. Tardo un instante en hablar.

Sam se pone pálido.

—No… Lizzie no quería…

—Ya lo he oído —digo, y hasta yo soy consciente de lo amarga que me sale la voz—. Y menos mal, porque, si no, no me habría enterado.

Entonces me doy cuenta de lo mucho que he llegado a confiar en Sam. En que me he dado a él por completo. En lo referido a mi padre. A mi escritura. A mí. ¿Y quería ocultarme esto? El dolor se extiende como un cardenal en mi interior, acompañado de algo más profundo e intenso. Algo que se parece a la traición.

—No lo hizo adrede —dice Sam.

—Pero es que no deberías habérselo contado.

—Fue antes de conocerte. Antes de saber lo que significaba. Ya te dije que estamos muy unidos. Se lo cuento todo.

Pues claro que sí. Se lo cuenta todo y ahora se ha puesto a defenderla porque es su hermano y ella es su familia. Una familia a cuyo lado va a volver porque no va a quedarse aquí para siempre. Él se va, yo me quedo y seguiremos en contacto solo por correo electrónico y por motivos editoriales y hablaremos por teléfono de vez en cuando.

—Por favor, no te enfades con ella —dice Sam, y me hierve la sangre.

—¿Cómo no me voy a enfadar con ella? ¡Ha divulgado mi secreto solo para presumir! ¡Y tú pensabas hacer como que no lo sabías! ¡Pensabas mentirme!

«Control de daños». Quiero gritarle más cosas, pero entonces recuerdo sus palabras y no puedo. Me quedo paralizada. La cabeza me va a explotar y tengo el estómago revuelto, como si fuera a vomitar.

Mis sentimientos son algo secundario. El libro es lo primero. ¿Por qué siempre soy menos importante que los libros?

—¿Señor Avery?

Los dos nos volvemos hacia la puerta, donde hay un chico joven. No parece detectar la tensión que hay en la habitación y me saluda con una alegre inclinación de cabeza.

—¡Es hora de brillar!

Sam pone cara de ir a decir algo cortante, pero en el último momento se contiene.

—Voy enseguida —promete—. Dame un minuto —añade cuando el chico hace ademán de objetar.

Cuando se va estamos un momento callados. Yo tengo ganas de llorar.

—¿Te importa esperarme aquí? —pregunta Sam—. Por favor. Tengo que ir al panel.

«No debería haber venido» es en lo único que puedo pensar. «No debería haber venido no debería haber venido no debería haber venido no debería…».

—Ciara. —Me está suplicando, pero casi no lo oigo porque me rugen los oídos—. Tengo que hacer esto.

—Ya lo sé.

—Enseguida vuelvo.

Asiento con la cabeza, y debo de resultar convincente porque por fin sale, sin quitarme la vista de encima, como si tuviera miedo de que salga disparada. Pero no lo hago. Sigo ahí y lo miro hasta que la puerta se cierra detrás de él y me quedo sola.

29
Sam

Vale. La he cagado.

La he cagado a base de bien.

La cabeza me da vueltas mientras salgo de la habitación detrás de Simon tratando de hacer oídos sordos a todo mi ser, que me grita que vuelva con Ciara. Que consiga que borre esa expresión de sentimiento de traición de su cara y arregle esto. Habría necesitado solo un poco más de tiempo.

Resulta que el panel es justo enfrente, y el fogonazo repentino de las cámaras cuando Simon abre la puerta me hace parpadear. La sala está llena, hay cientos de personas, y tardo un momento en asimilar la situación.

—¿Sam?

Se me acerca una mujer. Vestido negro. Pelo oscuro. Gruesos aros turquesa en las orejas.

—Alison Smith —susurra tendiéndome la mano—. Hemos hablado por e-mail.

Así es.

Alison Smith, propietaria del principal sitio web para fans de Ravian. Le doy la mano y me obligo a sonreír mientras me lleva al lateral de un escenario situado a poca altura y me da un micrófono.

Un hombre que debe de ser Austen ya está esperando. Alto y con barba, lleva unas gafas demasiado pequeñas para su cara. Y además no me reconoce porque está demasiado ocupado sonriendo a los espectadores de la primera fila, que parecen emocionados de tenerlo tan cerca.

El público guarda silencio cuando Alison sube al escenario. Me presentan y subo los dos peldaños entre aplausos corteses antes de sentarme en una silla de un extremo.

No tengo pánico escénico, pero me siento inmediatamente mejor en cuanto dejo de ser el centro de atención. Aquí nadie me conoce. El público parece estar más interesado en lo que tengo que decir que en quién soy, algo que queda claro cuando Austen es objeto de un recibimiento más caluroso que el mío. En este mundillo, los escritores de *fan fiction* son muy famosos.

Alison está ocupando su asiento cuando la puerta por la que he entrado se abre otra vez. Solo yo veo a Ciara deslizarse dentro. Lo de la peluca ha sido buena idea. La mitad de los espectadores también llevan alguna clase de disfraz, por lo que nadie se fija en ella cuando se sitúa junto a la pared y me mira.

—¿Sam?

Me vuelvo hacia Alison.

—Vamos a tener que hablar de la noticia bomba. Hace unos días, varios medios difundieron que Richardson Brooks estaba preparando la publicación de la décima novela de la serie de Ravian. En la editorial no desmintieron la información. De hecho, la confirmaron.

—Así es —contesto, y no puedo evitar sonreír cuando oigo los murmullos de excitación del público.

Salta el flash de una cámara y Alison se inclina hacia delante.

—¿Y por qué lo habéis mantenido en secreto hasta ahora?

—Porque no está terminada —digo con franqueza—. No buscábamos engañar a nadie. Solo tener el manuscrito completado antes de anunciar nada.

—Lo cual desmiente el rumor de que Frank dejó escrita esa novela antes de morir.

—De ser cierto, todo sería más fácil. —Hay risas y me relajo un poco—. Había empezado a documentarse —explico—. Había tomado algunas notas sucintas, pensado la historia en líneas generales. Pero sigue quedando mucho trabajo que hacer.

—Pero estáis respetando sus ideas.

—Eso es. Y estamos contentos con cómo marcha el proyecto. Creo que los lectores, tanto antiguos como nuevos, van a disfrutar mucho.

—Mientras no hayáis encargado el libro a la IA… —dice Austen.

Lo miro.

—No hemos hecho eso.

—Y hablas en primera persona del plural —dice Alison—. Evidentemente ya habéis elegido a un escritor que continúe con el legado de Frank. Supongo que no puedes darnos más información de momento.

—No puedo.

—Pero no soy yo —bromea Austen mirando al público.

Hay nuevas risas, además de algún susurro desconcertado. Yo me esfuerzo por no mirar a Ciara.

—Lo que ha dicho Austen es interesante —prosigue Alison—. ¿Cómo elegisteis al autor? ¿Hicisteis un casting?

—Me temo que no puedo dar detalles sobre eso —respondo, y Austen emite un murmullo de indignación.

—Más secretos —dice.

—Solo pedimos paciencia mientras terminamos el libro, esa es nuestra prioridad ahora mismo —añado sin hacerle caso—. No era nuestra intención que la noticia saltara tan pronto. Por eso no puedo dar más información ahora mismo.

—Pero eso nos lleva a otro asunto —dice Alison—. Habrá quien se oponga a que se publique *La última montaña* si no lo escribe Frank Sheridan. ¿En algún momento considerasteis no hacer el libro?

—No. Frank quería que se terminara la saga. Nos lo dijo. Y prometo que vamos a hacer todo lo posible por estar a la altura de los personajes del relato. Además, contamos con la aprobación de los herederos de Frank Sheridan y…

—De su hija —me interrumpe Austen—. Te refieres a su hija.

—Su hija es la albacea de su obra literaria —confirmo después de una pausa demasiado larga—. Cualquier asunto relacionado con Frank Sheridan debe someterse a su aprobación. Una vez más, porque así lo dejó escrito él.

Pero Austen no ha terminado de opinar.

—Frank siempre fue muy relajado con esas cosas —continúa, y empiezo a entender por qué a Ciara la altera tanto este tema. Austen pronuncia el nombre de Frank Sheridan como si hubieran sido amigos íntimos, cuando estoy seguro de haber oído decir a Casey que Frank no lo soportaba—. Era muy generoso con su comunidad —sigue diciendo Austen—. Alentaba la creatividad. ¿Podemos esperar una continuidad en esto o se van a cerrar las puertas ahora que todo tiene que pasar necesariamente por ella?

Siento una punzada de furia por el desprecio con que pronuncia esa última palabra. Por el desprecio hacia Ciara.

—Nos parece muy bien todo lo que sea inspirar a otros escritores —digo—. Siempre que se respete la propiedad intelectual.

Austen no contesta y sigue con esa sonrisa insípida en la cara. Pero juraría que le tiembla un poco la mandíbula.

Alison consulta sus notas.

—¿Qué tal si…?

—A ver, como lector, mi principal preocupación es que estén enfocando el libro como si fuera mero entretenimiento —dice Austen hablando por encima de Alison—. Me apuesto todo el dinero que llevo ahora mismo en la cartera a que han contratado a alguien que haga exactamente lo que le manden. Que siga el guion al pie de la letra y vaya sobre seguro en lugar de dar a los fans lo que realmente quieren.

—¿Que es…? —pregunta Alison.

—Pues, si fuera yo… —Austen ríe cuando algunas personas del público lo animan a continuar. Aunque no todos están de su parte; veo a más de uno que lo fulmina con la mirada—. A mí lo que más me ha interesado siempre ha sido la otra vida de Finn —dice—. Hasta que me di cuenta de que podía escribir mis propias versiones. Me pasaba noches enteras imaginando una historia paralela en la que Finn viajaba a la quinta montaña y rescataba a lord Guerin. Y no hay amaneceres oscuros.

—Pero, si Finn viaja a la quinta montaña, entonces nadie se reúne con Maeve en el acantilado —dice Alison.

—Es que de eso se trata. Yo creo que Maeve tiene que morir. Así es —repite cuando empiezan los murmullos—. Creo que era lo que

Frank tenía pensado. Su muerte habría curtido a Finn y eso le habría favorecido en su empresa. Es el camino en el que se embarcó en un principio, aunque luego lo abandonara.

—¿Por qué crees que hizo Frank ese cambio?

—Igual por sus editores —dice Austen con una mirada provocadora que finjo no ver—. Presión comercial. El cuarto libro se publicó coincidiendo con el anuncio de la película. Y no quiero ser sexista, pero estas cosas tienen carga de género. Igual fue Hollywood. Yo lo único que sé es que lo presionaron para que atrajera a lectoras.

Hay aplausos dispersos, en su mayoría de hombres del público. Miro a Ciara y veo su mueca de enfado.

—Frank Sheridan escribió esos libros —digo antes de que Alison pueda cambiar de tema—. Él y solo él, a lo largo de casi veinte años. Es lógico que un autor evolucione. Pero te aseguro que no se dejaba influir por nadie que no fueran sus propios personajes.

—Eso no es verdad —dice Austen—. Hablaba todo el tiempo de influencias externas. Otros autores, sus lectores. Su hija. De hecho, dijo que creó el personaje de Maeve para ella. Que la historia cambió completamente debido a ella.

—¿Y qué problema tienes tú con eso? —pregunto ya sin paciencia —. ¿Con que Maeve asumiera un papel central en los libros?

—En detrimento de Finn. Traicionó la historia original de Finn por Maeve. Y, cuando los lectores preguntamos por qué, no nos contestan. Y siguen sin escucharnos. Cuando Frank murió, recogimos cinco mil firmas pidiendo a su hija que cediera los derechos a los fans para poder terminar la historia de Finn como es debido. Ni siquiera nos hizo acuse de recibo.

No doy crédito a lo que estoy oyendo…

—O sea, que estás cabreado porque Ciara Sheridan no contestó a una petición gilipollesca quejándose de su recién fallecido padre.

—Que no se molestara en contestar no fue ninguna sorpresa —dice Austen—. Estamos hablando de la misma mujer que se aprovechó de la fama de su padre para publicar tres libros mediocres y a continuación desapareció de la faz de la tierra. Yo tenía la esperanza —levanta la voz cuando hago ademán de objetar— de que por fin lo entendiera al heredar los derechos, pero nos ha demostrado una y otra vez que los fans no le importan. Así que no, no confío en su criterio. Y creo que no debería tener el control creativo de estos libros.

—Bueno, pues Frank sí lo creía —atajo—. Y ella los entiende mucho mejor de lo que lo harás tú nunca.

—Hace falta un narrador para contar…

—Es que ella es narradora. Trabaja muy duro y es una escritora estupenda que va a hacer un trabajo increíble.

Hay un respingo colectivo y a continuación reina el silencio; por un momento estoy perplejo, hasta que me doy cuenta de lo que acabo de hacer.

Mis contertulios se han quedado callados. Alison tiene la boca abierta y Austen me mira fijamente; la sorpresa ha conseguido dejarlo sin palabras.

Me siento como si acabara de tirarme por un barranco.

—¿Un trabajo increíble con qué? —pregunta Austen al cabo de unos instantes, y esta vez no puedo evitar mirar a Ciara. Ciara, que está pálida como la cera y con la espalda muy rígida pegada a la pared.

Cuyo mayor temor acaba de hacerse realidad.

30
Ciara

Un escalofrío me recorre mientras Sam mira al autor de *fan fiction* igual que un cervatillo deslumbrado por los faros de un coche.

La pregunta flota en el aire y quiero reaccionar, quiero salir corriendo, tengo el mecanismo de lucha o huida activado y el corazón a mil, pero estoy demasiado horrorizada para moverme. Sam me mira y me pego más a la pared, aterrada por la posibilidad de que la gente ate cabos. Como si Sam pensara lo mismo, se vuelve hacia Alison, quien por suerte entiende la indirecta.

—Bueeeno —dice con una risa nerviosa—. ¿Qué tal si…?

—Un momento —la interrumpe Austen. Tiene el ceño fruncido y parece tan confuso como todos los demás—. ¿Un trabajo increíble haciendo qué?

Alison sonríe de oreja a oreja.

—Sam se ha desplazado hasta aquí para ponernos al día, así que no…

—¿Está escribiendo Ciara Sheridan *La última montaña*?

Todo el mundo guarda silencio y esta vez Alison no dice nada.

Sam se acerca el micrófono a la boca.

—Está…

Espero. A que ocurra un milagro. A que Sam lo niegue, aunque sé que no puede hacer eso. Aunque sé que vamos a tener que reconocerlo en algún momento y que si mentimos ahora será mucho peor. Yo lo sé y Sam lo sabe.

Se queda callado y a continuación Austen se echa a reír y al momento siguiente reina el caos.

Entonces, y por un momento, sueño despierta. Sueño que camino por el pasillo y entre las butacas igual que una amante ultrajada que quiere impedir una boda. Sueño que desvelo mi identidad a los presentes y pronuncio un discurso maravilloso que provoca un giro de los acontecimientos.

Pero no hago nada de eso. Lo que hago es quedarme donde estoy. Oír lo que dice la gente. Estas personas que no me conocen a mí y tampoco conocieron a mi padre, pero aun así me hacen sentir el ser más insignificante del mundo.

Cuando por fin Alison habla, en un intento por recuperar el control de la sala, es demasiado tarde. La gente se ha levantado, está grabando lo que ocurre con su teléfono. Sam también se pone de pie, pero no espero a ver qué hace, sino que vuelvo a la puerta y salgo al vestíbulo principal.

Está todavía más lleno que antes. El calor es como una bofetada; la peluca me pica y me la quito y la tiro a una papelera. Necesito salir de aquí. Nunca he necesitado más algo en toda mi vida, pero Sam me alcanza y me coge del codo.

—Lo siento —dice sin resuello después de correr detrás de mí—. Lo siento muchísimo. Ha sido sin querer.

La sala se ha vaciado, el público que sale charla emocionado y mi pánico aumenta.

—Tengo que irme.

—Déjame hablar con…

—No, Sam. Quiero…

Me quedo callada y pestañeando cuando desaparece. Bueno, en realidad es que lo está tapando una mujer alta con otra peluca de Maeve y un cáliz en la mano que huele como si estuviera lleno de café.

—Ay, Dios mío —dice en una voz lo bastante alta para ponerme nerviosa—. Eres Ciara Sheridan.

No es como en las películas. No se hace el silencio en el vestíbulo. La gente no cuchichea. Pero muchas personas se vuelven a mirarme. Y, cuando lo hacen, otras las imitan y entonces ya no veo a Sam.

Me acercan un teléfono a la cara y veo un post de Instagram sobre mí y a la lectora de la playa sonriendo nerviosa a la cámara. «¡Adivinad a quién acabo de conocer!», dice el pie de foto, pero casi no me da tiempo a asimilarlo antes de que me lo quiten.

—¿Vas a dar una charla? —me pregunta la mujer, y otro hombre se detiene y se queda mirándome.

Otra mujer hace lo mismo. Y otra y otra más, hasta que se forma un pequeño círculo. Que me hace sentir acorralada.

—Disculpen —murmuro tratando de abrirme paso—. Perdón.

No me oyen. O tal vez sí, pero les da igual, porque ninguno se mueve ni un milímetro.

—Déjenme pasar —digo secamente, y a continuación no espero y me abro paso a empujones para escapar.

Sé que Sam me sigue —siento su presencia como si lo estuviera viendo—, pero no aflojo el paso. Estoy a punto de desmoronarme y

sigo andando sin importarme con quién me choco o quién me insulta, atenta solo a las indicaciones de la salida de incendios.

Por un momento me olvido de dónde estoy y salgo al aire cargado, esperando encontrarme en Carrigwest. El rugido del tráfico me sobresalta, el olor a asfalto, a gasolina y el ajetreo de la carretera. Eso da tiempo a Sam a alcanzarme, sale por la puerta un segundo después que yo y se para en seco al verme.

Antes de que pueda decir nada, me suena el teléfono y lo pongo en silencio sin molestarme en mirar quién es. Supongo que ha saltado la noticia. Que está por todo internet.

Dios, ¿qué me esperaba? No he hecho otra cosa que meter la cabeza debajo del ala y encerrarme en esa casa fingiendo que el mundo exterior no existe. Pero existe. Y ahora tengo que hacerle frente.

Y no estoy preparada.

No estoy preparada en absoluto.

—No podía mentir —dice Sam, y sé que tiene razón. Sé que lo ha hecho sin querer. Sé que sentía que tenía que defenderme. Pero eso no cambia lo ocurrido.

Me pregunto si a esto se refiere la gente cuando describe un corazón roto. Porque eso es lo que siento ahora mismo. Un dolor desgarrador.

Hay caras curiosas asomadas a la puerta, así que doy media vuelta y me alejo del edificio, de las miradas indiscretas.

—Ciara…

—Me estoy rayando muchísimo —le digo a Sam cuando me sigue —. Tengo derecho a rayarme.

Asiente con la cabeza como diciendo «por supuesto que lo tienes», pero eso no me hace sentir mejor. Ahora mismo no sé quién es. No sé si es mi editor o si es solo Sam y, lo que es peor, no sé a cuál de los dos necesito.

—Dime qué quieres hacer —continúa Sam con tono de desesperación—. Dímelo y lo hacemos. Lo que tú quieras.

¿Qué quiero? Quiero llorar. Quiero ponerme a llorar descontroladamente en este aparcamiento. Quiero que el día de hoy no hubiera ocurrido. Quiero no haber empezado nunca a escribir este libro. Quiero irme a casa y quiero a mi padre.

Lo echo tanto de menos que me duele.

Se apodera de mí el acostumbrado impulso de salir corriendo y no puedo pensar en ninguna otra cosa.

—Quiero irme —digo, y Sam asiente con la cabeza.

—Vale —responde y de inmediato parece aliviado—. Pues nos vamos. Tengo que devolver el coche y luego…

—Sin ti, Sam.

Cierra la boca. Me mira como si no me entendiera.

—Voy a por mis cosas —digo despacio—. Y luego me vuelvo a mi casa. Y tú vas a coger ese vuelo a Nueva York.

—Olvídate del vuelo. Puedo coger otro.

—Pero es que ese es el problema —replico con tono de resignación—. Que cogerás otro. ¿Para qué retrasar lo inevitable? Tú tienes tu vida allí y yo necesito estar aquí.

No he terminado de hablar y Sam ya está negando con la cabeza.

—Mira, ya sé que lo que acaba de pasar es muy gordo, pero tenemos que hablarlo.

—Lo que tenemos que hacer es nuestro trabajo. Tú eres mi editor. Ve y haz tu… control de daños. —Me paso la lengua por los labios, que de pronto tengo muy secos, e intento hacerle comprender—. Esto es lo que quiero hacer. Y tú tienes que hacer lo que tienes que hacer. Es lo que acordamos.

Los dos tenemos que volver a casa.

Al principio Sam no contesta. Parece herido. Tiene tensos todos los músculos del cuerpo, como si estuviera reprimiendo algo. No sé el qué, pero ahora mismo solo quiero que lo deje estar. No quiero seguir peleando.

Estoy muy pero que muy cansada.

—¿Me mandas un mensaje cuando llegues? —pregunta por fin, y hay una extraña frialdad en su voz que no le había oído nunca. Y que es lo que más me duele.

Me siento enferma. Físicamente. Creo que voy a vomitar, pero no lo hago. Lo que hago es asentir y, antes de que le dé tiempo a añadir nada más, me alejo por entre los coches y lo dejo allí.

31
Sam

Odio los aeropuertos.

Siempre los he odiado y siempre los odiaré. Atrapado, esperando y pagando el equivalente de dieciséis dólares por un sándwich.

Claro que eso puede deberse a que he llegado con varias horas de antelación y hasta dentro de dos no me dejan pasar seguridad.

Había previsto este tiempo extra para estar con Ciara, pero se ha ido y yo estoy aquí, y la noticia de que la hija de Frank Sheridan está escribiendo *La última montaña* está por todo internet.

Y es culpa mía.

Compruebo una vez más mi teléfono, elimino avisos meteorológicos y confirmo que Ciara aún no me ha escrito. Lo que significa que aún no ha llegado a casa. O que no quiere volver a dirigirme la palabra. No puedo saberlo, porque no ha contestado a mi mensaje. Ni a mi llamada. Y entiendo la indirecta, pero joder.

Nunca me había sentido así. Tan perdido. Siempre he sabido qué hacer. Siempre he sabido qué pasos dar y creí que hacía lo correcto dejándola. Haciendo lo que me pedía. Pero me siento fatal. Yo me siento fatal, Ciara se siente fatal y Lizzie también se siente fatal, a juzgar por la cantidad de mensajes que no deja de mandarme.

—¿A que es absurdo?

Cuando miro a mi izquierda, me encuentro a un hombre observándome, y por un momento no sé qué pasa hasta que me doy cuenta de que estoy mirando la pantalla de salidas con cara de furia.

—Otra vez retrasos —dice—. En cuanto hace un poco de viento, nos volvemos locos. No entiendo por qué no fabrican aviones más resistentes.

—Creo que es más complicado que… —Me callo—. Sí, es absurdo.

El hombre asiente y contesta su teléfono justo cuando me suena el mío.

Casey.

Considero seriamente no cogerlo, pero entonces recuerdo que existe la probabilidad de que me despidan.

—Bueno —dice Casey cuando acepto la llamada—. Pues la cosa no ha salido como habíamos previsto.

—Lo siento.

—No te preocupes. Era cuestión de tiempo que alguien atara cabos. ¿Cómo se lo ha tomado Ciara?

—Mal.

—¿Está contigo?

—Se ha ido a casa —digo sentándome más recto—. No era mi intención…

—Ya lo sé, Sam —me interrumpe—. Laura me ha mandado el vídeo del panel. Él te estaba provocando y tú quisiste protegerla. Fue un lapsus. Lo entiendo.

Claro que yo no tengo la sensación de haber protegido a Ciara, pero esa pequeña inseguridad me la guardo para mí.

—Creo que deberías apartarme de este libro —digo notando un principio de jaqueca detrás de los ojos—. Laura sería la persona

indicada a…

—No.

—… partir de… ¿Cómo?

Casey suena divertido.

—No voy a apartarte del libro, Sam. Hablaba en serio cuando te dije que eras la persona idónea para el trabajo.

—Igual te equivocabas —digo—. Y además tenemos que pensar en Ciara. Después de hoy lo más probable es que pida trabajar con otro editor.

—De momento no lo ha hecho.

—Ya no confía en mí.

Y la confianza entre un editor y su autor es fundamental. Sin ella la relación no funciona.

Casey guarda silencio. Tanto que tengo que comprobar que no ha colgado. Y entonces pregunta a bocajarro:

—¿Sabes por qué te contraté?

—¿Estás diciendo que no fue por mi modesto grado en Literatura inglesa y mis dos semanas de prácticas no remuneradas de experiencia laboral?

—Fue porque no dejabas de darme la tabarra con esos libros —dice—. Algo a lo que estaba acostumbrado, pero la diferencia entre tú y los otros graduados ingenuos a los que entrevisté fue que tú también me dijiste lo que tenían de malo.

—Ah, ¿sí?

No me acuerdo de eso. Probablemente porque estaba tan avergonzado que lo borré de mi memoria.

—Pues sí —dice Casey—. Concretamente estuviste muy crítico con el final del segundo libro. Por no hablar del Gran Lord Aengus, que

era, y cito: «Una pérdida de tiempo».

—Te lo estás inventando.

—No me estoy inventando nada. Te di el trabajo no porque te gustaran tanto los libros, sino porque no te daba miedo decirme lo que podía haberse hecho mejor. Ya entonces tenías criterio editorial. Nunca te ha dado miedo decir la verdad. Ni a mí ni a tus autores, y apuesto a que tampoco a Ciara. Eres un editor fantástico, Sam. Sabes ver lo que funciona en una historia y tienes olfato para detectar por dónde va a ir el mercado antes de que el mercado mismo lo sepa. Me he tomado en serio cada manuscrito que nos has propuesto porque me fío de tu criterio. Me fio de ti.

—¿Pero…? —digo presintiendo un pero.

—Pero —continúa Casey— con los años he visto desaparecer esa pasión tuya. Sí, esto es un negocio y así hay que abordarlo. Pero es un negocio sobre arte. Sobre historias. Y creo que en algún momento eso se te ha olvidado. Puedes gestionar todos los presupuestos que quieras, puedes negociar de maravilla y ganar todas las pujas, pero no vas a desarrollar todo tu potencial si te olvidas de por qué haces esto en realidad.

Frunzo el ceño mientras veo que va a embarcar otro vuelo.

—Por favor, dime que no me mandaste a Irlanda para devolverme el amor por la palabra escrita.

—No —dice Casey—. Te mandé a Irlanda porque necesitaba que se escribiera este libro y Ciara no me cogía el teléfono. Y odio los vuelos que duran más de tres horas. —Su tono se suaviza, invitándome a escucharlo—. La clave es el equilibrio, Sam.

Miro el techo de baldosas mientras asimilo lo que me acaba de decir Casey. Y me doy cuenta de que es lo mismo que llevo tiempo

pensando yo también.

—Además, tengo un correo de tu hermana —añade en tono alegre, y me doy con la cabeza en la pared— suplicándome que no te despida.

—¿Te dijo que la filtración era cosa suya?

—Sí. Y me prometió una comida de cuatro platos en su casa para compensarme.

—Pues yo aceptaría, si fuera tú —le digo—. O no te dejará en paz. —Mis dedos se tensan alrededor del teléfono. De perdidos al río—. Tengo que decirte una cosa. Y no es solo sobre lo que ha pasado. Ciara y yo…

—No quiero oírlo —me interrumpe Casey—. Conozco a esa chica desde que tenía siete años. Y, además, ¿cómo era ese dicho? Lo que no sabes no te hace daño.

—Pero es que a ella sí le he hecho daño —digo—. Y no quiero dejarla así. Todavía no. Necesito cogerme unos días.

—Sí, claro. Porque Laura no está con doce cafés al día intentando llegar a todo. —Casey suspira—. Sam, sabíamos que este libro…

—No es por el libro —digo—. Es por ella. Es por nosotros. Es personal —añado, y Casey guarda silencio.

—¿Y si te digo que te necesitamos? —pregunta por fin.

—Pues me sentiría muy halagado, pero nada más.

—Empiezo a pensar que en realidad no me estás pidiendo permiso —dice en tono irónico, y sonrío.

—Esta vez no, jefe. Lo siento. Vuelvo la semana que viene.

Nos intercambiamos despedidas, la suya más resignada que la mía, y miro actualizarse la pantalla de salidas antes de ponerme de pie de un salto.

—Pues sí que lleva usted prisa —me dice el señor de antes—. ¿Se le ha olvidado el pasaporte?

—Más bien las prioridades.

—¿Eh?

—Nada —digo, y me cuelgo la bolsa al hombro—. Que tenga un feliz vuelo.

El hombre asiente con la cabeza y me mira perplejo dar media vuelta y echar a correr hacia la entrada.

—Es en la otra dirección —me dice alguien entre risas, pero no le hago ni caso y sonrío mientras esquivo viajeros.

Por primera vez en semanas, sé perfectamente lo que hago.

32
Ciara

El panel se hace viral. Lo sé porque lo busco en el móvil en una gasolinera de camino a casa, incapaz de esperar.

La hija de Frank Sheridan escribirá
el último libro de Ravian

Supongo que tiene gracia. Con lo que me preocupaba que mi nombre circulara y resulta que la mitad de los post ni lo mencionan.

«Creía que estaba muerta —ha escrito alguien debajo del artículo —. ¿No se había muerto?».

Creo que te confundes de chica.

Madre mía.

Estoy en un McDonald's junto a la autopista, oyendo la lluvia golpear los cristales mientras leo una opinión detrás de otra y veo un *reel* detrás de otro. Es como si cada foto que me sacaron alguna vez con mi padre estuviera ahora colgada por todo internet. Y hay determinados años de la adolescencia que no deberían ser desenterrados, no sé si me explico.

No deberían tocar la serie.

No tiene ni puta idea de escribir.

Lo hace por el dinero.

Revivo uno de los momentos del panel y me pongo otra vez furiosa viendo a Austen sonreír al público con suficiencia: «… lo presionaron para que atrajera a lectoras».

Eso no fue así. Eso no es en absoluto lo que pasó. Y lo sé porque estaba en la habitación contigua a la de mi padre, que no hacía más que entrar y salir de su despacho, recitando tramas mientras comprobaba que yo estaba haciendo los deberes. No lo presionaron en ningún momento. Desoyó a los detractores, destruyó borradores y mantuvo largas conversaciones por teléfono con Casey en una época en que las llamadas internacionales costaban un dineral y lo hacía por lo que dijo Sam. Mi padre tenía mucho cariño a Finn y Maeve. Y en cuanto se dio cuenta de que estaban enamorados, no necesitó más.

El vídeo se termina y el siguiente salta automáticamente y no puedo apartar la vista de Austen hablando con alguien fuera de cámara. «Nepotismo. Es lo que es. Nepotismo puro y duro. Es evidente que tanto la hija como el editor quieren ganar dinero y piensan que imprimiendo el nombre de Sheridan en la cubierta el trabajo está hecho. Ni siquiera me creo lo que han dicho sobre el esbozo. Si existe, que nos lo enseñen. Que nos demuestren que Frank quería que esos libros existieran antes de que nos…».

Pauso el vídeo, incapaz de seguir viéndolo.

Y el caso es que no puedo decir que estén equivocados. Esa es la razón por la que dije que sí en un principio. Porque quería el dinero. Necesitaba el dinero. De otra manera no habría podido conservar la casa. Fue la única razón por la que contesté a Casey. Lo que le dije a Maddie. Lo que me dije a mí misma.

Pero no era la verdad.

Nunca lo fue. En realidad era un mecanismo de defensa. Una manera de protegerme de personas como Austen Mitchell precisamente. Si lo hiciera por el dinero, entonces me daría lo mismo. Y, si el libro me diera igual, no estaría sufriendo tanto.

Yo amo estos libros. Amo estos personajes. Y quería escribir su desenlace más que nada en el mundo. No solo por mi padre o por sus admiradores, también por mí.

Quería demostrar que puedo hacerlo.

Quería decir adiós.

Porque de eso se trata, ¿no? De cerrar una etapa y pasar página.

Y ahora, sentada en esta silla de plástico duro, huyendo una vez más, sé que no lo he hecho. Joder, lo sabe todo el mundo. Por eso me tratan como si fuera de cristal. Por eso da Maddie un rodeo todos los días para venir a verme. Por eso me deja Ronan tener una cuenta abierta en el pub. Por eso me ha mandado Casey un editor desde Estados Unidos para que me ayude.

Porque me niego a reconocerlo.

Me guardo el teléfono en el bolsillo y miro cómo el cielo amenaza tormenta. Falacia patética. Ese profesor de escritura creativa estaría orgulloso de mí.

Pero es que la metáfora viene el caso.

Empiezo a preguntarme si el vuelo de Sam habrá despegado sin problemas, pero me obligo a parar para no sentirme aún peor. Ahora que he tenido un poco de tiempo de tranquilizarme y he comido algo, el enfado ha desaparecido y solo me siento vacía. Pero no tiene sentido intentar hablar con él antes de que aterrice. Y, además, tampoco sabría qué decirle.

Recojo los envoltorios de la comida y los tiro a la papelera, consciente de que me conviene llegar a casa antes de que la tormenta arrecie. No ha habido nuevos avisos meteorológicos, aparte de recomendaciones de evitar la costa (es decir, no ser tonto), pero ya hay noticias de cables eléctricos caídos y de apagones. Normalmente me encanta la lluvia. Pero esta es casi tropical de tan caótica y vuelvo a la carretera con desazón.

Es todavía por la tarde, pero las nubes son tan negras que parece de noche y conduzco superdespacio mientras la lluvia arrecia. Aunque casi no hay tráfico, tardo dos horas en lo que es un trayecto de una, y estoy a unos diez minutos de casa cuando me encuentro un furgón de la Garda aparcado en el centro de la carretera.

El pobre muchacho que está de servicio me hace un gesto para que pare, pero el viento no me deja oír lo que dice y tengo que bajar la ventanilla.

—¡Debe dar la vuelta! —grita—. Es peligroso. La tormenta está arrancando ramas.

—Pero es que vivo….

Retrocede y me hace gestos para que dé la vuelta y, como no quiero darle la lata, sigo sus instrucciones.

Pero estoy cada vez más nerviosa, y un presentimiento inquietante me impulsa a atajar por el puente junto al pueblo y poner rumbo a

la carretera de la costa. Los limpiaparabrisas trabajan a tope mientras doy un rodeo para llegar a la casa por la parte de atrás. Aquí no hay patrullas, nadie que me detenga excepto la naturaleza misma.

Nunca he sido una temeraria. En las cosas importantes de la vida siempre he actuado con prudencia. Y ahora mismo sé que lo más sensato sería dar la vuelta y refugiarme con Ronan hasta que pase la tormenta. Pero, ya sea por intuición o por otra cosa, no puedo.

Algo va mal.

Ya estoy en el camino de entrada cuando descubro qué es.

Mis faros iluminan la hierba y piso el freno inmediatamente mientras miro mi casa.

O lo que queda de ella.

El enorme roble del centro del jardín, la razón por la que mi padre compró esta propiedad, ha sido arrancado por el viento y se ha desplomado sobre la vivienda, atravesando el ala este. El despacho de mi padre y el mío.

No puedo hablar. Porque estoy viva, pero no me encuentro bien. No me encuentro bien en absoluto y, mientras miro el hueco donde antes estaba el roble, noto un dolor en el pecho que no se parece a nada que haya sentido nunca. Es casi insoportable. Y, cuando quiero darme cuenta de lo que hago, he bajado del coche y he echado a correr. Corro y la alarma aúlla cuando abro la puerta y subo las escaleras casi dando traspiés de tan deprisa que voy.

Para cuando hago un alto para coger aire, ya estoy en el pasillo.

Alguien grita mi nombre, pero casi no presto atención y abro la puerta.

La lluvia me golpea. Una embestida impulsada por el viento me hace tambalearme antes de recobrar fuerzas y entrar en lo que queda de la habitación preferida de mi padre en el lugar preferido de mi padre.

Dentro es peor aún que fuera.

El agujero en la pared es tan grande que falta medio tejado. La butaca de mi padre ha desaparecido, lo mismo que su lámpara, y no veo el jardín porque me tapa la vista la copa del roble, que ahora ocupa media habitación. Lo que queda está todo revuelto. Libros dispersos entre cuadernos y marcos de fotografías rotos, todo destruido, arrasado por los elementos.

Doy dos pasos y las paredes gimen amenazadoras. El árbol no ha terminado de caer, la casa se ha interpuesto en su camino y no sé si dispongo de minutos o de segundos antes de que continúe hasta el suelo. Otro crujido aterrador resuena a mi alrededor y las piernas me fallan, la sacudida las hace doblarse y al momento siguiente estoy reptando e intentando agarrarme a lo que puedo. Salvando lo que puedo.

Me horroriza la idea de perder algo. ¿Pero perderlo todo?

Vuelvo a oír mi nombre. Esta vez más cerca. Aun así, sigo adelante, me adentro más en la habitación intentando no mirar el enorme agujero donde debería haber pared. Se me clavan astillas en las rodillas desnudas y algo me araña la mejilla, pero no hago caso, apenas siento el dolor. Estoy frenética. Desesperada. Y cuando veo una hoja amarilla de papel rayado con la letra de mi padre es como si solo existiera eso en el mundo. Está enganchada en el árbol y aletea con violencia, pero es algo que un día escribió mi padre. El papel es suyo, la tinta es suya y alargo la mano todo lo que puedo.

El suelo bajo mí parece inclinarse mientras mis dedos tocan los bordes del papel, pero, antes de que pueda acercarme un poco más, tiran de mí desde atrás; unos brazos fuertes me cogen por la cintura y me alejan de mi premio.

—¿Se puede saber qué haces? —me grita Sam al oído. Porque Sam está aquí. Está aquí y me sujeta tan fuerte que no me puedo mover—. ¡Casi terminas cayendo!

Me resisto a él y no le escucho mientras me sujeta y, horrorizada, veo el papel desaparecer, se lo lleva el viento y es como si no hubiera existido. Lo sigue otro. Y otro y otro más, mientras la tormenta ruge a nuestro alrededor, me chilla a la cara y me deja sin aire en los pulmones.

—Tenemos que irnos. —La voz de Sam es apenas audible a pesar de que habla a gritos—. Es peligroso estar aquí arriba.

—¡Pero su obra…! —Sam más que nadie debería entender lo que hay en esta habitación. Lo que estamos a punto de perder—. ¡Es importante! No podemos…

—Lo importante eres tú. —Me pone la mano en la mejilla y me obliga a mirarlo—. El resto da igual. Nada de esto importa. Importas tú. Ven conmigo. Ven.

Sigue hablándome sin apartar sus ojos de los míos mientras me lleva al pasillo y cierra la puerta de una patada.

La alarma sigue aullando conforme bajamos las escaleras, pero casi no la oigo con el bramido del viento. Fuera hay un coche de alquiler con el motor en marcha y la puerta del conductor abierta. Sam me hace entrar y se sienta en el lado del pasajero.

En cuanto cierra de un portazo, se vuelve hacia mí.

—¿Se puede saber qué coño hacías?

Está furioso. Más que furioso. Está furibundo. Transmite un pánico, un nerviosismo, que no le he visto nunca y entonces mi propia histeria se desvanece y me quedo extrañamente aturdida.

—Se puede hundir de un momento a otro —dice cuando no contesto. Me coge los hombros, me obliga a mirarlo y revisa mi cuerpo en busca de heridas—. Podrías haber… —Me toca la mejilla—. ¡Estás sangrando! —exclama horrorizado.

Me dejo hacer mientras me echa la cabeza atrás con muchísima delicadeza y me examina la herida.

—Estoy bien —le digo.

—De eso nada.

—Que sí.

Por fin empieza a tranquilizarse; parte de su energía acelerada se disipa cuando comprueba que el arañazo es todo lo que tengo.

—No vuelvas a hacerme esto en la vida —dice con voz ronca.

—Vale.

—Te podrías haber caído.

—Lo siento —digo—. Lo he hecho sin pensar. Me…

No termino la frase porque me abraza muy fuerte, y de inmediato lo rodeo con mis brazos y me pego a su camiseta empapada.

La lluvia aporrea el techo del coche tan fuerte y tan deprisa como late el corazón de Sam, y cuando le beso el cuello noto que lo tiene frío. La culpa se apodera de mí al comprender el susto que le he dado y me separo un poco para verle la cara.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —pregunto—. Tu vuelo…

—No podía dejarte así. —Se pasa las dos manos por el pelo y se lo alisa lo mejor que puede en un espacio tan estrecho—. Todo se ha

complicado y lo siento. Siento todo lo que ha pasado. Tienes que creerme cuando te digo que no quería…

—Ya lo sé —lo interrumpo.

Ahora soy yo la que lo consuela a él, lo que es bastante absurdo, pero es que cuando se pone en plan sincero se me cae la baba. Se me cae la baba con este hombre.

Me sujeta la mandíbula con las manos ahuecadas y hunde los dedos en mi pelo mientras me acaricia las mejillas con los pulgares.

—No sé lo que va a pasar —dice—. Pero te prometo que estaré ahí para ti. Sea lo que sea lo que necesites, puedes contar conmigo. Hasta cuando tú quieras.

Entonces me entran ganas de llorar y, como no me va a creer si le digo que es la lluvia, dejo salir las lágrimas. Las dejo salir y también dejo que Sam me las bese hasta que no queda ninguna.

Veo un destello por el rabillo del ojo y doy un respingo pensando que es un rayo. Pero un rayo no es azul y rojo. Ni hace ese ruido. Es una sirena que aúlla cada vez más fuerte a medida que aparecen las luces del primer vehículo de emergencia.

—La casa —susurro, porque soy incapaz de decir nada más.

Tampoco hace falta. Hay más luces y un coche de bomberos se detiene a nuestro lado. Sam me abraza otra vez, tan fuerte que tengo la sensación de que no me va a soltar nunca.

33
Sam

Podría haber sido mucho peor. Es lo que le dice el médico. Un hombre alto y franco que llega junto con dos coches de bomberos en respuesta a la llamada de la alarma de Ciara. Hace que nos sentemos en la parte trasera de una ambulancia, saca una taza de té de no se sabe dónde y se la pone a Ciara en las manos.

Ciara, que no deja de temblar.

Ciara, que no dice una palabra.

Entra un equipo en la casa para asegurarse de que no hay nadie más dentro, y a continuación acordonan el edificio. Pero lo peor ya ha pasado y la tormenta nos deja atrás y se dirige al oeste. En cuanto esto ocurre, aparecen más coches en el camino de entrada y entonces, de repente, están todos aquí. Todas son caras que reconozco aunque no sepa sus nombres. Han venido en ayuda de Ciara y traen comida, mantas y ofertas de alojamiento.

Mary es la primera en llegar. Mary, siempre enterada de todo lo que ocurre. Trae dos cartones de leche, igual que la primera vez que la vi, que se usan para el té que se reparte, seguido de una bandeja de sándwiches que ha preparado Ronan.

Maddie es la última en aparecer y está pálida. Trae una bolsa con ropa para Ciara e intenta convencernos de que nos quedemos con

ella, pero Ciara no quiere estar tan lejos de la casa, así que nos lleva a la habitación del Delaney's.

Y nos dejan solos.

Hago que Ciara se duche primero y compruebo conmovido que Maddie me ha traído ropa a mí también. Me pongo la camiseta y el pantalón de pijama después de lavarme la lluvia de la piel e intento no pensar en lo que habría pasado de haber estado Ciara en aquella habitación. Lo intento pero no lo consigo, puesto que no he pensado en otra cosa desde que vi los daños.

El terror que se apoderó de mí es algo que no había experimentado nunca y que no quiero volver a experimentar. El recuerdo de ese sentimiento me convierte en un ser irracional. Y no llevo ni tres minutos en el baño cuando salgo porque necesito ver a Ciara otra vez con mis propios ojos.

La cama parece aún más pequeña que antes, pero Ciara no dice nada cuando se tumba y me obliga a hacer lo mismo. Soluciona la falta de espacio enroscándose en mi cuerpo y, por primera vez desde que la conozco, en cuanto oscurece se queda dormida.

Sé que yo debería intentar hacer lo mismo, pero no lo hago. No puedo. Solo puedo verla soñar y esperar a cuando se despierte. Por si me necesita.

Al final, sin embargo, debo de perder la batalla, porque cuando abro los ojos una luz tenue se cuela por las delgadas cortinas y me dice que es un nuevo día.

Una ojeada a mi teléfono me informa de que acaba de amanecer.

Ciara no se ha movido ni un milímetro.

Su cuerpo junto al mío es cálido y muy real y, cuando tiro de la sábana para taparle los hombros, abre los ojos y me busca con la

mirada.

—Perdona —digo—. ¿Te he despertado?

Niega con la cabeza.

—Llevo un rato despierta.

—¿Tienes hambre?

—No.

—¿Sed?

—Estoy bien. ¿Ha llamado alguien? O…

—Aún es pronto —digo.

Le cae un mechón de pelo sobre la cara, en las pestañas, y solo dudo un instante antes de retirárselo. Se acerca más a mí y pega su nariz a la mía.

—¿Me huele el aliento?

—Sí.

Gime y se aparta.

—Se supone que tienes que mentir —murmura, pero no protesta cuando la acerco otra vez a mí—. Estoy como si me hubiera atropellado un autobús.

—Descansa. Hoy no tienes que hacer nada.

—Tengo que ir a buscar mis cosas.

—Iremos más tarde a recuperar lo que podamos. Pero igual no nos dejan entrar todavía.

Hace un murmullo de asentimiento y no oculto mi alivio cuando se relaja otra vez. Hubo un momento en la convención en que pensé que no superaríamos esto. Que la había cagado por completo.

—Siento haber dicho que no iba a contarte lo de Lizzie —murmuro —. Lo que pasa es que parecía que por fin estabas disfrutando de

escribir, y pensar que podía tener yo la culpa de que dejaras de hacerlo me… No quería hacerte daño.

—No he dejado de disfrutar. —Suspira—. Y no estoy enfadada contigo. Ni con Lizzie. En realidad no. Solo estaba irritada con toda la situación y tenía la sensación de que…

—¿Qué?

—Nada —musita.

La busco con la mirada, pero ella me rehúye.

—¿De qué tenías la sensación? —insisto.

—Llevo toda la vida a la sombra de esos libros —dice—. Y les tengo mucho cariño. De verdad. Les debo mucho a esos personajes. Pero sigue siendo duro. Tengo que compartirlo todo con ellos. La casa, a mi padre…, a ti.

La última palabra la dice en un susurro, casi con tristeza, y le pongo la mano en la cintura.

—¿Crees que, llegado el momento, elegiría los libros antes que a ti?

—No —dice, y salta a la vista que miente—. Pero…

Me siento y me coloco de manera que estoy inclinado sobre ella.

—Que te quede clara una cosa —digo obligándola a mirarme—. Si tuviera que elegir, te elegiría siempre a ti.

Me mira.

—Has puesto voz de editor.

—Porque tus pensamientos necesitan edición. Tú eres más importante. Siempre.

—O sea, ¿me estás diciendo que, si te lo pidiera, quemarías Richardson Books?

—Hablo en serio.

Se queda callada y parece un poco avergonzada. Pero sé que me está escuchando.

—Aun así, si lo que estoy escribiendo es una mierda, me lo dirías, ¿verdad?

—Por supuesto —digo antes de tumbarme otra vez a su lado—. Tengo una reputación que mantener.

Se enrosca otra vez en mi cuerpo.

—¿Es malo si te digo que ya no me siento mal? —pregunta en un susurro—. Estoy aquí tumbada y no me siento mal. Estoy exhausta y magullada, pero todo eso es solo físico. La parte emocional… —Se interrumpe y me busca con la mirada—. Creo que estoy aliviada.

—Pues entonces estás aliviada —digo—. Nunca deberías sentirte culpable por cómo te sientes.

—Ya lo sé, pero es que… —Se pasa la lengua por los labios y mueve la mandíbula como si le costara encontrar las palabras—. Es como si ya no tuviera que decidir nada, ¿sabes? He estado un año posponiendo decidir qué hacer con todas sus cartas y sus cuadernos, y ahora ya no tengo que decidir. Porque han desaparecido. Han desaparecido y yo sigo aquí. Igual debería tirar la casa —añade antes de que me dé tiempo a decir nada—. Construir otra nueva.

Pero las palabras no suenan creíbles.

—No quieres eso.

—No —dice—. Pero tampoco quiero vivir aquí. Nunca he querido. Nunca la he sentido como mi casa. No sin mi padre en ella. Es como si fuera prestada. Como si estuviera jugando a las casitas. Hace mucho tiempo ya que no la siento como mi hogar.

—¿Estás segura de que no quieres venderla? —pregunto con tacto —. Cambiar de opinión no tiene nada de malo.

—No lo sé. Quizá. Pero creo que no, porque solo de pensarlo me pongo mala. —Se pasa una mano por la cara—. Creo que estoy confusa.

Le acaricio la espalda en un intento por aliviarle un poco toda la tensión que noto ahí acumulada y reprimo las palabras que tengo en la punta de la lengua.

Porque hay otra opción. Una opción muy distinta.

Pero no estoy tan cansado como para olvidarme de la importancia de decir las cosas en el momento oportuno. O de reflexionar sobre mis ideas antes de darles voz.

—Encontraremos una solución —digo—. No hace falta decidirlo ahora mismo.

Oír esto parece tranquilizarla un poco y entrelaza sus dedos en los míos tirando de mi brazo hacia su cuerpo. Pasan diez minutos y creo que se ha quedado dormida otra vez, pero entonces su mano baja hasta mi pecho y se acerca un poco más. Cuando la mano no se detiene, levanto la barbilla para mirarla y, como si lo hubiera estado esperando, se incorpora y me besa.

Con dulzura al principio, con suavidad y ternura. Pero no por mucho tiempo.

Nos damos la vuelta, así que vuelvo a estar encima de ella, y ella se mueve en silencio pero con seguridad, guiando mis manos hasta la parte inferior de su camiseta. Se la saco por la cabeza, dejando su piel al aire de la mañana, mientras ella lanza sus pantalones cortos al pie de la cama. Sus cálidos dedos recorren mi estómago mientras

me quita la camiseta, y luego se recuesta sobre las almohadas conforme me quita los calzoncillos.

La primera vez resultó frenética, una carrera por devorarnos mutuamente, pero esta es diferente. Sin prisas. Lánguida. Como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Esta idea me paraliza, porque sé que no es verdad. La tormenta ha añadido una semana o dos como mucho a mi estancia aquí. Pero me inclino y beso a Ciara antes de que se dé cuenta, entierro mi boca en su cuello y luego en su clavícula.

Fuera, los pájaros cantan al sol de la mañana, y con cada beso trato de darle lo que necesita, aliviar su dolor, demostrarle que estoy a su lado. Bajo por su cuerpo y le separo las piernas para acomodarme entre ellas.

Ella duda un segundo, como si no entendiera qué estoy haciendo, pero enseguida lo capta y su respiración se acelera cuando deslizo sus muslos sobre mis hombros.

Cuando mi lengua la toca por primera vez, me coge del pelo. Cada tirón me envía una descarga eléctrica por la columna vertebral, y sigo hasta que ella se arquea y me aprieta contra ella. Descansa solo un segundo antes de que sus manos me cojan los hombros. Tira de mí y subo mientras le acaricio los muslos, las caderas, el hueco entre los pechos.

Agradezco haber dejado la mochila junto a la cama. Solo tardo un momento en sacar un condón. Ciara no deja de tocarme mientras lo hago, sus manos recorren mi cuerpo como para asegurarse de que soy real.

Está más que preparada y a los pocos segundos me adentro en ella, hundiendo la frente en su hombro cubierto de sudor.

La presión crece entre los dos mientras me hundo más en ella, me pierdo en su interior hasta que solo existe el aquí y ahora. Y, cuando abraza mis caderas con sus piernas, quiero decirle lo perfecto que es esto, lo perfecta que es ella, pero me besa antes de que pueda hablar, me aprieta mientras su orgasmo precipita el mío y cualquier pensamiento coherente desaparece de mi cabeza al tiempo que la abrazo con fuerza.

Por una vez nos olvidamos de las palabras.

34
Ciara

Pasan tres días antes de que la vida siga. Tres días para limpiar el desastre causado por la tormenta. Tres días para que nos dejen entrar en la casa a ver qué cosas necesito ahora y qué cosas pueden meterse en un guardamuebles. Tres días que me parecen una eternidad.

¿Cuál es la única cosa buena?

Que duermo.

Cada noche volvemos a la habitación encima de Delaney's y nos acostamos en la cama diminuta. Y cada noche me duermo en cuanto mi cabeza toca la almohada. Sam desarrolla un sexto sentido en lo referido a mí e internet y aparece como por ensalmo cada vez que me entran ganas de buscar sobre el libro en Google y me distrae con comida, con un paseo o con un beso. Se nota muchísimo lo que está haciendo, pero sé que tiene razón. Lo último que necesito ahora mismo es consumir noticias negativas. Pero también sé, por todo lo que habla por teléfono y por los muchos correos que escribe, que están pasando cosas y que no debe de ser fácil gestionarlas desde una zona horaria distinta. Pronto tendrá que volver a Nueva York, pero de momento apenas me deja sola.

Una mañana temprano estamos sentados en un banco a la puerta de Delaney's mientras Maddie busca casas de alquiler en su tablet. No podré volver a vivir en la casa hasta dentro de unos meses, pero tampoco puedo quedarme en una habitación encima del pub.

Tal y como era de esperar, mis opciones son limitadas.

—Esta no tiene mala pinta —dice Maddie señalando un adosado de aspecto deprimente—. Hay un rinconcito que podrías usar de despacho.

—Es una chimenea.

—Sí, pero la han quitado. Así que es un rinconcito.

Escudriño las fotos.

—¿El baño está fuera de la casa?

—Viven en la Irlanda rural y en plena crisis de vivienda, Ciara. No sé qué decirte.

Sigue mirando casas, pero se distrae cuando le vibra el teléfono.

Aparece el nombre de Shane en la pantalla.

—Contesta si quieres —digo cuando no lo hace.

—No es necesario —murmura, y deja que suene.

No han pasado ni tres segundos cuando el teléfono suena otra vez.

—Maddie —insisto, y hace una mueca.

—Perdóname un segundo. —Le da la tablet a Sam antes de llevarse el teléfono a la oreja—. Estoy ocupada —dice, y se va a uno de los costados del pub.

Parece que la nueva colaboración empresarial va bien.

Sam espera a que Maddie no pueda oírnos antes de señalar la pantalla.

—Las odias todas.

—Qué va —miento—. Lo que pasa es que estoy harta de pensar en la casa. Y tengo que esperar a que me pague el seguro y después contratar las reparaciones y todo lo demás, que probablemente llevará años y… —Gimo y dejo caer la cabeza en las manos—. Me vas a decir que venda, ¿verdad?

—No.

—Pero es lo que estás pensando.

—Bueno… —Suspira—. No quieres vivir ahí.

—Ya no sé lo que quiero. Solo que me la dejó en herencia.

—Como regalo —me recuerda Sam—. Porque pensaba que con ello te hacía feliz. ¿Crees que te habría cargado con la casa de saber que ocurriría lo contrario?

—No —reconozco mirándolo—. Pero no puedo cambiar el pasado. Y, si quiero centrarme en el futuro, entonces debo concentrarme en el libro.

—Casey dijo que te daría todo el tiempo que necesitaras.

—No necesito tiempo —insisto—. No quiero perder el ritmo. Bastante difícil va a ser ya sin tenerte a ti aquí.

Esto último lo digo sin pensar y los dos nos ponemos tensos antes de que yo le quite la tablet y simule mirar casas hasta que vuelve Maddie.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Todo perfecto —dice en tono enérgico, y lo que ve en la pantalla la hace suspirar.

—Podrías venirte a vivir conmigo, ya lo sabes.

—Nos volveríamos locas la una a la otra.

—Sí, pero de una manera muy divertida.

Me coge la tablet y cambia de postura por enésima vez. Lleva toda la mañana incapaz de quedarse quieta.

—¿Estás segura de que estás bien? —pregunto.

—Estoy genial, Ciara. Ahora lo importante eres tú.

—Pero si yo estoy perfectamente.

—De eso nada. Has pasado por un suceso traumático.

Pero rehúye mi mirada y se concentra en la pantalla antes de detenerse en una casa que parece no haber sido renovada desde la década de 1970.

—Creo que este sitio podría ser habitable con una mano de pintura.

Sigue buscando y haciendo caso omiso de su teléfono, que se ilumina con un mensaje de Shane.

Pues vale.

Me vuelvo hacia Sam y lo miro hasta que pilla la indirecta y dice algo sobre pedirse una bebida. Espero a que entre en el pub antes de centrarme en Maddie. A continuación le doy una patada por debajo de la mesa.

—¿Te has acostado con Shane McCauley? —le pregunto en un susurro.

—Vale. Au. —Me mira furiosa—. ¡Claro que no! ¿Qué coño…?

—Estás rarísima.

—Es que va muy en serio —dice bajando la voz—. En plan, mucho más en serio de lo que me imaginaba. Creía que se echaría atrás o que perdería interés, pero no hace más que mandarme ideas y preguntarme mi opinión y me ha invitado a cenar la semana que viene y…

—Así que a cenar.

—Una cena de negocios —dice Maddie—. Para hablar de nuestro negocio.

—Ay, Dios mío.

—Una cena de ne…

—¿Se puede saber cómo lo vais a hacer? —la interrumpo—. ¿Se va a venir a vivir aquí?

—Esa es la cosa —dice Maddie evitando mirarme—. Siempre habíamos dicho que era un proyecto para el año que viene. Así que ha sugerido que esperemos a que termine el verano y luego, si quiero, puedo ir a trabajar con él en Dublín una temporada. A aprender cómo funciona el negocio.

—En Dublín —digo.

—Sí.

—¿Cuándo?

Se encoge de hombros y se muestra esquiva.

—En septiembre, quizá.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Unos meses. Y luego…

—¡Meses!

—Tiene razón, Ciara —dice Maddie—. Yo he trabajado ya en sitios así, pero nunca los he dirigido. Es una oportunidad que no puedo rechazar.

—Hay cafés más cerca que Dublín.

—Pero no que sean suyos. Ni que me ofrezca la oportunidad de dirigirlo. Significa que sabré lo que hago cuando abramos.

—Así que te vas.

—No para siempre.

—Para medio año.

—Puedes venir a visitarme. Te gusta Dublín.

—Pero si no haces más que decir que te cae mal —le recuerdo, y hace una mueca.

—Es majo.

Niego con la cabeza tratando de imaginar mis días sin Maddie.

—No me lo puedo creer.

—Lo siento —dice, y me coge la mano.

Detecto movimiento por el rabillo del ojo y veo a Sam salir del pub, mirarnos y volver a entrar.

Suspiro.

—¿Esto es lo que quieres?

—Sí —dice sin dudar.

—¿Y estás ilusionada?

—Mucho.

—Vale. —Otro suspiro. Aunque lo que me apetece es llorar—. Que te quede claro: me alegro por ti pero estoy triste por… por lo que significa.

Me da palmaditas en la mano.

—Lo sé.

—Suena a gran oportunidad.

—Lo es.

—Lo que pasa es que te quiero y eres mi mejor amiga.

—Eso espero —dice antes de poner los ojos en blanco, supongo que por mi cara compungida—. Por Dios, ven aquí. —Sale del banco, viene hasta mí y me da uno de sus abrazos de oso—. Para alguien que se gana la vida metiéndose en la cabeza de otros, se te da fatal expresar tus sentimientos.

—Oye —me quejo, aunque tiene razón.

—Podrías venirte conmigo.

—¿A Dublín?

—Podríamos alquilar algo juntas. Quejarnos de lo caro que está todo.

—Primero tengo que solucionar lo de la casa.

—Dijo ella por enésima vez.

—Pero esta vez es verdad. No sé si te has enterado, pero hubo un tormentón.

—¿Así que por eso había tanto ruido? —Se aparta un poco y me ladea la cara para mirarme la venda—. ¿Te duele?

—Me escuece muchísimo —digo—. Pero igual la cicatriz me favorece.

—Esperemos. —Me suelta la cara y se pone seria—. ¿Qué quieres hacer, Ciara? Sea lo que sea, te ayudaré.

—Quiero terminar el libro —digo—. Por mi padre y por mí. Después ya no lo sé. —Frunzo el ceño—. ¿Has tenido alguna vez la sensación de que eres totalmente libre y al mismo tiempo estás atascada?

—Jamás —dice.

Vale, pues fenomenal. Solo me pasa a mí.

Maddie me coge de los hombros leyéndome el pensamiento.

—Sabes que no estás sola, ¿verdad? Puedes llamarme aunque me encuentre en la otra punta del país. Nunca has estado sola en esto y nunca lo estarás.

Me abraza otra vez con más fuerza que antes y acepto a mi pesar que las cosas están cambiando. Que no soy el centro del universo por mucho que quiera. Que Maddie tiene una vida fuera de aquí. Lo mismo que Sam.

Y que yo.

El problema es que aún no sé cómo es esa vida.

Pero quizá eso no es malo. Quizá no necesito saberlo ahora mismo. Quizá mi historia no ha terminado aún.

35
Sam

—Oro líquido. Es lo que es.

Ronan me pone un vaso delante e inspecciona su contenido con ojo crítico.

—Qué locura, ¿no? Malta. Lúpulo. Levadura. Agua. Cuatro sencillos ingredientes. —Suspira—. Y aun así me sale mal.

—Vas mejorando —protesto mientras se bebe su última creación —. En serio.

—Eres demasiado amable conmigo, Sam —dice con una mueca de desagrado—. Ya no puedo confiar en ti como catador.

—Vaya… Lo siento.

—Sí, seguro.

Se sirve un vaso de agua. Estamos solos en el pub. Es demasiado tarde para que haya más clientes, y llevamos una hora hablando de todo y de nada mientras acaba de recoger para poder cerrar.

—Entonces, ¿qué tal está? —pregunta señalando el techo con la cabeza.

—Mejor. O mejorando, por lo menos.

Sus cortes y golpes se están curando, pero sé que tiene el corazón roto por los daños de la casa. Que está abrumada por todo el trabajo que tiene por delante.

—Me ha dicho que te marchas dentro de poco —continúa Ronan —. Que regresas a Nueva York.

—Pues sí.

—Bueno, pues no dejes de volver a visitarnos. Nos hemos acostumbrado demasiado a tenerte aquí para no verte nunca más.

—¿Es tu manera de decirme que me vas a echar de menos?

—Lo es. Eres un buen chico. —Me mira con expresión traviesa—. Aunque no sepas beber.

Veinte minutos después simula echarme con gran alarde, pero no estoy preparado para retirarme aún.

Además, cuando miro hacia la ventana veo que Ciara ya duerme y por tanto no debe preocuparme que se pregunte dónde estoy, así que echo a andar por la carretera tal como hicimos mi primer fin de semana aquí. Está igual de oscuro.

Voy hasta su casa.

Este viaje habría sido como un peregrinaje en mi adolescencia, y sigo sin acostumbrarme a verla. A veces no me puedo creer que haya estado dentro.

Ahora me quedo detrás del cordón de cinta amarilla, sin acercarme, y miro el agujero enorme e irregular en unos de sus lados.

Si a mí me entristece ver la casa así, no me imagino cómo debe de sentirse Ciara. Y sé que es fuerte, sé que está rodeada de amigos y de personas que la quieren, pero mi parte egoísta quiere que me necesite a mí también. Quiero ser yo quien la consuele. Quien alegre sus días y provoque sus sonrisas. Quiero acompañarla en lo que le depare la vida, y saber que no lo voy a hacer me deja un regusto amargo en la boca.

Este verano ha sido como un sueño. Un sueño del que creo que estoy preparado para despertar. Quizá no para volver exactamente a la vida que tenía antes, pero sí a una parecida.

Con suerte, a una mejor.

Pero, para que eso ocurra, necesito otra cosa.

A otra persona.

Me quedo allí un largo rato tratando de memorizar cada detalle del lugar antes de volver a Delaney's.

Entro haciendo el menor ruido posible, subo las escaleras despacio para no despertar a Ciara, pero a medio camino veo que la puerta está abierta y sale una luz tenue.

Un segundo después, oigo murmullo de voces. Ciara está hablando por teléfono. En cuanto me doy cuenta, retrocedo para darle intimidad, pero entonces su interlocutor ríe y reconozco la voz.

Es mi hermana.

—¿Siempre es así?

—Siempre —dice Lizzie—. Y tengo el presentimiento de que siempre lo será. Billy, a la cama ahora mismo. —Se oye un correteo seguido de una puerta que se cierra de golpe. Un momento después, Lizzie suspira—. No debería quejarme.

—Yo sí me quejaría.

—Vale, pues entonces me quejo.

Entro en la habitación y me encuentro a Ciara sentada con las piernas cruzadas en la cama. Tiene el portátil abierto a su lado y mi teléfono en su regazo.

—¿Cuánto tiempo crees que durarán las obras? —pregunta Lizzie.

—No lo sé —contesta Ciara—. Cada persona me dice una cosa distinta, pero en lo que coinciden todas es en «dinero». Sé que

debería estar agradecida de que no haya habido heridos, pero…

—Aun así, es una cosa muy traumática —dice Lizzie en voz baja.

—Pues sí.

Ciara hace ademán de saludarme, pero Lizzie habla antes de que me dé tiempo a hacerlo yo.

—Siento lo que pasó —dice, y creo que nunca la he oído hablar tan en serio—. No era mi intención causarte problemas.

—No podías saberlo.

—Eso da igual. No debería haber abierto la bocaza. Si pudiera dar marcha atrás, lo haría.

—Gracias.

—Oye —dice Lizzie con voz esperanzada—, la próxima vez que estés en Nueva York, si tienes tiempo, me encantaría que comiéramos juntas. Tengo la sensación de que te conozco, puesto que Sam no hace más que hablar de ti.

—Me encantaría —dice Ciara—. Y te digo lo mismo. Tampoco deja de hablar de ti.

—¿En serio? ¿Y qué dice?

Pongo los ojos en blanco por el tono suspicaz, pero Ciara se limita a sonreírme.

—Todo cosas buenas —responde, y las dos hablan un poco más antes de que mi sobrino obligue a Lizzie a colgar.

—Perdona por contestar tu teléfono —dice Ciara cuando me reúno con ella en la cama—. No dejaba de llamar y me preocupó que fuera una emergencia, así que lo cogí y nos pusimos…, no sé. Nos pusimos a hablar.

—Me alegra que lo hicieras. Gracias por aceptar sus disculpas.

Ciara se encoge de hombros.

—Eran sinceras. Además, es difícil enfadarse con una persona como ella.

—Pues no sé qué decirte —replico sarcástico—. Yo lo he conseguido varias veces. —Señalo el portátil con un gesto de la cabeza—. ¿Estás escribiendo?

—Sí. No puedo parar.

Endereza los hombros y estira la espalda.

—¿Estás cansada?

—La verdad es que no.

Miro el cielo estrellado.

—¿Vamos a darnos un baño?

La playa vuelve a estar vacía.

Claro que son casi las cinco de la mañana.

Esta vez no hay luna llena y dejamos los faros encendidos mientras nos quedamos en bañador.

Ciara me coge la mano cuando nos metemos en el agua, pero cuando me la aprieta creo que es más para asegurarse de que no cambio de idea que para sentirse reconfortada. Esta vez no se mete mucho, solo hasta que el agua le llega al pecho, y entonces se para en un banco de arena y se vuelve a mirarme.

—Un segundo —me dice, y desaparece bajo el agua gélida para emerger luego con un respingo—. Ahora tú.

—No sé si… Bueno, vale —digo cuando me clava la mirada.

Está tan fría como la otra vez y salgo lo más deprisa que puedo y tiritando.

Ciara menea la cabeza, pero no puede disimular una sonrisa.

—Qué exagerado eres a veces.

—Dijo la mujer que entró en una casa a punto de derrumbarse.

—Dijo el hombre que entró a buscarme.

Lo dice como desafiándome, pero hay un atisbo de duda que no estoy acostumbrado a verle. Una pregunta que no formula a pesar de que a estas alturas tiene que conocer la respuesta.

Porque yo sí la conozco.

—Voy a decirte una cosa —empiezo—. Y no sé si es buen o mal momento, pero no decírtela sería la equivocación más grande de mi vida. —Hago una pausa y espero notar nervios o un nudo en la garganta. Pero no hay nada de eso. Solo la verdad—. Estoy enamorado de ti —le digo—. Y ya sé que trabajamos juntos y que vivimos en continentes distintos y tenemos horarios de sueño tan diferentes que no entiendo cómo puedes funcionar normalmente, pero te quiero. Estoy enamorado de tu voz, de tus palabras y de tu inteligencia y me encanta que todos tus amigos y tu familia también te quieran. Creo que eres cabezota, divertida, que te esfuerzas, que te implicas y pienso que, si quisiéramos, podríamos tener algo muy bonito. Espectacular, de hecho.

Le brillan los ojos y se sorbe la nariz, pero no sé si es porque está desbordada de emoción o porque le ha entrado sal.

—¿Así que espectacular?

Y, ya que estoy desnudando mi alma, por qué no ir hasta el final.

—A veces cuando me miras es como si me quedara sin respiración.

—Sam…

—Quiero que vengas conmigo a Nueva York.

Me mira, atónita.

—¿Qué?

—No quiero que esto se acabe.

—Necesito que hables en serio —dice con voz temblorosa—. Necesito que seas cien por cien serio, porque si no lo eres no voy a poder soportarlo.

—Nunca he dicho nada más en serio en mi vida.

Ríe un poco, como si no diera crédito a mis palabras, y a continuación mira hacia la luz que asoma detrás de las dunas a nuestra espalda y al ancho mar al oeste.

—¿Nueva York? —pregunta, creo que sin esperar respuesta—. ¿Y si no sale bien?

—¿Y si sale bien?

Me mira con los ojos increíblemente abiertos dejándome ver toda su vulnerabilidad.

—¿Me dejas que me lo piense?

—Por supuesto —digo enseguida, aliviado de que no haya dicho que no—. Tómate todo el tiempo del mundo.

—Te voy a dar una respuesta como es debido —dice—. Lo que pasa es que… con la casa… No puedo dejarla, pero sé que no puedo…

—Oye. —Le acaricio la mejilla con el pulgar cuando veo que está llorando y me sonríe con los ojos empañados.

—Me lo voy a pensar. Te lo prometo.

—No te pido más.

Nos quedamos callados, mirándonos, mientras a nuestro alrededor el mundo se ilumina y un azul pálido sube despacio desde el horizonte.

—Yo también te quiero —dice—. Más de lo que me parecía posible. Y creo que desde hace tiempo ya.

Su mano encuentra la mía debajo del agua y la aprieto con fuerza, y veo que tiene los brazos con la piel de gallina.

—¿Tienes frío?

Niega con la cabeza.

—¿Podemos quedarnos un ratito más?

—Todo lo que tú quieras.

Se acerca más a mí, eliminando el último milímetro que nos separa, y me abraza por la cintura. El sol se eleva sobre nosotros y, cuando Ciara apoya la cabeza en mi pecho para escuchar mi corazón, tengo la absoluta certeza de que, de ahora en adelante, latirá siempre por ella.

36
Ciara

Es otra tarde preciosa cuando llevo a Sam al cementerio. Lo que no me pone precisamente de buen humor. Ha pasado una semana desde la tormenta y nos han prometido una tregua en el tiempo, pero de momento no ha llegado. Del mar no sopla viento y en el cielo no hay nubes. Nada que alivie el calor, la humedad y el sudor que se me acumula debajo de las tetas.

—Ya me estoy hartando de esta mierda —digo mientras salimos del coche—. Estamos en agosto. Dentro de poco tendría que sacar el abrigo. Por algo se llama temporada de abrigos.

—¿Tienes más de uno?

—Pues claro que tengo más de uno. ¿Tú no?

—Creo que no.

—Yo tengo tres —le digo—. Tengo una gabardina, un abrigo de vestir y uno de diario. Y que sepas que estoy guapísima con todos ellos.

—Eso no lo dudo.

—No me puedo creer que no me hayas visto nunca con mi abrigo de diario —murmuro dando una patada a una de las ruedas del coche. Estamos solos, lo que debería darme sensación de espacio,

pero solo acentúa el sentimiento de soledad que tengo cada vez que vengo aquí—. ¿Y si nos vamos a la playa?

Sam se limita a mirarme.

—Ya estás procrastinando.

—Pues sí —digo—. Evidentemente.

—Vamos.

Me coge de la mano y prácticamente me hace entrar a rastras sin hacer caso de mis protestas.

Lo cierto es que el cementerio de Carrigwest nunca ha tenido tan buen aspecto. El sol brilla a raudales. Los pájaros cantan. Alguien ha segado la hierba hace poco y los senderos de grava crujen gratamente bajo nuestros pies. Creo que los sitios como este no deberían ser tan agradables, pero es lo que hay.

A pesar de que vengo poco, sabría llegar a donde descansan los restos de mi padre con los ojos cerrados, y guío a Sam hasta la sombra de un pequeño tejo, donde le dije adiós por última vez.

La tumba es sencilla, tal y como él quería. Una lápida modesta con su nombre y la fecha grabados en letras claras. Nadie excepto su familia y sus amigos saben que está enterrado aquí, así que hay un único ramo de flores. Parecen frescas, aún no resecas por el sol, y cuando miro la nota veo que las trajo Ronan.

Mi animación sarcástica se disipa al llegar y me vuelvo nerviosa hacia Sam.

—No soy muy de tumbas.

—Vale… —dice despacio.

—Es que… no me creo que esté aquí —digo en un intento por explicarme—. Ni en ningún otro sitio. Lo que creo es que es… —

Agito los brazos—. Energía o algo así. —Uf—. Esto ha sido mala idea. Vámonos.

Antes de que pueda dar media vuelta, Sam me coge del brazo y me obliga a quedarme donde estoy.

—Has querido venir tú —me recuerda.

—Pues he cambiado de opinión.

—Voy a dejarte sola un rato.

—No. —Le cojo la mano tan deprisa que me mira sorprendido, pero no se mueve—. Quiero que lo conozcas.

—Te escucho entonces. —Es todo lo que dice, y mira la tumba expectante.

Tomo aire, sintiéndome como una tonta. Como Sam me mire raro, renuncio. Pero no lo hace. Se limita a esperar. Cogido de mi mano.

—Este es Sam —anuncio—. Es muy fan tuyo. El mayor fan, de hecho. Y secretamente un friki como una catedral. —Le doy un codazo a Sam—. Saluda.

—Encantado de conocerte —dice Sam a la lápida. No sé cómo, pero consigue no sonar ridículo, algo que le agradeceré eternamente —. Te escribí una carta cuando tenía catorce años. Lo más probable es que no te acuerdes, pero me ha dicho Ciara que te leías todas las cartas que recibías. Saber que viste la mía hace tantos años significa muchísimo para mí.

Ay, Dios mío. Tengo una presión detrás de la nariz que se niega a desaparecer por mucho que se lo pida y esa es precisamente la razón de que no venga aquí. Por eso no soy muy de tumbas. No soy…

Sam carraspea.

—Sam es adicto al trabajo —digo de pronto—. Y muy madrugador. También es un editor maravilloso y un pésimo bebedor. Me hace reír y es buena persona y estoy enamorada de él. Y creo que a ti te habría gustado muchísimo. Creo que habríais sido amigos y ojalá lo hubieras conocido. Pero que sepas que fueron tus libros lo que nos unió. Que nos hemos conocido por ti. Así que gracias.

Callo y Sam me aprieta la mano.

—Bueno, pues eso —añado—. Que te quiero. Y te echo de menos. Te echo de menos todos los días y no sé si voy a dejar de hacerlo alguna vez, pero estoy bien. Tengo a mucha gente que me cuida y vamos a arreglar la casa y voy a escribir tu libro y todo va a salir bien. Te lo prometo.

Me callo y dejo que mis palabras floten en el aire. Tengo la sensación de que debería añadir algo, hablarle de todo lo que se ha perdido en este último año y de todas las cosas que me gustaría que hubiera visto, pero, por mucho que me devano los sesos, no me viene nada más a la cabeza.

—¿Estás bien? —susurra Sam.

—Sí. —La palabra me sale como un suspiro de alivio, y me recuesto contra él, exhausta—. Ya he terminado.

—Ha sido muy bonito, Ciara.

—Lo cierto es que soy muy sentimental. —Me abrazo a mí misma con fuerza—. Mi padre seguramente se reiría si me hubiera oído.

—No creo —replica Sam—. Creo que si pudiera te diría que está orgulloso de ti.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

Y entonces, en ese instante preciso y absolutamente irrepetible, me suena el teléfono.

Los dos nos quedamos petrificados.

—¿Crees que es él? —susurro, y Sam frunce el ceño—. ¿Qué eres? ¿La policía fúnebre? ¿No puedo hacer bromas?

—¿Quieres cogerlo?

—Como sea mi padre, se te va a quedar una cara de tonto… —le advierto sacándome el teléfono del bolsillo.

Pienso que va a ser Maddie, así que me sorprendo al ver el nombre de Casey.

Cuando le enseño la pantalla a Sam, se limita a encogerse de hombros.

—Contesta —dice, pero yo dudo.

—¿Y si me pregunta por el libro?

—Pues haces como que estás pasando por un túnel.

—Mira qué gracioso… ¡Oye!

Sam toca aceptar en mi teléfono y le pego en el hombro mientras contesto. Ni se inmuta.

—Hola, Casey.

—Ciara. —Hace una pausa—. Reconozco que no esperaba que me lo cogieras.

—Sí, bueno, me gusta tener a la gente en vilo. —Guiño los ojos y miro al cielo cuando un pájaro solitario me sobrevuela—. ¿Cómo estás?

—Ocupado —dice—. Ocupado localizándote. El abogado de Frank está intentando ponerse en contacto contigo. Te ha mandado varios correos estos últimos días.

—He estado un poco liada.

—Es lo que le dije yo. Quedé en darte el mensaje. —Mientras sigue hablando, pongo la llamada en altavoz para que Sam pueda oír —. ¿Has mirado internet últimamente?

—¿Me estás preguntando si he visitado el ciberespacio así en general? Tu director editorial no me deja.

—Pues te lo explico yo —dice Casey—. Hay lectores de Frank que quieren contribuir a la reconstrucción de la casa. Organizaron un *crowdfunding* en tu nombre cuando supieron lo de la tormenta y quieren ayudar.

—No tienen por qué hacerlo —digo, incómoda.

—Y sin duda lo saben, pero quieren. Te han escrito una carta abierta explicándote por qué.

—Ah. Vale. —Miro a Sam, quien niega con la cabeza. Él tampoco sabía nada de esto—. Qué gente tan maja. ¿Cuántos admiradores son?

—Doce…

—Vale. Genial. Me…

—… mil.

Pestañeo.

—¿Perdón?

—Unos doce mil más o menos —continúa Casey—. La cifra aumenta cada pocos minutos, pero era esa la última vez que la miré.

—Me… ¿qué?

Debo de parecer tan perdida como me siento, porque Sam me coge el teléfono y lo sostiene entre los dos.

—¿Casey? Soy Sam. ¿Nos puedes explicar un poco más?

—No sé si hay mucho que añadir —contesta Casey, y empiezo a sospechar que está disfrutando con esto—. Me ha dicho Amy que la

cosa empezó cuando la gente se enteró de los daños que había sufrido la casa. Al principio querían ayudar con las reparaciones, pero, a medida que aumentaban las contribuciones, empezó a hablarse de qué se podía hacer con el dinero. Los que pusieron en marcha la iniciativa han presentado una propuesta a tu abogado.

—¿Y qué propuesta es?

—Comprarte la casa.

—No. —Niego con la cabeza aunque Casey no pueda verme—. No pienso vender la casa a uno de sus fans. Ni a doce mil de sus fans o los que sean.

—No la quieren para vivir —dice Casey—. Quieren hacer un museo. O un museo guion residencia para escritores, si he entendido bien.

—Pero ¿qué significa eso?

—Ciara, la cantidad recaudada es considerable. Estamos hablando ya de dos millones de dólares. Lo suficiente para reconstruir la casa y más. Proponen convertir parte en museo donde se cuente quién era Frank y el resto en un espacio de creación. Ya se han puesto en contacto con algunas de las universidades que participaron en las becas de escritura creativa de tu padre y han accedido a desarrollar un programa de verano, si tú estás de acuerdo.

—¿Como una escuela?

—A Frank le encantaba enseñar.

Eso es cierto. Le gustaba casi tanto como escribir.

—Lo que proponen es bastante solvente. —Casey habla despacio —. A mí me sorprendió tanto como a ti al principio, pero, cuanto más vueltas le daba, más me convencía. Yo de ti me lo pensaría.

—Lo haré —digo, demasiado perpleja para añadir nada más, y nos despedimos—. Joder.

Sam parece tan sorprendido como yo.

—¿Estás bien?

—No me esperaba que la llamada fuera para una cosa así.

—¿No ha dicho Casey que han publicado una carta abierta?

Así es.

Me pongo a buscar en el teléfono, pero tengo los dedos torpes y temblorosos, así que se lo doy a Sam con un gruñido de impotencia y él localiza el sitio web del *crowdfunding.*

La carta está al principio.

Estimada señora Ciara Sheridan:

No nos conocemos, pero le escribo en nombre del pequeño grupo que empezó esta recaudación de fondos.

Creo que he leído cada libro de Ravian por lo menos quince veces. Los leía cuando estaba contenta y cuando estaba triste. Los leía cuando tenía el corazón roto y cuando echaba tanto de menos mi casa que tenía ganas de llorar. Me los llevé a la universidad y después a mi primer apartamento, a mi casa. Los leí mientras criaba a mi primer hijo y, doce años después, le he pasado a él mi ejemplar para que pueda disfrutar de su magia.

Nunca conocí a su padre, pero tampoco sentí la necesidad. Lo conocí a través de sus palabras y quiero que sepa que me brindó tanto consuelo que fue como si me hubiera regalado un mundo alternativo en el que refugiarme.

No puedo explicarle lo agradecida que me siento sabiendo que va a terminar sus historias para nosotros. Siempre hablaba de usted con gran cariño en sus entrevistas y espero que sepa lo ilusionados que estamos con este libro y con usted.

Cuando nos enteramos de lo ocurrido con la casa, supimos que queríamos hacer algo para honrar a su padre y todo lo que nos ha regalado. No

podemos imaginar por lo que estará pasando, y tampoco lo vamos a intentar, pero si nos permite nos gustaría presentarle una propuesta, que encontrará más abajo.

En nombre de fans de todo el mundo, por el futuro de Ravian,

ANGELA BAXTER

La leo tres veces antes de seguir bajando por la pantalla y solo miro por encima los documentos que siguen porque la cabeza me da vueltas.

—Esto es… muy fuerte —le digo a Sam, que guarda silencio a mi lado.

—No tienes que decidir nada ahora mismo. Tómate todo el tiempo que necesites para…

—Creo que debería decir que sí.

—O decídelo ahora mismo. —Le tiembla una de las comisuras de la boca—. ¿Estás segura?

—No. Sí. Creo que sí. A ver, evidentemente me lo tengo que leer despacio y consultar con alguien que entienda de esto, pero creo… que tiene bastante sentido, ¿no?

—Es decisión tuya.

—Ya lo sé. —Dejo caer la cabeza y Sam me acaricia la nuca y tira de mí hacia él—. Lo veo una buena idea. ¿Tú no?

—Mi opinión no importa.

—Sí importa si eso significa… —Me separo de él y me suelta. Me cuesta mirarlo a los ojos, así que le miro al arranque de la garganta —. Si significa que puedo irme contigo.

Se hace un silencio, roto solo por el canto de un pájaro a lo lejos, y estoy tan nerviosa que tengo que hacer un gran esfuerzo para no

echarme a reír y fingir que hablo en broma. Para no desdecirme. Para no salir corriendo y esconderme. Pero no lo hago. Me quedo donde estoy.

—¿Conmigo? —pregunta Sam.

—Si tu oferta sigue en pie.

Levanto la vista y mi mirada se encuentra con la suya. Nunca he visto tanta ternura en sus ojos castaños.

—Sigue en pie —dice, y su voz es grave y seria—. Por supuesto que sigue en pie.

—Vale. —Y la palabra me sale como un gorjeo—. Genial. Me alegra saberlo.

—Ciara…

—Puede ser distinto si vivimos juntos.

—Ya vivimos juntos —me recuerda, y tiene razón.

—Me apuesto algo a que tu apartamento es más pequeño que mi casa.

—Tu apuesta es correcta.

—Y a que vives en un tercero sin ascensor.

—En un quinto. Sin ascensor.

—Maravilloso —murmuro.

Pero Sam se limita a sonreír. Sonríe porque sabe que me tiene.

—Ven conmigo a Nueva York —susurra—. Vente conmigo.

—De acuerdo —digo, y me pongo en jarras—. Pero solo porque me lo has pedido con mucha educación.

Le doy un beso y, cuando intento apartarme, me retiene y me sigue besando hasta que me echo a reír. O es lo que creo. Tengo lágrimas en los ojos, pero no son lágrimas tristes. Tengo un nudo en el pecho, pero no me duele.

Más bien lo contrario, es como si se me llenaran los pulmones de aire por primera vez. Como si por fin pudiera respirar.

Y cuando Sam me atrae hacia él y apoya la barbilla en mi cabeza, tengo la sensación de que por fin estoy en casa.

Epílogo
Sam

DIECIOCHO MESES DESPUÉS

Nueva York

He perdido a mi novia.

No sé muy bien cómo. Vale, hoy hay muchísima gente de compras, pero es bastante alta, y la última vez que la vi hace tres minutos llevaba un abrigo muy azul, así que no debería ser tan difícil localizarla en este mar de grises y negros. Y sin embargo la he perdido.

Me cambio las bolsas de la mano izquierda a la derecha y miro calle abajo haciendo caso omiso del teléfono, que me vibra en el bolsillo. Sé que es Lizzie con su habitual «llegamos tarde». Hemos quedado con ella, Ben y los chicos para comer, pero antes: novia.

Me dijo que salía un momento a tomar el aire. Aunque igual ha entrado otra vez. O está… Ah.

Me vuelvo y, en ese momento, un autobús avanza y deja ver la hilera de edificios al otro lado de la calle y a una mujer delante de una librería.

Lleva el cuello del abrigo subido para protegerse del viento y un café en las manos enguantadas. Se ha guardado el gorro de lana en el bolsillo, que le sobresale en forma de bulto por el costado. Se le han soltado las horquillas del pelo y los mechones le tapan la cara. Lo tiene más largo ahora que cuando la conocí. Casi le llega a los hombros y sé que lo odia, pero quiere dejárselo crecer. Sospecho que solo para poder cortárselo muchísimo otra vez, aunque no digo nada para no estropearle ese momento.

Cruzo la calle para reunirme con ella y miro la fotografía a gran tamaño de Frank en mitad del escaparate. La rodean algunos de sus libros; el escaparatista se ha tomado muchas molestias, con una tela de terciopelo verde como la de los vestidos de Maeve y lo que parecen ser espadas en miniatura hechas de papel de aluminio.

—Es el primer escaparate que veo —dice Ciara con tono de admiración—. Se han adelantado.

—Están ilusionados. ¿Quieres entrar?

Arruga la nariz, pero sin entusiasmo.

—¿Tenemos tiempo?

Compruebo en mi teléfono si el mensaje era de Lizzie y, en efecto, llegan tarde.

—De sobra.

Suena una campanilla cuando empujo la puerta. Es un local pequeño y lo parece aún más por las numerosas cajas que hay contra las paredes. Es evidente que acaba de llegar un envío, y no en el mejor momento, a juzgar por los libros apenas desempaquetados y abandonados encima de las mesas.

Acabamos de entrar cuando una voz atropellada sale de algún punto de entre las estanterías.

—¡Los atiendo en un minuto! —grita, y a continuación oímos una palabrota murmurada seguida de libros cayendo—. ¡O en dos!

Sorteo un montón de guías de viaje y Ciara se dirige hacia una mesa grande que está en el centro. Al igual que el escaparate, está dedicada a Frank, con distintas ediciones de sus novelas dispuestas alrededor de una pequeña pizarra con las semanas que faltan para la publicación del próximo título.

La última montaña.

A pesar del retraso ocasionado por la tormenta, Ciara lo terminó a tiempo, tal y como yo suponía. Es más, entregó la última versión tres días antes de la fecha convenida. Tres días que dedicó a ver películas en la cama y a levantarse solo cuando yo la tentaba con comida a domicilio.

Lo bordó. Se pasó un poco con el número de palabras, pero no sobra ni una sola de ellas. Consiguió dejar su propia huella en el mundo a la vez que rendía homenaje al legado y al talento narrativo de Frank. Es posible que el lector medio no detecte diferencias, pero la historia es más arriesgada y el humor es más sombrío. Es un final de lo más apropiado para la saga, diría incluso que perfecto. Aunque me costó que escribiera las escenas más románticas.

Claro que se sintió más cómoda en cuanto les cogió el tranquillo.

Solo necesitaba un poco de práctica.

A Casey le entusiasmó el resultado. Quería que Ciara escribiera su propia serie y estuvo meses intentando convencerla de que siguiera haciendo literatura fantástica, pero ella tenía claro que quería dedicarse a sus cosas. Después de todo, la serie de detectives que llevaba mucho tiempo prometiendo no iba a escribirse sola. Porque creo que es lo que está haciendo. De momento no me ha dejado

leer ni una palabra, y eso que me he despertado más de una vez y me la he encontrado trabajando en el salón.

Llevamos poco más de un año viviendo juntos.

A pesar de la vorágine de aquellos últimos días en Irlanda, no se vino directamente a vivir conmigo cuando me fui. Tardó meses en organizar lo de la casa, en solucionar los asuntos pendientes no solo de la vida de Frank, sino también de la suya. Claro que nadie le puso obstáculos. Estaban todos felices con la noticia. Ronan le montó una fiesta de despedida en Delaney's y, por lo que tengo entendido, hubo aforo completo. Incluso Maddie volvió de Dublín. Y sé que Ciara se lo pasó bien porque me mandó treinta y siete mensajes, fotos y notas de voz durante la noche y después nada en las cuarenta y ocho horas siguientes, excepto un «estoy viva». Casi olía su resaca desde aquí.

No voy a mentir diciendo que no me puse nervioso cuando por fin llegó el momento. Cuando fijó una fecha y sacó el billete. Aunque la echaba tanto de menos que me dolía, era una gran decisión. Los dos lo sabíamos. Pero los miedos se desvanecieron en cuanto la vi cruzar las puertas del vestíbulo de llegadas. La miré y mis dudas se disiparon.

—Supongo que voy a tener que acostumbrarme a esto —dice ahora mientras yo coloco bien los montones de libros encima de la mesa.

—Espera a ver las vallas publicitarias.

Retrocedo un poco y frunzo el ceño. Los libros seis y siete no están en orden.

—Sam.

—Dime.

Cambio los montones de sitio y los pongo rectos antes de hacer una foto.

—Creía que no trabajabas los fines de semana.

—Esto es para mi disfrute personal —digo, y cojo uno de los libros antes de que pueda impedírmelo.

Dos meses después de volver a Nueva York, Casey nos convocó a Laura y a mí a su despacho y nos informó de que se jubilaría después de publicar *La última montaña*. Quería que dirigiéramos juntos Richardson Books, Laura como presidenta y yo de vicepresidente.

Por como lo dijo, supe que esperaba que yo protestara. Quizá Laura lo esperaba también. Y es posible que hace un año lo hubiera hecho. En cambio ahora me sentí aliviado. Pedí que ascendieran a Amy para que llevara parte de mi catálogo, me metí en el estadillo de vacaciones por primera vez en meses y me reservé dos días libres solo porque me apetecía.

O, tal y como lo habría dicho Ciara, por el *craic.*

Pensaba que me resultaría difícil tomarme las cosas con calma después de haber estado trabajando tan duro tanto tiempo, pero descubrí que es mucho más fácil irte a casa a las cinco cuando sabes que alguien te está esperando. Que no necesitas mirar el correo ni comprobar el teléfono continuamente cuando tienes al amor de tu vida delante de ti.

A mi hermana le entusiasmó mi nueva visión del mundo y me lo demostró llenando mi agenda de turnos de canguro. Además, Ciara y ella se llevan a las mil maravillas. La filtración del libro quedó olvidada en cuanto Lizzie se convirtió en la primera amiga de Ciara en Nueva York.

No ha sido un camino de rosas. Era imposible que lo fuera. Algunos días son estresantes. Algunos días discutimos. Algunos días ni la veo porque estamos ocupados o de mal humor o las dos cosas. Pero es importante tener esos momentos. Es importante ser humanos y tenernos el uno al otro en lo bueno y en lo malo.

Porque algunos días, cuando me despierto y veo su cabeza en la almohada junto a la mía, es como si se me olvidara respirar. Algunos días, cuando me pasa eso, la dejo dormir, feliz de estar allí con ella. Otros días la despierto y me aseguro de hacerlo de una manera que me agradecerá.

Se ha convertido en una parte tan importante de mi vida que no entiendo cómo he podido pasar un solo día sin ella hasta ahora.

—Mira. —Ciara se quita un guante y señala varias fotografías enmarcadas sobre la caja registradora. Son como las de los restaurantes, de gente famosa que ha comido allí, solo que en vez de actores y cantantes aquí hay escritores. Algunas son actuales y otras de muchas décadas atrás, antiguas, en blanco y negro y desvaídas por el paso del tiempo.

Incluida una polaroid de Frank Sheridan con una niñita al lado.

—Por algo me sonaba este sitio —murmura Ciara mientras yo me acerco a la fotografía.

No puede tener más de diez u once años. Lleva un vestido verde brillante y le falta un diente. Claro que no parece importarle, aún no ha desarrollado la vergüenza, y sonríe con toda la boca, feliz de estar con su padre.

—Deja de mirarla —dice cuando sonrío—. No puedes ver más fotografías de mí de antes de los veintidós años.

—¿Cuando te hiciste el cambio radical?

—Cuando me corté el pelo. Algo desconocido para ti.

Me río y me miro en un espejo. Hace varios días que no me afeito.

—Mensaje recibido.

—Estoy de broma —dice, y me toca la barbilla.

—¿Te gusto barbudo?

—Me gustas de todas las maneras. —Baja el brazo y pone cara decidida—. Te doy permiso para que me beses.

—Así que me das permiso.

—Si te pones en ese plan, te lo reti…

Acerco mis labios a los suyos y me coge la solapa de la chaqueta con una mano y me sujeta, como si yo fuera a separarme. Le sabe la boca dulce por el sirope del café y, cuando me suelta y protesto, se ríe.

—Te quiero —le digo.

—Más te vale.

—¡Hola! —nos saluda una voz—. Perdonadme.

El pelo de Ciara me hace cosquillas en la nariz cuando gira la cabeza antes que yo y miramos a la misteriosa librera que asoma de entre las estanterías. Parece una universitaria, con pelo rubio teñido y un piercing en el tabique nasal. En las manos lleva varios libros de poesía.

—¿Estáis mirando o puedo ayudaros en algo?

—¿Dónde está la sección de novela policiaca? —pregunta Ciara.

Las sigo y espero mientras Ciara elige dos libros para mí y dos para ella y me usa de mayordomo para llevarlos.

—Ya que hacéis tan buena compra, creo que debo regalaros un marcapáginas por lo menos —dice la librera cuando ya estamos en la caja. Coge dos, y son de Ravian—. ¿Os gustan estos libros? —dice

cuando ve nuestra expresión—. Al autor le encantaba esta librería. Dice mi jefe que venía mucho. Tenemos algunos ejemplares firmados, por si queréis echarles un vistazo.

—No hace falta —dice Ciara—. Gracias.

La librera pierde la compostura cuando le da la bolsa. No sé si es que reconoce el acento o simplemente lo adivina, pero abre mucho los ojos.

—¿Eres…? Perdón —dice, y se pone colorada—. Es que te pareces mucho a… ¿Eres Ciara Sheridan?

—Sí. —Ciara sonríe y yo me retiro para dejarlas hablar.

Un ratito después salimos de la librería y me meto la mano en el bolsillo en un acto reflejo, uno que he desarrollado en estas dos semanas pasadas, desde que me escapé y me fui de compras un día mientras Ciara estaba escribiendo. Pero en lugar de encontrar lo que esperaba, mi mano toca solo llaves y aire.

Ciara se para al ver mi cara de pánico.

—¿Estás bien?

—Estoy chupi.

Se me ha escapado la expresión sin darme cuenta y, como siempre que ocurre, Ciara no lo deja pasar.

—Qué mono te pones cuando dices eso.

—Lo puede decir quien quiera, Ciara. No hace falta ser irlandés.

—No si no te sale.

—Sí que me sale.

—«Chupi» —dice con pésimo acento estadounidense, y dejo que se ría de mí porque por lo menos así se distrae—. ¿Para dónde…?

—A la izquierda —digo, y da media vuelta y echa a andar.

La sigo un paso por detrás y tengo un miniinfarto mientras reviso las bolsas, mis bolsillos delanteros. Estoy cada vez más nervioso, hasta que aparto un recibo y mis dedos tocan una cajita de terciopelo. La oleada de alivio es tan fuerte que, cuando echo a correr para alcanzar a Ciara, estoy sonriendo como un tonto.

—¿Qué pasa ahora? —dice exasperada.

—Nada. Creía que había perdido una cosa.

—¿Aparte del sentido de la orientación?

Por un momento me quedo desconcertado hasta que tira de mí hacia la izquierda para bajar por la manzana correcta.

—¿Y la has encontrado? —pregunta cogiéndome de la mano.

—Sí. —Bajo la cabeza para besarla en la sien y finge darme un codazo mientras me sonríe—. Sí la he encontrado.

Agradecimientos

Como siempre, en primer lugar quiero darme las gracias a mí misma. Yo escribí este libro y por tanto hice casi todo el trabajo. Bien por mí.

En segundo lugar, gracias a mi agente, Hannah Schofield, que cogió esta historia, mi carrera de escritora y básicamente me dijo: «Sujétame la cerveza». Gracias por tus desvelos, tu entusiasmo y tu paciencia con mis crisis nerviosas mensuales.

Toda publicación es un trabajo de equipo, y en este caso se ha tratado de un equipo internacional. En Estados Unidos, Cassidy Sachs fue la primera persona que dijo sí a este libro. Gracias también a John Parsley, Maya Ziv, Stephanie Cooper, Amanda Walker, LeeAnn Pemberton, Melissa Solis, Clare Shearer y a todo el equipo de Dutton. Más al norte, Deborah Sun de la Cruz es mi persona preferida de Penguin Canada, y también estoy agradecida a Marion Garner, Bonnie Maitland, Catherine Knowles, Alanna McMullen, Brittany Larkin y a todos los demás.

En Reino Unido, muchísimas gracias a Molly Walker-Sharp de Sphere por cocinarme pasta y cortejarme con un PowerPoint inspirado en Taylor Swift. Gracias también a Frances Rooney, Charlotte Stroomer, Tom Webster, Louise Harvey y a los equipos de venta, marketing y publicidad.

Gracias también a mis editores de todo el mundo por hacer llegar estos libros a tantos lectores nuevos.

A un nivel más personal, estoy inmensamente agradecida a Tilda por mirarme a los ojos (también en esta ocasión mientras comíamos pasta) y decirme varias veces y con firmeza que mandara este manuscrito. A Luiza, Karisa, Danielle y Áine por leerlo y preguntar educadamente: «¿Querías poner esto o es una equivocación gigantesca y obvia?», y a todos los amigos y familiares que han aguantado cancelación de planes, portátiles en la playa y notas de voz interminables e inconexas. Sé que soy una exagerada y que siempre estoy estresada, pero también soy muy guapa y me queréis. Así que…

Por último, gracias a mis lectores, sobre todo si habéis tenido que esperar para leer este libro. Gracias por vuestros mensajes, por vuestra creatividad y vuestra amabilidad. Es un privilegio poder compartir mis historias, y pienso en vosotros cada vez que me siento a escribir. Gracias por leerme. Gracias por serme fieles. Gracias. Gracias. Gracias.

Una escritora, un editor, una fecha de entrega y un verano de novela.



El padre de Ciara Sheridan le ha dejado tres cosas: una casa destartalada en la costa irlandesa, el esbozo del final de su legendaria serie de fantasía épica para que la termine y un bloqueo creativo gigantesco.

Antes de que venza su fecha de entrega, Ciara recibe la visita de Sam Avery, editor neoyorquino y fanático de la obra de Frank Sheridan. Ella esperaba a un viejo cascarrabias, y no a un joven apuesto. Él esperaba que Ciara ya hubiera escrito algo.

Juntos tienen dos semanas para sacar adelante la novela que culmine la saga de fantasía más icónica de los últimos

tiempos. ¿Será su propia historia de amor el giro argumental que no han visto venir?

Catherine Walsh es una autora superventas cuyos libros se han traducido a más de veinte idiomas. Vive en Irlanda, donde escribe a tiempo completo y se destroza lentamente la zona lumbar.



Título original: *How to Write a Love Story*

Primera edición: mayo de 2026

© 2026, Sphere, Little, Brown Book Group (Hachette)
© 2026, Catherine Walsh
Publicado originalmente en inglés por Sphere, en 2026
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Laura Vidal, por la traducción

Diseño de portada: adaptación del diseño original de Charlotte Stroomer – LBBG / Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Mark Davis, Form Play

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-9129-746-8

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Cómo escribir una historia de amor
1. Sam
2. Ciara
3. Sam
4. Ciara
5. Sam
6. Ciara
7. Sam
8. Ciara
9. Sam
10. Ciara
11. Sam
12. Ciara
13. Sam
14. Ciara
15. Sam
16. Ciara
17. Sam
18. Ciara
19. Sam
20. Ciara
21. Sam
22. Ciara
23. Sam
24. Ciara
25. Sam
26. Ciara
27. Sam
28. Ciara
29. Sam

30. Ciara
31. Sam
32. Ciara
33. Sam
34. Ciara
35. Sam
36. Ciara
Epílogo. Sam
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Catherine Walsh
Créditos